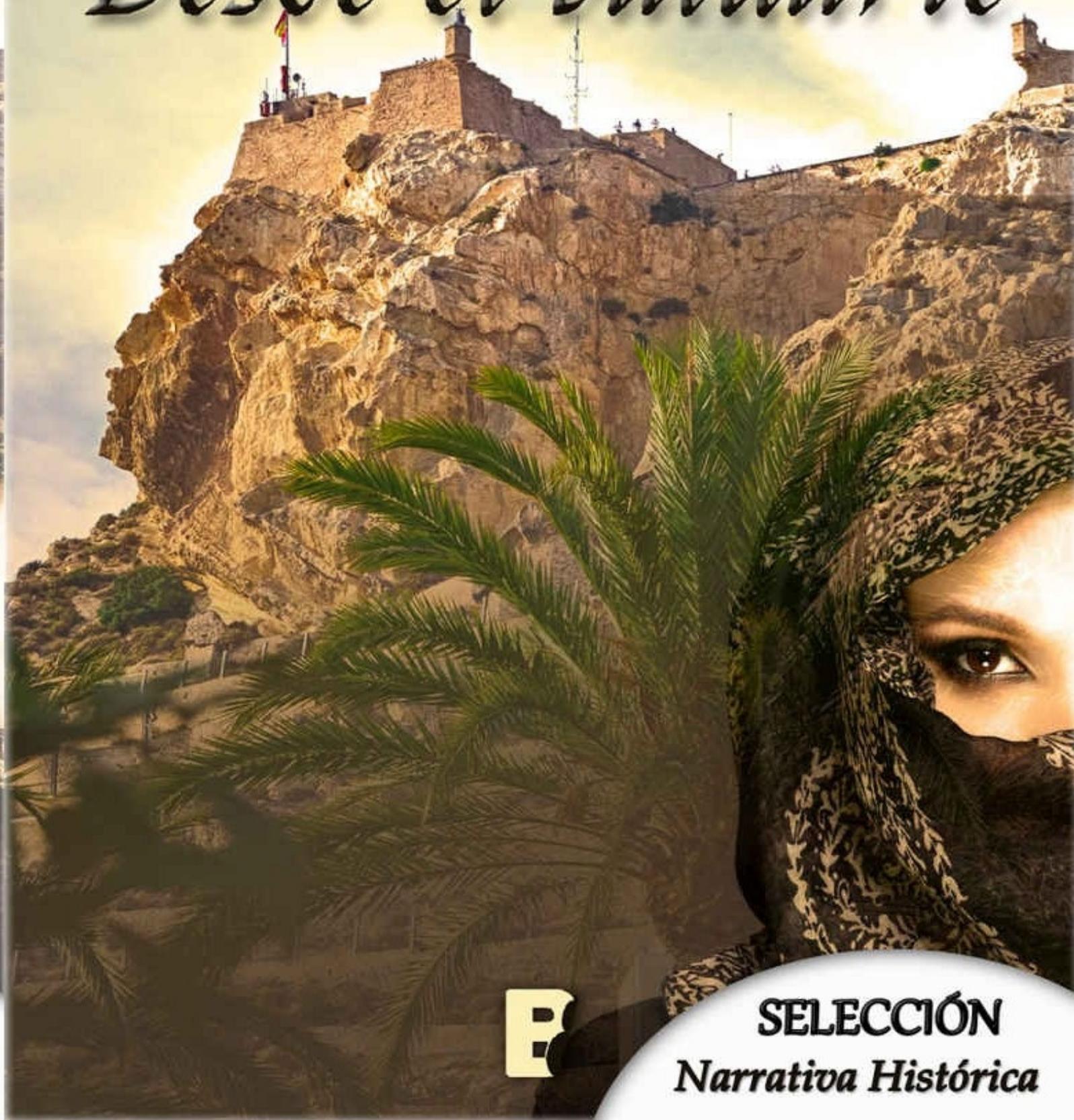


Begoña Gambín

Desde el baluarte



B

SELECCIÓN

Narrativa Histórica

Desde el baluarte

Begoña Gambín



SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A José Antonio y su mujer, porque el incipiente ciberespacio favoreció que compartiéramos nuestras aficiones: por su parte, la fotografía y su tierra «extrema y dura» pero bella; y, por la mía, la escritura y mi cálida terreta, de suerte que se convirtieron en mis primeros lectores cero.

*Aquellos que anuncian que luchan en favor de Dios
son siempre los hombres menos pacíficos de la Tierra.
Como creen percibir mensajes celestiales
tienen sordos los oídos para toda palabra de humanidad.*
Stefan Zweig

CAPÍTULO 1

Alicante, principios de febrero de 2011

Ese domingo Regina se sentía ociosa. Se tumbó en el sofá y cogió el libro sobre leyendas que se había comprado esa misma mañana en unos grandes almacenes y que previamente había dejado en la mesita cercana al sofá, junto con el cenicero, un paquete de sus cigarrillos preferidos y un mechero. No era que fuese una fumadora compulsiva, pero, cuando llegaba el fin de semana, disfrutaba de ese vicio oculto en sus momentos de relajación de forma eventual.

Siguiendo el ritual obligado, sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió con fruición, exhaló una primera bocanada y se dispuso a leer.

Había adquirido ese libro porque, además de gustarle las fábulas, había leído en la sobrecubierta que relataba una leyenda sobre el origen del nombre de su ciudad natal: Alicante.

Sin pensárselo dos veces y saltándose las normas básicas de una buena lectora, abrió la página del índice y buscó entre sus líneas el motivo por el cual había tomado la determinación de adquirirlo.

Según leía, le iba entrando un ligero sopor producido por la placidez de la situación, amén del calorcillo que le provocaba el sol que entraba en esos momentos por el amplio ventanal del salón, a pesar de estar a mediados de febrero. La siesta, patrimonio nacional, se estaba adueñando de ella.

De repente, cuando por fin había permitido que vencieran los párpados al leer la última palabra del relato, el timbre del teléfono hizo que se sobresaltara con brusquedad. «¿Quién será? ¡Vaya unas horas para molestar! ¿Es que el que llama no sabe que las horas de la siesta son sagradas?», refunfuñó para sí misma.

Regina se incorporó para coger el auricular del teléfono:

—¿Diga? —inquirió irritada.

—¿Regina?

—Sí, soy yo... ¿Eduardo? —preguntó dudosa con voz más calmada.

—El mismo. Dime, ¿cómo estás?

—Contenta de oírte.

—Te he echado mucho de menos —aseguró Eduardo afectuoso.

—Bueno, si te vas a poner tierno, me deshago —dijo con sorna.

Eduardo soltó una carcajada.

—Mira que te cuesta hablar en serio, querida.

—Pero tú sabes que bajo mi tono de ironía se oculta la verdad, Edu —señaló la joven con voz cariñosa.

—Por supuesto que lo sé y es una de las cosas que más me gusta de ti.

—Y esa es una de las cosas que más me gusta de ti: aguantas con estoicismo mi exceso de sorna.

—Siempre es un placer.

—Vale, ya basta de pasteleo, que nos metemos en un jardín peligroso. Dime, ¿ya has terminado con ese trabajo que te tenía absorbido?

—Sí y no. Te llamo porque necesito verte. Quiero enseñarte una cosa que va a interesarte mucho.

—¿Sí?, dime, dime... ¿qué es? —indagó con curiosidad.

—Ahhh, no, no. Sorpresa. Ya lo verás.

Regina y Eduardo quedaron en verse una hora más tarde en Marcus, una cafetería tranquila del centro de la ciudad.

Al colgar, la joven tenía una sonrisa en los labios producida por la llamada de su amigo. Eduardo era una persona muy especial para ella y compartían muchos gustos y aficiones; sobre todo, su afán por saber acerca de lo acontecido durante la dominación islámica.

Su amigo era arqueólogo y disfrutaba de ciertos privilegios que le facilitaban acceder a archivos y sótanos ocultos a la vista de los profanos, que almacenaban gran cantidad de «tesoros» no clasificados todavía.

En cuanto Eduardo encontraba algo que pudiese interesar a su amiga, hacía todo lo posible para poder compartirlo con ella, ya que sus puntos de vista y su sabiduría intuitiva lo habían ayudado en muchísimas ocasiones, además de que para él era un placer ver la cara de emoción de la joven ante esos hallazgos.

Regina sospechaba que Edu la llamaba por algo relacionado con su trabajo. Tanto misterio no podría significar nada más.

Se dio una ducha rápida y se encaminó ansiosa por llegar a su cita lo antes posible. Subió a su coche y mientras iba conduciendo de forma mecánica, sus pensamientos los dedicaba a frotarse mentalmente las manos intentando averiguar qué nueva sorpresa le tenía preparada su amigo.

La joven era autodidacta, ya que no había tenido la oportunidad de estudiar lo que a ella

le habría gustado. Desde muy joven había tenido que hacerse cargo del negocio familiar. Su padre le había dejado en herencia una empresa de construcción; un mundo regido por hombres, en el que le había costado mucho hacerse respetar sin perder su feminidad. En ese momento, a sus treinta y cinco años, por fin podía aseverar que había ganado la batalla.

Regina era una mujer con mucho carisma, de tez clara, chispeantes ojos ligeramente rasgados de color avellana, cabello largo de color chocolate y con un cuerpo ágil y atlético. Le gustaba cuidar su aspecto, pero también disfrutaba de la buena comida, por eso se había acostumbrado a ir todos los días al gimnasio, además de que allí se liberaba del duro trabajo.

A Eduardo lo había conocido hacía algún tiempo cuando, al realizar unas excavaciones para la construcción de una nueva vivienda, tuvo que dar parte a las autoridades de unos restos arqueológicos que encontraron allí.

Desde entonces Regina, que estuvo pendiente de todo el proceso para extraer las piezas encontradas, se había dedicado a absorber todo lo que rodeaba a esa experiencia nueva para ella, que la transportaba a épocas pasadas, y de la mano de Eduardo había conocido un mundo nuevo, lleno de *suspense* e intriga, que le fascinaba y apasionaba.

Su época preferida era la islámica. Quizá porque era la menos conocida, ya que se habían encontrado muy pocos restos islámicos y la mayoría habían sido destruidos hacía años por «molestar» al desarrollo urbanístico, así como debido al saqueo que la Iglesia católica había hecho para aprovechar dichos restos en las construcciones que el clero realizaba, con lo que se había ahorrado la materia prima en gran medida.

Eduardo, en el último tiempo, había estado presente en su vida. Unas veces con más continuidad que otras porque, debido a su trabajo, en ocasiones permanecía fuera de la ciudad una larga temporada. Era un arqueólogo con mucho prestigio y solicitaban sus servicios desde todos los puntos de España. Al principio habían mantenido una gran amistad, pero con el tiempo fue haciéndose cada vez más íntima, aunque sin mantener ningún tipo de compromiso, solo disfrutando de encuentros placenteros para ambos. En el último tiempo, cuando él se encontraba en Alicante, se solían ver con asiduidad y habían disfrutado juntos casi todos los fines de semana en casa de la joven, pero hacía algo más de dos meses le había avisado de que no dispondría de tiempo libre en una temporada, sin especificar cuánto sería. Regina, a raíz de esa ausencia, lo había echado mucho de menos y se había dado cuenta de sus sentimientos...

Por fin había logrado aparcar y se encontraba a las puertas de la cafetería en la que había quedado con Eduardo. Entró, echó una ojeada al interior y divisó enseguida la silueta de su amigo sentado ante una mesa apartada de las demás, al fondo de la sala.

El arqueólogo, en cuanto la vio entrar, se levantó y fue a su encuentro.

Con sus casi cuarenta años, tenía la constitución nervuda y delgada de un atleta, y su estatura sobrepasaba la de la joven en unos diez centímetros. Se le notaba que era un

cuerpo acostumbrado al trabajo físico, bien fuese en un gimnasio, gusto que compartía con Regina, o participando de pleno en las excavaciones; pero lo que más le gustaba a Regina de Eduardo era sus profundos ojos negros y su oscuro pelo rizado y corto que a ella le agradaba acariciar.

Se inclinó para besarla con ternura en los labios y a continuación, tras retirar la silla adyacente a la suya para que se sentase, la imitó.

—Querida, qué alegría verte.

—La alegría es mía, Edu. Tenía ganas de encontrarme contigo.

—Perdóname, Regina. He estado muy ocupado últimamente; no he podido llamarte antes. Casi llevo una vida de ermitaño porque el trabajo que tengo entre manos en estos momentos me absorbe todo el tiempo.

—Cuéntame. Dime de qué se trata. ¿Tiene algo que ver con mi sorpresa?

Eduardo soltó una carcajada que hizo que se le iluminara el rostro aún más. Era una persona de trato agradable, algo tímido pero alegre. En cambio, Regina era atrevida, resuelta y de lengua vivaz. Pese a la diferencia de caracteres de los dos, al arqueólogo le fascinaba el descaro que tenía su amiga, con su fina ironía y su ansiedad ante cualquier enigma.

—Tú tan impaciente como siempre. Vale, te cuento. Has acertado. Algo tiene que ver la sorpresa que te tengo preparada, pero antes preferiría ponerte en antecedentes.

—Está bien, dejaré que lo hagas a tu gusto, pero no me tengas en ascuas mucho tiempo... ¡Cuenta!

En ese momento se acercó el camarero para ofrecerles sus servicios.

—¿Un *cappuccino*? —le preguntó Eduardo a su amiga, con lo que quedó de manifiesto que todavía recordaba sus gustos.

—Por supuesto —le contestó ella ofreciéndole una mirada de complicidad.

En cuanto el camarero fue informado de lo que querían tomar, se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Esa interrupción hizo que olvidaran por unos momentos lo que ambos estaban hablando segundos antes. Se quedaron mirándose a los ojos el uno al otro. Eduardo alargó las manos y las posó sobre las de ella con calidez.

La cafetería en la que estaban era muy conocida en la ciudad y tenía una reputación admirable tanto por su servicio como por su ambiente. Era de esas cafeterías con sabor a intimidad, donde cada mesa estaba situada de tal forma que parecían reservados y las luces indirectas creaban una atmósfera tranquila que invitaba a las confidencias. No era la primera vez que Regina y Eduardo se reunían allí, y tenían, ambos, gratos recuerdos de esos encuentros.

Las sonrisas cómplices que afloraron en los labios de los dos les hicieron perder la noción del tiempo hasta que de nuevo llegó el camarero con su servicio.

—Sus *cappuccinos* —dijo dejando las tazas sobre la mesa.

—Gracias —respondieron ambos a la vez, despertando con brusquedad de sus pensamientos.

—Bueno, mejor será que comience con mi relato de los hechos.

—Sí, por favor. Me tienes intrigadísima.

Regina bajó los ojos buscando la taza para llevársela a los labios y darle el primer sorbo.

—Ahí va: supongo que recordarás el motivo por el cual tú y yo nos conocimos ¿no? —dijo Eduardo y, sin esperar una respuesta de su amiga, continuó—. Pues bien, en esas excavaciones que iniciamos con tu aviso, como también sabes, se encontraron muchos objetos y pergaminos muy interesantes, algunos de los cuales aún estamos clasificando. Ya sabes que este es un trabajo lento y minucioso y, por tanto, numeroso material del que se halla puede demorarse años en proceder a su investigación. Pues bien, entre ellos se localizó un manuscrito en papel muy curioso, que nos ha llamado mucho la atención. Está bastante deteriorado en sus primeras hojas, que están comidas por los gusanos y tienen emborronadas las letras. Consta de treinta y seis folios, incluyendo las hojas de guarda, con siete líneas de escritura por término medio, con una caja que mide ciento veinticinco por noventa y cinco milímetros. Está escrito en letra *nasji*^[1] con tinta negra y totalmente acentuado. Es una letra escrita con mucho cuidado, grande y bonita.

—¿Está fechado? —le preguntó Regina en una breve pausa que hizo Eduardo para respirar.

—Sí, sí, por supuesto. Como colofón está escrito «Se ha terminado el libro con la gracia de Alá y Su ayuda, en Sh’awwal (mes de la caza musulmán) del año 642 Hégira^[2], y Alá bendiga a Muhammad (Mahoma), el mensajero, el profeta, y a sus familiares», es decir, el año 1245 de nuestra era. Se trata de una especie de registro de la ciudad y sus alrededores en el que se describen los edificios más relevantes de Laqant, o sea Alicante, y de ciudades cercanas, y su situación en las mismas.

—¡Qué maravilla! —gritó Regina sin poder contenerse.

—En el inicio de la primera página del texto —continuó Eduardo—, el autor nos relata que este libro ha sido solicitado por Zayyan Ibn Mardanish, que fue señor de Alicante desde 1241 hasta 1247. Pese al buen cuidado en la letra, el esmero en hacer una letra bonita, más cursiva y fluida, el autor no debió quedar contento con el resultado, ya que en los márgenes aparecen palabras que complementan el texto, que lo corrigen o que las sustituyen, lo que nos indica que es posible que este no sea el libro definitivo y que, por lo menos, haya otra copia en algún lugar de nuestra ciudad.

Eduardo hizo una pausa para saborear, dentro de lo posible ya que estaba frío, el *cappuccino* que tenía sobre la mesa y a la vez crear tensión ante la espera de la joven.

Regina se dio cuenta enseguida de que su gran amigo guardaba un as bajo la manga. Aún no lo había contado todo. Esperó con paciencia a que él quisiera continuar. Estaba convencida de que tenía más sorpresas y sabía que no tardaría mucho en dárselas.

Eduardo, tras apurar el *cappuccino*, miró a Regina y le sonrió.

—No te engañe, ¿verdad? Sabes que hay más.

Regina soltó una carcajada, se incorporó por encima de la mesa y besó con ternura en los labios a su querido amigo.

—Te conozco demasiado bien. Esos ojos me están diciendo que te has guardado lo mejor para el final.

—Pues sí. Presta atención, va a gustarte. En este registro se describe la situación de un cementerio musulmán con tanto pormenor y exactitud que nos ha costado bien poco localizar su emplazamiento. Eso sí, hemos tardado mucho tiempo en poder conseguir los permisos, además de la autorización, para poder excavar, ya que eran terrenos privados, pero al fin lo conseguimos y nos hemos encontrado con unas cuantas sorpresas. Entre ellas, la que me impulsó a llamarte.

Y, sin decir más, se metió una mano en el bolsillo derecho del pantalón y extrajo una moneda que depositó encima de la mesa.

Regina la cogió con cuidado. Su rostro expresaba toda la emoción que estaba sintiendo en esos momentos. Tenía un trocito del pasado en sus manos. La examinó con mucho cuidado fijándose en todos los detalles como si de eso dependiese su vida. Era una moneda de oro y sus inscripciones eran sin duda árabes.

—Regina, me estoy jugando mi puesto con esto. Nadie sabe que la he cogido para enseñártela, pero tenía unos deseos inmensos de compartirlo contigo y que la vieras. Hay muchas más, un total de veintitrés dinares de la ceca de Al-Ándalus, todos de fecha califal entre los años 317 a 323 de la Hégira, o sea, entre los años 929 y 935 del calendario gregoriano. Estaban enterrados junto a un joven árabe dentro de una especie de gran cofre de bronce con incrustaciones de cobre y plata.

—¿Qué dice en las inscripciones de la moneda? —lo atajó Regina. Estaba deseosa por saberlo todo sobre esa moneda.

—En resumen, viene a decir que es una moneda acuñada en el año 320 Hégira en Al-Ándalus durante el califato de Abd Al-Rahaman III.

El arqueólogo levantó la mirada de la moneda y la fijó en su amiga.

—Pero aún hay más, junto a las monedas había otro manuscrito, esta vez en pergamino con letra magrebí, algo descuidada, y acentuado de forma parcial. Se trata de una carta dirigida al mismísimo califa Abd al-Rahman III. En ella se le informa que quien la escribe ha tenido conocimiento de que obra en poder del califa una última sura^[3] del Corán, la 115, revelada por Alá a Mahoma y escrita por Alí, su yerno. En esa, hasta el momento, desconocida sura, según la carta, se transmite, para Mahoma y su dinastía, el Nombre

Secreto de Alá. Además, en el manuscrito se notifica que si Abd al-Rahman III le hace partícipe del contenido de la sura, su recompensa será grande, ya que en las manos del que escribe está el prolongar el califato de este o perderlo de forma inmediata. Como muestra de su buena fe, le envía junto con el mensajero de esa carta un cofre con cien dinares de oro y el peso de esas monedas en piedras preciosas para su disfrute personal. O sea que, con mucha educación, le advierte de que o bien atiende su demanda o se atiene a las consecuencias. La lástima es que el resto del pergamino es indescifrable. El manuscrito está muy deteriorado, sobre todo al final; así que nos hemos quedado sin saber quién escribió y amenazó al califa, aunque sí podemos calcular el año aproximado, ya que Abd al-Rahman III se proclamó califa desde el año 929 después de Cristo hasta el año 961, en que murió.

—Me has dejado de piedra, ¿una nueva sura?, ¿amenazas a Abderramán? Esto está tomando una pinta interesante —dijo Regina intrigada—. Pero, bueno, creo que el año exacto tampoco es lo más importante de esa carta. Lo que en verdad es trascendental para el mundo islámico es la existencia de esa nueva sura escrita de puño y letra por Alí, ¿no? Pero eso del conocimiento del Nombre Supremo de Alá... Ahí me pierdo.

—Te lo explico —respondió Eduardo—. Desde que se transcribió la palabra de Alá revelada a Muhammad, Mahoma, a través del arcángel San Gabriel, el Corán ha sido estudiado por cientos de eruditos expertos en el islamismo, y en concreto en el Corán, buscando el Nombre Supremo de Alá, ya que está extendida la creencia de que quien invoque a Alá con ese nombre, será respondido y sus peticiones serán satisfechas. En el Corán aparecen noventa y nueve nombres de Alá transcritos con claridad, pero uno, el nombre de Su esencia, Él lo ha mantenido para Sí Mismo y se halla oculto en el mismo Corán.

—Entiendo. Entonces, la existencia de esa última sura revelada a Mahoma con el Nombre Supremo de Alá sería una revolución en el mundo islámico —resumió atónita.

—Exacto. Y ahora, puesta al día de los acontecimientos, quiero pedirte un favor —acabó cambiando el tono de su voz.

Eduardo se puso nervioso de golpe. Tenía mucho interés en lo que le iba a proponer a su amiga y amante, pero serias dudas lo atenazaban hasta casi estar a punto de no formularla.

—¿A mí? —interrogó con asombro Regina—. Dalo por hecho, sea lo que sea. Dime.

—Pues, verás, resulta que el joven árabe que estaba junto al cofre fue asesinado. Se le ha descubierto una fuerte contusión en el cráneo y una incisión entre la sexta y séptima costilla, producida por un arma blanca, según se ha podido saber después de la autopsia que se le ha realizado. Esto nos ha hecho deducir que el joven árabe no llegó a su destino y, aunque no sabemos si hubo más intentos de contactar con Abderramán III por parte de la persona que escribió la carta, hemos decidido investigar si lo que en ella pone es cierto o no. Me han elegido a mí para que la realice, así que parto la semana que viene a Córdoba, donde residía Abderramán III como califa de Al-Ándalus, a entrevistarme con Juan Pablo Alcázar, experto en estudios islámicos.

—Me parece un buen comienzo para la investigación. He visto a Juan Pablo Alcázar en la tele y me ha parecido un gran erudito en el tema. Pero dime... ¿en qué puedo ayudarte? —insistió.

—Regina..., quiero que me acompañes en esta aventura —le confesó alargando la mano para posarla encima de la de su amiga—. Me gustaría que vinieses conmigo a Córdoba.

—¿Yo? —preguntó incrédula.

—Sí, tú. Aparte del placer que me produce tu compañía, del deseo de tenerte a mi lado, del cual he tenido que prescindir durante demasiado tiempo por culpa de este trabajo en el que estoy inmerso ahora, quiero que me acompañes porque me fío mucho de tu intuición y lo sabes.

—Edu, no hay nada en el mundo que me apeteciese más ahora que irme contigo, pero... ¿y mi trabajo?

—Vamos, mujer, no me digas que no tienes una mano derecha a quien delegar tus ocupaciones por unos días. Piénsatelo bien. Es una oportunidad única para los dos. Además, creo que los dos necesitamos pasar un tiempo juntos.

Regina irguió su cuerpo, meditó durante breves segundos y sonrió con amplitud.

—¿Sabes? No estoy dispuesta a perder el tiempo pensándolo... ¿Cuándo partimos?

—¡Esta es mi chica! —exclamó Eduardo y estampó un sonoro beso en los labios de Regina.

CAPÍTULO 2

Laqant, año 936 d.C. / Año 324 de la Hégira

Hace muchos siglos, acontecían los hechos que os voy a relatar: en una pequeña medina llamada Laqant[4], a orillas del al-Bahr al-Mutawasit[5], vivía Hakîm Al Saadi, caíd[6] de la alcazaba[7] situada en lo alto del monte por cuyas faldas trepaban las casas de la medina, abrazadas por las murallas que surgían desde la fortaleza y bajaban por la ladera. Esas murallas separaban la población musulmana y judía de la cristiana, y hacían de la villa un recinto difícil de penetrar pues protegían tanto a esta como a la alcazaba.

El monte donde estaban situadas, el Benu-lQatil[8], al lindar con el mar, le confería un enorme valor estratégico porque, desde lo más alto de él, desde los baluartes de la fortaleza, se divisaba toda la bahía además de una gran extensión de terreno que la rodeaba por tres de los cuatro puntos cardinales.

Era una medina pequeña en habitantes, pero grande en recursos, tanto venidos a través del mar como de la tierra, ya que su clima era muy propicio para que los árabes pusieran en práctica las nuevas técnicas de agricultura traídas de allende los mares.

El caíd era muy considerado entre sus conciudadanos porque regía sobre la medina y la propia alcazaba de forma justa y sus extensos negocios con otras tierras cercanas y lejanas traían mucha prosperidad a la pequeña villa. Había sido nombrado caíd de Laqant por el califa en el año 930 (318 de la Hégira) tras varios años de casi abandono de la alcazaba, después de que Al-Sayj Al-Aslami, walí[9] de Qalyusa[10], tras sublevarse y encerrarse en la fortaleza de Laqant en el año 917 en protesta contra las fuertes contribuciones impuestas por el futuro califa Abd Al-Rahman III, fuese reducido tras un largo asedio.

Hakîm Al Saadi tenía una hija que se llamaba Cántara. Era una joven de una belleza inigualable. Su pelo, negro como la noche sin luna, le enmarcaba un rostro moreno, casi perfecto; con unos ojos grandes con forma almendrada y del mismo color que su cabello azabache; sus labios carmesís resaltaban sobre la tez morena; el cuerpo, moldeado por la ropa rica en tejidos exóticos, como la seda que su padre adquiría a los comerciantes que pasaban por Laqant, se vislumbraba de una gran finura.

Durante los primeros años de estancia del caíd en la alcazaba, Cántara permaneció en Qurtuba[11] junto a su madre enferma y débil, ya que allí residían los mejores médicos, que la estaban tratando. Cuando esta falleció, Cántara acudió a los brazos de su padre en Laqant.

En la fortaleza, Cántara se sentía sola. Su madre había sido durante muchos años la favorita del caíd y el resto de las concubinas del harén y sus hermanastras, tras el fallecimiento de esta, la habían relegado y la menospreciaban e intentaban dejarla en mal lugar siempre que podían ante su padre. Para él, Cántara era su hija preferida, por encima, casi, de sus hijos varones.

No tenía a nadie con quién compartir sus inquietudes y la soledad embargaba su cuerpo y su alma, y en muchos momentos añoraba su residencia en Qurtuba donde su vida, dentro de lo que cabía, había sido más mundana. Ahora su mundo estaba reducido a las estancias de la alcazaba, a la Torre del Homenaje, al patio que rodeaba la fortaleza y a las demás dependencias de esta donde estaba enclaustrada desde que vivía allí.

Su padre la protegía para que, cuando llegase el momento de su matrimonio, pudiera hacer un buen contrato matrimonial para ella. Cántara añoraba poder andar con libertad por la medina, pero como musulmana su sitio estaba limitado a ese recinto casi inexpugnable ya que allí, debido a que vivía en lo alto del monte, bajo la atenta mirada del moro, carecía de amigas. En la alcazaba también se seguían las normas establecidas para la mujer andalusí de clase acomodada por lo que no debía salir sola de su casa y solo le estaba permitido visitar a sus amigas, asistir a los baños públicos o ir a cuidar de las tumbas de sus antepasados en el cementerio. Con anterioridad, cuando vivía en Qurtuba, ella era una niña y las salidas al cementerio y a casa de sus amigas más íntimas las realizaba con cierta asiduidad, ya que junto con ellas organizaban reuniones casi a diario.

Había oído hablar a la gente que los servía en la alcazaba del zoco que había en la medina, de la mezquita a la cual acudían a orar, de la Judería y de lo que por allí se exponía a la venta, pero ella jamás lo había visto de cerca. Solo podía entrever desde lejos, asomándose a los baluartes del recinto de la ciudadela, los tejados de las casas, las serpenteantes calles y el alto minarete que sobresalía de la mezquita. Mirando desde lo alto, Cántara soñaba viéndose recorrer esas calles y siguiendo la marea humana que al unísono caminaría llamada por el almuecín para seguir el culto de la fe islámica. Se imaginaba visitando a otras mujeres para conversar sobre sus cosas cotidianas, o recorriendo los variopintos puestos del zoco.

Cierto día, su padre le presentó, recién llegada de lejanos lugares, a una esclava cantora llamada Amina a la que iba a hacer su nueva concubina. Era una mujer muy hermosa, aunque este no era su mayor encanto. Amina era erudita en poesía árabe, que sabía recitar con corrección, a la vez que dominaba a la perfección el arte de la danza con su grácil cuerpo lleno de una gran elasticidad y sensualidad; y sus dedos, en cuanto los posaba en el laúd, hacían que surgiesen de él las más bellas melodías jamás oídas.

Amina era una mujer de tez blanca como el azahar, ojos verdes y pelo rubio, cosa que tenía intrigadísima a Cántara porque, aunque, por ejemplo, sus sirvientes eran la mayoría de piel clara, estos eran muladíes^[12] o mozárabes^[13] y Amina, salvo en esto, parecía totalmente árabe.

Cántara y Amina sintieron una corriente interna de amistad en cuanto se miraron a los

ojos. Desde el primer día congeniaron muy bien y se buscaban la una a la otra en cuanto cumplían con sus obligaciones.

Paseaban por el multicolor jardín, plagado de flores repartidas de forma estratégica para ofrecer un combinado perfecto con los distintos tonos de color que ofrecían flores como las margaritas, los alelíos o las azucenas por un lado y por otro las rosas rojas, los jazmines o los lirios azules. El cuidadoso esmero con el que se trataba esa parte de la alcazaba estaba dirigido por Cántara. Ella decidía qué plantas eran elegidas para ser colocadas en el jardín y cómo se distribuían cada una de ellas. Le encantaba dedicar su tiempo a esta labor y la desarrollaba con mimo e ilusión, ya que era una de las pocas tareas en las que se sentía útil y en la que ninguna de las otras mujeres de la ciudadela se inmiscuía. En el centro del jardín, Cántara había decidido poner un pequeño estanque porque su jardinero más fiel le había hablado de unas nuevas plantas acuáticas llamadas nenúfares que se estaban poniendo de moda en todo Al-Ándalus.

Por las tardes, cuando el sol empezaba a ser menos intenso, se dedicaba a supervisar la labor llevada a cabo por el jardinero, momento que aprovechaban las dos amigas para deleitarse con el hermoso jardín.

Una tarde, mientras ella y Amina paseaban, Cántara se armó de atrevimiento y logró musitar:

—Amina, ¿por qué tienes la piel tan clara? ¿No eres árabe?

—No, no lo soy. Según me dijo un tratante de esclavas, soy vascona. Fui raptada a los nueve años. Me llevaron tres años a la ciudad de Madīnat an-Nabī[14] para adquirir coquetería y otros tres a Makka[15] para desarrollar mi feminidad. Después fui enviada a Bagdād[16] para ser ilustrada en la cultura. Ya no recuerdo nada de mis primeros años de vida, ni siquiera el idioma.

Cántara comprendió, sin que su amiga hubiese añadido nada más, que su vida de esclava no había sido nada fácil. El rostro de Amina, aunque intentaba mantenerlo impertérrito, empezaba a ser de diáfana lectura para su amiga y esta pudo vislumbrar un pequeño rictus de infelicidad en él.

—Amina, lo siento. Siento que hayas tenido que pasar por todo eso hasta llegar aquí, Allah es grande y seguro que tendrás tu recompensa por lo mucho que debes haber sufrido. Y siento haber despertado en ti ese recuerdo que te causa zozobra y malestar.

—Gracias, Cántara, pero ya tengo esa recompensa... te he conocido a ti. Mis recuerdos ya no persisten en mi mente porque tú has llenado el vacío que tenía dentro con tu bella amistad.

Cántara se echó a los brazos de Amina llorando con lágrimas de felicidad y tristeza a la vez. Felicidad por la amiga encontrada y tristeza por el sufrimiento pasado por esta.

Ambas mujeres habían encontrado lo que durante tanto tiempo habían estado deseando. Sus soledades habían acabado y la amistad que había surgido entre ellas desde el primer

momento que se habían visto se consolidó de tal manera después de esa pequeña conversación que sentían que sus vidas estarían unidas para siempre por los lazos inquebrantables del amor más desinteresado y leal que puede haber entre dos personas.

Durante los meses siguientes las confidencias entre las dos fueron haciéndose cada vez más íntimas. Cántara le contaba a Amina sus sueños, sus ilusiones, sus deseos de enamorarse apasionadamente de un hombre que la cuidase y que se preocupase por ella. Ella sabía que, si no aceptaba pronto un pretendiente, su padre decidiría con quien se habría de casar de entre los hombres de su familia, de preferencia, primos de ella. Esto la llenaba de zozobra porque entre sus parientes no había varón que pudiese hacerla feliz, ni que la desease y amase como ella esperaba. Por este motivo, procuraba pasar desapercibida cuando estos estaban en la alcazaba.

Cántara era una niña en las lides del amor. Su imaginación era desbordante y sus sueños siempre estaban llenos de un apasionado romance con el hombre más maravilloso de la Tierra. Amina, pese a tener pocos años más que Cántara, tenía una visión muy distinta de las relaciones con los hombres. Ella llevaba casi toda su vida cautiva por ellos y dedicada a ser complaciente con estos. Su experiencia le había enseñado que su satisfacción dependía de manera directa de la complacencia que conseguía dar al hombre.

En esas largas conversaciones Amina le contaba cómo había sido su vida hasta que un emisario del padre de Cántara la había adquirido para él. Le relataba con todo lujo de detalles las ciudades en donde había vivido y sobre todo lo que en estas le habían enseñado para ser la perfecta esclava cantora. Amina se había pasado su vida aprendiendo a saber satisfacer a los hombres musulmanes y no a esperar el amor. El cariño que ahora sentía por Cántara era nuevo para ella. Podría ser su hermana mayor, pero se sentía más como si fuese su madre.

A veces, Amina bajaba a la medina y le traía a su amiga perfumes y aceites comprados en el zoco. Cántara, los días que Amina bajaba a la medina, se quedaba triste, sentada en el patio, esperándola con ansiedad. Esa tristeza no era solo por la ausencia de su amiga, sino porque a ella le habría gustado acompañarla, pero su padre no se lo permitía. En cierta ocasión le había insinuado la posibilidad de acompañar a Amina y este lo había rechazado con energía.

Amina, a pesar de su condición de esclavitud, gozaba de una libertad muy distinta a las mujeres no esclavas del harén; podía pasearse sin velo por las calles y lugares públicos de la medina, además de asistir a las recepciones y banquetes que daba el padre de Cántara, exhibiendo su cultura ante los hombres, mezclándose entre ellos, luciendo sus cualidades especiales adquiridas a través de sus años de cautiverio y su formación en determinados temas de interés para ellos. A la vez los entretenía por medio del baile gracias a su flexible cuerpo, de vientre liso, con el que conseguía dar una especial agilidad a sus movimientos; y del arte del canto con su voz angelical; o bien, recitando y tocando el laúd afinado por ella con anterioridad. Así mismo, recitaba poesía árabe clásica con una voz pura y limpia,

vocalizando a la perfección con una técnica métrica y gramatical digna de envidia.

En Laqant, aun siendo una pequeña medina, se fletaban barcos para el comercio, que transportaban los afamados tejidos de seda y lino, el azafrán, el esparto y el preciado y escaso cinabrio. Por tanto, el caíd Hakîm Al Saadi mantenía relación con ricos comerciantes de la comarca y le gustaba ofrecerles su alcazaba, a la vez que presumía de su nueva esclava cantora.

Mientras que su padre daba estos banquetes, Cántara tenía que permanecer en sus aposentos, ya que a esas recepciones acudían señores de otras alcazabas, comerciantes ricos de otras tierras y no solo hombres de su círculo familiar, por lo que su padre preservaba la honra de Cántara en la intimidad, protegiéndola del mundo exterior masculino.

En ocasiones, Amina, en la soledad de los aposentos de Cántara, le enseñaba el arte de embellecerse. La joven, en esos momentos, se sentía feliz aparentando ser una esclava cantora que disfrutaba de una vida más intensa de la que ella tenía en la realidad, que gozaba de la libertad que Amina poseía, e imaginándose adorada por sus cualidades físicas y culturales; por ser la flor más bella y delicada de la alcazaba. En otras ocasiones le daba clases de geometría o aritmética, así como la instruía en el arte de recitar.

Amina le estaba abriendo un mundo nuevo a Cántara y a esta le maravillaba. Por fin se sentía todo lo feliz que podía ser encerrada entre los muros de la fortaleza. Aun así, Cántara sentía envidia de Amina debido a la libertad que tenía su amiga a la hora de entrar y salir de la ciudadela. Su máximo deseo era poder pasear por las calles del zoco.

Un día, viendo el ansia que tenía su amiga, Amina le propuso que se vistiera como ella y la acompañase en uno de sus paseos por la medina. Cántara se escandalizó, asustada de lo que podría hacerle su padre si se enterara.

—Cántara, no seas miedosa y recuerda que tu padre te adora y jamás te haría algo que en verdad te pueda hacer daño. Así que... ¿qué podría hacerte? ¿Castigarte a no salir de la alcazaba? —terminó con ironía Amina.

—No sé, querida, una cosa es tener la libertad que tú tienes y otra desobedecer a mi padre.

—Mira, solo pruébalo una vez. Hacemos una visita rápida a casa de una amiga que he hecho en la medina. El hombre de la casa, su marido, es pescador y durante la mañana está en la mar y por la tarde vende lo que ha pescado. Mi amiga se dedica a las tareas del hogar y a cuidar de sus hijos. Si vamos esta tarde, seguro que está allí. No creo que por eso se molestase tu padre, aunque se entere.

—No, no se molestaría si tú no fueses una esclava. He de ir, si quiero salir, con mujeres libres y, si es posible, de mi misma familia, y ya has podido comprobar por ti misma como me ignoran todas las mujeres de mi padre.

—Sí, me he dado cuenta y no entiendo cómo tu padre no percibe el vacío que te están

haciendo.

—Amina, yo soy hija nacida del amor. Mi madre fue la primera esposa de mi padre y la más querida. En el harén se hacía lo que ella decía. Como favorita, disponía de todos los privilegios posibles. En cuanto ella murió, los celos de las otras esposas se reflejaron en mí. Al principio me hacían la vida imposible, ahora ya me ignoran. No existo para ellas.

—Mejor que sea así, Cántara. He podido comprobar por mí misma lo arpiás que son. Me imagino que contigo aún habrán sido más crueles siendo, como has sido y eres, una niña. Yo me sé defender de ese tipo de mujeres. He compartido toda mi existencia entre ellas.

—Pero ahora ya no las necesito para nada, te tengo a ti y es cuanto deseo, así que... olvidémonos de ellas.

—Y yo a ti, Cántara, y por eso quiero hacer realidad tu sueño más deseado —insistió Amina—. Mira, hoy tu padre ha partido de viaje a hacer una visita a un comerciante de esparto en Uryûla^[17], por lo que estará varios días ausente. Sabes que las mujeres del harén ni se darán cuenta de tu ausencia por que no te buscarán para nada. Decídete. Vente conmigo vestida de sirvienta, nadie se dará cuenta.

—Si insistes... Lo deseo tanto... —Se dejó convencer.

Las amigas se abrazaron y echaron a correr hacia el aposento de Amina para coger todo lo necesario. Se vistieron todo lo más sencillas que pudieron, sin las sedas que Cántara solía usar, se pusieron un velo y se encaminaron, aparentando tranquilidad, hacia una de las salidas de la alcazaba que bajaba por la loma del monte Benu-lQatil, siguiendo el camino de las murallas y que llegaba por el interior hasta la villa. Era un camino abrupto y difícil, pero era lo que en esos momentos menos le importaba a Cántara.

Según iban bajando, la joven conseguía divisar el recinto urbano y esto hacía que su joven corazón se acelerase cada vez más. Un sentimiento de ansia a la vez que de miedo estaba acudiendo a su alma pura. Todo le parecía grandioso comparado con su alcazaba.

La medina estaba formada por manzanas de casas de parcelas pequeñas con formas irregulares y adaptadas al terreno, ya que trepaban por la ladera del monte. Las dos calles principales iban paralelas a las murallas y al mar, y se comunicaban entre ellas por calles transversales con escalinatas y pequeñas plazas. La población que permanecía dentro de las murallas vendría a ser, poco más o menos, de un millar de habitantes. Sobre las casas, construidas con muros realizados con la técnica del encofrado, sobresalía la torre del minarete de la Mezquita Aljama^[18].

Cuando llegaron a la villa fueron a parar a una de las calles transversales por donde bajaban las aguas que recorrían la ladera del monte Benu-lQatil e iban a desembocar al mar. Amina guio a su amiga a una casa que se encontraba en esa misma calle haciendo esquina con una de las calles paralelas al mar y desde la que se divisaba, al fondo, la puerta principal de la mezquita.

Cántara miraba hacia todos los lados sorprendida, observando y memorizándolo todo

para poder recordarlo cuando regresase a la alcazaba. Amina, viendo que Cántara se había quedado rezagada en medio de la calle, la agarró por una mano y tiernamente la obligó a seguirla. Retiró la cortina que tapaba la entrada a la casa y penetró en ella, permitiendo primero que pasara su amiga.

Cuando habituaron sus ojos a la penumbra de la casa, Cántara pudo ver el interior de esta. La sala en la que se encontraban estaba iluminada por candiles. Su suelo era de canto rodado, tierra y cal. La sala disponía de escasos muebles. Algunas jarras y vasijas estaban dispersos por esa habitación que parecía ser la cocina. Al fondo había una mujer delante de un banco de obra y sobre él había platos de cerámica vidriada para presentar los alimentos y hornillos portátiles que facilitaban cocinar en cualquier estancia de la casa. Frente a la mujer había un *tannûr*[19]. Al sentir que alguien descorría la cortina, giró la cabeza y miró para ver quién entraba. Al ver a las dos mujeres retiró las manos de un gran plato en el que, al parecer, estaba amasando algo. Se las limpió y se dirigió al encuentro de ellas con las manos extendidas.

—*As-salaam aleykum*[20] —las saludó la mujer.

—*Wa`alaykum assalam*[21], Ghalia —contestó Amina.

Ghalia era una mujer corpulenta. Sus manos ásperas revelaban que estaba acostumbrada al trabajo duro. Su pelo y ojos, como el de casi todas las árabes, eran negros y la expresión de su cara, sus ojos chispeantes, relataban la felicidad que sentía dentro de ella.

—Querida Ghalia —dijo Amina—, he tenido la osadía de traer a tu casa, conmigo, a una grandísima amiga, más bien una hermana.

—Sabes de sobra que tanto tú, como todo lo que tú ames, siempre será bien recibido en mi humilde casa.

—Gracias, Ghalia —logró musitar Cántara llena de vergüenza.

—Pasad al patio, poneos cómodas y enseguida me reúno con vosotras. Estoy terminando de hacer unas tortitas de pan —les ofreció con amabilidad indicándoles una puerta abierta al fondo, por donde entraba la luz del día y por la que se dejaba oír una algarabía propia de niños.

—Por supuesto, Ghalia. Mientras que tú terminas, iremos a saludar a tus parientes —confirmó Amina dirigiéndose hacia allí.

Cuando traspasaron la puerta se encontraron con un típico patio central, el corazón del hogar musulmán, donde se centraba la vida doméstica. En torno a este se distribuían las estancias de la casa. En casa de Ghalia convivían, además de ella con Karîm, su marido, los padres y un hermano de Karîm con su esposa, y los hijos de ambos hermanos, así que había tres habitaciones para cada uno de los matrimonios y otra para los hijos. Las puertas de las cuatro habitaciones permanecían abiertas y se distinguía en el interior el escaso mobiliario del que disponían. En todas ellas había esteras en el suelo para el descanso de sus habitantes y poco más. Otra de las estancias Cántara supuso que sería la letrina, y aún

había otra puerta más, además de la de la cocina, por donde habían entrado al patio. Más tarde pudo comprobar que esa puerta daba a un patio posterior donde había un aljibe rectangular enlucido por completo en rojo y desde el que salían las canalizaciones de piedra para recoger el agua que bajaba del Benu-lQatil. Junto al aljibe había un pequeño almacén en el que el señor de la casa guardaba sus aparejos de pesca.

Nada más entrar al blanco patio, encalado de arriba a abajo, los niños corrieron hacia las dos mujeres. Reconocieron a Amina y se le echaron encima literalmente. La joven dio un traspié y casi se cae al suelo. Se agachó para estar a la altura de los niños y se puso a jugar con ellos haciéndoles cosquillas.

En medio del patio, sentados en el suelo sobre unas esterillas y alrededor de una mesa muy baja, estaban los padres de Karîm y la mujer del hermano de este. Las dos mujeres estaban dedicadas a tareas del hogar mientras que el hombre oraba en silencio. Una de ellas, la más joven, estaba tamizando la harina con la que luego cocinarían y la más mayor se dedicaba a hilar tejido para confeccionar ropa a la familia.

Amina se incorporó y, cogiendo a Cántara de la mano para que la acompañara, se dirigió hacia los parientes de Ghalia.

—*As-salaam alaykum* —los saludaron Amina y Cántara.

—*Wa`alaykum assalam* —les respondieron.

—Venid y sentaos con nosotros —les ofreció Fátima, cuñada de Gahila.

—Gracias, Fátima. Deseaba volver a veros. Quería que conocierais a Cántara, casi una hermana para mí.

—Bienvenida, Cántara —la recibió Fátima en nombre de todos.

—Gracias, Fátima. Estoy encantada de estar aquí —contestó Cántara sentándose junto a Amina y frente a los habitantes de la casa.

Amina se interesó por la salud de los padres de Karîm manteniendo una cordial conversación sobre dolencias varias.

Mientras, Ghalia había acabado de hacer las tortitas de pan y se había esmerado en preparar un plato con frutos secos (higos, pasas, dátiles, etc.) y unos vasos con *xarab*^[22] hecho con frutos y especias, para agasajar a sus invitadas. Se dirigió con el plato hacia donde se encontraban sus familiares y amigas, lo dejó sobre la mesa y volvió otra vez a la cocina para traer, esa vez, los vasos preparados. Una vez servido el ágape se sentó en torno a la mesa como todos los demás. Estuvieron conversando de manera amigable durante un buen rato.

Cántara rebosaba de alegría mirándolo todo y a todos e interviniendo en la conversación siempre que se dirigían a ella. Parecía mentira que una cosa tan simple como era una reunión en una casa de trabajadores la hiciese sentirse tan feliz.

Cuando Amina anunció que debían marcharse, Cántara se sobresaltó. No se había dado

cuenta de que el tiempo pasaba y de que debían volver a la alcazaba antes de que alguien la echara en falta.

Cántara y Amina se despidieron con afecto de Ghalia y su familia, y encaminaron sus pasos hacia la alcazaba por el mismo recorrido que habían hecho pocas horas antes. Cántara, durante todo el trayecto, no dejaba de girar la cabeza para seguir contemplando la villa que acababan de dejar.

En cuanto llegaron a la alcazaba, se dirigieron a la habitación de Amina para cambiarse de ropa. Mientras lo hacían las dos mujeres comentaban la impresión que le había producido a Cántara la visita a la medina. Esta estaba eufórica y no dejaba de abrazar a su amiga agradeciéndole que la hubiese convencido para que la acompañase. Amina, viendo lo feliz que se sentía su amiga, le prometió hacer otra pequeña excursión.

—Amada Cántara, si tú lo deseas, volveremos otro día, pero esta vez visitaríamos la mezquita. Ya es hora de que puedas orar en un sitio adecuado. Allah, el Compasivo, el Misericordioso, oirá tus ruegos y te dará todo el bien que te mereces por ser un alma limpia y pura.

A Cántara, al oír a su amiga, se le llenaron los ojos de lágrimas. Deseaba mucho poder ir a recogerse en la oración a esa mezquita que imaginaba digna de Allah, al que oraba repetidas veces a lo largo del día y al que amaba con todo su ser, ya que la había reconfortado en los momentos de mayor soledad.

Las dos amigas conversaron un rato sobre este tema. Debían aprovechar esos días durante los cuales el padre de Cántara estaba ausente. Acordaron que la mejor hora para bajar a la villa para ir a la mezquita era al mediodía, para la oración del Dhurh, ya que, a esa hora, durante el cenit, cuando el sol estaba en lo más alto del cielo —después de dar la impresión de permanecer parado durante un corto espacio de tiempo— y las sombras comenzaban a alargarse en la alcazaba, era momento para la ociosidad. El sol caía con fuerza y la actividad se ralentizaba. Cada uno de los habitantes de la alcazaba se dedicaba a sus propios quehaceres de preferencia en su propio cuarto; los árabes y muladíes oraban y los mozárabes se dedicaban, la mayoría, a descansar. Tomaron la resolución de hacer esa incursión a los dos días.

CAPÍTULO 3

Al cabo de unos días, Eduardo pasó a recoger a Regina en su coche, metieron la maleta de ella junto a la de él en el maletero y partieron hacia la estación de tren.

El arqueólogo se había encargado de hacer la reserva en el hotel Conquistador, frente a la fachada oriental de la Mezquita de Córdoba y había concertado una cita con Juan Pablo Alcázar en su despacho de la Casa Árabe para el día siguiente. Había decidido reservar dos habitaciones para respetar la intimidad de Regina, pero en su fuero interior esperaba que solo utilizaran una.

Salían de Alicante a las ocho de la mañana, harían enlace con el Ave a las once en punto y llegarían a Córdoba a la una menos cuarto, así que tendrían toda la tarde para disfrutar de la ciudad antes de asistir a la reunión.

Durante el trayecto en el tren tuvieron tiempo para hablar largo y tendido sobre el tema que los llevaba a Córdoba. Eduardo le fue exponiendo sus elucubraciones sobre cómo había llegado ese manuscrito con el Nombre Supremo de Alá a las manos de Abderramán III.

—Verás, he estado buscando información sobre los Omeyas a cuya dinastía pertenecía Abderramán III. Esta dinastía gobernó en Damasco desde el año 661 hasta el 750 de nuestra era, en el que los abasíes acabaron con toda la familia de Abderramán I salvo él mismo, que consiguió escapar. Abderramán I puso rumbo hacia occidente y buscó cobijo en Marruecos. En el 755 desembarcó en Almuñécar y un año después derrotó al gobernador de Córdoba, proclamándose emir. Mis suposiciones van encaminadas a que fue Abderramán I el que, en el caso de que todo esto fuese verdad, se trajo de Damasco la sura con el secreto del Nombre Supremo de Alá. ¿Cómo la había conseguido él? Lo ignoro y eso es en lo que espero que me dé algo de luz el experto al que vamos a visitar.

A Regina le pareció muy factible su especulación y así se lo hizo saber agregando alguna observación que potenció una larga conversación. Ambos sentían como si ese periodo de dos meses no hubiese sucedido y la camaradería que tenían desde que se conocieron, en lugar de haberse atenuado, se había acentuado y condensado en otra miríada de sentimientos. Con cualquier excusa sus manos buscaban el contacto del otro mediante roces que dejaban traslucir la añoranza.

El trayecto se les hizo cortísimo y, en cuanto se dieron cuenta, estaban llegando a Córdoba. Salieron de la estación y cogieron un taxi para que los llevara al hotel. Mientras

contemplaban el recorrido por las ventanillas, Eduardo posó una mano en la pierna de Regina. Con tan solo ese roce, él siempre había conseguido que Regina se estremeciera de pies a cabeza. En ese momento necesitaba saber que ella seguía sintiendo las mismas sensaciones cuando estaban juntos y así fue. Notó en su piel el estremecimiento que había recorrido a Regina en cuanto puso la mano en su muslo.

Tenía muchas ganas de estar a solas con ella, demostrarle lo que sentía por ella y cuánto la deseaba, pero ese no era el lugar adecuado para desatar sus instintos porque quizás no podría controlarlos. Llevaba demasiado tiempo echando en falta la calidez del tacto de su piel, sus suspiros de pasión y las sensaciones que solo la joven había logrado despertar en él.

Regina, por su parte, al sentir la mano de Eduardo y reconocer su tacto, rememoró el último encuentro que habían tenido antes de despedirse. Ambos habían sabido que tardarían en verse y sus cuerpos se habían comportado como si no quisieran separarse. Esa noche, en su cama, después de dejarse llevar como nunca antes lo había hecho, la joven había permanecido despierta contemplando el sueño del arqueólogo. Había analizado cada una de sus pequeñas arrugas gestuales, las brillantes hebras plateadas que empezaban a despuntar en sus sienes y el contorno de sus facciones. Había memorizado cada rasgo de Eduardo tomando conciencia de que lo iba a echar de menos.

Se mantuvieron en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos, hasta que llegaron al hotel. Dejaron sus pertenencias en las habitaciones y salieron a la calle. Habían decidido dar una vuelta por los alrededores, dejando la visita a la mezquita para después de comer. Hacía un día fresco pero luminoso que invitaba a recorrer las intrincadas callejuelas aledañas al hotel. En cuanto comenzaron a caminar por la calle, Eduardo cogió a Regina por la cintura y sintió su calor a través de la ropa. Era el primer momento de intimidad que tenían desde hacía más de dos meses, aunque fuese una intimidad aparente, ya que los alrededores de la mezquita siempre estaban llenos de turistas.

—Regina, me alegro mucho de que hayas decidido acompañarme. Te he echado muchísimo de menos.

—Yo a ti también, Edu. No sabes cuánto.

Eduardo se inclinó hacia ella y le dio un beso en los labios con ternura. Regina entreabrió los labios húmedos y deseosos. Se pararon y dándose un abrazo gozaron los dos de ese beso tan esperado. Sus bocas se reconocieron ahondando la una en la otra. La pareja perdió la noción de dónde se encontraban. Cuando lograron separar sus labios, se quedaron quietos mirándose a los ojos, transmitiendo el uno al otro, con la mirada, un conglomerado de sentimientos que necesitaban exteriorizar en la primera oportunidad que tuvieran.

Ninguno de los dos sabía por qué habían tardado tanto en darse el primer beso tras volverse a encontrar. Jamás les había ocurrido algo así, más bien todo lo contrario. Quizás, reconocer para sí mismos la potencia que habían alcanzado los nuevos sentimientos los hacía ser más cautos con sus manifestaciones.

Siguieron caminando cogidos por la cintura. Eduardo, para aligerar el ambiente, comenzó a explicarle en qué zona de Córdoba estaban y dónde se encontraban los monumentos más visitados de la ciudad. Al cabo de un rato, dieron la vuelta hacia el hotel donde habían decidido comer lo antes posible y así iniciar la visita a la mezquita con unas cuantas horas por delante.

Cuando concluyeron la comida en el restaurante del vistoso patio andaluz que formaba parte del hotel, subieron a las habitaciones, se asearon, se pusieron un calzado cómodo y salieron del hotel.

Frente a este se hallaban las puertas de la mezquita construidas a finales del siglo X. Todas ellas tienen un arco de herradura enmarcado por un alfiz^[23] siguiendo como modelo la Puerta de San Esteban, que es la más antigua que se conserva. El emir Abderramán I inició la construcción de la Mezquita de Córdoba en el año 786, pero luego fue ampliada en diversas etapas por Abd al-Rahman III, al-Ḥakam II y al-Manṣūr.

Pese a que en la misma calle del hotel se encontraba la puerta de Santa Catalina, que permite la entrada al Patio de los Naranjos de la mezquita, desde dónde se tiene el único acceso a la sala de oración o Haram^[24], decidieron dar la vuelta a todo el recinto para admirar toda la fachada de la mezquita antes de entrar en ella.

Cogidos de la mano, pasearon con tranquilidad hacia el sur al tiempo que apreciaban las puertas del lado este. Observaron que cinco de esas puertas, restauradas recién entrado el siglo XX, conformaban una imagen del conjunto de la que carecía el resto de las otras tres fachadas, ya que las cinco, situadas entre los contrafuertes del muro, compartían idénticas estructuras formadas por un arco ciego de herradura sobre el vano de las puertas, en el que se alternan grupos de ladrillos rojos con piedras grabadas con motivos vegetales. Alrededor de las puertas, distintos tipos de arcos más pequeños, también con inscripciones en piedra de motivos vegetales o geométricos en algunas, y de citas religiosas en otras, además de dos ventanas cerradas con celosías de mármol blanco, componen una agradable belleza armónica.

—Toda esta fachada occidental corresponde a la ampliación de Almanzor, que se llevó a cabo entre los años 987 y 990, y que fue la tercera, última y mayor ampliación de la Mezquita Aljama^[25] de la capital del califato de Córdoba, cuando era califa Hisham II, y cuyo poder real lo ostentaba su primer ministro, al-Manṣūr, más conocido como Almanzor, de ahí que se la denomine así —explicó Eduardo a Regina mientras caminaban.

Cuando los dos jóvenes dieron la vuelta a la esquina para recorrer el muro sur, se encontraron en primer lugar con un balcón de estilo plateresco construido en piedra durante el siglo XVI, y a continuación tres pisos de arcadas formadas, cada una de ellas, por cinco arcos construidos en el siglo XVIII. En las dos series de arcos superiores, una barandilla de forja los convierte balcones con entradas independientes.

La esquina siguiente los hizo desembocar en el muro occidental, desde donde primero pudieron observar dos de las puertas que se habían reformado al mismo tiempo que las del muro oriental y que guardan una cierta similitud con aquellas, la Puerta de la Paloma, con

uno de los ejemplos más evidentes de la mezcla de estructuras musulmanas y cristianas, y la Puerta de San Esteban, fechada en el siglo VIII, por lo que es la más antigua de la mezquita.

Terminaron de completar el exterior del recinto religioso en cuanto giraron la esquina del muro occidental para embocar el norte del recinto de la mezquita.

—Mira —señaló Eduardo alzando el brazo—, ahí está la torre-campanario de la catedral y antiguo alminar de la mezquita, y junto a ella la puerta del Perdón, por donde vamos a entrar al interior del Patio de los Naranjos.

En cuanto Regina cruzó los dos arcos de herradura apuntados entre los que se albergan las bellas puertas cubiertas de cobre cuando estaban abiertas, se adentró en el pequeño vestíbulo que da acceso al interior del recinto y elevó la vista a lo alto, subyugada por la belleza que contemplaba bajo la bóveda decorada con yeserías en estilo barroco. Permaneció clavada en medio del atrio durante largos segundos hasta que Eduardo la agarró por la mano y la arrastró hacia el interior.

—No quiero presionarte, Regina, pero tenemos mucho que ver y poco tiempo.

—No te preocupes, si es necesario, me pegas un empujón. Suelo quedarme embobada cuando algo me gusta —le aseguró a la vez que lo miraba con una amplia sonrisa.

Una penetrante fragancia a azahar inundó las fosas nasales de los dos jóvenes al acceder al interior del Patio de los Naranjos. Sorprendentemente, algunos de los árboles frutales estaban moteados con sus blancas flores y otros con azahares abotonados que no tardarían en abrir la flor para embrujar el ambiente. Ese era un hecho muy poco corriente en esas fechas, pero la extraordinaria temperatura primaveral que se había instalado en Córdoba durante ese último mes lo había propiciado.

Eduardo la guio hacia las casetas para adquirir las entradas y poder acceder a la sala de oraciones. Estas están situadas en la galería que delimita el patio en tres de sus lados y en la que se puede apreciar numerosas vigas califales labradas con decoración vegetal, algunas de ellas con restos de policromía que proceden del artesanado de la zona de ampliación de al-Ḥakam II. Esa techumbre de madera de alerce se había desmontado a finales del siglo XIX y principios del XX, y ahora sus vigas colgaban de las paredes, expuesta alrededor del patio bajo el amparo de la galería formada por grupos de tres arcos.

Conforme se acercaban a la parte este, oyeron el rasgar de una guitarra y unas voces se alzaron por encima del gentío.

—Se te nota en la mirada que vives enamorada...

El soniquete de esa rumba los atrajo hasta un grupo de jóvenes que, bajo uno de los arcos del corredor, tocaban las palmas y cantaban al ritmo de la guitarra. Regina miró el perfil de Eduardo que, al darse cuenta de que era observado, giró su cabeza hasta enfrentarse a la mirada de la joven. Una tierna sonrisa escapó de los labios de Regina al tiempo que comenzaba a seguir el ritmo de la canción con su cuerpo.

—No me creo que esta rumbita no haga que te muevas sin poder evitarlo —le recriminó con sorna mientras lo hostigaba dándole golpecitos con la cadera.

—Anda, vamos, que te gusta más un sarao que un helado a un niño —bromeó a la vez que la arrastraba hacia la entrada de la sala de oraciones.

—Pues no te creas, yo también prefiero un helado —le aclaró Regina con una sonrisa al tiempo que se dejaba llevar.

En cuanto Regina y Eduardo penetraron en el interior de la mezquita por la Puerta de las Palmas, se vieron envueltos por el embrujo exótico que emana de cada uno de sus rincones. Mientras caminaban por el bosque de columnas sobre las que surgen una doble arcada bicolor, en la que apreciaron cómo se alterna la piedra caliza y conjuntos de tres ladrillos rojizos, que forman franjas blancas y rojas, y que dan una sensación de profundidad infinita que acentúa su inmensidad, iban admirando en silencio la grandiosidad del monumento que invita al recogimiento interior.

Según se adentraban hacia el sur, entre el laberinto de columnas iluminadas a través de las celosías y de las cúpulas que apenas dejan traspasar la luz, además de las acertadísimas lámparas instaladas a tal fin, descubrían motivos nuevos que admirar. A la derecha, una sucesión de capillas enrejadas dedicadas a distintos santos con hermosos retablos dorados, esculturas, cúpulas y ornamentos de mármol los condujo hasta la capilla de Villaviciosa. La pareja miró hacia arriba para contemplar uno de los cuatro lucernarios que, situados de forma estratégica, guían hacia el lugar más importante del recinto: el mihrab[26].

Tras un tramo más de columnas, llegaron a la valla que rodea la macsura[27], que está compuesta por tres espacios o pabellones con cúpulas revestidas de una refinada y suntuosa decoración e iluminadas por los otros tres hermosos lucernarios, aunque el pabellón central, el situado frente al mihrab, es el que cuenta con la decoración más bella y rica de los tres. El cierre arquitectónico a base de arcos entrecruzados que soportan los lucernarios tiene una muy bella ornamentación en la que se alternan piedras talladas con yeso con otras lisas, todas dotadas de una policromía que, en la actualidad, en gran parte, ha desaparecido.

Cuando la pareja se posicionó en el centro del enrejado, frente a la entrada del mihrab, en el muro de la alquibla[28], formada por un gran arco de herradura enmarcado con un alfiz decorado con mosaicos y paneles de mármol labrados, estaban verdaderamente deslumbrados ante la belleza que los rodeaba. Eduardo pasó el brazo derecho sobre los hombros de Regina.

Tanto el acceso al mihrab como la cúpula del pabellón central de la *maqsur*a presentan una mayor riqueza ornamental a base de ricos mosaicos con teselas de oro y lapislázuli, donde se suceden bellas decoraciones vegetales, florales y geométricas con inscripciones en árabe, alusivas al Corán y al califa, en oro y ricos colores.

—Da igual las veces que pasee por este excepcional recinto, cada vez que entro en él me impregno del significado místico que destila. ¿Te has fijado en las inscripciones en letra

cúfica? Reproducen la sura 59, aleluya 23 del Corán, que dice: «En el nombre de Alá, Clemente y Misericordioso. Él es el Dios; no hay más dios que Él: el Rey, el Santo, la Paz, el Fiel, el Protector, el Glorioso, el Victorioso, el Excelso. Él está por encima de cuantos ellos lo asocian». Y mira —continuó Eduardo señalando las teselas incrustadas en el arco del mihrab y la cúpula de la macsura—, todas esas teselas son bizantinas. Al-Hakam ii, que fue el califa que amplió esta parte de la mezquita, le pidió al emperador de Bizancio, Nicéforo Focas, que le enviara teselas multicolores y él mandó a Córdoba un maestro artesano bizantino y trescientos veinte quintales de mosaicos de vidrio de distintos colores, en especial, dorados, rojos y azules cobalto.

—Edu, esto es mucho más grandioso de lo que yo me imaginaba. Estoy tan anonadada por su belleza que sé que no voy a encontrar las palabras adecuadas para explicarlo cuando vuelva a Alicante. Nada más traspasar la puerta de entrada, me he visto transportada a otro mundo y mi asombro va creciendo a medida que voy descubriendo la grandeza de este edificio. Parece mentira que aún conserve todo su carácter original pese a que fue construido hace más de diez siglos. Desde luego, es la prueba viviente del esplendor que tenía en sus días el dominio musulmán en occidente.

—Estoy de acuerdo contigo, a mí me produce una paz increíble y, pese a no ser creyente, parece que estas paredes me invocan para que me abstraiga en mí mismo, me analice e incluso han conseguido, en alguna ocasión, que ore o más bien pida algún deseo con fervor. Y es curioso, pero, ahora que lo recuerdo, la última vez que estuve aquí añoré tu compañía y sentí deseos de que estuvieses junto a mí admirando toda esta grandiosidad, y pedí que, la próxima vez que viniese, tú me acompañases. Como ves, las circunstancias han hecho que se cumpliera mi deseo —le dijo mirándola con fascinación.

—No podría haber pensado en ningún mejor acompañante para visitarla —dijo Regina acariciándolo con la mirada.

Eduardo no pudo contenerse, presionó a Regina contra el enrejado y la besó con ardor. Casi sin despegar los labios, le susurró:

—Te quiero, Regina.

Regina sintió que todo su cuerpo se llenaba de una ola de felicidad. El entorno, aunque no pareciese el más idóneo para esas muestras de cariño y de deseo, era el que había facilitado y propiciado que tanto Regina como Eduardo sintiesen el anhelo irrefrenable de demostrarlos. A pesar de todo, tuvieron mucha suerte, ya que esa zona solía estar abarrotada de turistas, pese a que en ese momento estuvieran solos.

—Mejor será que continuemos, cariño; si no, no respondo de mí mismo —manifestó Eduardo apartándose con esfuerzo de su cuerpo al que se había acoplado perfectamente.

Desviaron sus pasos hacia el ombligo de la mezquita, donde está situada la catedral, que fue construida en 1523, para lo que se retiraron sesenta y tres columnas. La joven pudo comprobar que era de estilo plateresco y con planta de cruz latina, como la mayoría de las iglesias. A pesar de la belleza que por sí sola poseía, en la que resalta el retablo de mármol

rojo, dos importantes púlpitos barrocos y la extraordinaria sillería del coro labrada en caoba, Regina tuvo la sensación de que, con la construcción de esa catedral, la España cristiana había cometido una equivocación, ya que al intentar englobarla dentro de la mezquita lo que habían conseguido era, por una parte, menguar la grandiosidad de la sala de oraciones al acortar la perspectiva de ese bosque de columnas, y por otra parte, deslucir la propia catedral al ser comparada con la maravilla arquitectónica que la rodea.

Regina se sentó en una esquina de uno de los bancos centrales del recinto del coro para observar con tranquilidad y más de cerca las sillas labradas con diferentes tallas, que recogen en medallones, entre otras, imágenes de la vida de Jesús, de la vida de la Virgen María y escenas del Antiguo Testamento.

—Mira, Edu, ¡qué maravilla! —instó al joven mientras señalaba con el dedo una de las caras talladas en la parte frontal de uno de los brazos de una silla—. ¿Has visto qué figura más curiosa? Tiene la frente y los ojos tapados por un velo o algo así. ¡Y mira esta! —exclamó señalando a otra—. Es algo en verdad increíble. Casi no hay un centímetro de madera sin labrar en toda la sillería. ¡Impresionante!

Eduardo soltó una carcajada feliz ante el entusiasmo de Regina.

A continuación, volvieron sobre sus pasos para continuar recorriendo los muros del sur y del este a fin de contemplar las diversas capillas y altares que todavía les quedaba por visitar.

Después de admirar largo rato todos los rincones que fueron capaces, ya que ese recinto se merecía mucho más que una tarde para poder disfrutarlo entero, volvieron al Patio de los Naranjos. El tiempo se había detenido para ellos y no se habían dado cuenta de que este, aunque dentro de la mezquita parecía que no existía, transcurría inexorablemente. La pérdida de sensación de tiempo, tanto temporal como de ubicación, hicieron que Regina y Eduardo experimentaran las mismas emociones y sensaciones, la misma admiración y veneración que habían sentido los andalusíes que asistían a las oraciones o que acudían a aprender el Corán en un lejano pasado.

Se dieron cuenta, con sorpresa, de que ya había transcurrido toda la tarde y de que las puertas de la mezquita estaban próximas a ser cerradas. Se encaminaron con lentitud a la salida sin dejar de observar minuciosamente todos los detalles que se iban encontrando por el camino.

El embrujo del lugar los acompañó hasta la salida y perduró durante el resto de la noche. Se sentían serenos, plácidos, como si algo etéreo hubiese penetrado en el interior de sus cuerpos y los hubiera revestido de una paz interior difícil de describir.

Durante la cena, Eduardo y Regina no pudieron evitar centrar la conversación sobre la maravilla arquitectónica que acababan de ver.

—No dejo de asombrarme cada vez que recuerdo que la mezquita original se hizo en poco más de un año —le comentó Eduardo a Regina.

—Pues a mí lo que me sorprende es ese derroche de imaginación al reutilizar las columnas y capiteles de edificios romanos y visigodos, cuyas ruinas eran abundantes en occidente en esos tiempos, sobre los cuales descansa un gran pilar rectangular para obtener la altura necesaria para poder enlazar sobre ellos los arcos de medio punto y, bajo estos, otros arcos, esta vez de herradura, que impiden el desplazamiento lateral de las columnas. Estético y útil a la vez. Lo siento —apuntó con una amplia sonrisa—, pero no puedo dejar de lado mi faceta como constructora y dejar de admirar la destreza en la arquitectura.

—Es cierto. Es una auténtica maravilla; hay que verlo para creerlo.

—La verdad es que solo por ver la mezquita ya ha valido la pena el viaje, Eduardo. Tenía unos deseos enormes de visitarla, pero ya me conoces, desde que falleció mi padre no he podido disfrutar de unas vacaciones. Creo que esta visita me ha cambiado. Ha llegado el momento de reconocer que me estoy perdiendo muchas maravillas que nos rodean y que tenemos al alcance de nuestras manos, en nuestro propio país; así que voy a hacerme el firme propósito de ir descubriéndolas poco a poco.

—Harás bien, Regina. Te aseguro que vale la pena. A ver si mañana nos da tiempo y podemos ir a visitar otra de esas maravillas.

—¿Cuál? —preguntó Regina.

—Medina Azahara, la ciudad califa. Según se ha podido saber sobre ella por numerosos manuscritos, era una ciudad esplendorosa, construida por capricho de Abderramán III en el siglo X. Es una pena que solo se haya excavado el diez por ciento de su superficie. Espero que algún día podamos disfrutar de ella en toda su extensión.

—Ya que hablas de mañana —dijo Regina cambiando de tema—, ¿qué crees que nos dirá Juan Pablo Alcázar?

—No lo sé. La verdad es que me tiene preocupado esa reunión. Por lo que sé de él, tengo entendido que es una persona que está dedicada en cuerpo y alma a la Casa Árabe donde trabaja. No suele conceder entrevistas a no ser por temas relacionados con este, pero esta vez se ha visto obligado, ya que hemos tenido que recurrir a su superior. Así que, debido a estas circunstancias, no sé si querrá colaborar con agrado o simplemente cumplirá e intentará deshacerse de nosotros lo antes posible.

—Bueno, pues creo que lo mejor que podemos hacer es irnos a descansar para mañana estar bien despejados y tener toda la lucidez posible para conseguir que nos ayude.

—Tienes razón, la visita a la mezquita nos ha dejado agotados, necesitamos un sueño reparador.

Subieron hasta la primera planta donde se encontraban sus respectivas habitaciones, una frente a la otra. Cuando llegó el momento de despedirse, Regina le dijo a Eduardo:

—¿En serio vamos a dormir en habitaciones separadas? Estaba esperando a ver hasta donde llegabas con esta locura, pero veo que, si te sigo llevando la corriente, me quedaré

otra noche anhelando tu compañía —le espetó con sorna.

Eduardo se rio con unas fuertes carcajadas.

—Caray, Regina, quería comportarme como un caballero y respetar tu independencia.

—Buenos, pues yo prefiero «acostarme» en «tu» compañía —alegó recalcando ciertas palabras—. ¿En tu habitación o en la mía?

—Si no te importa, en la mía —le contestó abriendo la puerta para dejarle paso para que la traspasara.

La joven entró, se deshizo de la chaqueta que la había cubierto del frescor nocturno durante la cena y la depositó sobre uno de los cuatro sillones rojos que rodeaban la mesa cuadrada de cristal que había junto a la puerta. Al otro lado de la mesa había un sofá tapizado igual que los sillones, con un aspecto muy cómodo, y enfrente una arcada, con una pilastra a cada lado, daba paso al dormitorio donde se divisaba una inmensa cama con un cabezal que imitaba la serie de pequeños arcos ciegos entrecruzados que decoraban la parte alta de las puertas del muro este de la mezquita.

—¿Tienes mucho sueño? —preguntó Eduardo en cuanto cerró la puerta—. Quería hablar contigo, pero no me parecía el comedor del hotel el lugar idóneo. Prefiero hacerlo en la intimidad —confesó el arqueólogo.

—Claro que podemos hablar. Sueño no es precisamente lo que tengo... —confirmó en tono irónico.

Se acomodaron en el sofá, Eduardo se giró para quedar enfrente de la joven y ella hizo lo mismo.

—Regina, durante todo este tiempo que hemos estado sin vernos he estado madurando en mi cabeza la situación de nuestra relación. Los dos, a nuestras edades, hemos adquirido una forma de vida con gran independencia. Sé que nuestra convivencia podría ser nefasta si lo que te voy a proponer fuese un ultimátum, pero no lo es. Asumo el grado de complicidad que estés dispuesta a adquirir entre nosotros dos. Si quieres dar un paso hacia adelante, por mi genial. Si no lo quieres dar, lo respetaré y seguiremos igual. Eso quiero que a priori te quede claro —le expuso mientras sus dedos jugueteaban con los botones de su camisa, a toda vista nervioso.

—Me ha quedado claro, Eduardo. Continúa.

—Veras, contigo me siento a gusto en todos los aspectos de mi vida. Compartimos aficiones, hablamos en un mismo plano, nuestros silencios son «escuchados» en igualdad de términos, nos deseamos física y mentalmente, respetamos al unísono nuestros respectivos trabajos y, lo más importante para mí y que espero que sea recíproco, es que te quiero y mi deseo es poder compartir contigo todo el tiempo que seas capaz de soportarme —terminó Eduardo con una leve sonrisa tímida.

—¿Todo eso ha sido para decirme que quieres que vivamos juntos? —le preguntó Regina con una voz cargada de ironía.

Eduardo soltó una carcajada con la que expulsó de su cuerpo todo el nerviosismo que sentía.

—Me he pasado, ¿verdad? Entiéndeme, es la primera vez que doy un paso así.

—Lo he notado —siguió mofándose Regina.

—Sí, mucho burlarte de mí, pero no me contestas.

—Si quieres, te lo puedo responder con hechos...

Regina se levantó del sofá y, poniéndose a horcajadas sobre él, lo besó transmitiéndole todo el deseo que sentía. Eduardo colocó sus manos en su cintura y las introdujo por debajo de la blusa para acariciar su espalda tibia. Notó cómo Regina se estremecía con el contacto de sus dedos. Sacó una de sus manos y, mientras seguían besándose, fue desabrochando uno a uno los botones de su blusa. La joven iba haciendo lo mismo con la camisa de Eduardo parándose entre botón y botón para acariciar su pecho velludo. La excitación de los dos fue aumentando con cada botón desabrochado. Cuando Eduardo terminó de desabotonar la blusa, se la quitó con suavidad; después le aflojó el sujetador, liberó sus pechos turgentes y hundió entre ellos su cara. Puso las manos en sus nalgas y, levantándose del sofá con ella en brazos, se dirigió hacia la amplia cama, y la dejó caer suavemente sobre ella.

—Yo también te quiero —susurró Regina mientras elevaba los brazos para recibirlo.

Despacio, se fueron desnudando el uno al otro sin dejar de besarse y de acariciarse, hasta quedar los dos desnudos para terminar fundiéndose en una pasión desbordante que los hizo llegar al éxtasis, dando rienda suelta al deseo que ambos llevaban retenido dentro de sus corazones y de sus cuerpos.

La Casa Árabe está emplazada muy cerca de la mezquita y, por lo tanto, también del hotel donde se encontraba la pareja, así que recorrieron a pie, cogidos de la mano, el tramo que los separaba de la Casa Mudéjar, donde está situada su sede en Córdoba y que consta de una agrupación de cinco casas diferentes enlazadas por galerías, pasadizo y escalinatas, con cuatro patios y un torreón.

Regina y Eduardo llegaron puntuales a su cita y los hicieron pasar de inmediato. El experto al que iban a visitar se encontraba buscando un libro en su inmensa biblioteca particular, que envolvía tres paredes de su despacho desde el suelo hasta el techo, solo interrumpida por una amplia ventana. Al verlos entrar se encaminó hacia ellos, extendió la mano para saludarlos y se presentó.

—Soy el doctor Juan Pablo Alcázar.

—Encantado, yo soy Eduardo Llorens. Mi compañera..., Regina Yagüe.

—Mucho gusto —lo saludó Regina estrechándole la mano.

Su rostro era adusto y, aunque educado, no tenía nada de cordialidad en sus maneras.

—Siéntense —los invitó señalando dos sillas que se encontraban al otro lado de su mesa mientras se dirigía él mismo hacia ella para ocupar la suya.

Su mesa se encontraba pulcramente ordenada pese a que estaba abarrotada de papeles. Con tan solo un vistazo a su despacho se adivinaba que el doctor Alcázar era una persona meticulosa y en extremo ordenada.

—Ustedes dirán qué es lo que desean de mí —expuso sin dilación.

Eduardo notó enseguida que sería una conversación difícil. Los tres eran jóvenes, casi de la misma edad, y ese tratamiento tan distante no venía a lugar.

—Supongo, doctor Alcázar, que el señor Lorente ya lo habrá puesto en antecedentes —manifestó Eduardo.

—Pues supone usted mal, señor Llorens. Mi jefe lo único que me ha transmitido fue su orden de que los recibiese lo antes posible y que los atendiese en todos sus requerimientos —lo increpó mirándolo con fijeza.

Eduardo suspiró mentalmente viendo el cariz que iba tomando la entrevista. Por el tono del doctor Alcázar, se dejaba entrever la animadversión que sentía por esta cita impuesta de manera tan tajante por su jefe inmediato y veía imposible penetrar ese muro que se había levantado entre ambos.

Regina tomó la palabra y, sorprendiendo a los dos contertulios, que se habían olvidado de ella mientras se medían el uno al otro con sus miradas, puso algo de paz entre ambos hombres:

—Doctor Alcázar, he seguido sus trabajos con verdadera pasión y me sorprende que ni siquiera le interese averiguar de lo que se trata. Lo creía una persona más justa. Lo único que pretendemos es que nos escuche y que nos dé su opinión de experto. Nada más. Estoy segura de que en cuanto nos oiga o, mejor dicho, oiga al señor Llorens, comprenderá nuestro atropello al imponer nuestra presencia aquí.

Ambos se volvieron hacia ella.

—Tiene usted razón, señora Yagüe. Me parece que me he adelantado a los acontecimientos. Adelante. Señor Llorens, exponga lo que lo ha motivado a viajar hasta aquí —le contestó el doctor Alcázar.

Eduardo comenzó el relato de los hechos que ya había narrado a Regina. A medida que iba descubriendo los hallazgos realizados que lo habían inducido a recurrir al doctor, de la cara de este se fue yendo el reflejo de la impasibilidad con que los había recibido para dejar paso al asombro y a las ansias de conocer todos los detalles.

—Eduardo, ¿por casualidad no habrás traído fotos de las monedas y de los pergaminos? —preguntó con curiosidad.

Regina y Eduardo se quedaron sorprendidos ante el cambio efectuado por el doctor en el tratamiento al tiempo que intercambiaban miradas de satisfacción.

—Te he traído algo más —le contestó imitándolo.

Eduardo sacó dos dinares de oro, fotos del cofre en el que estaban y copias exactas de ambos manuscritos.

Juan Pablo no sabía por dónde empezar. Tomó las monedas y las examinó con detenimiento.

—Impresionante —dijo escueto.

Su cara reflejaba con total claridad todo lo que estaba sintiendo al tener entre sus manos esos dinares.

Luego, sin soltar las monedas, observó con minuciosidad las fotos y las copias de los manuscritos, así como las traducciones que los acompañaban.

—Juan Pablo, ¿qué opinas del manuscrito sobre Abderramán III? —lo interrogó el arqueólogo al observar que el experto no decía nada.

—Sorprendente, de verdad que es sorprendente —le respondió parco en palabras.

—¿Me dejas que te cuente una hipótesis que he barajado estos días? —preguntó Eduardo ante la falta de palabras por parte del doctor.

—Por supuesto, adelante.

—Verás, mi duda más grande era qué circunstancias habrían llevado a que esa última sura llegase a manos de Abderramán III, teniendo en cuenta que él era andalusí de nacimiento. Así que, haciendo memoria de la historia, recordé que Abderramán i llegó a estas tierras huyendo de los abasíes desde Damasco donde había perecido toda su dinastía, la Omeya, a manos de aquellos, salvo él en el año 750. Mi teoría es que esa sura, si en algún momento ha estado aquí y si en verdad ha existido alguna vez, la trajo Abderramán i desde Damasco. ¿Qué opinas? ¿Es esto posible?

—A ver, vayamos por partes, no nos precipitemos —comenzó a hablar Juan Pablo a la vez que, por fin, despegaba su mirada de los objetos que le había enseñado Eduardo y elevaba los ojos para mirar a sus visitantes—. Primero analicemos si esa sura puede haber existido o solo fue una fantasía de un musulmán alucinado. El Corán está formado por ciento catorce capítulos llamados suras que se dividen en versículos. Las suras están ordenadas por su tamaño, de mayor a menor. Fue revelado a Mahoma por medio del arcángel Gabriel desde el año 610 aproximadamente hasta el 632. Está muy extendida la idea de que existe, como ya sabéis, un misterioso Nombre Supremo de Alá escondido entre sus letras. Este nombre se ha buscado de todas las formas posibles: analizando las propias suras; los hadices, que son relatos de las palabras que el profeta Mahoma pronunciaba como enseñanza sobre el Corán; las *muqattaat*, letras inconexas y misteriosas que preceden a algunas suras; o también a través del esoterismo musulmán, buscando relaciones aritmológicas entre las letras del alfabeto árabe. Eso, por una parte. En este tema yo no os puedo ayudar en gran medida, pero creo que conozco a la persona perfecta para que os ponga en el buen camino, alguien muy experto en el Corán, mucho más válido

que yo en este tema.

Juan Pablo hizo una pausa en su disertación mientras esperaba la aprobación de la pareja.

—Tú eres el experto. Confiamos en ti —afirmó Regina con una sonrisa.

—Bien. Agradezco tus palabras, Regina —reconoció devolviéndole la sonrisa—. Sobre la cuestión de cómo, en caso de ser cierto, ha llegado esa sura a manos de Abderramán III, sí que os puedo ayudar. Enlazando con tu teoría, Eduardo, ocurre un hecho muy significativo y que podría echar algo de luz al asunto.

Se levantó del asiento y se dirigió sin dudarle un segundo hacia una de las estanterías que había a su derecha y, tras coger un libro, regresó de inmediato al lugar que ocupaba.

—Prefiero ir comprobando datos para ver si así os lo puedo resumir de la forma más coherente y conexa posible. A Alí, yerno de Mahoma, casado con su única hija, le sucedió como imán su hijo Hasan, que gobernó los países islámicos durante un corto periodo de tiempo, ya que Muawiya, gobernador de Siria, protagonizó una revuelta y, aunque firmó un tratado de paz con Hasan, no lo respetó y se convirtió en el primer califa de la dinastía Omeya. Al imán Hasan lo sucedió su hermano Huseín, nieto también de Mahoma. Y al califa Muawiya, su hijo Yazid. Este, en cuanto tuvo el poder en sus manos, ordenó a Huseín que le jurara fidelidad. El imán, amparado por la noche, escapó con los suyos hacia La Meca, con el fin de no tener que realizar tal juramento, y se refugió en el recinto sagrado. Al cabo de unos meses, comprendiendo que el califa no cejaría en su empeño de matarlo si no prestaba juramento, decidió partir a morir con los suyos en el desierto de Kárbala, entre La Meca y Kufa. Los soldados de Yazid rodearon al imán y sus seguidores, y les impidieron acceder al agua. El califa hizo un último intento para que el imán Huseín le jurara fidelidad; pero ante su rechazo Yazid ordenó a su ejército que los atacaran. Al anoecer, una alfombra de cadáveres cubría las arenas del desierto y el ejército del califa se apoderó de todos los bienes del imán Husein.

Juan Pablo hizo una pausa para observar el efecto que sus palabras habían causado a sus visitantes. Tanto Regina como Eduardo miraban fijamente al doctor con los ojos desorbitados.

—Ahí quería llegar —continuó Juan Pablo—. Yazid, segundo califa Omeya, se apoderó de todos los bienes del imán Husein, sucesor directo de Mahoma e hijo de Alí, del que se dice en ese manuscrito que escribió esa sura. ¿Qué os parece?

—Alucinante. Está claro que esa fue la ocasión ideal para apoderarse de la sura por parte de la dinastía Omeya, ya que estaría en manos del nieto de Mahoma e imán en esas fechas —dijo Regina.

—Bueno —dijo Eduardo entusiasmado—, ya tenemos la ocasión. Ahora... ¿por dónde seguimos?

—¿Me permitís que os dé un consejo? —inquirió Juan Pablo.

—Por supuesto, Juan Pablo, lo estamos deseando —contestó pronta Regina.

—Veréis, desde hace unos años, se encuentra en Córdoba un miembro sufí venido desde Damasco. Es un erudito, por supuesto, en todo lo islámico y más en concreto en el Corán. Está haciendo un estudio detallado precisamente sobre la dinastía Omeya, por eso se encuentra aquí. Como sabéis, el sufismo es una corriente mística y filosófica casi oculta, cuyos miembros han sido perseguidos y asesinados, y han llegado, casi, a ser exterminados en muchos países musulmanes, víctimas del fanatismo de los fundamentalistas islamistas. Los sufís, entre otras cosas, buscan adquirir el conocimiento de los noventa y nueve nombres de Alá, siendo la búsqueda más esencial la del nombre número cien, el Nombre Supremo, el que contiene y engendra a los otros, ya que consideran que el Dios Cósmico ha dado origen al universo a través de los noventa y nueve bellos nombres de Alá, que reflejan sus atributos, y quien lo descubra adquirirá poder sobre todas las cosas y habrá concluido su búsqueda.

—Entonces —dijo Regina—, es la persona idónea para ayudarnos. Estoy de acuerdo contigo, Juan Pablo.

—¿Dónde podemos localizarlo? —interrogó Eduardo.

—Si me lo permitís, yo concertaré la cita. Si lo intentáis vosotros, seguro que no os recibe. Los sufís se caracterizan por el hermetismo y la discreción.

—Perfecto y, por mí, estaría encantado de que nos acompañases a esa reunión. Como bien dice el refranero español, más ven seis ojos que cuatro y máxime si esos dos ojos a añadir son los tuyos.

—Gracias por el cumplido, pero el encantado de ir sería yo.

Juan Pablo miró su reloj de pulsera y, levantándose de la mesa, les dijo:

—Os invito a comer. Doy unas órdenes a mi secretaria para que vaya gestionando la entrevista y nos vamos, ¿os parece bien?

—Encantados —aceptó Regina levantándose a la vez que Eduardo.

Mientras que Juan Pablo hablaba con su secretaria, ellos salieron al pasillo para esperarlo.

—No ha sido tan fiero el león —comentó Regina.

—Tenía la esperanza de que, al menos, si me dejaba explicarle el asunto, le interesase algo.

—Pues no ha sido algo. Por lo que se ve, lo hemos tocado en su punto débil —reconvino Regina con una sonrisa irónica.

—Mejor para nosotros. Nos conviene tenerlo a nuestro lado. Tanto por sus contactos como por él en sí.

—Espero que el sufí del que habla Juan Pablo nos reciba y aporte algo más a esta

investigación.

—Yo también lo espero. Aunque, si he de serte sincero, tengo mis dudas. Es muy extraño que un miembro sufí esté aquí documentándose sobre los Omeyas. No hace mucho leí un artículo sobre ellos y recuerdo que se recalca mucho que el principio básico del sufismo era la renuncia total a toda propiedad, además de que tienen como finalidad liberar el yugo tiránico de las pasiones y del ego, y hacer que en el corazón solo haya sitio para Alá. Según leí, el verdadero sufí es aquel que no reclama para sí ninguna virtud ni verdad, sino que vive una vida de amor abnegada. Por ello, las reglas ascéticas del sufismo son el desprecio a las riquezas y honras, obediencia a los maestros espirituales, celibato, silencio, soledad, ayuno, vigilancia y repetición de oraciones con intensidad. En realidad, el sufismo es una crítica al espíritu mundano y a una sociedad materialista. Más que una doctrina es una forma de vida. Por eso me extraña que se encuentre aquí haciendo algo que no sea dedicarse a su vida asceta y mística.

—Bueno, quizás se han ido ramificando con cada aparición de nuevos maestros iluminados cuyos métodos y contribuciones hayan hecho que se comenzara una nueva línea de crecimiento. Quién sabe; a lo mejor, alguno de esos maestros ha iniciado una vía más abierta y les ha dado otro significado a sus doctrinas.

—Sí, puede que tengas razón —ratificó pensativo.

Juan Pablo salió en ese momento del despacho.

—Ya podemos irnos. Mi secretaria me llamará al móvil en cuanto sepa algo. Os voy a llevar a un restaurante que hay cerca de aquí y en el que se come de maravilla platos típicos cordobeses. ¿Os parece bien?

—Estupendo —aceptó Regina—, tengo hambre y seguro que todo estará buenísimo.

Juan Pablo los guio hasta el restaurante mientras iban conversando sobre la visita a la mezquita del día anterior. Este se ofreció para hacerles de guía si, como pretendían, visitaban Medina Azahara.

—Es una pena que haya estado abandonada durante tanto tiempo. Mucha gente ha batallado para que se realizaran las excavaciones, pero pasarán años hasta que todo esté concluido —explicó el experto.

Era un típico restaurante andaluz muy acogedor. Cuando llegaron se sentaron en una mesa junto a un amplio ventanal desde el que se divisaba el río Guadalquivir y Juan Pablo les fue aconsejando sobre los diversos platos típicos que, a su parecer, más merecían la pena de ser probados. Al final se decidieron por unos chopitos de aperitivo, salmorejo como primer plato, rabo de toro estofado de segundo y, para finalizar, pastel cordobés. Un buen menú contundente para un frío día de invierno. Tanto Regina como Eduardo paladearon con placer todos los platos alabando sus sabores.

Durante la comida, Eduardo le expuso a Juan Pablo sus dudas de que el sufí los ayudara.

—La verdad es que lo he tratado poco —declaró Juan Pablo—. Hemos coincidido en un

par de conferencias sobre los Omeyas y poco más. Tengo entendido que todo el tiempo que no dedica a la investigación se lo pasa en un pequeño apartamento que tiene alquilado en el barrio de la Judería, muy cerca de aquí. Según me han contado, hace una vida casi monacal, pero también es cierto que este sufí proviene de una rama mucho más liberal en cuanto a sus reglas para llevar a cabo «la búsqueda». Es más, aunque esto no os lo puedo afirmar de manera tajante, un compañero mío sospecha, contradictoriamente, que esta rama del sufismo podría ser algo fanática en sus convicciones. Él se basa solo en algunas actitudes que ha visto en el sufí, ya que trabaja en contacto directo con él. Por eso he preferido que sea a través de mí que se solicite la entrevista. Así tengo alguna esperanza de que acepte.

—Juan Pablo, te agradecemos muchísimo lo que estás haciendo por nosotros —aseveró el arqueólogo.

—Bueno, no ha sido así desde el principio, por lo cual quisiera pedirlos perdón. Supongo que a vosotros os fastidiaría de igual modo que a mí si os impusieran una reunión sin conocer, ni siquiera, el motivo de la misma, pero aun así debe imperar la educación y yo carecí en un primer momento de ella.

—Por supuesto, Juan Pablo. Es totalmente comprensible —indicó Eduardo.

—Una vez que comenzaste con el relato, todas las barreras que había antepuesto se desmoronaron. Me parece fascinante la posibilidad de que haya existido esa sura y, más aún, que todavía se encuentre en algún sitio, incluso en la misma Córdoba. Nunca había oído ni leído nada sobre la existencia de ella por lo que creo que fue un hecho que muy poca gente conoció en su día y que se perdió su conocimiento con la muerte de Abderramán III, pero vale la pena investigarlo. Por lo que me habéis contado, ese árabe que está enterrado en ese cementerio de Alicante fue asesinado para que no divulgara lo que había en el manuscrito. Lo que no llego a comprender es el motivo de que lo enterraran con él —apuntó frunciendo el ceño.

—Sí, es algo insólito. Yo también le he dado vueltas a la cabeza. Además, el arcón con los dinares, aunque no estaban todos, también lo enterraron con él. La única explicación que le encuentro es que los que lo asesinaron tenían órdenes estrictas de enterrarlo con todas sus pertenencias, aunque, por lo que se ve, no resistieron la tentación de coger parte de las monedas. Por supuesto, estos no sabían leer y por eso no prestaron atención al manuscrito, solo cumplieron las órdenes. Y ya puestos a especular, creo que aprovecharon la cercanía del cementerio para enterrarlo allí y que estuviera en un sitio localizable por si volvían, con el tiempo, a por el resto de los dinares —elucubró Eduardo.

—Es posible esa explicación, aunque dudo que averigüemos alguna vez qué fue lo que en verdad pasó. Seguramente se quedarán para siempre en simples teorías, pero como yo soy la reina de las especulaciones, dadme cinco minutos y os construyo una trama espectacular basada en la muerte de ese árabe —intervino Regina con una sonrisa.

Mientras Regina terminaba esa frase, comenzó a sonar el móvil de Juan Pablo. Lo cogió del bolsillo del pantalón y habló brevemente.

—Era mi secretaria. Ha concertado la cita con el sufí Zahîd Al Hakim para esta misma tarde a las seis en su apartamento. Si queréis, os acompaño hasta el hotel para descansar un rato y dentro de hora y media paso a recogeros y nos vamos los tres juntos a la cita. Su apartamento está cerca de vuestro hotel en el barrio de la Judería, al otro lado de la mezquita.

—Eso no sería justo para ti. Nosotros reposando en el hotel mientras que tú vas de un lado a otro —protestó Regina jocosamente—. ¿Qué os parece si mejor nos vamos a tomar un café juntos mientras hacemos tiempo?

—Bien pensado, Regina. ¿Te apuntas, Juan Pablo?

—Encantado. Para mí mejor.

—Pues tú dirás dónde vamos —sentenció Regina con una amplia sonrisa.

—Hay una cafetería muy cerca de la casa del sufí, donde sirven un café estupendo. Es muy frecuentado por el profesorado de la Universidad, aunque los pilla un poco lejos, pero es que tiene un ambiente que potencia la conversación. Os gustará.

Salieron del restaurante y se encaminaron hacia la cafetería dando un paseo. Iban con calma, ya que aún faltaban dos horas para la cita. Pese a que por las callejuelas corría una brisa helada, un cielo azul exento de nubes permitía que el sol, fuerte y bravío, consiguiese una temperatura que hacía el paseo, por lo menos, agradable.

La cafetería se encontraba en un pequeño callejón, lo que le daba un halo de intimidad y de último reducto de privacidad. Cuando entraron en ella, Regina y Eduardo comprendieron porqué era visitada con asiduidad por el profesorado. Estaba decorada con sobriedad. Las paredes eran de caoba, las mesas eran bajas y rectangulares rodeadas por sofás de cuero marrón. Más que una cafetería parecía una sucesión de salones de una vivienda particular. Incluso, en el fondo de la cafetería, había una biblioteca llena de libros. Tuvieron suerte ya que, a la vez que ellos entraban, un grupo de gente se levantaba de uno de los «salones» y pudieron ocupar su sitio, porque el resto de la cafetería se encontraba llena.

En cuanto se sentaron, un camarero se acercó para retirar el servicio anterior y coger nota de lo que ellos querían. Apenas se marchó, los tres retomaron la conversación en el mismo punto donde la habían dejado cuando salieron del restaurante.

—Es muy extraño lo que habéis desenterrado junto al joven árabe. No tiene sentido. Si hubiese sido Abderramán III el que lo mandó asesinar, como por otra parte sería lo lógico, habría sido en los alrededores de Córdoba o en la misma Córdoba, no en Alicante —comentó Juan Pablo.

—No si lo que quería averiguar Abderramán III era de dónde procedía el que le había enviado ese correo. Por eso, supongo, que lo haría seguir hasta que llegase a su destino. De todas formas, cada vez estoy más convencida de que aquí falta alguna clave. Algo que no vemos, pero que estoy empeñada en averiguar —declaró Regina.

—Veo que has cumplido tu amenaza y has comenzado a especular, aunque admito que es una teoría muy interesante. Ya sabía yo que tu intuición no me fallaría —manifestó Eduardo enviándole a Regina una mirada mezclada de admiración y sorna.

CAPÍTULO 4

Cántara esperó que llegase el momento de visitar la mezquita llena de nerviosismo. Cuando por fin arribó el día acordado, hicieron el mismo ritual de la otra vez. Se pusieron unas ropas sencillas de sirvienta y bajaron por el mismo camino a la medina hasta desembocar en el mismo lugar. Desde allí se oía al almuecín que desde la torre del minarete convocaba a los musulmanes a la oración con las plegarias «¡Allah es grande! ¡Allah es grande! No hay más Dios que Allah. Mahoma es el apóstol de Allah. ¡Venid a las plegarias! ¡Allah es grande!».

Las dos amigas recorrieron la calle paralela a la muralla donde se encontraba la casa que habían visitado dos días antes. Amina guio a su amiga a la puerta especial por donde entraban a la mezquita las mujeres y se dirigieron a la piscina de ablución para proceder al rito de la purificación mediante la limpieza del cuerpo y que, para tal efecto, se hallaba frente a la puerta. Se descalzaron en la puerta y, penetrando en el templo como el resto de los creyentes, fueron a parar directamente a la sala exclusiva para las mujeres.

Cántara, en cuanto entró, se quedó subyugada por la sensación de paz que la inundó. La mezquita estaba constituida por cuatro naves por cada uno de los cuatro ritos de la religión musulmana. En el muro de la alquibla, que indica la dirección de la ciudad santa de Makka, hacia donde oraban los creyentes, se abría el nicho donde estaba el mihrab y junto a este se hallaba el pequeño púlpito levantado sobre ocho columnas en el centro de la nave central principal, en el que el imán predicaba de pie apoyándose en un báculo como lo hizo en su día el propio Mahoma. Todas las otras salas estaban divididas por una serie de arquerías paralelas al muro de la alquibla. El suelo estaba cubierto de esterillas de caña en donde se arrodillaron las dos amigas, como el resto de los creyentes, para realizar los ritos de la oración.

Cántara recitaba las suras con verdadera devoción, al mismo tiempo que movía su cuerpo con ese compás cadencioso que los musulmanes usan para reverenciar a Allah. Su cara reflejaba la fe que sentía. En esos momentos se había transportado a otro estado de semiinconsciencia intensificado por el entorno.

En su interior no dejaba de pedir por su amiga Amina y por ella misma. Le imploraba a Allah para que encontrase un hombre a quien dedicarle todo su amor y cuidados. Alguien con quien tener unos hijos deseados para dedicarles sus mimos. Alguien que la hiciese sentirse la reina de su casa y que la hiciese muy feliz, que la correspondiera en su amor y se lo demostrase en todo momento. Ahí, en ese entorno tan acorde con la majestuosidad de

Allah, Cántara tenía la sensación de que sus deseos serían concedidos por Él.

Cuando salieron de la mezquita, todavía el sol se encontraba alto, faltaban unas horas para el ocaso y las dos amigas decidieron acercarse al zoco. Desde la puerta por donde entraban las mujeres, se dirigieron a la puerta principal de la mezquita, la cual se hallaba en la plaza más grande de la medina, donde cada día se ponían los puestos del zoco. La mayoría de los musulmanes que salían de la mezquita se entretenían mirando los puestos mientras se dirigían a sus casas. Había una algarabía típica de esos mercadillos donde los vendedores gritan su maravillosa mercancía y los compradores sacan todos los defectos posibles para que le bajen el precio de lo que quieren adquirir.

El gentío era imponente e impedía el acceso de las dos amigas a los puestos. Cántara se sentía impresionada. En la mezquita, en donde había por lo menos tres veces más personas que en el zoco, que rezaban todas a un mismo tiempo, no había el estruendo que se había montado en el mercadillo.

Poco a poco, la gente continuó su trayecto hacia sus casas y solo permanecieron quienes en realidad estaban allí porque buscaban algo que necesitaban y querían adquirir. Cántara sentía curiosidad por ver los puestos y oler los variopintos aromas que debía haber en los puestos de perfumes. Amina le había contado que había un puesto que hacía perfumes personalizados al momento, mezclando los aromas que le pedían. Quería hacerse uno embriagador para ella, que la ayudase a conquistar al hombre que consiguiera su corazón.

Por fin, Amina y Cántara pudieron acercarse a los puestos. Se encaminaron primero hacia la puerta Ferrisa, que daba acceso al exterior de la medina, donde el gentío era menor. A las costas de Laqant llegaban innumerables productos de todos los países del Mediterráneo que luego se vendían en el zoco. De Al-Iskandariya^[29] arribaban especias. Del Lejano Oriente, tejidos de seda, ámbar, cerámicas y hasta candiles y objetos de bronce. De Al-Libia^[30] llegaba oro, marfil; y hermosos platos decorados provenientes de Ifriqiya^[31]. De los reinos cristianos de la costa mediterránea procedían las pieles y lanas.

El zoco era el corazón de la ciudad y su centro de actividad económica. Los distintos artesanos, agrupados según sectores, exponían sus productos elaborados por ellos mismos o llegados por mar. Cerca de la mezquita, se encontraba la Alcaicería o zoco de la seda, pieles, alfombras, tapices y joyas; después, los pañeros, los sastres o alfayates, los zapateros, etcétera, cercanos a las tintorerías o tenerías, que estaban a las afueras de la medina. Una de las zonas más visitadas era la de las especias o alatares, la carne, pescado y verduras. A las afueras de la medina también estaba el barrio de alfareros o *al-fajarin*, que proveía de los objetos cerámicos para uso doméstico y constructivo gracias al uso del torno rápido y de los grandes hornos de tipo vertical que producían los objetos necesarios para abastecer el mercado local y los comarcales.

En el primero al que se acercaron había expuesto frutas variadas. Tenía melones, higos, dátiles y diversas frutas de la época, todas ellas colocadas de forma llamativa luciendo los vivos colores de sus cortezas.

Según iban avanzando hacia el puesto siguiente, empezaron a respirar el aroma de

múltiples jardines con mezclas olorosas proporcionadas por la abundancia de jazmines, albahacas, alelís, azucenas, rosas, violetas, etcétera. Habían llegado frente a un puesto de perfumes. El comerciante estaba, en ese momento, atendiendo a tres musulmanas que admiraban el trabajo elaborado por ese perfumista. Cántara y Amina aprovecharon para ir oliendo las esencias que tenía el hombre sobre su puesto y que él mismo había destilado con su propio alambique, que había conseguido en uno de los numerosos barcos de comercio que hacían escala en Laqant. Las dos mujeres comentaban cuáles les gustaban más o qué mezcla sería la que más les podría agrandar a las dos. Sus fosas nasales cada vez estaban más saturadas de olores y ya hasta casi les parecían todos iguales. Cuando el perfumista terminó de atender a las otras mujeres, se volvió hacia Amina y Cántara para prestarles sus servicios. Cántara había decidido que le gustaría una mezcla de alelís y violetas. El comerciante estuvo de acuerdo con su elección y le dijo que esos dos aromas coordinaban a la perfección y que seguro que le gustaría el perfume resultante.

Mientras el hombre hacía la mezcla, Cántara y Amina conversaban relajadamente mientras lo observaban trabajar. Cántara sintió como si le ardiera la nuca y se giró para dar una ojeada a la gente que había a su alrededor. Sus ojos se posaron sobre el rostro de un joven que había en el puesto siguiente. El joven la observaba y cuando coincidieron sus miradas se quedaron entrelazadas hasta que, al cabo de unos largos segundos, Cántara bajó los ojos. Su cuerpo sintió un cúmulo de sensaciones nuevas para ella. Un escalofrío le recorrió la espalda y despertó sus instintos. Durante los instantes que lo miró, la muchacha observó la belleza del joven de tez oscura y pelo negro, pero con los ojos más claros que había visto en su vida. También reconoció en sus gestos a una persona distinguida y noble. En cuanto se deshizo del embrujo de su mirada, se giró hacia su amiga.

—Amina, ahí al lado hay un joven que me está mirando —susurró emocionada.

Su amiga, con disimulo, por el rabillo del ojo, miró hacia ese lado y pudo comprobar que este seguía con los ojos fijos en Cántara.

—Lo veo, lo veo y no aparta la mirada de ti.

—¿Has visto qué guapo que es? ¿Tú crees que le gusto? —inquirió dudosa.

—No me cabe la menor duda, Cántara. Eres tan bella que, aun viéndosete solo los ojos, deslumbras a cualquier hombre.

El joven se encaminó al puesto de perfumes y se colocó junto a Cántara. La muchacha se sentía azorada y nerviosa por si se le ocurría hablarle.

El perfumista, al ver quién se había acercado a su puesto, se dirigió a él.

—Buenos días, Alí. Si vienes a por el perfume de tu madre, ya lo tengo preparado. Te lo doy enseguida —saludó servicial.

—No te preocupes, Nasîm, no tengo prisa. Termina de atender a estas jóvenes —indicó con una voz penetrante mezclada con cordialidad y afecto, que volvió a estremecer a Cántara.

—Gracias, Alí, enseguida acabo —agradeció inclinando su cabeza en una leve reverencia.

Mientras el perfumista terminaba de mezclar la fragancia de Cántara, ella se contenía para no girar sus ojos hacia Alí. Sentía la respiración profunda de este a su lado y presentía que no dejaba de mirarla.

Las dos amigas, en cuanto el comerciante les dio el perfume, lo olieron y les agradó a las dos. Cántara pagó e iniciaron el camino hacia el próximo puesto, no sin antes, al pasar junto al joven Alí, enlazar sus ojos.

Las muchachas, en cuanto se alejaron un poco de Alí, volvieron a cuchichear sobre él, a la vez que él le preguntaba al perfumista si conocía la identidad de ellas, a lo que el comerciante no supo responderle.

El siguiente puesto era de especias en el que se exhibía una extensa variedad como la canela, el azafrán, el cilantro, la pimienta, el comino..., para proporcionar aroma y sabores a los platos típicos musulmanes, ya que estos eran muy dados a utilizar una gran variedad de estos productos.

Continuaron su recorrido hasta encontrarse con un puesto de telas que estaba abarrotado de mujeres que mareaban al tendero preguntándole precios y removiendo toda la mercancía del pobre hombre. Había exquisitas telas de seda traídas de Damashq[32] y paños de lino de distinto apresto.

En el siguiente puesto había una amalgama de piezas de bisutería y de aceites para perfumarse tras el baño. Las dos amigas echaron una ojeada a la bisutería y a los aceites, pero sin detenerse porque Amina había vuelto al mundo real a su amiga y la había conminado a volver a la alcazaba.

Durante todo el trayecto hasta la fortaleza, Cántara no dejó de hablar del joven Alí. Amina se reía de su amiga al verla tan entusiasmada y le prometió averiguar a qué familia pertenecía.

En cuanto llegaron a la alcazaba se dieron cuenta de que algo pasaba. Los sirvientes andaban de aquí para allá algo nerviosos. A lo lejos, Cántara divisó un grupo de caballos entre los que se encontraba el de su padre.

—¡Amina, mi padre ha vuelto! —exclamó asustada.

—Démonos prisa, Cántara, vayamos hacia tu dormitorio lo más rápido posible, pero intentando no levantar miradas. Con el ajeteo que hay no nos será difícil —apremió empujando a su amiga.

Cántara y Amina se dirigieron hacia la Torre del Homenaje, donde tenían sus aposentos, con los ojos bien atentos por si divisaban la figura del padre de Cántara. Entraron y se escondieron en un recodo que había junto a la puerta. Nada más entrar observaron que al fondo de la estancia había un grupo de hombres que rodeaban al caíd Hakîm Al Saadi. Este se encontraba sentado de espaldas a la puerta de entrada.

—Cántara —susurró Amina—, tenemos que arriesgarnos y subir a tu aposento. Vas vestida como una sirvienta, así que mientras no se le ocurra a alguno de ellos pedirnos algo, podremos subir con entera tranquilidad.

—Venga, pues vamos lo antes posible —expresó Cántara en un arranque de arrebato. Saliendo del escondrijo, se dirigió resuelta hacia las escaleras.

Amina la miró con un estupor que la paralizó durante unos segundos, hasta que consiguió reaccionar y siguió a su amiga con los ojos fijos e hipnotizados en ella. Cántara subía resuelta la escalera, con paso firme, pero tratando de hacer el menor ruido posible.

Ninguno de los hombres se dio cuenta de la presencia de las dos mujeres, así que estas lograron llegar sin ningún percance a la planta superior donde se encontraba la habitación de Cántara, echaron a correr hacia el aposento y cerraron la puerta tras ellas en cuanto entraron.

Tan pronto se sintió a salvo, Cántara se convirtió en un manojito de nervios. Todo el cuerpo le temblaba de forma ostensible. Amina, al ver el estado en el que se encontraba su amiga, la abrazó al tiempo que la obligaba a sentarse entre los cojines que había en el suelo.

—Tranquila, Cántara, ya ha pasado todo. Te has portado con mucha valentía —intentó calmarla.

—Amina, no sé cómo he podido hacerlo, pero el solo pensamiento de que mi padre pudiera averiguar mis escapadas a la medina me ha dado las fuerzas suficientes. No creas que ha sido por el castigo, no, sino por el miedo a que al descubrir mi secreto mi padre ponga a alguien para que me vigile y que me impida hacerlas más veces —explicó la joven temblando.

—Ahora debemos cambiarnos de ropa cuanto antes, no sea cosa que venga alguien a buscarte porque tu padre reclame tu presencia. Y no te preocupes, Cántara, encontraremos la forma de poder seguir haciendo incursiones a la medina —expuso con mucho afecto.

—Eso espero, Amina, la vida para mí ahora podría ser mucho más dura sin ese contacto con el resto del mundo —manifestó con pesar.

Las dos amigas se cambiaron de ropa y volvieron a bajar a la estancia donde habían visto al padre de Cántara. Esta se dirigió hacia él, ya que vio que se encontraba solo, mientras que Amina continuó andando hasta la salida de la Torre del Homenaje para dar un paseo por el patio antes de cenar.

—*As-salaam aleikum* —saludó Cántara a su padre.

—*Wa`alaykum assalam* —le respondió él—. Ven, hija mía, acércate, he de hablar contigo.

Cántara se sentó junto a su padre, lo cogió del brazo y apoyó su cabeza en su hombro. Entre ellos siempre había habido complicidad. Cántara era una hija muy atenta y mimosa, y le prodigaba a su padre todos los cuidados posibles. Era su hija preferida, casi por

encima de sus hermanos, aunque su padre trataba de demostrárselo solo cuando se hallaban en privado.

—Dime, padre, aquí me tienes a tu entera disposición —declaró con ternura.

—Verás, querida Cántara, llevo una temporada observando que no consigues decidirte por ninguno de tus parientes para aceptarlo como marido y ya tienes una edad en la que cualquier otra mujer ya habría dado descendencia a su esposo —expuso el caíd con voz suave.

—Padre, tú y yo siempre hemos tenido una confianza especial y has tratado de no imponerme hombre alguno hasta ahora, y yo te lo agradezco enormemente.

—Sí, pero ahora mi deseo es que esta situación cambie lo antes posible, así que he tomado una determinación —reveló endureciendo un poco la voz.

—Padre mío, no me asustes —pidió la joven, incorporándose, miró fijamente a su padre.

—Tranquila, no va a ser tan grave. Verás, voy a organizar una recepción con los señores más importantes de Laqant y de las ciudades de alrededor, y entre todos ellos habrá de salir tu marido. Quiero que asistas con tus mejores trajes y tus más bellas joyas.

—Padre... —suplicó la joven.

—No, Cántara, ya no voy a darte más tiempo —la cortó acerando su tono—. Además, vendrán los hombres más importantes, así que incluso para mí sería un buen negocio cualquiera de ellos. Hoy mismo voy a dar órdenes para organizarlo, pero quería que tú estuvieses avisada para que fueses haciéndote a la idea.

—Sí, padre, cumpliré tus deseos de la forma que más te complazca —confirmó agachando la cabeza con sumisión.

Diciendo esto, Cántara pidió permiso para retirarse y fue a encontrarse con su amiga Amina en el patio, como habían quedado. En cuanto la vio se arrojó en sus brazos llorando.

—Oh, Amina. ¡Que Allah, el Misericordioso, tenga piedad de mí!

—¿Qué te ha pasado, querida? ¿A qué vienen esos llantos? —interrogó su amiga preocupada.

—Mi padre ya se ha cansado de que no escoja marido entre mis parientes y va a organizar un banquete para que lo encuentre entre los señores invitados —le explicó entre sollozos.

—Cántara..., tranquila. Sabías que tarde o temprano esto iba a suceder; estabas tardando demasiado. Sorprendida estoy de que tu padre no te lo haya impuesto antes —reconvino con voz tranquilizadora y acariciando el largo cabello de su amiga.

—Mi madre le hizo prometer en su lecho de muerte que tendría en cuenta mi opinión a la hora de escoger marido. Ellos se enamoraron antes de casarse y, gracias a que sus

familias no se opusieron, fueron inmensamente felices —aclaró mientras se separaba de su amiga para secarse las lágrimas.

—Entonces no debes ponerte así. Tu padre cumplirá su promesa.

—Hasta cierto punto, Amina. He de reconocer que ya hace tiempo que tendría que haber escogido y creo que la paciencia de mi padre ha llegado a su límite. Creo que de este banquete saldrá mi marido, lo quiera o no, y yo obedeceré a mi padre siempre, amiga —dilucidó con tristeza.

—No adelantes acontecimientos, Cántara. Además, quizás encuentres el amor entre alguno de ellos. —Habló con voz convincente intentando levantarle el ánimo.

—Amina, el amor creo que ya lo he encontrado. Mi corazón palpita a gran velocidad cada vez que recuerdo al joven Alí —manifestó agachando la cabeza con tristeza.

—Pero, Cántara, si solo lo has visto esta tarde y durante breves minutos...

—Es igual, presiento que es el hombre que me haría feliz.

La joven calló unos instantes notándosele en la cara que estaba pensando algo...

—Amina —dijo resuelta—, tienes que hacerme un favor. Mañana mismo tienes que bajar a la ciudad y preguntarle al comerciante de perfumes por Alí —le pidió mostrando mayor entereza.

—Cántara, no creo que sea una buena idea, es más, creo que deberías hacer todo lo contrario... Olvidarlo —opinó la concubina.

—Quién sabe, amiga. Tú hazme el favor y ya veremos qué se puede hacer con los datos que me proveas —observó con nuevos bríos.

—Está bien, lo haré, pero que conste que no creo que sea lo que debas hacer —apuntó con voz afligida.

El crepúsculo estaba cayendo sobre la fortaleza y las dos amigas se encaminaron a cenar y a acostarse de inmediato. Estaban muy cansadas ya que había sido un día intenso en todos los aspectos, físicos y mentales.

Al día siguiente, Cántara volvió a pedirle el mismo favor a su amiga y esta no tuvo más remedio que hacérselo.

En cuanto tuvo la primera oportunidad, bajó a la ciudad dirigiéndose directamente hasta el puesto del perfumista. El hombre estaba atendiendo a unas mujeres y Amina se puso a comprobar el olor de unos aceites para el baño mientras hacía tiempo. Ensimismada en sus propios pensamientos no se dio cuenta de que el perfumista ya había terminado de atender hasta que este se dirigió hacia ella.

—¿En qué puedo servirle, joven?

Amina levantó con brusquedad la cabeza y vio el rostro enjuto del comerciante que la miraba con cordialidad. Se le notaba una persona agradable de trato por eso se decidió a

interrogarle sobre lo que Cántara le había encomendado.

—Pues verá, necesito dos cosas de usted. La primera es un tarro de aceite de rosas.

—Eso está hecho. ¿Y la segunda?

—Es algo más personal. No sé si lo recordará, pero ayer estuve aquí con una amiga y mientras nos atendía llegó un joven al que usted llamó Alí —expuso dudosa.

—No sé, ayer atendí a un montón de mujeres. De lo que sí me acuerdo es que vino el joven al que se refiere a buscar un encargo, pero... ¿qué es lo que desea exactamente? —inquirió mirándola con curiosidad.

—Pues... me gustaría que me informara a qué familia pertenece y dónde podría localizarlo.

—Joven, me pide algo en lo que me es imposible complacerle. Mi discreción con mis clientes me lo impide.

—Se lo suplico, es muy importante que pueda averiguar algo sobre él.

El perfumista se quedó pensativo.

—Estoy recordando que Alí también quiso saber quiénes erais, en especial una de vosotras.

—¿Veis? A Alí no le sabrá mal que me informéis.

—Bueno, tampoco es un secreto. Alí pertenece a una familia muy conocida de aquí. Se llama Alí al-Rashid y es un arquitecto y constructor con mucha fama en todo Al-Ándalus. Ayer mismo me contó que hoy partía hacia Qurtuba para participar en la construcción de una nueva medina que está erigiendo el califa Abd Al-Rahman III.

—Vaya..., se ha ido. ¿Y no sabe cuándo pensaba regresar?

—No, no me dijo nada sobre su vuelta.

Amina dio las gracias al comerciante, pagó el aceite y deshizo sus pasos para regresar sin detenerse a la alcazaba.

Sabía que Cántara estaría deseando que volviese para que le contase las noticias. En cuanto llegó, divisó a su amiga sentada sobre un pequeño risco que había en el patio. Sus manos sostenían su cabeza dejando reposar sobre ellas su bello mentón. Su mirada parecía perdida en oscuros pensamientos que se reflejaban en su meditabunda cara. Amina se dirigió hacia ella.

—¡Cántara! ¡Ya estoy aquí!

Al oír a su amiga, dio un salto y se puso de pie al mismo tiempo que buscaba con la mirada el lugar por donde había escuchado la voz de Amina. Al verla, echó a correr y se paró en seco en cuanto llegó junto a ella.

—Dime, ¿qué te ha dicho el perfumista? —inquirió ansiosa.

Al oír la voz trémula y desesperada de su amiga, a Amina le entró una gran tristeza. Sabía que las noticias que traía no le iban a agradar, pero ella creía que era mejor así. Lo más seguro era que Cántara no volviese a ver a ese joven nunca más y cuanto antes se lo quitase de la cabeza sería mucho mejor para ella, máxime considerando que su padre le había puesto una fecha para el fin de su vida de soltera.

Amina le contó todo lo que había averiguado de Alí. La cara de Cántara se llenó de tristeza al saber que su amado no estaba en la medina y que, probablemente, tardaría en volver, si, como había dicho el comerciante, se había ido a Qurtuba. Hasta allí habían llegado historias de la construcción de esa nueva medina. Se rumoreaba que Abd Al-Rahman III la estaba construyendo como prueba de su amor hacia una de las esclavas cantoras que formaba parte de su harén, aunque nadie lo daba por cierto y lo consideraban una leyenda.

Amina observó cómo por la cara de Cántara corrían las lágrimas que se escapaban de sus almendrados ojos, la abrazó en silencio dejándola que se desahogara. Cántara correspondió al abrazo de su amiga y escondió su hermoso rostro en su pecho. En estos momentos necesitaba como el beber una persona amiga a su lado. Su única esperanza acababa de desvanecerse y por dentro le pedía fuerzas a Allah para que pudiese cumplir con alegría los mandatos de su padre.

CAPÍTULO 5

Cuando terminaron de saborear sus respectivos cafés, se marcharon de la cafetería y se encaminaron hasta la calle Judería, cerca de la Mezquita, donde se encontraba la Calleja del Pastel al final de la cual se ubicaba el apartamento del sufí.

Cuando el sufí les abrió la puerta después de golpear en ella con la aldaba, subieron por unas angostas escaleras hasta el piso superior y último donde se encontraba Zahîd esperándolos apoyado en el quicio de la puerta de la vivienda.

—*As-salaam aleykum* —saludó Juan Pablo.

—*Wa`alaykum assalam* —le contestó Zahîd —. Buenas tardes.

—Zahîd, quiero presentarte a Eduardo Llorens y a Regina Yagüe —expuso el experto señalándolos con la mano.

—Encantado. Bienvenidos seáis a mi humilde casa —saludó Zahîd.

—Igualmente, Zahîd. Es un honor encontrarnos aquí —le contestó Eduardo.

—Pasad y acomodaos.

Aunque sus palabras eran corteses, la adustez de Zahîd no pasó desapercibida para ninguno de los tres. Era un hombre enjuto de mirada penetrante. Sus ropas revelaban la sobriedad con la que vivía, corroborada al entrar en el piso. Constaba solo de dos habitaciones; una de ellas, la sala, donde había una mesa con cuatro sillas y una pequeña cocina de gas. La otra habitación, cuya puerta estaba abierta, dejaba ver un catre, una esterilla en el suelo y una silla. Esos eran los únicos muebles de la casa.

—Sentaos, ¿os sirvo un té? —preguntó Zahîd.

—Por mí no te molestes, Zahîd, acabamos de tomarnos un café, gracias —le contestó Juan Pablo rechazando el ofrecimiento.

—Lo mismo digo, gracias, Zahîd —rechazó también Regina.

—Igual yo, gracias —contestó en último lugar Eduardo.

—Bueno, pues vosotros me diréis —dijo Zahîd sentándose en la silla que quedaba libre.

—Zahîd, hemos solicitado esta entrevista porque necesitamos tu ayuda —comenzó a hablar Juan Pablo—, aunque primero me gustaría hacerte una pregunta.

—Adelante, estoy a vuestra disposición —dijo con tono seco.

—¿Tienes conocimiento de que, alguna vez, alguien haya conseguido averiguar el Nombre Secreto de Alá?

La cara del sufí se convirtió en piedra tallada en cuanto Juan Pablo terminó la pregunta. Hasta ese momento, su conducta, por lo menos, se podía calificar de correcta, pero a partir de ahí, sus gestos, su rostro, su cuerpo en sí, pregonaban el rechazo que había sentido al escucharla. Se quedó mirando a Juan Pablo con fijeza mientras que retorció con insistencia sus dedos, entrelazándolos. Estaba claro que la pregunta lo había pillado por sorpresa.

—¿Por qué me haces esa pregunta? Sabes de sobra que la búsqueda del Nombre Sagrado de Allah es nuestra máxima finalidad. Es lo más sagrado para nosotros y no debe ser tomado a mofa —exhortó de forma desabrida.

—Zahîd, en ningún momento nos lo hemos tomado a mofa, todo lo contrario. Estos amigos se encuentran aquí porque han descubierto algo que nos podría llevar hasta su conocimiento —explicó el experto.

Los ojos del sufí se abrieron como platos y se giraron hacia Eduardo.

—¿De qué se trata? ¿Cómo es posible esto? ¿Qué habéis descubierto?

Las preguntas se arremolinaban en la boca de Zahîd. Eduardo no tuvo más remedio que comenzar con el relato del descubrimiento, que culminó con lo que habían hablado con Juan Pablo en su despacho. Según iba contándolo, la cara del sufí iba atravesando distintos estados de sentimientos. Cuando acabó de hablar Eduardo, el sufí se puso en pie.

—Perdonadme unos minutos, he de ir a orar. Vuelvo enseguida —pidió con aspereza.

Se introdujo en la pequeña habitación y, cerrando la puerta, dejó a sus invitados pasmados, ya que no esperaban esa reacción. No se habían dado cuenta de la hora que era, estaba anocheciendo y le correspondía la oración del Maghrib. Se miraron entre ellos sin saber qué decir.

—Está claro por su reacción que no nos va a ayudar —apuntó Regina.

—Es cierto, Regina, tenía una mínima esperanza, pero visto lo visto... Tendremos que buscar por otro lado —se lamentó Juan Pablo.

—Bueno, al menos lo hemos intentado —indicó Eduardo.

Después de estas breves palabras, los tres se quedaron callados y meditando. Al fondo se oía el murmullo que hacía Zahîd dentro de la habitación. Al cabo de un rato cesó el soniquete de las oraciones, aunque el sufí tardó en salir unos diez minutos más.

En cuanto abrió la puerta, Juan Pablo, Eduardo y Regina volvieron a ver un cambio en la tez de Zahîd. Su rostro, aunque seguía siendo adusto, lograba sostener una leve sonrisa que parecía, para los visitantes, como si se hubiese abierto el cielo. Se dirigió a la silla donde se encontraba antes y, sentándose, les dijo:

—Bueno, ya estoy con vosotros. Podemos continuar.

Los tres se miraron entre ellos asombrados de la transformación efectuada por el sufí.

—Nos gustaría que contestaras a la pregunta que te ha hecho Juan Pablo, si no es molestia —tomó la palabra Eduardo insistiendo.

—Veamos, esa pregunta es difícil de responder. Los musulmanes en general y los sufís en particular pensamos que conocer el nombre de algo da poder sobre la cosa nombrada, por lo cual, si tienes el conocimiento del Nombre de Allah y lo invocas con Él, obtendrás su respuesta —explicó de forma seca.

—De hecho, se busca de las más diversas maneras, ¿no? —inquirió Eduardo.

—En efecto. Aparte de buscarse en el propio Corán, en la palabra de Allah, se busca también en una serie de hadices que hablan sobre el Nombre Secreto de Allah, entre los cuales, aunque no se cita claramente, el Profeta habría dado alguna clave del enigma.

—También se investigan unas letras misteriosas de las suras, ¿verdad? —intervino Regina.

—Sí, casi una cuarta parte de las suras del Corán vienen precedidas de unas letras misteriosas llamadas *muqattaat*, que comprenden la mitad del alfabeto árabe, bien solas o en combinaciones de hasta cinco letras. Algunos comentaristas del Corán están convencidos de que las *muqattaat* son abreviaturas de palabras o frases sobre Allah y sus atributos.

—Pero eso daría un ilimitado número de combinaciones posibles —apuntó Juan Pablo.

—Exacto. Da base a unas interpretaciones demasiado arbitrarias. Otros, en cambio, han relacionado las *muqattaat* con los valores numéricos de las letras del alfabeto árabe y han extraído toda clase de profecías e indicaciones esotéricas, ya que hay veintiocho letras en el alfabeto árabe y este es un número rico en aritmología —continuó explicando el sufí.

—Según leí en un libro sobre el milagro numérico del Corán, se hace mención al hecho de que muchas palabras están repetidas la misma cantidad de veces que otras, en ocasiones afines y otras contrapuestas. Por ejemplo: la expresión *Malá'ík*, ángeles, se repite igual de veces que *Shaiatin*, demonios. O el término *iaum*, día, se repite trescientas sesenta y cinco veces, igual a la cantidad de días del año y el término *Shahr*, mes, es mencionado doce veces, como la cantidad de meses del año. Teniendo en cuenta que el Corán fue revelado a un profeta que no sabía ni leer ni escribir, tiene mucha más relevancia —explicó Juan Pablo.

—Sí, es cierto, también ese aspecto del Corán ha sido estudiado. Pero, ante todo, para el sufí, la búsqueda del Nombre Supremo es la búsqueda de la relación entre el musulmán y Allah. Cada sufí ve de manera personal el Nombre Supremo, ya que es su propia realidad interior, es su propio nombre oculto.

—Entonces, ¿qué opinas del manuscrito encontrado en Alicante sobre esa última sura, la número 115? —lo interrogó Juan Pablo.

—No sé, Juan Pablo, me ha dejado desconcertado. No es algo que se me haya pasado

por la cabeza —contestó el sufí, visiblemente turbado.

—Zahîd, como gran investigador de la dinastía Omeya, quizás haya algún dato que, sabiendo lo que ahora sabes, puedas relacionar con esa sura. Por ejemplo, algún manuscrito sobre Abderramán III que no le encontrases sentido y que, con estos últimos datos aportados por nosotros, empiece a tenerlo. Piensa, por favor —inquirió Regina.

El sufí se quedó pensativo, sus pupilas se dilataron y su mirada se hizo vacía. Lo dejaron bucear en su mente sin pronunciar una sola palabra. Cuando más absortos estaban todos en sus pensamientos, Zahîd dio un brinco en la silla.

—Sí, hay algo...

—Dinos, Zahîd. ¿De qué te has acordado? —preguntó la joven.

—Gracias, Regina —dijo en un principio—, has hecho que penetrara en mi memoria y he recordado algo que no conseguía descifrar, pero que ahora empiezo a verle sentido.

—¿De qué se trata? —insistió Eduardo ansioso por saberlo.

—Me vais a perdonar, pero prefiero que lo veáis por vosotros mismo. Os diré que es algo que he visto escrito en Medina Azahara, pero antes necesito confirmar mi traducción. Así que prefiero que Juan Pablo haga la suya, a ver si coincidimos. Para mí no es tan fácil traducir de mi idioma al vuestro. Además, os quiero enseñar un pergamino que os va a gustar.

—¿No nos vas a adelantar nada más? —quiso saber Eduardo con voz casi desesperada.

—No, de verdad, lo prefiero así. Si queréis, mañana por la mañana podemos visitar Medina Azahara y lo veis con vuestros propios ojos.

—Conforme, Zahîd, no insistimos más. Si estás de acuerdo, quedamos a las diez en la puerta del hotel Conquistador, que es donde se hospedan ellos —propuso Juan Pablo al tiempo que señalaba a Eduardo y Regina.

—Estoy conforme. Así quedamos.

—Pues ya no te molestamos más —se despidió Juan Pablo levantándose de la silla. Regina y Eduardo lo imitaron de inmediato.

Los tres se despidieron del sufí, recorrieron las escaleras en sentido inverso y salieron al callejón con las caras llenas de asombro por todo lo vivido esa tarde.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Regina.

—Asombroso. Tanto el cambio efectuado por Zahîd después de orar como la incógnita con la que nos ha dejado hasta mañana —le contestó Eduardo.

—Sí, por lo que se ve, orar obra milagros, ¡menudo cambio! —apuntó Regina con ironía.

—Bueno, ahora no tenemos más remedio que esperar a mañana —reconoció Juan Pablo—. ¿Os acompaño hasta el hotel?

—No, Juan Pablo, no hace falta, gracias. Me gustaría ir con tranquilidad dando un rodeo —respondió Eduardo.

—Muy bien. Estáis muy cerca y os vendrá bien el paseo para asimilar toda la información de hoy. Mañana nos vemos a las diez.

—Allí estaremos.

La pareja se despidió del experto y, agarrados por cintura, regresaron al hotel que se encontraba a pocas calles de allí con tranquilidad. Durante todo el camino, los dos amigos casi no hablaron, absortos ambos en sus propios pensamientos, recopilando y ordenado todos los datos que habían recibido en las últimas horas. Había sido un día muy intenso.

Cuando llegaron al hotel, acordaron ir cada uno a su habitación para darse una ducha y bajar a uno de los comedores a cenar. Subieron y se dirigieron cada uno a su habitación. Abrieron las dos puertas casi al unísono. Los dos, en cuanto entraron en sus respectivos cuartos, se dieron cuenta de que algo pasaba allí.

La maleta de Regina se encontraba en el suelo, abierta y con la ropa desparramada por todos lados. Se quedó envarada en el quicio de la puerta sin comprender lo que había sucedido, giró la cabeza y vio que Eduardo se encontraba en la misma situación porque se dirigía hacia ella gritándole:

—¡Regina, no entres!

—Ya lo he visto, Edu, está todo revuelto —manifestó mientras se encontraba con él en mitad del pasillo.

—Espera, deja que entre yo primero y que me cerciore de que no hay nadie allí.

Diciendo esto, Eduardo penetró en la habitación de Regina con sigilo y miró en todos los lados, incluido el pequeño aseo. Incluso descorrió las cortinas de la ducha y del balcón, y abrió el armario.

—No hay nadie —indicó Eduardo yendo a reunirse con Regina, que permanecía en la puerta vigilando sus pasos, mientras que por el rabillo del ojo no perdía de vista la puerta del cuarto de él, por si veía salir a alguien de allí.

—También han rebuscado en tu neceser, Regina, está todo volcado sobre el lavabo —le detalló con pesar.

—Pero, Eduardo.... ¿qué ha pasado aquí? ¿Quién habrá hecho esto? —inquirió asombrada.

—Supongo que algún ladrón de hoteles. Hay gente especializada en esto. No toques nada, primero iré a echar una ojeada a mi habitación y luego avisaremos a recepción para que manden a la policía. Espera aquí.

—De eso nada, Eduardo, yo me quedo en la puerta si quieres, pero no voy a dejar que vayas solo.

Eduardo sonrió, le dio un tierno beso en los labios y, cogiéndola de la mano, se encaminó con ella hasta la puerta de su habitación. Allí la soltó, le hizo con la mano un leve gesto para que esperase y se introdujo siguiendo los mismos pasos que en la habitación de Regina.

Cuando salió del aseo se percató de que Regina había entrado y tenía la mirada fija en algo. Dirigió sus ojos hacia donde consideraba que ella estaba mirando y observó que había un papel pegado con celo en el espejo que había sobre una cómoda de cajones. Se dirigió allí y, sin despegar el papel, se inclinó hacia él y leyó en voz alta:

—Ten cuidado. Estas metiéndote en un terreno muy peligroso. Será mejor para ti y tu amiga que no sigáis preguntando, y que dejéis de indagar lo que no os atañe.

Eduardo se quedó varios minutos con la mirada fija en la nota releuyéndola una y otra vez. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Cuando se fue a girar para mirar a Regina, se dio cuenta que esta había avanzado por la habitación y se había colocado detrás de él para leer la nota por encima de su hombro. Se giró y la abrazó con un sentimiento de protección que hizo que Regina se reconfortase enseguida. Permanecieron así, sin decir palabra, largos segundos.

—Regina, quiero que regreses a Alicante mañana mismo —expuso con tono endurecido.

—No, Edu, de eso nada. Parece mentira que se te ocurra que yo voy a dejarme amedrentar por esa nota. Ha sido la sorpresa, pero ahora, con mayor motivo, quiero seguir con esto. A mí nadie me obliga a nada y para persistente y cabezota... yo —subrayó con voz firme.

—Regina, por favor, hazlo por mí. No podría estar tranquilo si sé que tu vida corre peligro por estar a mi lado —suplicó al advertir la resolución en la voz de su amiga.

—Eduardo, el peligro no es por estar a tu lado y lo sabes, pero ¿tú vas a abandonar la investigación?

—No, claro que no. Incluso estoy pensando que no voy a avisar a la policía de esto porque, si lo hago, cabe la posibilidad de que mis superiores me fuercen a abandonarla.

—Pues entonces no intentes obligarme a mí. Estoy contigo en esto y así seguirá siendo —insistió con entereza.

—Vale, vale, pero, por favor, ve con mucha cautela. Si te pasase algo, por mínimo que fuese, no me lo perdonaría nunca. Yo te metí en esto —le pidió acariciándole el rostro y remetiéndolo un mechón de su cabello tras la oreja.

—Vine yo voluntariamente y así voy a seguir —manifestó y le dio un tierno beso en los labios.

—De acuerdo —admitió renuente—. Ahora deberíamos ver qué es lo que han hecho en las dos habitaciones y comprobar que no se hayan llevado nada. Menos mal que llevaba las monedas y las copias de los manuscritos conmigo. Está claro que eso es lo que buscaban.

—Sí, menos mal. Y ahora, manos a la obra. Si quieres, empezamos por aquí —afirmó soltándose de su abrazo y señalando el desorden con un gesto de su mano.

—Empecemos. Yo tenía mi maleta dentro del armario. Como podemos ver, la han sacado y han rebuscado en su interior.

La maleta se encontraba encima de la cama, abierta y con todo su contenido fuera.

Fueron hacia ella y se pusieron a ordenarlo todo para poder identificar mejor si faltaba algo. Cuando tuvieron toda la ropa plegada y encima de la cama, Eduardo fue metiéndolo todo para comprobar mejor sus pertenencias.

—Está todo. Solo falta comprobar el neceser, que también lo han volteado todo en el lavabo —aseguró el arqueólogo.

Fueron directos al aseo y Eduardo fue guardando sus cosas en el neceser.

—Tampoco falta nada.

Echó un vistazo al resto de la habitación buscando algunas cosas que estaban fuera de la maleta y lo encontró todo donde lo había dejado.

—Vamos ahora a tu cuarto, Regina —señaló encaminándose hacia la puerta.

Allí hicieron lo mismo que en el de Eduardo y Regina no encontró nada a faltar.

—¿Le decimos algo de la nota a Juan Pablo? —preguntó Eduardo.

—Creo que deberíamos hacerlo. Si él sigue con nosotros esta investigación, la nota también le atañe a él —opinó la joven.

—Tienes razón, voy a llamarlo al móvil y le informo de todo —convino.

A Eduardo le costó mucho convencer a Juan Pablo de que no se personase en el hotel enseguida. Al final, quedaron en que le enseñaría la nota y hablarían sobre el tema por la mañana.

La pareja pidió algo para cenar en la habitación, prescindiendo de bajar al restaurante, ya que a ninguno de los dos le apetecía. Cuando acabaron de cenar, recogieron todas las pertenencias de Regina y las llevaron a la habitación de Eduardo. El arqueólogo no estaba dispuesto a que ella estuviese sola ni siquiera por un segundo. Además, la noche anterior ambos habían coincidido con la necesidad de estar juntos.

Eduardo no pegó ojo en toda la noche por si se les ocurría volver a los que habían dejado la nota. Tenía a su lado a Regina, que lo abrazaba apoyando su cabeza en su hombro mientras él la rodeaba con el brazo acariciando su suave pelo. Acostumbrados sus ojos a la semioscuridad, la contemplaba a través de la penumbra mientras dormía. Regina tenía todos los músculos de su cara relajados y se podía apreciar en mayor medida la belleza de sus rasgos.

Al cabo de unas horas, al alba, ya no pudo resistir más tiempo. Tenía su mirada fija en los labios gordezuelos de Regina y su deseo iba *in crescendo*. Comenzó a rozarlos con los

suyos suavemente y la mano que tenía libre la posó en el vientre liso de Regina; iniciando una suave caricia, fue ampliando cada vez más su zona de acción.

Regina comenzó a moverse inquieta. Eduardo le daba suaves mordisquitos en el cuello y los labios mientras sus caricias se iban haciendo cada vez más íntimas. Los pechos de Regina comenzaron a reaccionar poniéndose erectos. En ese momento, abrió los ojos y se encontró con la mirada fija de Eduardo en los suyos. Sonrió a la vez que acercaba sus labios a los de él, deslizó su cuerpo hasta ponerse sobre Eduardo y dio paso a la lujuria que revoloteaba entre los dos. Regina no había tenido un mejor despertar en mucho tiempo.

Bien temprano, cuando acababan de darse una ducha revitalizante, llamaron de recepción para avisarles que el doctor Alcázar se encontraba en la cafetería del hotel esperándolos. Por lo visto, no había podido aguantar hasta la hora convenida. Como la pareja no había desayunado, bajaron para hacerlo junto a Juan Pablo.

En cuanto llegaron a la mesa donde se encontraba, este quiso saber todo lo que había pasado la noche anterior.

Entre sorbo y sorbo de café, Eduardo fue contándoselo.

—¿Qué vais a hacer? ¿Os volvéis a Alicante? —preguntó el experto en cuanto terminó de hablar Eduardo.

—No, Juan Pablo. A mí me dejaría más tranquilo si regresase Regina, pero se ha negado —expuso el arqueólogo.

—Claro que me he negado. Es más, esto ha hecho que se me acrecienten las ganas de llegar hasta el final —repuso Regina.

—Me lo imaginaba —indicó Juan Pablo—. A mí me está pasando lo mismo. Si no os importa, me gustaría acompañaros a lo largo de toda la investigación. Además, creo que os podré ser de ayuda en alguna ocasión.

—Por supuesto, Juan Pablo. Estaremos encantados, pero creímos nuestro deber informarte de la nota ya que, según esta, nuestras vidas, quizás, corran peligro.

—Asumo el riesgo, Eduardo —declaró el experto.

—Bueno, pues aclarado el tema, creo que ya podemos salir a encontrarnos con Zahîd, ¿no?

—Sí, vámonos —confirmó Juan Pablo levantándose de la mesa a la vez que Regina y Eduardo.

Cuando traspasaron las puertas que daban salida a la calle, el sufí se encontraba ya esperándolos. Se saludaron, bajaron al garaje del hotel donde Juan Pablo había aparcado el coche y se metieron todos en él para partir en dirección a Medina Azahara, que dista unos ocho kilómetros de Córdoba.

Como miembro del equipo de la Casa Árabe, Juan Pablo tenía libre acceso a la ciudad

califal sin necesidad de aparcar el coche en la recepción-museo ubicada a dos kilómetros del yacimiento, en donde se compran los billetes de entrada y se coge el autobús que acerca al visitante hasta la entrada a Medina Azahara. Pero lo que Zahîd quería enseñarles estaba en el museo por lo que hicieron una parada allí antes de dirigirse al conjunto arqueológico.

Zahîd, en cuanto entraron en el gran edificio moderno donde se encuentra el museo y la zona de conservación e investigación del yacimiento, los guio hasta el piso inferior y se dirigió hacia la colección de cerámicas y elementos arquitectónicos (capiteles, basas, etc.) que se exponen allí. Se puso frente a un rincón donde había tres pedestales de madera que sostenían sendos fragmentos de mármol blanco tallado, en cuyo centro se recortaban unos arquitos de herradura.

—Juan Pablo, por favor, acércate aquí. Lee ahí y tradúcelo —indicó el sufí.

Se acercaron todos para mirar donde señalaba Zahîd con el dedo índice. Los tres arcos estaban enmarcados con un alfiz tallado que representa una inscripción en letra cúfica. El que señalaba el sufí se encontraba justo en el centro y tenía debajo una plaquita que indicaba que pertenecía al Salón de Abderramán III.

Juan Pablo sacó de inmediato de un bolsillo de su chaqueta una libreta y un bolígrafo que siempre llevaba consigo por si los necesitaba y se puso a transcribir lo que ponía en el alfiz.

—Si me lo permitís, dadme esta tarde de tiempo para hacer la traducción lo más exacta posible. No quiero cometer ningún error.

—Claro, Juan Pablo, todo el tiempo que necesites... sin pasarte, claro —le contestó Regina acabando sus palabras con una sonrisa sarcástica.

Juan Pablo dedicó largos minutos a transcribirlo y a hacer unas cuantas fotos con la cámara digital que también se había echado a uno de sus bolsillos. Mientras, los demás se pusieron a ver el resto de la exposición.

Cuando Juan Pablo estaba a punto de terminar, oyeron a Regina soltar una exclamación. Se volvieron hacia donde estaba ella y la vieron con la frente y las dos manos apoyadas en una de las urnas de cristal de la exposición. Todos corrieron hacia donde se encontraba y miraron dentro de la urna para ver qué era lo que estaba resguardado allí y qué había provocado el comportamiento de Regina.

Dentro de ella había una pequeña arqueta de plata repujada y adornada con motivos arabescos en cobre. Al lado del cofre había una hoja de pergamino escrita en árabe. Junto a esta, se encontraba la traducción. Se trataba de un documento oficial firmado por Abderramán III, fechado el día quince del mes de Jumadi Al-Awwal el 324 de la Hégira, 936 de nuestra era. Según ese documento, Abderramán III iba a visitar algunas ciudades de Al-Ándalus por lo que, además de ceder el gobierno de la construcción de Medina Azahara a su visir^[33], Ya'far al-Siqlabi, daba órdenes para que un emisario se le adelantara y detallaba la lista de las ciudades por las que pasaría y entre ellas se encontraba...

¡LAQANT!

Eduardo y Regina se miraron atónitos.

—¡Vaya! ¿No os parece raro que Abderramán visitara una ciudad de tan poca importancia en aquellos días como Laqant? No olvidéis que por aquella época la ciudad que ostentaba la gobernación del sur del territorio levantino era Callosa del Segura —intervino Juan Pablo.

—Sí que es extraño, Juan Pablo, y solo le encuentro sentido si lo asocio con el escrito que se encontró en Alicante sobre la sura —expuso la joven.

—Opino lo mismo, Regina.

—Este manuscrito era lo que os iba a enseñar a continuación. Si mi traducción de la inscripción que os acabo de enseñar no es errónea, creo que puede haber una relación entre los dos objetos. Pero ahora, ¿qué os parece si hacemos una visita a las excavaciones? —inquirió Zahîd.

—Claro que sí, Zahîd, estoy deseándolo —le contestó Regina.

Salieron del museo y Juan Pablo condujo hasta la zona norte donde está situada la primera terraza de la antigua ciudad desde donde se accede a su interior. Aparcó y salieron del coche para dirigirse al edificio de entrada al yacimiento desde donde se observan unas magníficas vistas de toda la medina, ya que se encontraba en el punto más elevado.

La ciudad palaciega está ubicada en una pendiente a los pies de Sierra Morena, asentada sobre tres terrazas. En la terraza más alta estaba el palacio del califa con sus dependencias particulares y las de la corte. En la terraza media había salones de recepciones, edificios administrativos con viviendas de funcionarios importantes, palacios y jardines. Entre la terraza media y la inferior, sobre una colina artificial, se encontraba la mezquita, que unía la zona cortesana de la terraza media con la ciudad, las dependencias administrativas, los servicios, los baños, el alojamiento para el personal y sus familias, el zoco, los jardines y los huertos que integraban la terraza inferior.

Se apoyaron en la barandilla situada en la muralla norte, desde donde se puede divisar las distintas zonas escalonadas con sus diferentes edificios oficiales y residenciales, para observar la panorámica.

—Si queréis, os puedo hacer de guía; como imaginaréis, la he visitado en innumerables ocasiones —expresó Juan Pablo.

—Por supuesto, Juan Pablo, contábamos con ello —indicó Eduardo.

—Bueno, pues en primer lugar nos vamos a encontrar con la Puerta Norte por donde el alcázar se abastecía de materiales y alimentos que llegaban aquí desde el Camino de Nogales, que era la vía de comunicación más rápida desde Córdoba —les informó señalando a la izquierda a la vez que iniciaba el camino.

Una vez recorrido el espacio indicado, desembocaron en una rampa.

—Lo siguiente que veremos serán dos viviendas superiores en las que podremos comprobar cómo las diferentes estancias de las casas se disponían alrededor de un patio central. En ellas hay cocina, letrinas, cuarto de despiece de carne... Lo que indica que su función era principalmente residencial.

Dedicaron un rato a admirar esos espacios con curiosidad hasta que el sufí les dijo:

—Si no os importa, como me conozco mucho todo el recorrido, voy a adelantarme porque quiero tomar unas notas del último tramo y así, cuando me alcancéis, ya habré terminado —dijo Zahîd.

—Por supuesto, Zahîd, ve a tu aire —asintió Juan Pablo—; nosotros ahora, desde aquí, vamos a las viviendas del servicio.

—De acuerdo, yo os buscaré a lo largo del recorrido en cuanto termine.

Zahîd se despidió de sus acompañantes y se marchó con paso firme.

—Bueno..., ¿seguimos? —preguntó Juan Pablo.

—Adelante —contestó Eduardo a la vez que señalaba hacia el sur, por donde iban a seguir la visita.

—Como le he dicho a Zahîd, ahora nos adentraremos en las viviendas del servicio atravesando un espacio desde el que se controlaba el acceso hacia las residencias aristocráticas del sur.

Después de visitar todas esas estancias, Juan Pablo los guio hasta la vivienda del visir Ya'far.

Regina se quedó alucinada cuando pudo ver de cerca dicha vivienda, construida con planta basilical y considerada una de las más lujosas de la ciudad palaciega. Escuchaba con atención a Juan Pablo detallarles con esmero los diferentes tipos de espacios y la función de cada uno de ellos. Así, por un lado, les enseñó la zona pública u oficial, que era el lugar destinado al trabajo y que tenía un uso representativo del cargo político que ocupaba el dueño de la vivienda, y cuyo acceso era por una portada cuya decoración estaba formada por figuras con motivos vegetales labrados en la piedra.

—Ahora visitaremos el Edificio Basilical Superior, que está constituido por cinco naves longitudinales. La nave central cuenta con un triple arco de herradura y el resto con uno doble. Se cree que su función era de Casa del Ejército, aunque también se piensa que su edificio principal debía estar destinado a consejos y reuniones oficiales, y a archivos de documentación. A su izquierda se encuentran las estancias de trabajo del personal administrativo y a la derecha una vivienda que debió ocupar alguna alta autoridad —les explicó Juan Pablo mientras los guiaba.

Los tres se pasearon por entre los arcos observando la edificación con tranquilidad para a continuación dirigirse hacia el sur para visitar el Salón Rico de Abderramán III.

—Por aquí —explicó Juan Pablo, señalando una rampa de nueva construcción—,

bajaremos a la siguiente terraza donde se encuentra el Jardín Alto.

—¡Cómo me hubiese gustado ver esta ciudad en pleno apogeo! Debió ser una maravilla. Es una pena que no se haya conservado intacta —manifestó la joven extasiada.

—Sí, Regina, pero esta degradación no ha sido culpa del mundo moderno, como otros muchos monumentos. La construcción de Medina Azahara se inició en el año 936 y en el año 1010 los bereberes entraron en ella, lo que inició su decadencia y abandono. La destruyeron en gran medida y luego, a lo largo de los años siguientes, los materiales de aquí fueron utilizados para construir otros edificios —apuntó Eduardo.

—Como veis, el jardín ha sido repoblado, lo que da un toque de vida al yacimiento. Desde el paseo elevado que hay a la derecha del jardín se puede contemplar la Mezquita Aljama, cuya situación facilita su acceso desde las tres terrazas y, por supuesto, su orientación está hacia La Meca. Frente a la mezquita se encuentra un edificio de dos viviendas de carácter residencial al servicio del oratorio —les iba comentando Juan Pablo mientras se asomaban por ese lado del jardín—. Desde el andén norte se ven las habitaciones anejas al salón de Abderramán III, cuyo acceso interior no es posible debido a encontrarse en plena restauración, pero sí que os puedo decir que se trata de un conjunto de habitaciones de uso exclusivo califal compuesto por salas, letrinas y patios, además de un baño compuesto por las tres típicas salas: la sala fría o vestuario, la sala templada y la sala caliente, en la que hay una bañera que era calentada por un horno con caldera que estaba en la sala contigua.

—Hay que reconocer que sabían vivir bien —aseveró Regina con una amplia sonrisa.

—Desde luego que sí. Disponían del mayor confort posible para la época en la que vivían —añadió Eduardo.

—Terminemos esta zona del alcázar —continuó Juan Pablo— visitando el salón de Abderramán III donde desde la amplia terraza que hay a su entrada se divisa el jardín Alto.

Los tres amigos se dedicaron, durante largo tiempo, a observar con detalle el edificio destinado a la celebración de recepciones políticas por parte del califa, así como de las principales fiestas religiosas anuales, ya que se caracteriza sobre todo por su decoración.

Regina no cejaba en su asombro al ver la belleza de los arcos de herradura con piedra labrada y decorados en rojo, que le recordaban a los de la Mezquita de Córdoba, y la espectacularidad de la ornamentación de las paredes.

—Ahora debemos volver al norte para poder visitar el Gran Pórtico —explicó Juan Pablo mientras los instaba a seguirlo.

Cuando llegaron de nuevo a las inmediaciones del Edificio Basilical Superior, Juan Pablo les señaló una calle en rampa formada por dos tramos, con un cambio de dirección opuesto y cuyo segundo tramo era mucho más largo que el primero.

—Ahora vamos a ir por aquí hasta el Gran Pórtico y la Plaza de Armas, que constituye la entrada ceremonial al alcázar para las recepciones de embajadores y donde la guardia se

colocaba a ambos lados para honrar al séquito extranjero hasta el salón de recepciones políticas —les iba informando Juan Pablo mientras bajaban por la rampa.

Mientras caminaban tranquilamente por el segundo tramo, iban comentando aspectos históricos de Medina Azahara. Los tres se encontraban absorbidos por lo que les rodeaba y que formaba parte de sus pasiones.

—¿Sabíais que la mezquita fue construida en tan solo cuarenta y ocho días por un millar de trabajadores? —señaló Juan Pablo—. Todo en esta ciudad fue hecho en tiempo récord. Tanto su construcción, que duró poco más de cuarenta años, como su ocaso.

En ese momento, Juan Pablo observó que en el suelo se proyectaba la sombra del muro que tenían a su derecha y que formaba un curioso dibujo parecido a las almenas de una torre debido a los bloques de piedra del que estaba hecho y a la ausencia de ellos en algunos tramos.

Por la inclinación de la sombra dedujo que hacía un buen rato que había pasado el mediodía. Su mente estaba distraída pensando en esto mientras sus ojos observaban la sombra de lo que parecía una figura humana sobre la muralla danzando al mismo compás que ellos. Sin darse cuenta fue quedándose atrás mientras no le quitaba el ojo a la sombra. Su conciencia empezó a captar lo que veía en el justo momento en que la sombra se agachaba y se levantaba con algo grande y gris entre sus manos grises y lo izaba por encima de su cabeza gris. El tiempo se ralentizó, los segundos parecieron minutos mientras veía, como si fuese a cámara lenta, el movimiento amenazante de la sombra.

El instinto lo hizo gritar.

—¡Corred, corred!

Al mismo tiempo vio cómo primero desaparecía la sombra de lo que había cogido la figura y luego la figura humana. Giró la cabeza hacia donde debían estar sus amigos al tiempo que veía caer un gran pedrusco justo donde se encontraban ellos segundos antes. Por suerte, el grito de Juan Pablo había hecho que tanto Eduardo como Regina, sin pensarlo, corrieran para alejarse de la muralla. Aun así, vio que el arqueólogo caía llevándose la mano izquierda al brazo derecho. Dirigió la mirada a lo alto del muro para ver si el hombre seguía allí, aunque sabía que no iba a ser así, al tiempo que sus pasos se encaminaron hacia Eduardo.

—Eduardo, ¿qué te ha pasado? —inquirió Regina mientras se inclinaba a su lado preocupada.

—No es nada, la roca me ha rozado el brazo. Solo es un arañazo.

Juan Pablo se inclinó también hacia el joven para observar la herida.

—Ya, un arañazo... Necesitas unos cuantos puntos de sutura. Vamos a una clínica para que te curen —dijo Juan Pablo.

El jersey de lana gris que llevaba el arqueólogo se había rasgado y comenzaba a mancharse de sangre. A través del rasgón se veía en su brazo un corte de unos diez

centímetros.

—¿Qué ha pasado, Juan Pablo? ¿Cómo sabías que se iba a caer? —inquirió Eduardo.

—Lo he visto a través de la sombra —explicó señalando el borde de la sombra de la muralla—. No se ha caído nada, Eduardo, lo han arrojado aposta. He visto cómo un hombre ha arrojado ese pedrusco desde lo alto y está claro que iba dirigido hacia vosotros.

—Gracias, amigo, nos has salvado la vida —reconoció Regina.

—No sé si la vida, pero de un buen chichón en la cabeza sí que os habéis librado al apartaros tan rápido —dijo Juan Pablo con mofa para quitar hierro al asunto—. Venga, vamos al coche y te acerco a la clínica para que te miren esa herida.

—¿Y Zahîd? ¿Dónde estará? —preguntó Regina mirando alrededor.

Juan Pablo miró a Eduardo y este le correspondió con la mirada.

Cuando llegaron a la Puerta Norte, se encontraron con que Zahîd estaba allí esperándolos.

—¿Qué te ha pasado, Eduardo? —lo interrogó en cuanto vio el estado de su brazo.

Juan Pablo se lo explicó someramente.

—Esto me huele a advertencia. Os estáis metiendo en arenas movedizas. Este es un tema demasiado serio para la mayoría de musulmanes.

—Zahîd, solo buscamos la parte histórica. Los hechos en sí. No estamos cuestionando vuestra religión —aclaró Regina.

—¿Vosotros podéis llegar a imaginar lo que supondría que el Nombre Secreto de Allah estuviera al alcance de todo el mundo? Toda una forma de vida de millones de personas sucumbiría. El camino que día a día recorremos para llegar a ese conocimiento es la esencia del Nombre Secreto de Allah. Si se hace público, si la meta a alcanzar ya no existe, ¿para qué recorrer el camino? El sufí, por ejemplo, basa parte de su vida en la búsqueda interior de este enigma. Se va preparando durante toda su existencia para ello. Vuelvo a haceros la pregunta, ¿podéis llegar a comprender la hecatombe que habría en los pueblos musulmanes si el Nombre Secreto de Allah saliese a la luz? —manifestó Zahîd con voz profunda.

Los tres se quedaron pensativos. El sufí había conseguido, con su breve discurso pronunciado con gran solemnidad, reverenciando a Alá con su plasticidad expresiva cada vez que pronunciaba «el Nombre Secreto de Allah», calar en el interior de los tres amigos. Era como si con el sonido de su voz, eminentemente árabe, los hubiese traspasado más de lo que había dicho y se hubiese introducido dentro de ellos para que no solo oyeran sus palabras, sino que las sintieran en propia carne.

Se miraron entre ellos para comprobar que los demás habían sentido lo mismo al escuchar las palabras de Zahîd.

—Zahîd, no te preocupes. Aparte de que estoy convencido de que ese dato no lo vamos a encontrar, como te ha dicho Regina, no es lo que buscamos. Pero, aun así, desde este momento, te prometo que nos ceñiremos solo a la investigación histórica, ¿estáis de acuerdo, amigos? —expuso Eduardo.

—Por supuesto —aseveró Juan Pablo—. Hay poca gente, que no sea musulmana, que respete más la creencia islámica que yo. Para nada tengo como objetivo perjudicar a este colectivo.

—Bueno, yo solo espero que entiendan lo que les he dicho y que cumplan con su palabra. Ahora creo que debemos preocuparnos de que curen a Eduardo —señaló Zahîd.

Se dirigieron hacia el aparcamiento, se subieron al coche y cogieron dirección hacia Córdoba para llevar a Eduardo al hospital.

Una vez curadas las heridas después de ponerle algunos puntos de sutura, Juan Pablo dejó a Regina y a Eduardo en su hotel. El sufí se bajó también allí para dirigirse a su casa y Juan Pablo se fue a la suya para descansar un rato y luego comenzar con la traducción de lo que había copiado del fragmento de mármol.

La pareja fue primero al restaurante del hotel para comer algo ligero y luego subieron a su habitación para descansar hasta que Juan Pablo les avisase que ya había acabado con la traducción.

Tumbados en la cama, con Regina arrebujada al costado de Eduardo, estuvieron comentando los últimos acontecimientos.

—Regina, mientras te duchabas, he avisado a Alicante del pergamino que hemos visto en Medina Azahara y les he pedido que busquen algo que pudiera tener relación entre los manuscritos que tenemos sin traducir todavía. Hay varios escritos que nombran a Abderramán III y quizás haya algo que nos asegure que el califa pasó por Laqant.

—Bien hecho, Edu, mi instinto me dice que tendremos que volver a nuestra tierra como siguiente paso —advirtió la joven frunciendo el ceño.

—Pues si tu instinto te lo dice, lo doy por hecho, ya podemos comenzar a hacer las maletas —aseveró Eduardo con una amplia sonrisa en sus labios.

—Oye, Edu, ¿qué opinas de Zahîd?

—Ufff..., me intriga ese sufí. Me da la impresión de que su colaboración, además de ser forzada, es debida a la necesidad de estar en contacto con nosotros para mantenerse informado de nuestros adelantos. Es más, no descarto que tenga algo que ver con el incidente de la roca —advirtió con tono reconcentrado.

—Estoy de acuerdo contigo, además, me parece una persona muy astuta y tiene un gran poder de convicción.

—Estoy deseando saber qué es lo que pone en el alfiz del fragmento de mármol del palacio de Abderramán III.

—Y yo, pero a mí, lo que en verdad me tiene más intrigada es averiguar qué es lo que hizo el califa en Laqant. Lo siento, pero la tierra me tira... —concluyó con una amplia sonrisa.

Según iban hablando, los ojos de ambos se iban cerrando de cansancio y la voz se iba haciendo cada vez más lenta y adormecida, hasta que cayeron los dos en un agradable sopor. A través de las cortinas de la ventana se podía observar cómo iba declinando el sol hasta que dejó el cuarto entre tinieblas.

Recién desaparecido el sol bajo el horizonte, sonó el móvil de Eduardo. Este se incorporó con brusquedad en la cama al oír la familiar musiquilla que le avisaba de la llamada. Tanteó a ciegas la mesilla de noche hasta que encontró el teléfono y se lo llevó a la mejilla.

—¿Diga? —interrogó somnoliento.

—Eduardo, soy Juan Pablo. Llamaba para avisaros de que me dirijo hacia vuestro hotel. Ya lo he traducido y en unos minutos estoy con vosotros.

—Muy bien, Juan Pablo, ¿nos vemos en el restaurante del patio andaluz del hotel?

—Sí, estupendo. Necesito algo fuerte para asimilarlo todo. Me he concentrado tanto en la traducción que no me ha dado tiempo a analizar nada más y me gustaría hacerlo con vosotros.

—Pues ahí nos vemos. Hasta ahora, Juan Pablo.

—Hasta ahora.

Colgó el teléfono y lo volvió a dejar sobre la mesilla, momento que aprovechó para encender la luz. Entonces notó una mano que le rodeaba el tórax y jugueteaba con el vello de su pecho. Giró la cabeza y vio a Regina mirándolo con una sonrisa picarona.

—¿Nos da tiempo a jugar un ratillo o te duele la herida?

Eduardo se echó a reír al mismo tiempo que giraba su cuerpo para rodear con sus brazos el cuerpo de ella.

—Tranquila, encontraremos alguna postura cómoda para mi brazo, ya lo verás.

Sus bocas se encontraron y se saborearon la una a la otra. Regina suspiró. Nadie la había hecho sentir como lo hacía Eduardo. Su ternura y su pasión las percibía como propias; conseguía que todos los poros de su piel gozaran hasta lo sublime. Los dos se entregaron al goce de sus cuerpos ofreciendo a la vez todo el amor que sentían el uno por el otro.

CAPÍTULO 6

A lo largo de los días siguientes, la fortaleza se había vuelto un hervidero de actividad. Las mujeres del harén del padre de Cántara daban órdenes a los sirvientes siguiendo las directrices del caíd para que el banquete resultase ostentoso, grandioso y perfecto, como la ocasión lo requería. Las mujeres lo hacían con agrado, ya que eso significaba que por fin iban a perder de vista a Cántara.

Se compraron las más exquisitas sedas para adornar la alcazaba con nuevos cortinajes y confeccionar nuevos cojines para los invitados. Se encargaron laboriosas alfombras con motivos arabescos para el suelo de la sala principal. A Cántara le trajeron, para la ocasión, un caftán^[34] de tela adamascada entretejido de oro, con bordados de hilo de seda y con el ancho cinturón adornado con bordados y pedrería, tan hermoso y de tan gran valor que se mantenía custodiado día y noche por un guardia del caíd.

Trajeron vinos de las mejores calidades de todo Al-Ándalus ya que, aunque los musulmanes lo tenían prohibido, en esas tierras, sobre todo en celebraciones, lo pasaban por alto. Se había comprado un pequeño rebaño de corderos y terneras para que ese día estuviese la carne lo más fresca y tierna posible, y se habían contratado pescadores en exclusiva para la ocasión.

El patio de la alcazaba se estaba convirtiendo en un bellissimo jardín con flores multicolores que dibujaban formas geométricas, todas muy bien conjuntadas.

El padre de Cántara le había pedido a Amina que escogiera un repertorio de los más bellos poemas y canciones que conociese para amenizar la velada y ella había elegido a la gran poetisa Wallada para recitar sus bellos versos y había seleccionado música clásica andalusí de mano de su creador y gran músico iraquí, Ziryab.

Cántara vivía todo ese ajeteo como hipnotizada, como si todo ese alboroto no tuviese que ver con ella. Se pasaba los días encerrada en sus aposentos leyendo poemas de amor que Amina le había dejado. Su amiga pasaba de vez en cuando y le contaba lo que estaban preparando, siempre dándole un toque jocoso para ver si la sacaba un poco de esa languidez y melancolía en la que se había sumido. Pese a ello, no podía pasar todo el tiempo que le habría gustado con ella, ya que el padre de Cántara le había dado órdenes específicas sobre su cometido en el banquete y tenía que tenerlo todo preparado para ese día.

Cuando Cántara salía de su habitación, vagaba como alma en pena por la alcazaba, pero

en cuanto divisaba a su padre forzaba su rostro a fingir alegría para que él no supiese en el estado en el que se encontraba su corazón y su alma. Adoraba a su padre, por supuesto, lo respetaba y le debía obediencia en todo. Solo tenía un secreto para él y eran sus dos escapadas a la medina. Pero tenía claro que no se arrepentía de haberlo hecho, era más, en cuanto tuviese otra oportunidad, volvería a hacerlo. Añoraba poder orar en la mezquita donde su unión con Allah, el Clemente, el Misericordioso, había llegado al éxtasis.

Según se acercaba el día del banquete, el nerviosismo se iba apoderando de todos los residentes en la alcazaba. El padre de Cántara exigía que todo estuviese perfecto y sus mujeres se dedicaban a ello con esmero.

Por fin llegó el día. El padre de Cántara ordenó a unas cuantas sirvientas que ayudaran a su hija a bañarse, perfumarse y vestirse. El cuidado y dedicación que emplearon estas con Cántara era digno de la mejor de las princesas. Ella obedecía maquinalmente mientras la bañaban en ricos aceites, le peinaban su sedoso pelo o la vestían con las bellas sedas.

Para embellecer sus ojos, emplearon un maquillaje nuevo llamado Khol, que había traído un comerciante de los países orientales. Eran unos polvos conseguidos a través de picar una mezcla, tostada hasta quemarla, de galena, pimienta, hueso de dátil y aceite de oliva. Estos polvos se lo aplicaron a Cántara en el interior y exterior de la parte inferior del ojo.

También, se le había preparado una pasta especial a partir de rosas, cáscara de naranja y simientes de acedera, triturado todo con hojas de menta, para el cuidado de los dientes y para perfumar el aliento mediante un masaje con esta pasta; y su cabello fue tintado con alheña.

Este proceso duró todo el día y, cuando Cántara se miró, una vez terminado, no se reconoció... Jamás había estado tan bella. Terminó su arreglo personal perfumándose con el aroma que ella misma había comprado en la medina y colocándose unos sencillos pendientes, anillos, brazaletes y un hermoso tocado realizado con monedas perforadas, todo ello perteneciente a su difunta madre.

Todo el mundo sabía para qué se había organizado el banquete y con qué fin habían sido invitados los más altos cortesanos. Nadie se podía negar a asistir a esta velada ya que sería un desaire para Cántara y, en consecuencia, para su honra.

En la cocina se estaban ultimando los preparativos del ágape que se iba a presentar ornamentado de forma ostentosa. Amina se dirigió hacia allí para supervisar que todo estuviera a punto en el momento adecuado. Prácticamente la totalidad de los sirvientes se encontraban ayudando a las cocineras.

Los dulces ya se encontraban colocados en distintos ataufores^[35] decorados con dibujos geométricos en color blanco y verde llenos a rebosar. En unos había roscos de huevo, pestiños, churros y buñuelos; y en otros, tocino de cielo, arroz con leche, hojaldres, dulces de almendra, pistachos y piñones rociados de agua de rosas y bañados en miel transparente y dorada. Solo faltaba por añadir las almojábanas que se encontraban en ese momento dentro de la sartén friéndose en aceite de oliva.

Como primer plato se había preparado un caldo ligero de cordero y distintas verduras (hinojo, acelgas, espinacas) con fideos.

El segundo plato estaba formado por distintos manjares de ultimísima moda en todo Al-Ándalus. En esos momentos se encontraban elaborando varios de ellos: uno, conocido como El Codiciado, compuesto por ternera, cebollas, ajos, vinagre, aceite, huevos y almorí (una masa de harina con sal, miel, pasas, piñones, avellanas y almendras trituradas, con la que se hacían tortas que se cocían al horno y se desmenuzaban con los dedos para incorporarla al plato), todo ello condimentado con azafrán, hinojo, pimienta, cilantro seco y cominos. Otro plato era Cordero con huevos, que además de esos dos ingredientes llevaba cebolla, aceite y queso fresco, condimentado con sal, ajo, pimienta, cilantro seco, canela y zumo de menta.

El plato de pescado se presentaba frito en aceite de oliva, relleno de una masa de miga de pan y especias, y las verduras eran aportadas por un plato de berenjenas rellenas Al-Ándalus, el plato preferido del Califa y que no faltaba en ninguna celebración.

También se había preparado una cuajada de queso fresco por expreso deseo del caíd.

Una vez que Amina hubo comprobado que todo estaba casi listo se dirigió a su aposento para acicalarse y vestirse. Allí se encontró con que su amiga la estaba esperando.

—Querida, ¿cómo te encuentras? —le preguntó en cuanto la vio.

—Amina, no sé si voy a poder cumplir los designios que para mí decida mi querido padre —expresó con el rostro compungido.

—Cántara, mi amada amiga, cuánto lamento que tus pensamientos te lleven a ese malestar, pero debes obedecer a tu padre y lo sabes. Dentro de tu debilidad, eres fuerte como una roca y podrás hacer frente a tu futuro, sea el que sea. Además, no sabes lo que va a pasar, si el hombre que tu padre elija como marido para ti va a ser de tu agrado o no.

—Lo sé, Amina, pero algo en mi interior me dice que hoy va a pasar algo trascendental para mí. No sé si bueno o malo, pero que hoy va a cambiar mi vida, de eso estoy segura.

En ese momento llegó una sirvienta para avisar a Cántara que debía prepararse para el banquete, ya que los invitados estaban próximos a llegar. Las dos amigas se despidieron con un beso y un largo abrazo. Ya no volverían a hablar hasta dentro de largas horas porque, aunque Cántara abandonaría el banquete en cuanto se acabara el ágape, Amina continuaría con los hombres para ofrecerles sus bailes, canciones, versos y música.

Cuando llegó la hora de recibir a los invitados, el caíd Hakîm Al Saadi fue atendiéndolos uno a uno, ofreciéndoles leche acompañada de dátiles y almendras, haciéndolos pasar a la sala principal donde se encontraban las mesas bajas rodeadas de ricos cojines.

Una vez que todos los invitados estuvieron acomodados en los blandos cojines, hizo su aparición Cántara. Saludó en general a todos los asistentes y se acomodó al lado de su padre. La joven no levantaba la mirada del suelo en señal de respeto, por lo cual no pudo ver el rostro de un joven que se sobresaltó en cuanto la vio aparecer. Aunque llevaba ropas

infinitamente más ricas y su arreglo personal fuese mucho más sofisticado, Alí no dejó de reconocer a la joven mujer que había visto en el puesto de perfumes hacía de ello varias semanas. Sus ojos, su figura, su porte le habían calado en lo más hondo y había intentado averiguar quién era sin haberlo conseguido. No esperaba encontrársela allí y menos que fuese ella el motivo de ese banquete. Había acudido por compromiso, por no hacer un menosprecio al señor de la alcazaba, pero no tenía la menor intención de solicitar la mano de su hija. Ahora todo había cambiado, su corazón se había vuelto loco en cuanto había visto a la joven Cántara. Solo necesitaba una mirada suya para confirmar que la joven deseaba lo mismo que él.

Cántara volvió a sentir la misma comezón que había sentido en el zoco cuando Alí la estaba mirando, así que no pudo resistir más tiempo con la mirada baja y con lentitud levantó los ojos para encontrarse de lleno con la faz de su joven amado. Todo su cuerpo sintió una oleada intensa de calor. Notó que Alí la había reconocido e intentaba transmitirle con sus ojos sus sentimientos. Se sintió la mujer más feliz de la Tierra porque esa mirada le confirmaba su amor por ella. Cántara intentó, a través de la suya, decirle a su amado sus propios sentimientos y que él tuviese la certeza de que su amor era correspondido.

La velada se le hizo a Cántara lenta en extremo ante la premura por llegar al final de ella y saber si su amado iba a pedir su mano; e inexorablemente rápida a la vez, porque tenía frente a sí a su amado Alí y no deseaba ser privada de esta visión en el resto de sus días.

Las bandejas con los manjares iban colocándose sobre las mesas una detrás de las otras, acompañadas de té de menta y jugos de distintas frutas (granadas, naranjas, limones, uvas). El ambiente era cordial y distendido, y los invitados alababan el buen gusto en los platos presentados, así como en su sabor.

Cuando terminaron con el ágape, Cántara se retiró y fue cuando el banquete se convirtió en una alegre reunión de amigos donde solo se permitía la entrada a las esclavas cantoras para recitar, cantar y tocar algún instrumento mientras que los hombres, entonces sí, bebían vino mientras escuchaban o mientras ellos mismos entonaban alguna canción.

Amina empleó todo su saber para agradar a los invitados de su amo. Cantó con su melodiosa voz canciones que los cautivaron. Leyó poesía con tal pasión que consiguió transportarlos a la historia que contaba. Tocó su laúd e impregnó a todos los oyentes como si fuesen gotitas de lluvia que calaban y calaban sin notar que caían sobre ellos. Y bailó... y siguió bailando. Su cuerpo se contorsionaba como si sus huesos fuesen flexibles, ya fuera con un ritmo desenfrenado o al son de la melodía más cadenciosa. Todos los hombres la miraban embobados. Bueno, todos no. El joven Alí se mantenía absorto en sus propios pensamientos esperando el momento crucial de la noche.

Para el joven, ese momento tardó interminables horas en llegar, pero en cuanto Amina dejó de ofrecerles sus dotes como esclava cantora, con sorpresa por parte de él, se levantó uno de los invitados y dirigiéndose al padre de Cántara le dijo:

—Estimado amigo, nos conocemos desde hace mucho tiempo y sé de tu honradez y el de toda tu familia. Por eso sería un honor para mí que me permitieses entrar a formar parte de

ella uniéndome en matrimonio con tu hija.

Alí conocía a esta persona; se trataba de un comerciante llamado Al-Mansur con el que el caíd Hakîm Al Saadi solía hacer grandes negocios. Ante el cauce que estaba tomando la situación, Alí decidió hablar antes de que contestase el padre de Cántara a la propuesta del comerciante. Se levantó y situándose al lado de este, dijo dirigiéndose al padre de Cántara, para sorpresa del caíd:

—Un momento, antes de tomar una decisión, quiero que sepas que yo también tendría una gran satisfacción si me concedieras el privilegio de solicitarte compromiso matrimonial con tu hija.

El padre de Cántara se quedó boquiabierto. Su sorpresa era máxima ya que no era usual que saliesen a la vez dos pretendientes para la misma mujer, pero como era muy sabio, antes de responder a alguno de los dos, meditó largo tiempo.

Los dos pretendientes observaban al padre de Cántara con mirada inquieta; la elección de uno de los dos, que por otra parte era obvio que tendría que hacer, supondría un rechazo para el otro y por tanto un agravio que pondría al padre de Cántara en mala situación con respecto a este y su familia.

El caíd Hakîm Al Saadi solicitó mentalmente ayuda a Allah para que lo ayudase a solucionar el entuerto. Después de meditar largos minutos se dirigió hacia ambos pretendientes.

—Queridos amigos, me veo en la imposibilidad de elegir a uno de los dos porque el honrado sería yo al entrar a formar parte de cualquiera de ambas familias, así que, si de verdad los dos estáis dispuestos a tomar como esposa a mi hija Cántara, la elección correrá a cargo de vuestras habilidades y de Allah, el Justo, que dará facultades suficientes al que se lo merezca de verdad. Os pondré una prueba a cada uno y el que antes cumpla con lo acordado será el que consiga por mujer a mi hija. ¿Estáis de acuerdo?

Ambos pretendientes se miraron y al unísono aceptaron la propuesta.

—¿Cuáles serán las pruebas, si es que ya las has decidido? —quiso saber Alí.

—Sí, y serán todo lo justas posible teniendo en cuenta la habilidad de cada uno. Al-Mansur, tu viajarás a los confines orientales, a Hindiyyah^[36], y desde allí traerás raras especias, exquisitas y delicadas, no conocidas en Al-Ándalus. Tú, Alí, deberás construir un acueducto desde al-wadi akh'dar^[37], en Tibi, hasta Laqant, para traernos a la medina el tanpreciado y escaso líquido. Tendréis de tiempo máximo un año para vuestra empresa. Mi hija no puede esperar toda la vida, así que tal día como hoy, quinto día de Jumadi al-Awwal del año próximo, si ninguno de los dos ha conseguido su prueba, mi hija quedará libre para comprometerse con otro hombre. Pero en cambio, si uno de los dos atraviesa la puerta de esta alcazaba, será el esposo de mi amada hija.

Alí y Al-Mansur estuvieron conformes con los dos retos y despidiéndose del anfitrión, partieron a iniciarlos de inmediato.

En cuanto los dos jóvenes se fueron, el resto de los invitados fue despidiéndose y se marcharon de la alcazaba tras agradecer al anfitrión tan gran velada.

Cántara se encontraba en su aposento cuando su padre la mandó llamar. No sabía lo que había ocurrido, así que se dirigió a la sala donde este se encontraba con gran nerviosismo. El caíd se lo explicó de inmediato y, cuando supo que su amado Alí la había solicitado para sí, una inmensa alegría inundó su corazón, aunque esta alegría se empañó ante la posibilidad de que el otro pretendiente cumpliera su cometido antes que Alí. Deseaba poder hablar con él para darle ánimos y alentarle para que fuese él el primero en realizar su empresa.

En cuanto su padre le hubo explicado bien todas las condiciones, Cántara corrió a encontrarse con Amina para contárselo todo. Se sentía dichosa al comprobar que Alí iba a luchar por obtener su amor.

—¡Amina, Amina! ¡Alí me quiere! —entró gritando en la habitación de Amina.

Amina soltó una fuerte carcajada. La llenó de satisfacción verla entrar como un torbellino, diametralmente distinta a la mujer que vagaba por la alcazaba los últimos días.

—Lo sé, Cántara, vi enseguida que sus pensamientos estaban contigo porque no me prestó ninguna atención. Sabía que te solicitaría como mujer —expresó con una amplia sonrisa abrazando a su amiga.

—Sí, lo ha hecho, pero...

—¿Qué pasa? ¿Tu padre lo ha rechazado? No puede ser —interrogó separándola de sí para mirarla a la cara.

—No, no, es que ha habido otro pretendiente más.

—¿Cómo?! —exclamó con asombro.

Cántara le contó lo ocurrido a su amiga y esta se quedó estupefacta. La situación era curiosa, Cántara había pasado de no tener pretendientes a tener dos que se la disputaban.

—Vaya con la solitaria Cántara, ahora tienes un duelo entre dos hombres, ¡y qué hombres! He visto a los dos esta noche y son de lo mejor que hay por estas tierras. Con razón tu padre no quiere quedar en mal lugar con ninguno de los dos.

Cántara se rio de la exclamación de su amiga. Se sentía feliz pese a lo extraña de la situación.

—Amina, tienes que localizarme a Alí, he de hablar con él —la instó con efusividad.

—¿Qué quieres? ¿Qué venga a verte? —preguntó extrañada.

—No, preferiría concertar una cita en la medina. Debemos planear alguna forma para bajar sin que mi padre se entere.

—Cántara, amiga, ahora es cuando deberías tener el máximo cuidado posible —le reconvino.

—Lo sé, lo sé, pero necesito verlo a solas, Amina, aunque solo sea una vez.

—Vale, intentaré ayudarte, aunque no sé cómo podremos hacerlo. Veo muy difícil que puedas salir de aquí sin que se entere tu padre. Eso sí, te pido paciencia, debemos planearlo muy bien —le advirtió.

Cántara se fue de la habitación de Amina con la convicción de que no podría dormir, ya que tenía todos sus sentimientos a flor de piel.

Antes de que amaneciera, Cántara salió de la alcazaba y se sentó en su risco preferido del patio desde donde podía contemplar el amanecer. Desde allí se divisaba el mar con sus aguas tranquilas y claras. Mientras contemplaba la gran belleza que la rodeaba, sus pensamientos se dirigieron hacia Alí. El mar le había recordado los ojos azules y limpios de su amado y, cuando el sol comenzó a asomar por el horizonte, sus mil y un tonos entre rojo fuego, anaranjado y amarillo le recordaron la pasión que sentía por él. Era un momento muy bello para Cántara y para cualquiera que lo hubiese vivido.

Es difícil poder tener al alcance de la vista, a la misma vez, la inmensidad del mar relajante al sur, la fuerza cromática del amanecer asomando por el cabo al este, la vasta llanura hacia tierras cercanas a Elsh^[38] al oeste y las majestuosas montañas al norte, por donde su amado Alí llegaría a lomos del acueducto. La alcazaba, en lo alto del monte Benu-lQatil, propiciaba ese espectáculo, regalo de la naturaleza.

La joven disfrutó de ese momento en comunión con los cuatro puntos cardinales, sintiéndose ella el centro de todo. La alcazaba aún no había despertado y el silencio que había solo era roto por el murmullo del mar.

Cántara, en esos momentos, se prometió estar presente en todos los amaneceres para ir comprobando los avances del acueducto que Alí iría construyendo hasta encontrarse con su amada.

Al cabo de unos días, Amina pudo bajar a la medina para ver si podía localizar a Alí y transmitirle los deseos de Cántara. Volvió a presentarse ante el vendedor de perfumes con la esperanza de que esta vez le informase dónde vivía Alí. El comerciante, después de resistirse durante un tiempo y de, mediante insinuaciones, obligar a Amina a comprar varios productos de los que tenía expuestos, le informó de la localización de la vivienda del joven.

Amina reconoció la casa en cuanto le dijo dónde estaba. Era una de las mejores viviendas de la medina, por no decir la mejor. Estaba situada en la calle de en medio, frente a una de las entradas a la mezquita, muy cerca de la plaza donde se encontraba el zoco.

Se encaminó hacia el lugar descrito. Era una de las calles más transitadas así que nadie se sorprendería de verla pasear tranquilamente por allí. Se dedicó a recorrer la calle arriba y abajo esperando ver a Alí salir de su casa o entrar en ella. A lo largo del tiempo que estuvo observando vio salir a dos mujeres. Una de ellas era una mujer madura vestida con ricas ropas adamascadas, la otra era más joven y mucho más sencilla en sus vestimentas.

Amina supuso que sería la madre de Alí con alguna sirvienta. Nadie más salió de esa casa y tuvo que volver a la fortaleza sin poder realizar el encargo que le había hecho su amiga Cántara.

Cuando esta la vio llegar, corrió a su encuentro, pero por la cara de su amiga comprendió que no le traía buenas noticias.

—¿No lo has podido localizar? —preguntó con voz contenida.

—No, no he conseguido verlo. Ya sé dónde vive y estuve apostada en su puerta esperando que entrase o saliese, pero nada.

La tristeza que emanaba de la cara de Cántara hizo que Amina sintiese deseos de abrazarla y consolarla.

—No te preocupes, Cántara, volveré todas las veces que sean necesarias hasta que consiga hablar con él.

—Gracias, amiga mía, mi dulce y tierna confidente. ¿Qué sería de mí en estos momentos sin ti?

Amina la abrazó con todo el amor que pudo ser capaz de demostrar, y así permanecieron las dos unidas durante un largo rato.

Durante varios días seguidos, la joven bajó a la medina y vigiló la entrada a la casa de Alí para intentar hablar con él, pero no hubo manera hasta que un día se le ocurrió acercarse al puesto del perfumista para ver si él lo había visto. En cuanto el comerciante la vio llegar a la plaza del zoco, todo su cuerpo se puso a gesticular para llamar la atención de la joven y que acudiese a su puesto. Al verlo tan efusivo, se apresuró a acercarse.

—¡Por fin has vuelto, joven! —exclamó el comerciante todo alborotado.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué esa premura? —inquirió Amina.

—El joven Alí estuvo el otro día aquí y le comenté tu visita y tus preguntas. Cuando le indiqué quién eras, me dijo que, si volvías por aquí, te diese un recado.

—Adelante, dímelo ya, por favor.

—Me dijo que él partía ese mismo día hacia Qurtuba para ultimar algunos detalles sobre su trabajo allí, pero que volvería en unos treinta días.

El perfumista se detuvo para ver el efecto que hacían sus palabras a la mujer.

—¿Qué más? —indagó Amina deduciendo acertadamente que no había terminado de contarle el mensaje.

—Me dijo que el último día de Jumadi al-Thani vinieras a medio día a este puesto para poder hablar contigo.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Amina instando al comerciante para que acabara cuanto antes. Le había entrado una prisa tremenda por volver a la alcazaba para contárselo a su amiga.

—Nada más, solo eso. No os olvidéis, el último día de Jumadi al-Thani, aquí mismo.

—No, no lo olvidaré. Gracias por todo.

La joven Amina salió corriendo deseosa por llegar junto a su amiga, por lo que subió la loma del monte Benu-lQatil como si fuese un jovencito trotador. En cuanto llegó, se dirigió lo más deprisa que podía sin levantar sospechas de sus actos hacia los aposentos de Cántara. Su amiga no estaba en el patio esperándola, así que se imaginó que estaría allí leyendo poesía.

CAPÍTULO 7

Juan Pablo llegó a la cafetería del hotel y, sentándose ante una mesa con un whisky que había pedido al camarero entre las manos, se dispuso a esperar a Regina y a Eduardo mientras contemplaba la belleza que lo rodeaba y se relajaba con el sonido de la fuente que presidía el centro del patio.

En cuanto entró la pareja, Juan Pablo se puso en pie para recibirlos.

—¿Qué tal te encuentras, Eduardo? —preguntó Juan Pablo.

—Bien, gracias. Casi ni me molesta. Tengo a mi lado a la mejor enfermera —contestó Eduardo mirando a Regina con una mezcla de ironía y adoración.

Juan Pablo y Regina se rieron a la vez y se creó un clima distendido a pesar de que los tres sabían el porqué de esas heridas.

—Bueno, Juan Pablo, sácanos ya de la intriga. ¿Qué ponía en el mármol? —inquirió Eduardo.

—Una gran sorpresa, querido amigo: según está escrito en el alfiz del fragmento de mármol, Abderramán III hizo un viaje en peregrinación a La Meca.

—¡¿Qué me dices?! —exclamó Eduardo asombrado.

—Espera, que aún hay más. Sabéis que el calendario islámico conmemora la huida de Mahoma de La Meca hacia Yatrib, la actual Medina, el viernes dieciséis de julio de 622 después de Cristo, en lo que se denomina la Hégira, que supuso el inicio de la cronología islámica. Este calendario es lunar y por lo tanto los meses, las fiestas y celebraciones varían cada año. En el último mes del calendario islámico, el Du l-Hiyya, durante sus diez primeros días, es cuando todo musulmán que sea física y financieramente capaz, por lo menos una vez durante su vida, debe realizar el Hajj o peregrinación a La Meca. Bueno, pues el año de la Hégira que pone en el capitel, en el que Abderramán III viajó a La Meca, corresponde al mismo año que pone en la traducción del documento oficial del califa que nombra a Laqant.

—Entonces, está claro, aprovechó el viaje a La Meca para la peregrinación para visitar otras ciudades de Al-Ándalus que le quedaban de paso, y entre ellas eligió también Laqant. Zahîd tenía razón. Estos dos escritos están relacionados —observó Eduardo.

—La lástima es que la carta encontrada en el cementerio, que fue la que nos dio la primera pista sobre la sura, esté tan deteriorada que no se pueda determinar su fecha

exacta. Así podríamos saber si la visita a Laqant fue consecuencia de esa carta —apuntó Regina—, aunque estoy convencida de que así fue.

—Yo también lo creo, Regina —aseveró Juan Pablo—, por eso pienso que el siguiente paso a dar está en Alicante. No creo que Abderramán III sucumbiera a las amenazas de la carta, pero es lógico que la investigación continúe por ahí.

—Yo tampoco creo que cediese a las exigencias del que escribió esa carta; más bien creo que Abderramán III aprovechó el viaje a La Meca para devolver a su lugar de origen la sura, y, es más, yo me decanto por Damasco, de donde provenían sus ancestros —indicó Regina—. Pero sí, estoy contigo, no debemos pasar por alto la visita de Abderramán a Laqant.

—¿Pero por qué piensas en Damasco? Nada nos indica que pueda ser allí. ¿Por qué no en la propia Meca? —interrogó Juan Pablo.

—No lo sé. Es un pálpito, una intuición—respondió Regina con el ceño fruncido y la mirada reconcentrada.

—Juan Pablo, no insistas, ya irás comprendiendo que las intuiciones de Regina siempre se confirman—reconoció Eduardo con una sonrisa.

En ese momento sonó el móvil del arqueólogo y este mantuvo una corta conversación con su interlocutor, de la que a continuación informó a Regina y a Juan Pablo.

—¡Bingo! Entre los manuscritos encontrados en Alicante se halla uno que nombra a Abderramán III y al caíd de la alcazaba de Laqant. No lo han traducido, solo han buscado a Abderramán III entre sus palabras para poder avisarme cuanto antes si lo localizaban. Ahora se van a poner manos a la obra, así que espero que hayan terminado cuando nosotros lleguemos a Alicante —explicó Eduardo.

—¿Cuándo quieres que salgamos para allá? —preguntó Regina.

—Cuánto antes, ¿no? Creo que aquí ya hemos terminado.

—Perdonad que cambie de tema —expresó Juan Pablo—, pero ¿pensáis decirle a Zahîd lo que vais a hacer?

—No lo sé, Juan Pablo. Tengo mis dudas con respecto a ese sufí —expresó el arqueólogo frunciendo el ceño.

—De eso quería hablaros. Con todo el lío de tu herida y la traducción, no nos ha dado tiempo a hablar del accidente, pero quiero que tengáis muy presente que fue hecho aposta. O bien nos siguieron o alguien informó de que íbamos a estar en Medina Azahara, pero lo que sí está claro es que ha sido un aviso, como ha dicho Zahîd esta mañana. No sé qué opináis vosotros de esto, yo no quiero pecar de desconfiado, pero, como vosotros habéis visto, sus ausencias provocan reacciones imprevistas —les planteó Juan Pablo.

—Nos hemos dado cuenta. Por eso desconfiamos de él. De todas formas, creo que lo mejor es que le informemos de nuestra vuelta a Alicante y de los motivos. Pienso que es

mejor que no sospeche que recelamos de él —reconoció Eduardo.

—Por cierto, Juan Pablo..., supongo que te vendrás con nosotros a Alicante, ¿no? —rogó Regina.

—Me encantaría, Regina —reconoció Juan Pablo—; la verdad es que estaba deseando que me lo propusierais.

—Vaya, ¿creías acaso que íbamos a tomarnos la revancha por tu funesto recibimiento? —señaló Regina con sorna.

Juan Pablo soltó una fuerte carcajada.

—No, pero uno es educado y no va donde no lo invitan.

—Pues nada, está decidido, mañana salimos los tres hacia Alicante —sentenció Eduardo a la vez que se levantaba—. Iré a reservar los billetes ahora mismo. ¿Me disculpáis?

—Claro que sí, Edu.

Eduardo salió de la cafetería y se dirigió hacia el mostrador de información del hotel.

—¿Has estado alguna vez en Alicante, Juan Pablo? —curioseó Regina en cuanto se hubo marchado Eduardo.

—No, el Levante lo conozco bien poco y en concreto Alicante, nada.

—Pues entonces, entre Eduardo y yo te enseñaremos lo más interesante.

—Podrías avanzarme algo de su historia.

—Será un placer. Verás, los orígenes de Alicante son remotos. Primero estuvo poblada por los íberos a finales del siglo v o principios del iv antes de Cristo, sobre una colina junto a lo que ahora es la playa de La Albufereta, a unos tres o cuatro kilómetros del centro de la ciudad moderna. Después llegaron los griegos, que la denominaron Leukon Teijos, los cartagineses la llamaron Akra Leuka, que podríamos traducir como «colina brillante, luminosa», posteriormente fue llamada, por los romanos *Lucentum* «ciudad luminosa». A partir de la segunda mitad del siglo i antes de Cristo hasta finales del siglo i después de Cristo, la ciudad vivió una época de auge y esplendor, aunque a partir de ahí inició un ciclo de decadencia y fue abandonada en el siglo III después de Cristo. Bajo la dominación árabe, el núcleo urbano se desplazó a las faldas del monte Benacantil, que está bañado por lo que ahora es la playa del Postiguet, y pasó a llamarse Laqant. Su medina estaba encerrada entre murallas que bajaban desde la alcazaba por la ladera de ese monte que tiene una altitud de ciento sesenta y seis metros y una situación estratégicamente privilegiada, pues linda con el mar desde donde se divisa toda la bahía de Alicante, así como su llano.

—Benacantil... Tiene nombre derivado del árabe.

—Así es, no se tiene constancia escrita de él hasta la época islámica, que aparece como Banu-lQatil, aunque sí que se han descubierto distintos vestigios romanos en el casco

antiguo de Alicante, como por ejemplo una necrópolis tardoromana del siglo vi con cuarenta sepulturas en los sótanos del palacio Maisonnave, sede del Archivo Municipal de Alicante, lo que nos da constancia de que también hubo un asentamiento romano en esa zona, aunque no tenía la importancia que sí tuvo la antigua Lucentum. El auge de este asentamiento proviene de la época islámica. Por otra parte, el castillo que descansa sobre la cumbre del Benacantil se llama en la actualidad Santa Bárbara porque el día 4 de diciembre es su festividad y en esa fecha, en el año 1248, fue tomado el castillo a los árabes por el futuro rey Alfonso x, el sabio. Durante los siglos siguientes fue remodelado, rectificado y fortificado en varias ocasiones, y usado para diversos emplazamientos tanto militares como civiles. Hasta que en 1963 fue abierto al público como lugar de interés turístico.

—Entonces, supongo que estará rico en hallazgos arquitectónicos de la ocupación islámica.

—Pues no, realmente las continuas obras de remodelación y adaptación a los diversos emplazamientos han impedido hasta ahora que se hayan encontrado una gran cantidad de restos de esa época, aunque hace unos años se acometió una importante excavación arqueológica en la zona del Macho del Castillo, que fue en su día donde se encontraba la alcazaba islámica. El único sitio de Laqant donde pudo haberse hospedado Abderramán III era esa alcazaba donde se supone que vivía un caíd del ejército del califa.

Desde la posición en la que se encontraba sentada Regina, vio que Eduardo volvía a la cafetería y se dirigía hacia ellos.

—Ya están hechas las reservas —explicó Eduardo a la vez que se sentaba en la silla que había ocupado antes—. El Ave sale a las once menos cuarto y llega a Madrid a las doce y media, a la estación de Atocha. Luego cogeremos en la misma estación el Talgo de las dos y cinco, que llega a Alicante a las seis de la tarde.

—Pues entonces yo me voy ya para dejar mis asuntos atados —comunicó Juan Pablo—. Paso a recogeros a las nueve y media si os parece bien.

—Perfecto. Estaremos listos para esa hora —contestó Regina.

Cuando se hubo marchado Juan Pablo, Regina y Eduardo decidieron ir a dar un paseo por la ciudad y cenar fuera. Necesitaban despejarse un poco de todo lo que había acontecido esos días y pasar una velada ellos solos para tomar una serie de decisiones personales y como pareja, ahora que volvían a su ciudad. Ambos sabían que, si regresaban a Alicante sin aclararse mutuamente las ideas, cabría la posibilidad de que todo volviese a ser como antes de que el embrujo que emanaba de Córdoba los envolviese y consiguiese que los dos se sintiesen más unidos que nunca.

Caminaban, solo... caminaban. No sabían hacia dónde y tampoco les importaba. Sus pasos fueron recorriendo callejuelas, a veces abarrotadas de gente que ellos no veían, y otras veces vacías y con un toque siniestro. Los dos eran el centro de todo. En ese momento, lo único importante eran ellos. Su futuro en común. Fueron desgranando sus

sentimientos, sus deseos, sus temores... Al final, se dieron cuenta de que ambos tenían los mismos sentimientos, los mismos deseos y los mismos temores. Fue un paseo mágico. Más que hablar, susurraban y más que susurrar, adivinaban lo que el otro quería expresar.

Sin darse cuenta ninguno de los dos, sus pasos los fueron llevando a las puertas de un pequeño restaurante cuyas ventanas de cristal mateado dejaban entrever una luz acogedora. Con la mirada se dijeron que era el sitio que iban buscando. El exterior de ese restaurante parecía más la fachada de una casa particular, con su puerta de madera a cuarterones pintada de verde oscuro en la que había una aldaba dorada con forma de puño cerrado, cuyo uso era la única posibilidad de tener acceso al interior. Sus ventanas de madera, de un blanco inmaculado, eran de tipo inglés con el alfeizar lleno de macetas con flores de diversos colores que creaban un ambiente acogedor. Eduardo cogió la aldaba y dio dos golpes con ella. Casi de inmediato, un impecable *maître* les abrió la puerta, hizo una leve inclinación de su tórax y extendió el brazo izquierdo invitándolos a entrar.

En cuanto traspasaron la puerta, se encontraron en otro mundo o, más bien, en otra época de este mundo o, quizás, en un mundo de sueños. Era una sensación indefinible la que estaban sintiendo tanto Eduardo como Regina. Pese a la gente sentada en las mesas comiendo y hablando amigablemente, solo se oía el roce de las hojas de las grandes plantas que adornaban el local por todas partes. No sabían desde donde salía la tenue luz que iluminaba cada una de las mesas, no se distinguía el foco de donde manaba, pero ahí estaba, dando un aire fantasmagórico a las personas que se hallaban allí dentro, incluidos los camareros.

En silencio, el *maître* los acompañó hasta una pequeña mesa redonda con faldas blancas ricamente bordadas, en la que reposaba, casi flotando para no deteriorar el mantel, el servicio para dos comensales. La exquisitez de la loza, la transparencia del cristal y la finura de la cubertería hacían el conjunto de una elegancia difícil de superar. Ambos se sentaron con cuidado, admirando todo lo que los rodeaba. El restaurante estaba decorado con cierto toque árabe que a Regina le recordó el Rick's Café donde Sam toca una y otra vez en Casablanca.

El ambiente era mágico y, contagiándolos, hacía que incluso sus propias miradas estuviesen llenas de hechizo, impregnadas de un brillo que transfirieron el uno al otro todo un conglomerado de sentimientos de una manera tan explícita como si fuesen uno solo. El camarero, en silencio, depositó la carta sobre la mesa y se fue dejándoles tiempo suficiente para elegir lo que querían cenar.

Mientras esperaban lo que habían pedido, unidos por las manos y por sus miradas, conversaron felices disfrutando al máximo uno del otro. Estaba siendo la velada más maravillosa en la vida de los dos e intentaron alargarla todo lo posible hasta culminarla en el hotel.

Durante el tiempo que estuvieron cenando, el magnetismo y la atracción se había apoderado de ellos y, aunque allí dentro el deseo pasaba a segundo plano, una vez fuera del local, la pasión los envolvió de tal manera que apenas tuvieron tiempo de llegar a la

habitación del hotel para unirse físicamente como lo habían estado espiritualmente a lo largo de toda la noche. Unas velas y un buen cava, junto con ellos mismos, facilitaron el ambiente adecuado para que la noche siguiese siendo mágica hasta el final.

Juan Pablo notó algo extraño en sus compañeros cuando se encontró con ellos a la mañana siguiente. No sabía a ciencia cierta cómo expresarlo, pero, aparte de que los dos estaban ufanos, los rodeaba como un halo de felicidad y de placidez que conseguía crearles una mirada limpia, sin dobleces, sin amarguras.

—Juan Pablo, ¿dispuesto a conocer *la millor terreta del món*[39]? —consultó Regina.

—Dispuesto y con ganas, Regina.

—Pues no demoremos más la salida... ¡Vámonos!

Metieron las maletas de los dos en el maletero junto con la de Juan Pablo y se dirigieron a la estación del tren.

El Ave hizo su hora y tres cuartos de recorrido puntualmente. Una vez en la estación de Atocha, decidieron acercarse hasta el jardín tropical que habían creado en la antigua estación. Era un lugar que, siempre que podía, a Eduardo le gustaba visitar. El ambiente era un poquito agobiante debido a la elevada temperatura y a la humedad que debía tener siempre para beneplácito de la vegetación, pero Eduardo lo aguantaba bien con tal de contemplar ese oasis caliente colocado dentro de una estructura tan fría. Tras dar un tranquilo paseo por el pequeño laberinto vegetal, decidieron sentarse en las sillas de hierro de la cafetería que había en medio del vestíbulo para tomarse un refresco mientras hacían tiempo para coger el Talgo.

—Espero que, cuando lleguemos, mis compañeros hayan podido descifrar el pergamino donde se nombra a Abderramán III —expresó Eduardo trasladando sus pensamientos a las palabras.

—Bueno, si no lo han hecho, me pongo manos a la obra y los ayudo yo. Tengo ganas de pillarlo entre manos —declaró Juan Pablo.

—Amigos —los cortó Regina con voz atropellada mientras se incorporaba hacia delante para estar más cerca de ellos—, he de deciros algo. Durante todo el trayecto del Ave he tenido la sensación de que nos vigilaban. He intentado auto convencerme de que eran imaginaciones mías y que solo eran las miradas típicas de curiosidad que se crean en un recinto cerrado en el que se halla un número pequeño de personas durante un tiempo más o menos largo. Pero no, esa sensación me ha seguido hasta aquí y lo malo es que entre un grupo de gente que hay frente a mí (por favor, no miréis), delante del Centro de Servicios al Cliente, he podido divisar algo metálico entre las manos de uno de ellos. Algo que yo afirmarí que se trata de una pistola.

—¿Estás segura, Regina? —inquirió Eduardo, asombrado.

—Sí, Edu, acabo de verla otra vez —confirmó con voz angustiada.

—¿Puedes ver a quién la tiene?

—No, eso es lo malo, se escuda entre ese grupo de gente y no veo más que una parte de su cuerpo, justo el bolsillo de donde ha sacado y metido la pistola como si dudase en emplearla o la cogiese solo para sentirse más seguro.

—¿Puedes describir algo de él? ¿Tipo de ropa?, ¿color?, lo que sea —indagó Juan Pablo.

—Lo único que veo se trata del bolsillo de unos pantalones grises de corte clásico.

—Agudiza bien la vista, Regina. Observa detenidamente a ver si puedes distinguir algo más —sugirió Juan Pablo.

Regina no perdía ni un detalle de lo que ocurría en esa esquina del vestíbulo. La persona que tenía la pistola se ocultaba detrás de ese grupo de turistas que, por lo que parecía, les ocurría como a ellos y estaban haciendo tiempo para coger el tren. De repente, el grupo en masa se trasladó hasta llegar frente a los teleindicadores que había antes de entrar en la estación y dejaron al descubierto al hombre armado.

Regina, alerta, utilizó sus ojos como si fueran una cámara digital y, antes de que el individuo se diera cuenta de que se había quedado al descubierto y reaccionara desplazándose al mismo tiempo que el grupo de turistas, lo imprimió en su retina. Había reconocido los pantalones, no cabía duda que era él, pero algo la hizo estremecerse; sus miradas habían coincidido y había podido ver el hielo en esos ojos negros de tal manera que la habían dejado paralizada.

En cuanto el hombre apartó su mirada y se ocultó de nuevo tras el grupo, Regina pudo reaccionar y seguir con su mirada la dirección que tomaban. Los turistas volvieron a caminar para introducirse en la zona de embarque de la estación. Cuando los turistas estaban pasando por debajo de los teleindicadores, vio como el hombre giraba en dirección contraria y se dirigía hacia las escaleras que subían hacia la planta alta. Regina, al ver la dirección que tomaba y dándose cuenta de que, si se mantenían ahí, serían un objetivo claro y fácil para el hombre si quería atentar contra ellos, les dijo a Juan Pablo y a Eduardo mientras cogía su bolso y se ponía en pie:

—Vamos, rápido, salgamos de aquí ahora mismo. Luego os cuento.

Los dos, sin pensárselo dos veces, siguieron a Regina en dirección hacia la zona de embarque de la estación. Su cuerpo en tensión la hacía andar con paso ágil y enérgico de tal forma que a sus propios compañeros casi les era difícil seguirla. Todo eso había ocurrido en unos pocos segundos que a la joven se le hicieron eternos.

—Ayudadme a encontrar a algún policía. He visto al hombre y puedo describirlo perfectamente —indicó en voz baja, casi sin mover los labios, en cuanto estuvieron a su lado.

Regina se plantó en medio del pasillo en cuanto salieron del jardín y accedieron al interior de la estación, giró su cabeza de un lado a otro hasta que detectó a una pareja de la guardia civil a la derecha, al fondo del pasillo. La joven corrió seguida por los dos

hombres mientras hacía gestos con los brazos tratando de llamar su atención. Los agentes se dieron cuenta de su reclamo enseguida y acudieron hacia ella.

Regina, con toda la serenidad de la que pudo hacer gala, explicó a los guardias lo que había visto en el jardín, sin especificar el motivo por el cual ella estaba alerta y sin contarles que tenía la certeza de que ese hombre les seguía a ellos.

—Señora, ¿podría describírnoslo? —inquirió uno de los guardias civiles.

—Por supuesto, lo tengo grabado en mi mente. Era un hombre de unos treinta y cinco años, no muy alto, de un metro setenta más o menos, delgado, casi enjuto, tez morena, pelo negro y abundante sin ser largo, ojos muy negros y fríos, pantalones grises con niqui azul oscuro. Parecía árabe, aunque no tengo la seguridad, claro —explicó con detalles.

—Gracias. Ahora mismo vamos a investigarlo. Si hace el favor de darnos sus datos por si tenemos que llamarla para declarar...

—Sí, por supuesto. Tomen mi carné.

Después de unos pequeños trámites más, Regina, Eduardo y Juan Pablo se dirigieron casi corriendo hacia el andén desde donde salía el Talgo, mientras los guardias civiles hablaban por radio.

Llegaron con el tiempo justo para subirse al tren y ocupar sus asientos antes de que este iniciara su marcha.

—Ufff, por los pelos —dijo Juan Pablo sentándose en el asiento que le correspondía frente a Regina y Eduardo.

—Regina, por favor, ahora cuéntanos lo que has visto y por qué nos has hecho salir corriendo de allí —quiso saber Eduardo, preocupado.

Regina les relató lo que había ido observando mientras seguía con la mirada a ese hombre.

—Su mirada me produjo escalofríos. Pude ver su interior y sé que esa persona puede hacer mucho daño —explicó recorriéndole un escalofrío por la espalda al recordarlo.

—Pero... ¿estás segura de que estaba aquí por nosotros? —preguntó Juan Pablo.

—Sí, por supuesto. Totalmente segura. Sus ojos me lo dijeron y su actitud lo corroboró.

—Bueno, esperemos que la Guardia Civil lo haya pillado con el arma —repuso Eduardo a la vez que pasaba un brazo sobre los hombros de la joven y la atraía hacia su costado en un claro acto de protección—. Tu cara de pánico me ha paralizado el corazón, cariño. No quiero volver a verla —continuó en un susurró en el oído de la joven después de darle un beso en la sien.

Regina lo miró con ternura y le esbozó una temblorosa sonrisa.

—Tranquilo, sé que estoy bien protegida.

—Amigos, hoy —intervino Juan Pablo meditabundo—, antes de salir de casa, me ha

llamado Zahîd, y le he comentado que salíamos en el Ave esta misma mañana.

Los tres se quedaron mirándose.

—No quiero parecer demasiado desconfiado, pero cada vez más mis sospechas van dirigidas hacia él en cuanto a quien es el que pasa información sobre nosotros —reconoció Eduardo.

—Opino lo mismo, Eduardo —reconoció Juan Pablo.

El resto del trayecto se dedicaron a hablar de otros temas alejados de la investigación, ya que tanto Eduardo como Juan Pablo tuvieron en cuenta que a Regina la había afectado mucho lo ocurrido en Atocha.

Aun así, Regina participó poco en la conversación y solo cuando se dirigían a ella. Su cara mostraba que sus pensamientos iban por otro lado y que se encontraba concentrada en ellos. Parecía que se hallaba a miles de kilómetros de allí. Así se mantuvo más de tres horas. Cuando casi estaban a punto de llegar, Regina giró su cara hacia Eduardo y este pudo ver el cambio efectuado en su expresión. Se había convertido en un rostro iluminado por una sonrisa de lado a lado y por unas lucecitas en unos ojos brillantes por la emoción.

—¡Ya lo tengo! —explotó Regina.

Todos los pasajeros de alrededor giraron la cabeza para mirar a Regina. Eduardo y Juan Pablo estaban sorprendidos del cambio efectuado por la joven.

—¿Qué es lo que tienes? —la interrogó Eduardo.

—Eduardo, Juan Pablo, os lo explico enseguida. A ver... Estaba obsesionada por el hecho de que una vez en Alicante no sabía qué paso dar, por dónde buscar. Aparte de ese manuscrito que tienen tus colaboradores, Eduardo, sabes que el castillo de Santa Bárbara está totalmente cambiado a como era en la época islámica y que, por ahora, los descubrimientos que se han hecho allí sobre esa época no dejan de ser insignificantes. Así que una vez allí, «por dónde buscar» era la pregunta que me martilleaba sin descanso la mente.

—Pero, Regina, igual el manuscrito nos da alguna pista, ¿no? —sugirió Eduardo.

—Ya, ya lo sé, pero me conoces, sabes que soy una impaciente y que me gusta siempre ir por delante. Total, que la mente se puso a recordar todo lo que hemos ido descubriendo desde el primer día que me llamaste para vernos y... ¡ahí encontré lo que buscaba!

Los dos hombres la miraban de forma interrogante sin saber a lo que se refería.

—Cuando me llamaste, Eduardo —continuó Regina—, acababa de leer un libro en el que se hablaba de la leyenda del nombre de Alicante. Sabes a la que me refiero, ¿verdad?

Eduardo afirmó con la cabeza. Seguía sin comprenderla, pero no quería musitar ni una sola palabra para que ella llegase al cogollo de la cuestión lo antes posible.

—Bueno, pues entonces ha sido cuando me ha venido a la cabeza otra leyenda que hay

sobre el castillo: la leyenda sobre los pasadizos del Benacantil. Toda la vida se ha tenido la certeza de que ese monte está agujereado por dentro por una serie de pasadizos que utilizaban los árabes en caso de dificultades, bien como refugio o para huir si fuera el caso. Pero también ha corrido de boca en boca la leyenda de que en esas galerías había una cámara secreta donde el caíd de la alcazaba guardaba sus mayores tesoros.

—¿Insinúas que en esa cámara podría estar la sura? —se interesó Juan Pablo.

—Bueno, es una posibilidad, podría estar la sura o una pista o algo. Tal vez nada, pero es una vía de investigación. Si el caíd fue el que envió esa carta a Abderramán III, que es lo más probable, esa cámara, si existiese, sería el lugar apropiado para esconderla en el caso de que Abderramán III hubiese aceptado sus requerimientos, cosa que, la verdad, dudo mucho. Pero, aun así, no podemos descartarla porque igual no está el original de la sura, pero puede haber una copia.

—Regina, tú ya sabes que yo me fío mucho de tu intuición, así que no hace falta que digas nada más, ya tenemos el próximo paso a dar.

Cuando llegaron a Alicante, cogieron el coche de Eduardo, que había dejado en las cercanías de la estación, y llevaron a Juan Pablo a un hotel muy próximo a la Explanada de España; paseo típico alicantino ubicado junto al puerto. Allí se despidieron de él y acordaron verse al día siguiente. Así, mientras Juan Pablo y Regina descansaban del viaje, Eduardo iría a comprobar cómo iba la traducción del manuscrito.

—¿A ti dónde te dejo, Regina? A mí me gustaría que fuera en mi casa, pero tú lo decides —reconoció Eduardo en cuanto se subieron al coche.

—Bueno, aún tenemos que decidir algunas cosas de nuestra futura convivencia, pero la verdad es que, por lo menos el tiempo que dure esta investigación, me gustaría más estar en tu casa. Entre otras cosas porque es más segura que la mía.

—Rumbo pues a mi casa —zanjó Eduardo con cara de felicidad.

—No, Edu. Antes déjame en mi casa. Quiero coger algunas cosas y dejar otras. Mientras que tú vas a tu oficina yo me organizo. Cuando termines me avisas y voy yo en mi coche a tu casa, ¿te parece bien?

—Perfecto, cariño. Tus deseos son órdenes para mí.

Dicho y hecho. Eduardo dejó a Regina en su casa y él se dirigió a su despacho.

Cuando llegó allí vio que todo el mundo andaba como loco. Su secretaria le espetó en cuanto lo vio que estaban todo el día intentando ponerse en contacto con él, pero que su móvil no estaba conectado. Eduardo, con cara perpleja, sin saber aún qué pasaba y no entendiendo nada, sacó el móvil del bolsillo y comprobó que estaba apagado.

—Lo siento, Carmen, no me he dado cuenta de que se había apagado, pero dime... ¿qué sucede?

—Ve inmediatamente a la sala de Traducción, llevan todo el día nerviosos y haciendo

viajes aquí para ver si sabíamos algo de ti. Como ves, hasta nos han contagiado la impaciencia.

Casi sin terminar de oír a Carmen, Eduardo salió disparado hacia la sala de Traducción, que se encontraba justo a la otra punta del pasillo. Jamás le había parecido tan largo el recorrido como en esa ocasión. Cuando abrió la puerta, se encontró a todo el departamento de traducción alrededor de una de las mesas, con las cabezas bajas. La sala de Traducción era una habitación amplia repleta de librerías cubriendo las cuatro paredes de libros y con media docena de mesas rectangulares rodeadas de sillas. A pesar de la sobriedad que le daban las librerías de madera de roble, se respiraba un ambiente moderno y dinámico que era debido, en gran medida, a la iluminación de la sala. No sabía Eduardo de qué forma lo habían hecho, pero habían conseguido iluminarla de tal forma que no había una sola sombra en toda la sala. La luz estaba en todas partes, aunque no se divisara el foco de la misma.

Todos sus compañeros de traducción permanecían de pie salvo el jefe de traducción, José Luis, que se encontraba sentado entre medio de todos los demás miembros. Uno de ellos, el que se encontraba más cercano a la puerta, giró la cabeza en dirección a esta y, en cuanto vio a Eduardo, gritó:

—¡Hombre! ¡Por fin! ¿Dónde te habías metido?

El resto, al oír al compañero, se volvió hacia la puerta y al ver a Eduardo se dirigieron hacia él hablando todos a la vez como si fuesen niños que quieren ser los primeros en contar algo al profesor. Eduardo se echó a reír al ver la algarabía que habían organizado sus compañeros.

—A ver..., que hable el delegado de la clase —bromeó Eduardo con toda la sorna de la que era capaz.

Como no, al escucharlo, todos cambiaron las palabras por las carcajadas. José Luis tomó la palabra aprovechando el silencio de los demás.

—Eduardo, lo primero, desearte que hayas tenido un buen viaje.

—Gracias, amigo, así ha sido.

—Y ahora vayamos a la faena. No sé qué es lo que pretendías encontrar en ese manuscrito, pero diste de pleno con algo bastante importante para nuestra ciudad.

—No me lo digas, José Luis —le cortó Eduardo—. Abderramán III visitó al caíd de la alcazaba de Laqant —añadió con una media sonrisa en sus labios.

El elenco en pleno de traductores se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo lo has averiguado?

—No es magia, te lo aseguro. Una leve reseña de este hecho la hemos encontrado en un manuscrito oficial de Abderramán III en Medina Azahara.

—Bueno, pues el manuscrito, escrito de puño y letra del caíd Hakîm Al Saadi, es como

una especie de diario en el que se hace referencia a la realización de un ostentoso recibimiento al califa y la verdad es que se trata de todo un tratado de cómo organizar una buena recepción.

—¿Habéis terminado de traducirlo? —preguntó Eduardo.

—Ufff, Eduardo, desde que nos llamaste estamos metidos aquí día y noche, yendo a descansar y a comer por turnos, pero aun así no está acabado del todo, aunque creo que lo esencial sí que está traducido. De todas formas, hemos tenido suerte porque este manuscrito pertenecía a la partida que ya se había limpiado y restaurado.

—Gracias, amigos —valoró Eduardo dando un repaso con la vista a todos los colaboradores que estaban allí—, no esperaba menos de vosotros.

—¿Quieres una copia de lo ya traducido? —sugirió uno de ellos.

—Por supuesto. Me gustaría leerlo ahora mismo si puede ser.

—Vamos a la mesa, Eduardo, allí tengo todo lo necesario —le informó José Luis.

Eduardo y José Luis se sentaron ante la mesa, y sus compañeros volvieron a arremolinarse alrededor de ellos. La mesa estaba llena de hojas sueltas abarrotadas de apuntes. José Luis organizó un poco todas las hojas y, cogiendo la traducción más reciente, se la pasó a Eduardo. Estaba llena de rectificaciones que se habían agregado según habían ido avanzando y fue cambiando el sentido de las palabras conforme al contenido del manuscrito.

—Si quieres, te lo paso a limpio en un momento, Eduardo —le aconsejó el jefe del departamento de traducción.

—No hace falta, José Luis, recuerda que estoy acostumbrado a traducir vuestras letras —respondió Eduardo con ironía.

De inmediato, se sumergió en la lectura de esos folios. Como su compañero le había dicho, se trataba de un manuscrito donde el caíd Hakîm Al Saadi describía de modo preciso y detallado cómo se había organizado la alcazaba para la llegada de Abderramán III y de cómo se lo había recibido; con todos los honores que como califa se merecía. La fecha de ese manuscrito correspondía con el año del manuscrito de Abderramán III que se encontraba en la exposición de Medina Azahara, y además especificaba que había sido durante el mes de Rayab. La pena era que, en el pergamino donde se hablaba de la sura, la fecha del mismo no era legible.

Tras leerlo con mucho detenimiento y al no ver ningún dato que aportase algo nuevo a la investigación, Eduardo dejó trabajar al equipo de traducción en el resto del manuscrito y se fue a su despacho. Allí trató con su secretaria los asuntos más importantes que se habían acumulado durante su ausencia. Una vez terminado, llamó a Regina para avisarle de que ya se dirigía a su casa y quedó en encontrarse con ella allí en media hora.

El edificio en donde se encontraba situado su ático, en una de las calles más céntricas de la ciudad, tenía un sistema de seguridad con cámaras, además de un portero aleccionado

para que no dejase pasar a nadie que no conociera o que no estuviera avisado de su visita, por eso Regina había preferido instalarse en él por el momento. Bueno, por eso y por... Eduardo.

El arqueólogo aparcó en el garaje y subió con el ascensor hasta la última planta, donde estaba su ático. Mientras esperaba a que llegase Regina, se dio una ducha y se dispuso, mientras oía a Phill Collins, a deshacer la maleta.

Casi había acabado cuando el telefonillo interior del edificio sonó. Era el portero, que le anunciaba la llegada de Regina. Se sentía nervioso, era la primera vez que decidía compartir su vida con una mujer.

Le abrió la puerta y, dejándola entrar, se entretuvo mirándola de arriba abajo. Estaba preciosa con esa falda vaporosa y con altos zapatos de tacón. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó a ella por detrás y, pegando el pecho a su espalda, le dio un tierno beso en el cuello y le susurró:

—Estás preciosa.

Así como estaba, le quitó las maletas de las manos y las apartó a un lado. Su mano derecha se deslizó por el muslo derecho de ella acariciándola por encima de la falda. Con su mano izquierda le rodeó la cintura por delante y la apretó contra sí. Poco a poco fue subiéndole la falda hasta que tocó su suave piel, acariciándola, e hizo que Regina se estremeciese de placer.

La joven giró sobre sí misma y quedando frente a Eduardo tomó su cara entre sus manos, musitó un «Te quiero» antes de acercar su boca a la de él y besarlo largamente. Sus manos bajaron hasta el cinturón del albornoz que llevaba puesto y, deshaciendo el nudo, deslizó la prenda hacia atrás hasta conseguir quitársela para dejarla caer al suelo. Regina, sin dejar de mirarlo con inmenso deseo, se arrodilló sobre la mullida alfombra del salón y, tirando de las manos de Eduardo, hizo que él hiciese lo mismo.

La voz de Phill Collins, la calidez de la alfombra y la pasión de los dos consiguieron el clima perfecto para que ese atardecer fuese único e inigualable. Habría otros atardeceres, también únicos e inigualables, pero como el de ese día, que ellos sintieron como el del inicio de un proyecto de vida en común, ninguno.

CAPÍTULO 8

Cuando Amina entró en la habitación de Cántara, se la encontró recostada sobre almohadas con un pergamino entre sus manos. Levantó los ojos y, al ver a su amiga, se levantó de un salto y fue hacia ella.

—No te esperaba tan pronto. ¿Qué ha pasado? ¿Lo has visto? —preguntó anhelante.

—No, amiga, no, pero traigo noticias. Se me ha ocurrido volver al puesto del perfumista por si sabía algo de Alí y me he encontrado allí con un mensaje dejado por él para mí.

Cántara la miraba ansiosa y sin musitar una sola palabra para poder escuchar todo lo que le tenía que decir su amiga.

—Alí le dijo —continuó Amina— que, si volvía por allí, me informase de que partía hacia Qurtuba, pero que acudiese el último día de Jumadi al-Thani al puesto de perfumes y que él se reuniría allí conmigo.

La cara de Cántara dejaba traslucir a un mismo tiempo la alegría y la tristeza que estaba experimentando.

—¡Ay, Amina! Otra vez se ha ido.

—Sí, querida, pero ahora tenemos la certeza de que en breve tiempo voy a poder transmitirte tus deseos de verlo.

—Eso sí. Ahora debemos, durante los días que restan para que sea esa fecha, idear un plan para poder encontrarme con mi amado.

—Sobre eso quería hablarte, Cántara. He estado observando algo raro entre la guardia personal de tu padre y quería hacerte una pregunta.

—Dime, amiga.

—¿Sabes si en la alcazaba hay algún pasadizo secreto que lleve a la medina?

A Cántara le sorprendió la pregunta, pero sin hacer comentario alguno, se concentró en la respuesta.

—Bueno, ahora que lo mencionas tú, algo oí a mi padre sobre un pasadizo, pero no sé si llega hasta la medina. Escuché una vez, hace de esto ya muchas lunas, a mi padre conversando con mi hermano y nombraron algo sobre un pasadizo, pero no presté atención.

—Bien, esto confirma mis sospechas. Hace un tiempo me di cuenta de que uno de los hombres de máxima confianza de tu padre había desaparecido del salón principal, así, sin más. Yo lo había visto entrar delante de mí, comencé a subir las escaleras hacia mi cuarto, pero a mitad de camino recordé que había dejado algo en el salón y volví a buscarlo y él ya no estaba allí. Sé con seguridad que no había salido de la Torre del Homenaje porque desde donde yo estaba se divisaba perfectamente la puerta de salida y yo no la había perdido de vista ni un solo instante. Desde entonces, me he dedicado a observar y esto ha ocurrido en más de una ocasión. Así que deduje que había un cuarto o un pasadizo oculto y que su entrada está en alguna parte del salón.

—Pero, Amina, no lo entiendo, ¿en qué me afecta eso?

—Cántara, amiga, si encontramos ese pasadizo y resulta que va directo a la medina, te será más fácil realizar ese encuentro con tu amado. Si bajas por la loma, cualquiera puede verte salir de la alcazaba y durante todo el trayecto estás expuesta a que te vean. Mientras que, desde el pasadizo, el peligro se reduce a la entrada y a la salida solamente.

A Cántara se le iluminó el rostro.

—Tienes razón, Amina. Debemos encontrar la entrada al pasadizo. Es la mejor forma para bajar a la medina. Debemos hacerlo con cuidado para que no sospeche nadie. Seguro que si mi padre se enterase se pondría muy furioso.

—No, tu padre no se puede enterar. No creo que sea algo que sepan muchos en esta alcazaba.

—Tenemos que estar atentas, Amina. Lo primero que tenemos que hacer es inspeccionar bien el salón y aprendernos todos sus detalles, así podremos deducir mejor qué mecanismo abre esa entrada y dónde está esta en cuanto mi padre lo accione y nosotras podamos observarlo escondidas en algún sitio.

—Me parece una buena idea. Mira, mañana mismo podremos hacerlo. He oído decir a tu padre que mañana quería ir al puerto para ver una mercancía que acaba de llegar.

—Estupendo, será un buen momento.

Las dos amigas continuaron el resto del día hablando sobre lo mismo. Cántara se sentía tan nerviosa y excitada por la nueva aventura que se le presentaba que no podía dejar de hablar sobre ello, una y otra vez.

Al amanecer siguiente, Cántara se encontraba en su risco preferido como había prometido hacer todos los días, cuando vio como su padre salía de la alcazaba nada más amanecer en compañía de su guardia personal y se encaminaba hacia las caballerizas para montar su caballo y bajar al puerto. En cuanto lo vio salir del recinto, corrió al cuarto de Amina para despertarla.

—¡Amina! —gritó entrando en su cuarto—. Levántate ya, amiga, mi padre se ha ido y es el momento ideal para ir al salón.

Amina se restregó los ojos y se quedó mirando a Cántara con cara de no entender nada.

Al pronto reaccionó y se echó a reír.

—¡Qué niña eres! Para todo eres apasionada. Estoy segura de que el hombre que se case contigo será muy feliz porque lo das todo de ti misma con pasión desbordante.

—No, Amina, el hombre que se case conmigo no, solo Alí.

Amina dejó de reír y miró profundamente a su amiga.

—Cántara, ¿no has pensado ni por un momento que tu otro pretendiente pudiera finalizar la apuesta antes que Alí?

—No, Amina, eso es imposible. Yo solo puedo amar a Alí y con él me tengo que casar, si no, me moriría de pena.

—Cántara, por favor, no debes hablar así. Tú sabes que obedecerás a tu padre y que, si este ha dado la palabra de entregarte por esposa al que primero de los dos cumpla la apuesta, tú acatarás su decisión.

—Será Alí, Allah, el Justo me ha concedido el amor que le pedí y, si es deseo de Allah que yo lo ame, así será —declaró con resolución.

Mientras Amina se vestía, las dos amigas se quedaron absortas en sus pensamientos. De repente, Cántara dijo:

—Amina, necesito volver a la mezquita. Lo necesito. Lo necesito... —repetía Cántara absorta y con su mirada fija en las ricas telas que Amina se iba poniendo sobre su blanco y armonioso cuerpo. Esta sabía que su amiga no la veía a ella, sino que vagaba por su interior.

En cuanto la joven acabó de vestirse, las dos jóvenes bajaron al salón para inspeccionarlo con minuciosidad.

El salón era la pieza central de la planta baja de la Torre del Homenaje. Su decoración era eminentemente árabe y muy recargada, como para dar a conocer la categoría que ostentaba el ocupante de la fortaleza. Al caíd Hakîm Al Saadi le gustaba vivir bien, cómodo y con lujos. Sus fiestas eran conocidas en un amplio territorio alrededor de Laqant. Por tanto, su salón principal hacía gala de ese lujo recargado, con grandes almohadas brocadas donde se recostaban los invitados, mesas bajas labradas donde se servían ricos manjares, arcos de herradura decorados con finos mosaicos que formaban dibujos geométricos...

Las dos amigas no sabían por dónde empezar a buscar. No sabían si la entrada al pasadizo estaría en la pared o en el suelo. Decidieron empezar por el suelo. Fueron recorriéndolo milímetro a milímetro buscando alguna junta más separada de lo normal, algún tipo de enganche para levantar una sección o algo que fuera distinto. Durante largos minutos se dedicaron a esa minuciosa tarea sin que nadie las molestase. Acabaron de recorrer todo el suelo sin conseguir resultado positivo alguno. Cuando comenzaron con las paredes, Cántara y Amina pensaron que sería más fácil detectar algo allí, pero pronto se dieron cuenta de que se habían equivocado en sus suposiciones. Varias de las paredes

estaban decoradas con dibujos con motivos florales sobre la propia piedra y otras con mosaicos con formas geométricas entre arcos de herradura profusamente labrados. Entre todos esos recovecos, juntas de mosaicos y finas líneas de pinturas era casi imposible detectar alguna fisura. Las dos mujeres estaban ya casi decididas a abandonar cuando Cántara llamó con urgencia a Amina.

—¡Amina! ¡Amina! ¡Ven, creo que he encontrado algo!

Amina se apresuró a llegar junto a su amiga y fijó su vista en dirección hacia donde apuntaba el dedo índice de la mano derecha de Cántara. Agudizando la mirada se podía ver que, a lo largo de una junta entre mosaicos, estos estaban descascarillados a ambos lados de la unión. El recorrido de la junta era recto atravesando en distintos lugares las formas geométricas que se dibujaban, pero en dirección descendiente hasta el suelo y ascendente hasta unos casi dos metros. Era como si en esa zona, a los lados de los mosaicos que formaban la junta, debido a algún tipo de fricción, se hubiesen roto pequeñas esquirlas.

Las dos fueron recorriendo esa fisura con los dedos hasta comprobar que formaba un arco en la parte superior y bajaba recto a ambos lados.

—Cántara, aquí debe estar la entrada, ahora debemos encontrar la forma de abrirla.

Estaban tan entusiasmadas y ensimismadas que no habían oído los cascos de los caballos, ni las voces de los hombres que se aproximaban a la alcazaba. Justo en el momento en el que entraba el caíd con su guardia personal, las dos amigas giraron sus cuerpos, dando la espalda a la pared para observar lo que había a su alrededor por si encontraban algo que les llamase la atención como posible resorte para abrir la entrada al pasadizo.

—¿Qué estáis haciendo? —tronó la voz de Hakîm.

Las dos mujeres se voltearon hacia la puerta de entrada tan bruscamente que tropezaron la una con la otra, cosa que provocó unas risitas nerviosas en las dos jóvenes y unas enormes carcajadas en los hombres. Esto hizo que Amina y Cántara se relajaran y contestaran con más o menos convicción.

—Querido padre, buscaba un manuscrito que estuve leyendo ayer y que creía que había dejado aquí.

El semblante del caíd se relajó y, acercándose a su hija, le comentó:

—Vengo del puerto, hija mía. Me he encontrado allí con Al-Mansur, tu pretendiente. Estaba terminando de preparar su barco, seguro que en estos momentos está zarpando. Si sales al patio, podrás ver su marcha.

El rostro de Cántara se nubló. Sus labios se entreabrieron para hablar y decirle a su padre que su único pretendiente era Alí, al que amaba, pero esas palabras se quedaron ahí, en su boca. Bajó los ojos sumisa y contestó a su padre.

—Voy, padre. Veré como sale de la bahía. —Girando la mirada para ver a su amiga,

continuó—: Amina, ¿vienes conmigo?

Amina miró a su señor.

—¿Me necesitas, Hakîm?

—Yo siempre te necesito —dijo el caíd con mirada encendida —, pero ahora puedes acompañar a mi hija.

Las palabras de su padre la sorprendieron. Mientras las dos jóvenes se dirigían a uno de los baluartes de la fortaleza, el que daba al sur, desde donde se veía toda la bahía, la joven Cántara iba pensando que Amina nunca le había contado si se encontraba a gusto en la fortaleza y si su padre se portaba bien con ella. Por la forma de mirarla, Cántara había deducido que su padre estaba encendido de deseo por su amiga. Había sido en extremo egoísta, solo había pensado en su amor por Alí. En ese momento se dio cuenta de que Amina había sido confidente suya en todo momento, pero ella no lo había sido de Amina. En realidad, no sabía nada de los sentimientos de su amiga hacia su padre.

Se asomaron al baluarte y comprobaron que en ese momento un barco iniciaba maniobras para dirigirse a mar abierto. A Cántara se le descompuso la cara solo de pensar en la posibilidad de que Al-Mansur cumpliera antes la apuesta.

—Cántara, lucharemos juntas para que puedas conseguir lo que tanto deseas. Sabes que siempre estaré a tu lado —anunció Amina en cuanto vio la faz de su amiga.

De los ojos de Cántara salieron dos lágrimas que bajaron por sus mejillas mientras veía a través de sus propias lágrimas cómo surcaba el mar el barco de su pretendiente hacia tierras lejanas para obtenerla a ella como prebenda.

Giró la cabeza, miró a su amiga y se arrojó en sus brazos.

—No lloro por eso, Amina querida, aunque sí que lloro por mí. Lloro porque acabo de comprender lo egoísta que he sido y lo mal que me he portado contigo.

—Pero ¿qué dices, amiga mía? ¿A qué te refieres? Tú no me has hecho ningún mal.

—Sí, me he portado de manera egoísta contigo haciéndote partícipe de mi mal de amores, pero sin preocuparme por ti, por tus sentimientos, por tus dolores o tus alegrías.

Amina cogió el rostro de su amiga con ambas manos y lo sostuvo frente al de ella para que la mirase a sus ojos llenos de amor.

—Querida mía, ¿tú has oído que saliese de mis labios algún lamento, alguna queja? Yo soy feliz viéndote feliz a ti y sufro cuando sufres tú.

Cántara miró a Amina con fijeza, elevó sus manos hasta ponerlas sobre las de ella, que seguían a ambos lados de su rostro, y se las apartó de allí con suavidad. Soltó una de sus manos y la otra la dejó atrapada entre la suya. Con firmeza tiró de ella e hizo que la siguiera.

—¿Dónde me llevas? —inquirió Amina.

Cántara no respondió a su amiga y con pasos largos y decididos la guio hasta su risco preferido. Se sentó en él e hizo que su amiga se sentara a su lado.

—Amina, desde hoy este será el lugar de nuestras confidencias. Prométeme que cada vez que te duela el corazón, que sientas una gran pena o que, por el contrario, te sientas feliz, me llamarás y acudiremos aquí las dos para compartirlo juntas. Yo haré lo mismo y será nuestro rinconcito, donde se quedarán para siempre nuestras risas y nuestros llantos. Donde compartiremos nuestros más íntimos deseos y donde, si alguna de las dos ve a la otra aquí, sabrá que necesita un abrazo amigo y correrá a su vera.

Ahora fue a Amina a la que se le escaparon las lágrimas de sus bellos ojos. Sin poder decir ni una sola palabra, movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo afirmando silenciosamente lo que su amiga le pedía. Cántara pasó su brazo sobre los hombros de la joven y la atrajo hacia sí.

—Ahora quiero que me cuentes si eres feliz con mi padre.

Amina agachó su cabeza y tapó su rostro con sus dos manos mientras que de su garganta comenzaron a salir extraños ruiditos que desembocaron en un mar de llantos. Cántara, al ver el estado en el que se encontraba su amiga, sin decir nada más, la abrazó y acarició hasta que, poco a poco, Amina se fue calmando.

—Cántara —dijo Amina con timidez sin apartar su rostro del hombro de su amiga —, no creas por estos llantos que tu padre me hace infeliz.

Se incorporó, miró a Cántara con sus ojos anegados de lágrimas.

—Amo a tu padre, Cántara, y cualquier cosa que venga de él la considero un honor. Es un hombre extraordinario, apasionado y que sabe tocar los resortes adecuados para conseguir que una mujer sea muy feliz a su lado...

—Pero...

—Sí, tienes razón, hay un pero. Creo que tu padre siente una gran pasión por mí, pero que se debate en un mar de confusiones. Siento en mi interior que está enamorándose de mí y que él no contaba con eso. Ten en cuenta que yo sigo siendo una esclava, no soy una mujer libre y por eso, a veces, se muestra brusco conmigo, ocultando sus sentimientos tras una careta de amo y señor.

Notó en la voz de Amina el amor que sentía por su padre, pero también captó el dolor que guardaba en su interior y que jamás había dejado que trascendiera, por lo menos en su presencia.

—Amina, sé que tú eres la mujer ideal para mi padre. Nunca te lo he dicho, pero me recuerdas mucho a mi madre. Ten un poco de paciencia, el día que mi padre se dé cuenta de que no puede ni debe resistirse a los sentimientos que despiertas en él, serás la mujer más feliz de Al-Ándalus porque él sabrá hacerte sentir así.

—No, Cántara, no. Yo ya me siento la mujer más feliz. Yo lo que quiero, y es por lo que mi corazón llora, es que tu padre sea feliz junto a mí.

—Querida, si mi padre no fuese feliz contigo, ya se habría desprendido de ti o te habría ignorado, y no es eso lo que he visto en sus ojos hace unos instantes.

—Que Allah te oiga, mi querida amiga.

—Allah me va a oír, igual que me oyó cuando le pedí un gran amor para mí.

Durante los días siguientes, las dos jóvenes se dedicaron a observar al caíd y a su séquito para ver si conseguían averiguar cuál era el mecanismo que abría el acceso al pasadizo, pero no hubo forma de conseguirlo.

Si se escondían durante horas escudriñando el salón, lo más que conseguían era oír al padre de Cántara dar órdenes a su guardia, alguna que otra conversación mercantil sobre los negocios del caíd o discusiones sobre las conquistas, reconquistas o sublevaciones de alguna medina de Al-Ándalus.

Habían encontrado un lugar perfecto en donde mantenerse escondidas sin que las vieran. Se trataba de una alacena donde las sirvientas de la alcazaba guardaban utensilios para servir la comida en ocasiones especiales. Tenía las puertas de madera enrejada y se veía y oía todo desde ahí, ya que se hallaba situado frente a la zona donde se encontraban los cojines donde se sentaba Hakîm Al Saadi con su séquito para departir, y justo detrás se encontraba la pared de mosaico donde habían encontrado la junta que parecía pertenecer a la entrada del pasadizo.

Pero, claro, ahí solo se podían esconder cuando estaban seguras de que las sirvientas no iban a necesitar nada de lo allí guardado y antes de que llegasen los hombres.

Pero todo fue inútil. Las horas pasadas en esa alacena les habían dejado los músculos entumecidos y con rampas, pero no había servido para nada. Cada vez, las dos amigas se encontraban más desanimadas. Cada día que pasaba, se acercaba más la fecha en la que Alí les había indicado que volvería de Qurtuba, y a Cántara empezaba a afectarle esta situación. Muchas veces pensaba que, si no conseguía escabullir la vigilancia de su padre y tener un encuentro con su amado, sería capaz de enfrentarse a él y decirle lo que sentía, aunque su cerebro la hacía reflexionar enseguida diciéndole que, si lo hiciese, su padre le prohibiría con mayor motivo tener algún tipo de contacto con Alí y sería capaz de ponerle algún guardián que la vigilara.

Una mañana, cuando Cántara bajaba de sus aposentos, se encontró a su padre solo en el salón principal de la Torre del Homenaje. Él no se dio cuenta de la llegada de su hija y esta observó que su rostro era meditabundo y que algo lo tenía preocupado.

—*As-salaam aleycum*, padre.

El caíd giró con brusquedad la cabeza al oír a su hija.

—*Wa`alaykum assalam*, hija.

—¿Me permites que me sienta a tu lado?

—Por supuesto, hija mía, hace mucho tiempo que no hablamos y me gustará hacerlo en

estos momentos.

Cántara se acomodó junto a su padre, entre las grandes y hermosas almohadas del salón principal.

—¿Qué haces aquí tan solo y pensativo? —se atrevió a preguntar la joven.

—Cántara, un caíd que sea responsable siempre tiene muchos asuntos que resolver y yo no sé eludir ningún problema que se me plantee. Sabes que me gusta ser justo en mis decisiones y la mejor forma de serlo es meditándolo dos veces antes de tomarlas.

—Sí, padre, sé que tú siempre has sido justo tanto en tus actuaciones como con el trato hacia las personas...

A Cántara se le cambió el semblante en ese momento y se le pudo entrever alguna duda en lo que acababa de decir. Su padre, que la conocía bien, le dijo:

—Hija mía, dímelo, no dudes en hacerlo. Veo algo en tu rostro que me indica que tus pensamientos no concuerdan con lo que acabas de decir.

—Padre, por favor, no te enfades conmigo si intento meterme en tu alma. Allah, el Misericordioso, sabe que lo hago guiada por el amor que siento por ti.

—Adelante, tienes mi palabra de que no me enfadaré y de que intentaré quitarte esas dudas dentro de mis posibilidades.

—Se trata de Amina. Creo que no estás siendo totalmente justo con ella.

Cántara, en cuanto dijo el nombre de su amiga, se calló para ver el efecto que hacía ese nombre sobre su padre y este no tardó en aparecer. El rostro del caíd se volvió gris. Su mirada se hizo huidiza y sus labios se apretaron entre sí tan fuerte que casi desaparecieron entre una fina línea impenetrable. Hasta su cuerpo se puso tenso como un palo y sus manos, posadas hasta entonces sobre sus rodillas, se convirtieron en dos garfios que se enganchaban con fuerza a las mismas como si fuesen el borde de un precipicio al cual iba a caer si se soltaba. Cántara, en cuanto vio la transformación, posó sus manos sobre la de su padre que tenía más cerca y la acarició con cariño. Al sentir a su hija, volvió a mirar a los ojos de esta y sin que desapareciera ninguno de los cambios producidos, con los dientes bien prietos, le dijo:

—Cántara, tú no lo entiendes.

—Querido, amantísimo padre, yo sé más de lo que tú piensas. Sé que en tu interior existe el amor hacia esa hermosa persona. Sé que tu fuerte personalidad te impide tratarla como a una mujer libre, pero que a la vez lo estás deseando. Sé que intentas mantenerte duro y distante, pero que, cuando estas con ella en la intimidad, todo se derrumba y te comportas como el más sensible y complaciente de los amantes. Sé que cada día piensas más en ella y que se está volviendo una obsesión para ti.

A cada palabra de Cántara, el asombro iba abriéndose paso en el rostro del caíd. Su cara dejó de ser de piedra para aparecer estupefacta ante los ojos de la joven.

—Veo que te preguntas cómo puedo saber todo eso, ¿verdad? Padre amado, yo también te conozco a ti y sé leer en tu rostro y en tus actos, pero hay algo que no entiendo... ¿por qué no la haces una mujer libre? Así acabaría la pelea interna que sostienes.

—Hija mía, todas mis dudas provienen de sentimientos más profundos. Tú sabes de la forma en que amé a tu madre. Sabes que ninguna otra de las mujeres que tengo han conseguido desbancarla de mi pensamiento y presiento que, a poco que me descuide, Amina lo conseguirá.

—¿Y qué? ¿No quieres que suceda eso?

—Cántara, voy a sincerarme contigo. —Hizo una pausa y continuó—: la verdad es que tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí. Sufrí mucho con la pérdida de tu madre. Aún hoy en día sufro y la echo de menos —manifestó con voz sombría.

El corazón de Cántara se encogió al oír las palabras de su padre. Ella sabía el gran amor que sus padres habían sentido el uno por el otro, pero su padre nunca había dejado traslucir la pena por la ausencia de su madre.

—No quiero volver a pasar por lo mismo —continuó el caíd.

—Padre, yo no soy quién para darte un consejo, pero me gustaría decirte que deberías aprovechar la nueva oportunidad que te brinda Allah, el Magnánimo, de volver a amar. No dejes que el amor pase por tu puerta sin agarrarlo con ambas manos y menos teniendo en cuenta que la beneficiaria de tu amor es la persona más maravillosa de toda Al-Ándalus y que encima te quiere con pasión y te hará inmensamente feliz.

Hakîm Al Saadi volvió a quedarse meditabundo y solo logró musitar un «Lo pensaré». En silencio, Cántara, al comprender que ahora lo que necesitaba su padre era quedarse solo para pensar, se levantó, besó con ternura la frente de su padre y salió del salón.

CAPÍTULO 9

—**C**onfirmado, Regina. El caíd Hakîm Al Saadi recibió a Abderramán III en la alcazaba del Benacantil —informó con euforia a la joven.

—¿Ya lo han traducido todo?

—No, pero sí lo más esencial. En cuanto tengan toda la traducción, me avisarán.

—Me imagino que no nombra la sura para nada.

—Por ahora, no. Se trata de una especie de informe o diario donde explica cómo se realizó la recepción del califa.

La pareja se encontraba sentada en uno de los sofás del amplio salón del ático de Eduardo tomando un refresco mientras conversaban. Ambos acababan de darse una ducha y llevaban puestos sendos albornoces. Regina había recogido sus piernas bajo su cuerpo girado hacia Eduardo. Tenía su brazo apoyado en el respaldo del sofá y mientras hablaban iba acariciando los rizos del pelo de la nuca del arqueólogo.

—Mañana deberíamos ir a hacer una visita al castillo de Santa Bárbara —manifestó Regina.

—Por supuesto, pero creo que antes debería pasar por el ayuntamiento a ver si consigo unos planos lo más exactos posible del castillo.

—Sería lo mejor, sí. No creo que en los planos que están destinados al público consten todos los vericuetos que hayan descubierto.

—Supongo que Abderramán III zarpó rumbo a La Meca desde Denia porque, aunque desde Laqant también zarpaban peregrinos, en el manuscrito de Medina Azahara se nombra a Denia como última ciudad visitada por el califa y Denia, en esos días, era un puerto elegido con frecuencia por los musulmanes peregrinos para viajar hasta Tierra Santa. No es de extrañar que también lo eligiese Abderramán III al encontrarse por estas tierras.

—Mañana, antes de ir al castillo, habrá que mirar con lupa esos planos, aunque dudo que en ellos se plasmen los túneles, pero yo estoy convencida de que sí que existen. Es más, según la leyenda, había un túnel que conectaba la alcazaba con la playa y otro que la conectaba con la mezquita mayor, sobre la cual ahora se alza la Iglesia de Santa María. Eso como mínimo, porque estoy segura que desde el siglo X, que es desde cuando se tiene constancia escrita de la existencia de la alcazaba, hasta mediados del siglo XIX en el que

el castillo fue perdiendo importancia, los túneles fueron multiplicándose, conectando las distintas ampliaciones con los túneles principales. A partir de mediados del siglo XIX, fue pasando progresivamente a cumplir distintas funciones hasta ser una prisión durante la guerra civil, por lo cual, por lógica, las entradas a los túneles fueron tapiadas para evitar la fuga de los presos.

—Entonces nos será complicado encontrar las entradas a los túneles después de dos siglos de ocultación.

—Ya lo veremos, he leído mucho sobre estas leyendas y tengo una ligera idea de por dónde pueden estar. Si las leyendas están basadas en un mínimo de realidad, encontraré las entradas.

Eduardo se rio con fuerza al ver la cara de convicción que puso Regina.

—¿De qué te ríes? —lo increpó Regina frunciendo el ceño.

—De nada malo, mujer. Solo pensaba, viendo tu cara, que inspiras tanta seguridad que, la próxima vez que tenga que solicitar a algún organismo público alguna subvención para realizar algún proyecto, te llevaré a ti y nada más entrar me darán todo lo que pida, con solo verte la cara de seguridad —repuso Eduardo con sarcasmo—. Y ahora, vamos a prepararnos algo de cena y a acostarnos, que mañana nos espera otro día movidito.

A la mañana siguiente, Eduardo se levantó con sigilo. No quería despertar a Regina. La luz del día comenzaba a filtrar sus rayos por la cortina de la habitación. Antes de comenzar con la visita al castillo, Eduardo debía proveerse de todos los planos de este que más útiles les fuesen.

No le costó mucho conseguirlos ya que solía necesitar información de ese tipo para sus excavaciones y tenía carta blanca para llevárselos.

Después pasó a recoger a Juan Pablo para, entre los tres, examinarlos en su casa.

Mientras, Regina se había despertado y, tras darse una tonificante ducha, se encaminó hacia la cocina para preparar un delicioso desayuno. Sabía que la empleada del hogar de Eduardo había llenado la despensa el día anterior, antes de que ellos llegasen. Cuando estaba a punto de acabar, llegaron los dos hombres.

Gratamente sorprendidos por el recibimiento que les tenía preparado Regina, decidieron dar cuenta del desayuno en la terraza, antes de ponerse en faena.

El sol comenzaba a picar y aunque todavía no se encontraba en lo más alto, apuntaba que sería un día casi primaveral. Aunque, por norma general, febrero era uno de los meses más fríos en Alicante, parecía que el clima había decidido dar una tregua para que ellos pudieran disfrutar de la terraza y de las vistas de esa cálida ciudad.

—¡Qué día más maravilloso hace! —exclamó Regina—. Esto es un buen augurio. Seguro que hoy nos va a salir todo a pedir de boca.

—Qué optimista eres, Regina —reconoció Eduardo—. Sabes de sobra que en Alicante lo

raro es que haya un día sin sol. Por algo se le llama «La Ciudad de la Luz».

—Shhhhhh —lo reprendió Regina posando un dedo índice sobre los labios—, déjame que inicie el día con todo el optimismo posible. Acuérdate que tenemos por delante un gran reto. Estoy deseosa de enfrentarme a todos esos papelotes que has traído.

—Yo también —intervino Juan Pablo mientras sorbía las últimas gotas de su café con leche—. Necesito que me expliquéis todo lo posible sobre ese castillo si quiero ayudaros.

—Tranquilo, Juan Pablo, te hartarás de oír cosas sobre él a Regina. Es su tema preferido. Le apasiona.

—Pues sí. Siempre me ha fascinado. Me veo yo misma vestida de princesa mora correteando por sus jardines —bromeó Regina y soltó una fuerte carcajada.

En cuanto devoraron todo lo que Regina había preparado, recogieron las sobras del desayuno y se dispusieron a desplegar los planos que había traído Eduardo en la amplia mesa del salón. Por supuesto, en ninguno de ellos aparecían los túneles protagonistas de las múltiples leyendas.

Regina, según tuvo los planos a su vista, fue informando a sus compañeros de sus conocimientos.

—El castillo, en la actualidad, tiene dos accesos. Uno de ellos por ascensor, cuya entrada está situada frente a la playa del Postiguet. Y el otro, por una carretera que sube por el monte Benacantil.

—¿Se puede subir en coche? —preguntó Juan Pablo.

—Sí, se puede subir en coche, andando o con el ascensor. La verdad es que hay un buen acceso y solo se paga si usas el ascensor. Os iré explicando los planos desde el acceso por la carretera. Comenzaremos por la parte más baja e iremos subiendo hasta la parte más alta.

—Bien, comienza, Regina. Somos todo oídos —sentenció Eduardo.

—La gran mayoría de las dependencias que hoy en día forman el castillo de Santa Bárbara fue construida en los siglos XVI y XVIII. En la zona más baja del castillo, cuando subimos por el acceso por carretera, nos topamos con el aparcamiento, ubicado en un recinto donde se encuentra el Revellín del Bon Repós, que data del siglo XVIII. En la puerta que da acceso al segundo recinto se encuentra un gran escudo de mármol del siglo XVIII que antes se encontraba en el Real Consulado del Mar y que fue destruido por una explosión. En el recinto intermedio nos encontramos con una serie de dependencias (las más importantes), concluidas en 1580 y construidas en torno al Patio de Armas: el Salón Felipe II, el antiguo Cuerpo de la Tropa; el Cuerpo de Guardia; las ruinas de la ermita de Santa Bárbara; el aljibe, el horno de pan y la cocina. Todos estos edificios están abrazados a la izquierda por el Baluarte de la Reina y a la derecha por el Baluarte de Santa Ana.

Regina estaba completamente absorta al tiempo que recorría su dedo sobre uno de los planos, señalando cada una de las dependencias mientras las iba nombrando.

—En la zona intermedia del castillo, pasados todos estos edificios, se encuentra a la izquierda las ruinas de la Tahona y el almacén de pólvora. Siguiendo el recorrido, pasando entre estos dos vestigios, subimos hasta el recinto más alto donde se localiza La Torreta. Allí se encuentra la antigua Torre del Homenaje y unos basamentos de los siglos XI al XIII, los vestigios más antiguos de todo el castillo. También están allí situados la Casa del Gobernador; la sala Noble, antiguo hospital; el Parque de Ingenieros Militares; los calabozos; además de murallas y torretas medievales.

—¿Y la alcazaba? ¿Dónde está? —la interrogó Juan Pablo en un leve descanso de Regina.

—Dónde estaba, Juan Pablo. La antigua alcazaba se encontraba en el Macho del castillo, que es la explanada más elevada. En el siglo XVIII fue derribada y su propio material de derribo sirvió para cubrir el foso y crear una gran explanada plana para artillería.

—¡Vaya! ¡Qué lástima! —exclamó Juan Pablo.

—Pues sí, está claro que al ser humano le gusta mucho la destrucción. La primera constancia escrita en la que se sabe de la existencia de la alcazaba data del siglo X. Por lo tanto, sobrevivió durante ocho siglos, como mínimo.

—Bueno, entonces... ¿por dónde piensas que debemos comenzar, Regina? —indagó Eduardo.

—Yo centraría nuestros esfuerzos en la zona más alta del castillo. Concretamente desde La Torreta hacia arriba.

—Eso reduce mucho la zona —opinó Juan Pablo.

—Estoy pensando que debería intentar conseguir que nos dejen entrar en el castillo cuando esté cerrado al público —intervino Eduardo.

—Eso sería perfecto, Edu —reconoció Regina—, nos daría la posibilidad de actuar a nuestras anchas y evitaría miradas ajenas.

—Voy a hacer unas cuantas llamadas, a ver qué consigo —anunció Eduardo dirigiéndose hacia su despacho, que se encontraba al fondo del pasillo de su amplio ático.

—Mientras tanto, sigamos mirando nosotros los planos y me sigues explicando la historia del castillo.

Al cabo de un buen rato, regresó Eduardo con cara satisfecha.

—He tenido que sacar todo mi arte de persuasión y aun así me ha costado bastante, pero al final lo he logrado. Nos permitirán acceder al castillo a las ocho de la noche, que es cuando se cierran las puertas al público. Lo malo es que eso nos deja sin luz —informó Eduardo.

—No importa, Eduardo —repuso Regina—, iremos provistos de todo lo necesario, incluyendo unas buenas linternas. De todas formas, ten en cuenta que deberemos acceder a algunos recintos que no están restaurados y que es posible que no tengan acceso a la luz

solar o que sea muy limitada. Yo ya lo tenía pensado.

Aquella misma tarde, hicieron provisión de todo el material que creyeron necesario y lo distribuyeron en un par de mochilas que se colgaron a la espalda Eduardo y Juan Pablo.

Llegaron puntuales a la hora convenida a lo alto del monte Benacantil. Eduardo habló con el guarda y este les dio acceso libre y un manajo de llaves de todas las estancias, ya que había recibido una llamada en la que le anunciaron la visita de los tres y le dieron órdenes de que así obrase.

Una vez dentro del castillo, Regina se puso al frente de la expedición.

—Bueno, amigos, creo que lo más conveniente es que vayamos directamente a La Torreta y nos dejemos la visita turística para otro día, ¿no creéis?

—Sí, es una lástima. Me gustaría poderlo ver todo con tranquilidad. ¿Me prometes que otro día me harás de cicerone? —le preguntó Juan Pablo.

—Por supuesto, estaré encantada. Antes de entrar, sí quisiera comentarte que muchas de las estancias que forman el castillo han sido remodeladas y hoy en día están destinadas a salas de exposiciones. A la vez, el castillo, sus calles, plazas y baluartes, todo está adornado con estatuas expuestas allí para el disfrute de los visitantes —le contestó Regina—. Ahora seguidme.

Regina los llevó hacia La Torreta, atravesando el castillo casi de punta a punta. Iban a paso ligero por las cuestas que daban acceso a los distintos recintos, aunque el suelo empedrado dificultaba la subida. La suerte que tenían era que, aunque a esas horas ya no había luz natural, el recinto entero estaba iluminado por potentes focos que permitían vislumbrar el castillo desde cualquier parte de la ciudad, y que, por tanto, a ellos les permitían ver con total nitidez.

La Torreta es un edificio rectangular de tres plantas a cuyos pies se encuentran el foso y las murallas medievales. Rodeando estos se accede a la parte superior donde está su entrada.

Los tres compañeros se detuvieron un rato para recorrer todos los rincones, aunque no tardaron mucho tiempo en hacerlo ya que, al tener dos de los tres pisos en alto, solo tuvieron que concentrarse en la planta más baja que se encuentra parcialmente incrustada en la roca y que se accede por una puerta exclusiva.

Observaban todo con gran minuciosidad. Las paredes, el suelo, cualquier grieta o saliente lo palpaban hasta estar seguros de que no había ninguna puerta secreta.

No encontraron nada que les indicara un acceso a alguna otra sala así que salieron del edificio y Regina los guio hacia los calabozos próximos. Tras una puerta, unas escaleras empinadas llevaban a otra puerta.

—Tened muchísimo cuidado al bajar —sugirió Regina—, esta zona no está rehabilitada y los escalones se encuentran en muy mal estado.

—Aquí ya no entra la luz, mejor será que cojamos cada uno una linterna —opinó Eduardo quitándose la mochila de la espalda para pasarles las linternas a Regina y Juan Pablo.

Alumbrando los escalones, fueron bajando con sumo cuidado cada peldaño de la escalera. Eduardo abrió la puerta y penetraron a los calabozos. Allí realizaron la misma tarea que en La Torre, pero con mucha más lentitud ya que debían hacer un barrido por zonas ayudados solo por las linternas porque allí no había ni siquiera un pequeño ventanuco. Lo realizaron de manera exhaustiva, pero, aun así, no encontraron nada.

Después inspeccionaron el Parque de Ingenieros Militares, que les llevó bastante tiempo, aunque es una sala completamente remodelada ya que ahí está instalada una de las exposiciones. Pero no quisieron pasar por alto ni un solo rincón. Lo mismo les sucedió con el resto de las estancias. Casi todas tenían las paredes recién enlucidas y estaban llenas de objetos de las exposiciones, así que era difícil que se les escapara alguna entrada escondida, a no ser que estuviese bajo el enlucido de las paredes.

El tiempo pasaba inexorablemente, las salas se sucedían una tras otras y sus rostros iban pasando de la esperanza a la exasperación. No encontraban ningún indicio que les pudiese dar un mínimo de esperanza en la búsqueda. El castillo estaba demasiado reconstruido y modernizado.

Al fin llegaron a lo alto del castillo, al Macho, donde estuvo situada la antigua alcazaba. La desesperación se veía en la cara de los tres amigos. Caminaban cansados y en silencio solo acompañados por el rumor del mar. Desde allí se divisaba una preciosa vista de Alicante y aún tuvieron fuerzas para contemplarla.

—Es la primera vez que veo esta panorámica a estas horas. ¡Qué viva se ve Alicante! —reivindicó Regina subyugada por el encanto de la noche alicantina.

Los tres se encontraban apoyados en uno de los baluartes. Silenciosos y contemplativos, dejaron transcurrir el tiempo. No querían irse del castillo con ese fracaso a cuestas. Sobre todo, en la cara de Regina se observaban los gestos de desafío. Estaba tan segura de sentirse capaz de encontrar los pasadizos que le costaba darse por vencida.

—Regina, hemos llegado al final —le comentó Eduardo con suavidad pasándole un brazo sobre sus hombros.

—No, de eso nada. Mañana volveremos. Estoy segura de encontrarlos.

—¿Mañana? ¡Pero si casi está amaneciendo, querida!

—Bien, pues entonces esperemos a que amanezca. Quiero verlo de día.

—No, Regina, volvamos ya. Descansemos unas horas y por la tarde, si tan empeñada estás, volvemos.

—De acuerdo —reconvino Regina resignada.

Emprendieron la vuelta, pero Regina, antes de marchar, quiso enseñarle a Juan Pablo

una contramina que había excavada junto a uno de los calabozos que habían visitado.

—En el año 1709 —explicó Regina—, durante la guerra de la Secesión, el castillo estaba en manos de los ingleses y las tropas de los borbones excavaron túneles en la base del monte para minar el castillo con pólvora. Los ingleses, a su vez, cavaron esta contramina para mitigar la explosión, aunque les sirvió de muy poco. A los pocos días, la guarnición inglesa abandonó la fortaleza, con lo que fue la última plaza valenciana en ser liberada. Cuando... —Regina calló.

Sus dos compañeros, intrigados por su silencio, dirigieron ambas linternas sobre ella. Regina miraba a su derecha. Su linterna enfocaba hacia ese lado. Un camino, junto al lado izquierdo del Parque de Ingenieros Militares, se veía obstruido por unas vallas con el anagrama del Ayuntamiento.

—Vamos —exhortó Regina.

—Regina... —musitó suavemente Eduardo.

—Por favor, Edu, tengo un presentimiento —insistió exaltada.

No esperó a sus compañeros e inició la marcha antes de acabar sus palabras. Bordeó las vallas y siguió el camino empedrado. Se encontraba en muy malas condiciones, pero eso no la desanimó lo más mínimo. Los dos hombres la seguían con resignación mirándose el uno al otro con tristeza. Estaban seguros de que no iban a encontrar nada.

Regina se paró con brusquedad, lo que provocó que los dos hombres casi se le echaran encima. Con gran suerte, Regina había visto a tiempo que el camino acababa allí en un gran escalón, desembocando en una pequeña plaza rodeada de altos muros de roca. En ella se veía un círculo de piedras. Quizás un antiguo pozo. Regina lo alumbraba cuando los dos amigos se pusieron a ambos lados de ella.

Regina siguió recorriendo con la linterna la pequeña plaza hasta que iluminó una pequeña entrada con forma de arco excavada en la roca de enfrente.

—Ayudadme a bajar, por favor —pidió Regina.

Cada uno cogió a Regina por un brazo, la descendieron con sumo cuidado y a continuación bajaron ellos de un salto.

Las tres linternas enfocaron aquella entrada mientras que se dirigían hacia ella. Al entrar, enseguida se dieron cuenta de que esa pequeña estancia había sido poco manipulada. Se trataba de una habitación de unos veinte metros cuadrados con una altura que no superaba el metro noventa, con una pequeña ventana enrejada con barrotes forjados de forma tosca, que daba al mar. Sus paredes, rústicamente enlucidas, dejaban a la vista, en grandes zonas, la roca viva del monte Benacantil.

—Venga, amigos, ayudadme a inspeccionar esta última estancia y no os daré más la lata —insistió Regina con una vitalidad y una alegría que hacía horas que no se le veían.

—Por ver esa cara así de eufórica, soy capaz de volver a recorrerme el castillo entero —

bromeó Eduardo riendo.

Los tres se pusieron manos a la obra dedicando todo el esmero del que fueron capaces. Hurgaban, apretaban, giraban, buscaban hendiduras y hacían todo lo que se les pasaba por la cabeza. Lo realizaban con gran metodología capitaneados por Eduardo, acostumbrado por su trabajo. Comenzando por las zonas más bajas de las cuatro paredes, los fue distribuyendo a cada uno en un cuadrante de aproximadamente metro cuadrado.

Cuando ya llevaban examinadas dos de las cuatro paredes, Regina, intranquila, enfocó la linterna haciendo un barrido sobre la próxima pared. Cuando alcanzó la zona más superior, y después de haber pasado el haz de luz de izquierda a derecha, algo le llamó la atención y volvió a iluminar al centro.

—Chicos, mirad eso —señaló Regina acercándose al centro de esa pared.

Sobre su cabeza, casi rozando el techo, se podía distinguir una protuberancia redondeada.

—¿No os parece que eso ha sido realizado por la mano del hombre?

—Voy a limpiarlo —intervino Eduardo mientras cogía sus útiles de arqueología.

Con mucho cuidado, el joven fue limpiándolo de suciedad y restos de cal. En sus manos se notaba la destreza de la experiencia; solo quitaba lo que debía quitar. Según iba haciendo su trabajo, la protuberancia fue cogiendo una forma conocida para los tres. ¡Era una calavera!

—Mirad, los ojos y la nariz están huecos y se nota en todo el borde que está superpuesta a la pared y no grabada en ella —reconoció Eduardo repasándola por última vez con un cepillo de cerdas suaves.

—Intenta moverla, Eduardo —opinó Juan Pablo.

Eduardo intentó apretarla hacia adentro, girarla, meter unas pinzas en los ojos y en la nariz, pero nada. Aquella calavera parecía inamovible.

—Vamos a hacer una cosa antes de empeñarnos en que esta calavera tiene algo que ver con lo que buscamos.

—¿El qué? —lo atajó Regina ansiosa por confirmar lo que ella estaba deseando que fuese verdad.

—Tenemos que quitar de la pared toda esta capa de cal que claramente se ve que es posterior a la época islámica. Si bajo esta cubierta logramos encontrar alguna junta que nos haga suponer que aquí hay alguna entrada secreta, continuaremos investigando la calavera, ¿os parece bien?

—Buena idea, Eduardo. Es incluso posible que este recubrimiento de cal esté impidiendo que la puerta se abra —argumentó Juan Pablo.

Dicho y hecho. Los tres se pusieron al unísono, con las piquetas que habían traído, a

quitar toda la cal de la pared.

Cuando, sudorosos, acabaron, comenzaron a inspeccionar milimétricamente los bloques de piedra que la formaban.

—¡Aquí está! —gritó Juan Pablo intentando meter los dedos por una minúscula junta.

—Juan Pablo, yo no veo nada... —declaró Regina con tono dudoso.

—Hacedme caso, está aquí. Estoy muy acostumbrado a ver este tipo de entradas secretas en las alcazabas islámicas y las sé distinguir enseguida. El descascarillado del roce de la piedra al abrirse y cerrarse es muy característico, aunque aquí es bastante débil, no debe haberse usado mucho. Os voy a indicar el recorrido que hace y luego nos alejamos un poco y veréis como notáis la diferencia sin mucho esfuerzo.

Así lo hicieron. Juan Pablo fue recorriendo las juntas hasta formar una abertura más o menos regular. Después se alejaron unos pasos y alumbraron con las tres linternas a la vez el lugar que Juan Pablo había marcado.

—¡Es cierto! —exclamó Regina—, veo con claridad la diferencia entre lo que ha marcado Juan Pablo y el resto de las juntas.

—Sí, yo también lo veo —reconoció Eduardo.

—¡Bien!, eso indica que no vamos desencaminados, ¡por fin! —exclamó Regina abrazando a sus amigos.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Golpeamos la puerta a ver si nos abre alguien? —preguntó Eduardo con sorna.

Los tres rompieron a reír con estruendo aumentado por el eco de la estancia. La noche había sido larga y agotadora, pero la recompensa estaba ante sus ojos.

—Venga, pongámonos al trabajo. No sé si os habéis dado cuenta, pero está amaneciendo y muy pronto estarán los encargados del castillo aquí —repuso Eduardo señalando hacia la ventana.

—A ver, yo pienso que este pasadizo, o lo que sea, debe abrirse con la calavera —aseveró Juan Pablo todavía con una gran sonrisa en los labios—. Para ello, estoy bastante seguro de que emplearían algún tipo de artilugio que se introduciría en las tres cavidades, los ojos y la nariz, y esto haría saltar el resorte que lo abre. Lo difícil es encontrar algo que coincida con esos tres agujeros.

Los tres amigos se quedaron callados y pensativos observando la calavera. Regina comenzó a buscar por el suelo, las paredes, el dintel de la entrada a ver si encontraba algo que encajase allí.

—Un momento... —intervino Eduardo meditabundo—, estoy pensando que lo que podríamos hacer es sacar un molde y luego fabricarnos nosotros mismos esta peculiar llave.

—Buena idea, Eduardo —reconoció Juan Pablo—, pero ¿con qué sacamos el molde?

—Eso está solucionado. Entre mis herramientas de trabajo, siempre llevo una especie de cera que utilizo justo para eso, para sacar moldes —le contestó Eduardo rebuscando dentro de su mochila.

—¡Fantástico! —exclamó Regina—, yo conozco a la persona perfecta para hacer el trabajo. Es un empleado mío. Hoy mismo lo localizo y nos lo hace.

Mientras Regina hablaba, Eduardo sacó de la mochila una masa compacta pero muy maleable. Iba envasada al vacío. Eduardo le quitó el plástico que la envolvía y, cubriendo con ella la calavera, presionó para que se introdujese en los orificios.

—Esta masa, en cuanto está en contacto con el aire unos pocos minutos, se endurece, aunque no lo suficiente como para emplearla como llave. Una simple presión más o menos fuerte y se rompe en mil pedazos.

Eduardo dejó que se endureciera sobre la calavera, luego la envolvió con mucho cuidado en un jersey que llevaba en la mochila y la introdujo allí.

—Ahora debemos irnos.

Dejaron a Juan Pablo en su hotel para que descansara y, después de entregarle el molde a la persona elegida por Regina, ambos se fueron al apartamento de Eduardo.

Ya era media tarde cuando sonó el teléfono en el ático de Eduardo y lo despertó. Se trataba de José Luis, del departamento de traducción.

—Eduardo, te llamo para informarte que no hemos encontrado nada especialmente interesante en el manuscrito salvo lo que ya sabes.

—Me lo imaginaba. Desde que me dijiste de qué trataba el manuscrito, perdí la esperanza de encontrar algo más.

—De todas formas, vamos a darle prioridad a los demás manuscritos hallados junto a este. Nos concentraremos sobre todo en buscar alguna referencia a Abderramán III y al caíd Hakîm Al Saadi.

—Gracias, José Luis. Mantenme informado, por favor.

—Por supuesto.

Después de despedirse de José Luis, Eduardo decidió despertar a Regina.

Con suavidad, la besó en los labios. Después del largo descanso, las apetencias sexuales se despertaron enseguida al ver la figura de Regina bajo las sábanas. El fuego de la pasión se desató en los dos hasta quedar totalmente exhaustos y sudorosos.

Por la noche llevaron a cenar a Juan Pablo, que también había empleado el día en descansar, a uno de los restaurantes más conocidos de Alicante.

—Mañana ya tendré la llave —les informó Regina—. Acaba de llamarme mi empleado y me ha dicho que lo tiene hecho ya, pero que hay que dejarlo secar hasta mañana.

—Bien. Entonces mañana volveremos al castillo —comentó Eduardo—. Avisaré para que nos dejen entrar a la misma hora que ayer.

—Estoy intrigadísimo por saber qué nos vamos a encontrar detrás de esa pared —reconoció Juan Pablo.

—Espero que sea algo que, por lo menos, nos ayude a encontrar indicios de la sura —le contestó Eduardo.

Durante el día siguiente, Regina y Eduardo se dedicaron a enseñar la ciudad a Juan Pablo, dándole prioridad a las ruinas de la antigua Alicante, Lucentum, y al museo de arqueología, el MARQ.

A media tarde pasaron a recoger la llave, que se trataba de una especie de cuenco con la forma de la calavera con tres protuberancias en su interior y que, si todo salía bien, encajarían en las cavidades de los ojos y la nariz de la calavera.

A las ocho de la noche en punto entraron de nuevo al castillo y se dirigieron directo a la estancia donde habían descubierto la calavera y la supuesta entrada oculta.

—Ya estamos aquí. Llegó la hora de la verdad —apuntó Regina con melodramática sorna.

Los tres se echaron a reír. Les vino bien porque la tensión que había en el ambiente por la ansiedad era muy patente.

—Toma, Edu, haz tú los honores —sugirió Regina ofreciéndole la llave.

—Es tu descubrimiento, Regina, debes hacerlo tú.

—Pues mira, no pienso discutirlo. Estoy loca por ser yo —respondió Regina con una sonrisa burlona.

Se dirigió al fondo de la habitación y alzando la mano derecha introdujo las protuberancias del cuenco en los agujeros de la calavera. Encajaban perfecto.

Durante largos segundos, Regina permaneció quieta. La expectación hacía que el silencio fuera total hasta el punto de que ninguno de los tres respiraba. Luego, con lentitud, fue girando la mano hacia la izquierda hasta que sonó un clic. No sucedió nada de inmediato, pero tras unos breves segundos, que a ellos les parecieron interminables, comenzaron a escuchar unos ruidos que provenían de la pared. Sonaban amortiguados por el grueso de la roca, pero no les pasó desapercibido que un mecanismo se había puesto en marcha. Otro ruido más cercano y fuerte comenzó a sonar, provocado por el roce de la piedra, al tiempo que la pared comenzaba a moverse.

—¡Sí! ¡Se mueve! —exclamó la joven al tiempo que elevaba el brazo en un gesto de victoria.

Con exactitud, la zona que Juan Pablo había marcado dos días antes se desplazó hacia el interior y dejó ver un gran agujero negro en la pared. El olor que salió de allí hizo que los tres amigos dieran un paso atrás. Era espeso, intenso, opresivo y pareció que una mano

negra les apretaba la garganta en cuanto notaron en esta el primer golpe de aire.

—¡Qué peste! —gritó Regina a la vez que arrugaba la nariz.

—Me pregunto cuántos años o más bien siglos lleva este aire condensado ahí dentro —comentó Eduardo mientras se tapaba la nariz con su brazo.

—Bueno, amigos, no creo que este olor nos detenga ahora, ¿verdad? —repuso Juan Pablo.

—¡No! —gritaron a la vez Regina y Eduardo iniciando a la vez el camino hacia el interior. Detrás entró Juan Pablo.

Las linternas iluminaron un pasadizo tosco, con paredes en las que se dejaba ver con claridad la mano del hombre.

—Desde luego, los que hicieron este pasadizo no se esmeraron mucho —cuestionó Regina tras tropezar con uno de los muchos salientes rocosos del suelo.

—No. Debieron de hacerlo con mucha premura o no tenía mucho interés para ellos —argumentó Juan Pablo—. No parece ser un pasadizo muy visitado. La roca del suelo estaría más desgastada si hubiese sido frecuentado.

Mientras hablaban iban andando en fila india ya que el pasadizo no tendría más de sesenta centímetros de ancho y un metro y medio de altura, lo que provocaba que los tres fuesen encorvados, y una fuerte pendiente hacia arriba hacía que aún fuese más dificultoso andar por él. Primero iba Eduardo, lo seguía Regina y cerraba la marcha Juan Pablo.

Después de unos minutos de esfuerzo, de repente, se acabó el túnel. Ante Eduardo apareció otro pasadizo que cruzaba el que estaban. Hacia la derecha subía de manera pronunciada y hacia la izquierda bajaba.

—¿Qué pasa, Eduardo? ¿Por qué te has detenido? —indagó Regina.

—Se ha acabado el túnel —le respondió.

—¿Ya no continúa más? —preguntó Regina intentando encontrar un hueco entre el cuerpo encorvado de Eduardo para mirar delante de él.

—Este pasadizo no, pero hay otro que lo cruza. ¿Hacia dónde vamos? ¿Izquierda o derecha?

—Hacia la derecha, en esa dirección debería estar la alcazaba.

Eduardo salió hacia el nuevo pasadizo y comenzó a andar hacia la derecha, pero solo anduvo unos pocos pasos. Se detuvo con brusquedad, lo que provocó que Regina se le echara encima ya que ella apuntaba su linterna hacia el suelo para no tropezar y no esperaba el súbito frenazo de Eduardo.

—Tenemos que dar la vuelta e ir hacia abajo. Aquí ha habido un derrumbe y no se puede continuar.

—¡Vaya! —dijo Regina—. Las circunstancias han decidido por nosotros hacia dónde ir.

Giraron los tres ciento ochenta grados, con lo que Juan Pablo quedó el primero de la expedición. Siguieron andando, esta vez en dirección contraria, hacia el interior del monte.

Al cabo de menos de veinte metros, el túnel giró de modo súbito en un ángulo recto y después de otros veinte metros volvió a girar en sentido contrario para terminar desembocando en una cueva amplia. Juan Pablo entró y dejó paso a Regina y Eduardo. Se encontraban en una zona con mayor altura que el pasadizo por donde habían llegado allí y pudieron estirar sus cuerpos.

—¡Qué maravilla! —exclamó Regina, siempre tan expresiva, enfocando junto a sus compañeros una puerta de madera maciza que había frente a ellos, al otro lado de la cueva.

—Hay dos túneles más —informó Juan Pablo enfocando hacia el lado izquierdo.

—Vamos primero a investigar la puerta —sugirió Regina yendo hacia allí.

—Tiene pinta de ser una puerta robusta y fuerte, y de conservarse en muy buen estado —comentó Juan Pablo.

Eduardo se dirigió directamente a intentar abrirla y cogió un asa de hierro que debía servir para ello. Empleó toda su fuerza en intentarlo, pero no consiguió moverla ni un milímetro. Juan Pablo se le unió e intentó ayudarlo, pero ni aun así lo consiguieron. Entonces dedicaron sus esfuerzos a observarla con minuciosidad. Eduardo descubrió enseguida que había una cerradura de hierro un poco más arriba del asa.

—Tendremos que romperla —informó el arqueólogo mientras señalaba la cerradura—, no hay otra opción.

—Eduardo, puedes tener problemas si lo hacemos. Estropearíamos algo de mucho valor histórico —argumentó Juan Pablo.

—Tienes razón, pero recuerda que nuestras vidas corren peligro. Si se corre la voz de lo que hemos encontrado antes de que llegemos al final, las consecuencias pueden ser perjudiciales para nosotros.

—Juan Pablo, no podemos correr el riesgo de divulgar esto, ni de perder tiempo viendo otra forma de abrirlo. Nos urge, ya hemos perdido demasiado tiempo y no olvides que nos siguen los pasos. Además, intentaremos hacer el menor daño posible —añadió Regina.

—Lo sé, estoy de acuerdo con lo que decís, pero quería que Eduardo, que es el que más se juega, fuese consciente de ello.

—¿Cómo la abrimos? —inquirió Regina con determinación.

—Yo creo que primero deberíamos limpiarla lo mejor posible y luego podríamos hacer palanca con las piquetas con mucho cuidado —propuso Juan Pablo.

—Intentémoslo —le respondió Eduardo.

Durante un buen rato, los tres se dedicaron con esmero y precisión a erradicar toda la suciedad que se había acumulado a lo largo de los años en las juntas entre la puerta y su

marco. Con detalle y escurpulosidad iban rascando las zonas más endurecidas a la vez que las humedecían con agua para ablandar la tierra incrustada. Cuando consideraron que ya tenían todo el trabajo hecho, sacaron las piquetas de la mochila y las emplearon para hacer palanca. Introduciendo el pico en la junta de la puerta, junto a los goznes, con mucho, mucho cuidado intentaron desprenderlos de la pared sin perjudicar la madera de la puerta, que tenía un aspecto impecable. Poco a poco fueron desprendiendo las bisagras lo suficiente como para empezar a inclinar la puerta.

CAPÍTULO 10

Cuando solo faltaba una semana para que volviese Alí, llegó a la alcazaba un mensajero del *wali* de Qalyusa, que le pedía al caíd Hakîm Al Saadi que acudiese con todos los hombres de los que pudiese disponer a la medina de Qalyusa para ayudarle a detener una sublevación que había surgido en esos dominios pues, aunque no parecía muy importante, en esos momentos la medina disponía de muy pocos hombres por haberse ido a hacer unas incursiones hacia el interior.

El caíd, en cuanto leyó el mensaje del *walí* que le había traído uno de los hombres de su guardia personal, no lo dudó ni un solo segundo y convocó a todos sus hombres en el patio de la alcazaba. Allí designó un pequeño grupo para que se quedara a guardar la alcazaba y al resto lo conminó a partir en breve, con el tiempo justo para coger agua, víveres, sus armas y despedirse de la familia.

El caíd daba órdenes para que preparasen todo lo necesario para el viaje. Cuando Cántara y Amina decidieron bajar de sus aposentos, tras oír la algarabía que se había organizado en el patio, Hakîm Al Saadi, al verlas aparecer, les pidió que fuesen a esperarlo a uno de los salones que se utilizaba como despacho administrativo porque quería despedirse de ellas a solas. Las dos mujeres lo obedecieron y fueron a dicho salón para esperarlo, bastante extrañadas de que hiciera un distintivo con ellas dos, ya que no solo ellas habían acudido a despedirse de él. El resto de las mujeres y los hijos también andaban revoloteando por el patio.

Las dos amigas permanecieron allí hablando entre ellas, sorprendidas por lo que su padre y señor acababa de hacer delante del resto de la familia, algo que jamás había hecho ya que, solo en momentos íntimos, el caíd mostraba sus preferencias sobre Cántara y Amina.

El hombre entró con paso largo y decidido, vestido con sus ropas de batalla, y se dirigió hacia ellas.

—Perdonad que haya obrado así delante de todos. Sé que con esto igual os provocho más malestar con las otras mujeres, pero necesitaba hacerlo antes de irme. A ti, Cántara —anunció mirando a su hija—, quería agradecerte la conversación del otro día y quería que supieras que tus palabras me llegaron muy hondo y me abrieron los ojos.

Cántara solo sonrió y agachó la cabeza para recibir el beso de su padre.

—A ti, Amina, pedirte que cuides de mi hija, aunque sé que no hace falta que te lo pida porque lo haces siempre de forma voluntaria. Pero quiero que durante estos días que voy a

estar fuera, la inicies en el arte de ser una buena esposa. Ten en cuenta que, como mucho, en un año lo será y quiero que esté bien preparada y sé que tú serás su mejor maestra. — Giró de nuevo los ojos hacia Cántara—. Por favor, Cántara, ¿nos puedes dejar solos un rato?

—Claro que sí, padre —repuso Cántara. Saliendo del salón, se dirigió al patio para, desde su risco, ver la salida de los hombres de la alcazaba. Al poco rato se reunió con ella Amina. Cántara vio la cara de felicidad que traía, pero prefirió no decirle nada hasta que perdiese de vista a su padre.

En cuanto el grueso del ejército del caíd estuvo preparado y reunido de nuevo en el patio, partieron hacia Qalyusa. Cántara observaba de reojo cómo las mejillas de Amina se surcaban de lágrimas brillantes al sol, mientras contemplaba alejarse al caíd. Aun así, se notaba un gran cambio operado en su amiga. Por todos los poros de su piel se notaba la felicidad. Cántara no quiso romper el mágico momento que estaba viviendo su amiga y prefirió no hablarle hasta que ella no diese muestras de volver a la realidad.

Poco a poco las lágrimas de Amina fueron dejando de escapar de sus ojos mientras que se secaban las que ya habían corrido por sus blancas mejillas.

—Si quieres, mañana bajamos a la mezquita —musitó Amina—, yo también tengo algo que agradecerle a Allah.

—Claro que sí, querida, sabes que lo estoy deseando.

—Cántara, por fin he visto el amor en los ojos de tu padre y, por lo que dijo él cuando se despidió de nosotras, creo que te lo debo a ti, ¿no?

Cántara soltó una carcajada.

—Solo le di un empujoncito, Amina.

—Gracias, amiga, jamás podré agradecértelo lo suficiente.

La mañana siguiente, Cántara y Amina la dedicaron a seguir buscando la entrada al pasadizo. Movieron todos los objetos visibles del salón esperando, en cada ocasión, que fuese el objeto acertado, pero no, la pared de mosaicos permaneció impertérrita en todas las ocasiones. Cántara cada vez se sentía más desanimada y dudaba que las suposiciones de Amina sobre el pasadizo fuesen ciertas y que todo hubiera sido provocado por la imaginación y el deseo.

Cuando llegó la hora de la oración del Duhr, cuando el sol, después de haber alcanzado su cenit, comenzaba a moverse de nuevo, como la vez anterior que visitaron la mezquita, Cántara y Amina, vestidas como dos sirvientas, se encaminaron hacia la medina. El cuidado que llevaban era extremo. Ni Amina estaba dispuesta a que Hakîm Al Saadi perdiese la confianza en ella, ni Cántara, a que su padre aumentara la vigilancia hacia ella.

Esa vez, Cántara, según bajaban por la ladera del monte, estuvo pendiente de la llamada del almuecín. Estaba deseando oír, como musulmana, cómo era convocada a orar en esa bella mezquita.

En cuanto consiguió oír las plegarias, su paso se aceleró. Aún les quedaba un trecho para llegar a la medina y Cántara quería haber llegado antes de que la gente se arremolinara en la piscina de ablución para hacer el rito de la purificación. Por fin llegaron a la medina y accedieron a la calle donde se encontraba la mezquita. Cuando iban a pasar por la casa de Alí, cercana a esta, Amina aminoró el paso y le susurró en el oído a su amiga:

—Esa casa que viene ahora, la que tiene la puerta con forma de arco de herradura decorada en azul, es la de tu amado.

Cántara se paró en seco y se quedó mirando la casa de Alí como queriendo penetrarla con la mirada para ver lo que allí dentro había. Todavía no debía haber vuelto Alí, pero le habría gustado ver su casa, sentir sus cosas, observar a su familia mientras se dedicaba a las tareas diarias.

—¡Ay, Amina! ¡Tan cerca y tan lejos a la vez! ¿Cuándo llegará la hora de encontrarme con él?

—Paciencia, querida, el día se acerca, no desesperes.

Justo en ese momento se abrió la puerta de la casa de Alí y de allí salieron dos mujeres. Una de ellas era de edad avanzada y la otra de una edad aproximada a la de Cántara. Las dos mujeres iban ricamente vestidas. El velo de la más mayor dejaba entrever una mirada algo cansada pero rica en sabiduría. Ambas se encaminaron en dirección hacia la puerta que daba acceso a las salas exclusivas para las mujeres, hacia donde también se dirigían Cántara y Amina.

—La mujer más mayor es la que vi salir de allí el otro día —le informó Amina a Cántara.

—Deben ser la madre y la hermana de Alí —opinó Cántara con nerviosismo.

—Vamos detrás de ellas, igual podemos hablarles en algún momento.

—No creo, Amina, recuerda que vamos vestidas de sirvientas, pero sí, vamos detrás de ellas.

Las dos amigas emprendieron el camino en dirección a la puerta de la mezquita sin quitarles los ojos de encima a las dos mujeres. En cuanto llegaron, Cántara y Amina realizaron los ritos de purificación junto a estas. Entraron en la mezquita y procuraron ponerse lo más cerca de ellas, pero una vez acomodadas sobre sus esteras, se olvidaron enseguida de las dos mujeres y se concentraron en orar a Allah. El fervor se les veía en la mirada. Las dos amigas habían deseado este momento con verdadera ansia. Tenían mucho que agradecerle a Allah; las dos habían encontrado el amor y a la vez eran correspondidas, o por lo menos, eso pensaba Cántara. Pero también tenía mucho que pedir. Necesitaba augurarse un final feliz para su amor y sabía que Allah, el Bienaventurado no la dejaría en manos de otro hombre que no fuese su amado. Sus rezos los realizó también para conseguir su fin y para que su padre le concediese la libertad a Amina y la convirtiera en su mujer preferida.

El ambiente fervoroso que se respiraba en la mezquita subía de tono conforme el imán iba predicando subido en el pequeño púlpito. Parecía increíble cómo todo un manto de fieles sobre las esterillas podía hacer casi a la vez los mismos ritos con los mismos movimientos para adorar y mostrar sumisión ante su Creador.

Cántara se sentía dichosa al encontrarse por fin en la Mezquita porque, aunque a diario ambas cumplían con el segundo pilar fundamental islámico de la oración, deseaba volver al lugar donde había pedido a Allah, el Clementísimo, el Misericordiosísimo, que le concediese lo que más ansiaba. Se dedicaba en cuerpo y alma a ello, concentrada en lo que estaba recitando, dejando vagar su imaginación sin distraer su atención con otras cosas.

Cuando concluyeron de orar, las dos amigas, junto con el resto de los fieles, salieron de la mezquita, se calzaron y se pararon cerca de la salida para ver hacia dónde se dirigían las dos mujeres. Estas habían salido después de ellas y, en cuanto pasaron por su lado, pudieron ver como se alejaban hacia el zoco. Cántara y Amina, con tan solo una mirada entre ellas, se pusieron de acuerdo para seguirlas.

Las mujeres se dirigieron directo hacia el puesto del perfumista donde habían visto por primera vez a Alí, por lo que se abstuvieron de acercarse a él por si el comerciante las reconocía y las identificaba en presencia de las dos mujeres que suponían familia de Alí.

Esperaron durante un rato, disimulando en otro puesto cercano, hasta que las dos mujeres se despidieron del perfumista y se encaminaron a un puesto de frutas y verduras. En esa ocasión, aprovecharon las dos amigas para situarse junto a ellas. Oyeron como la más mayor de las dos preguntaba el precio de los melones, los higos y los dátiles. Después de elegir gran cantidad de cada uno de ellos, la mujer le dijo al comerciante que se lo acercase a su casa en cuanto pudiese porque al día siguiente iban a celebrar un banquete y lo necesitaban lo antes posible para ir preparando los manjares.

Cántara y Amina se miraron. Tan solo faltaban cuatro días para la fecha en la que Alí había indicado para reunirse con Amina. Era posible que al día siguiente regresara de Qurtuba y su familia lo recibiese con un banquete.

Amina, viendo que su amiga se quedaba callada y no intentaba averiguar nada, decidió actuar ella.

—Señora, perdone que la moleste —comenzó Amina.

La mujer miró a Amina y le dijo:

—¿Qué deseas de mí, joven?

—Soy nueva en esta medina y me gustaría aprender a hacer los platos que se hacen aquí para dar banquetes. Mi amo tiene un gusto exquisito y me gustaría sorprenderlo.

La mujer contempló en silencio los ojos de Amina y, viendo en ellos que no había maldad, le dijo:

—Muchacha, haces muy bien. Seguro que tu amo estará encantado. Mira, si quieres, me acompañas a mi casa y allí te los puedo enseñar. Precisamente estamos preparando un

banquete para recibir a uno de mis hijos que regresa de un largo viaje.

—Gracias, señora, me haría usted un grandísimo favor.

—Pues venid, seguidme. Ya he terminado de adquirir lo que necesitaba y me dirijo hacia allí.

Las dos jóvenes siguieron a la dama hasta su casa. Entre ellas solo podía haber miradas de complicidad. Cántara no se atrevía a hablar por sí, en un futuro, la madre de Alí reconociese su voz. Se la notaba una mujer muy observadora. La mirada que le había echado a los ojos de Amina, buceando en ellos, la delataron como una mujer de gran intuición.

Llegaron a la puerta de la casa de Alí, como las dos amigas sabían. La madre de Alí las hizo entrar. Cántara entró con temor. Sabía que estaba haciendo algo que no estaba bien, pero necesitaba conocer el ambiente del que se rodeaba su amado. Respirar el mismo aire que él respiraba, tocar los mismos objetos que él tocaba, mirar las mismas paredes que él miraba.

Era una casa sobria donde se notaba una mano femenina de gran exquisitez a la hora de acondicionarla, de espacios abiertos, con techos altos y grandes estancias, amplias y luminosas ya que absolutamente todas las dependencias de la casa daban al patio central decorado con multitud de plantas y flores colocadas de manera estratégica, que daban frescor al ambiente.

La madre de Alí las condujo hasta la cocina donde cinco sirvientas preparaban el ágape con el que iban a agasajar a Alí.

Sobre un gran banco habían dispuesto cuatro *tannür* para ir horneando panes y diversos pastelillos a la vez. Unos elaborados con almendras, pistachos o piñones rociados con agua de azahar, rosas o empapados en miel transparente y dorada. Otros de hojaldre o masa quebrada, espolvoreados con fino azúcar o semillas de ajonjolí. Enfrente, en otro banco, otros cuatro hornillos cocían distintos platos. En uno de ellos se estaba guisando cordero con verduras (hinojo, berenjena, acelgas y espinacas). En otro se freían frutos secos (almendras, pistachos, dátiles y trufas) con conejo. En el tercero estaba cociéndose arroz con leche y el cuarto, en ese momento, permanecía apagado. Al lado de los hornillos había una mujer que pasaba por un colador una masa fluida que, al presionarla a través de los agujeros, formaba una fina pasta que luego se dejaba secar al sol para cocinarla con carne de cordero o con leche y miel como postre.

—Son fideos —explicó la mujer al ver la atenta mirada de Amina—. Uno de los platos favoritos de mi hijo. Estamos preparando sus comidas preferidas en su honor —informó la dama.

Cántara, que hasta entonces iba distraída observándolo todo, al oír esas palabras, prestó la máxima atención a lo que se estaba cocinando. Sin dudarle se dispuso a conocer todos los gustos de su joven amado y, durante un buen rato, bombardeó a preguntas a la madre de Alí. Según iba pasando el tiempo, las dos mujeres, Cántara y la madre de Alí, fueron

dejando de lado el tema gastronómico y profundizaron en la conversación hasta tal punto que la madre de Alí le dijo:

—Pareces una joven muy sensata y culta, supongo que has tenido unos buenos amos que han sabido educarte.

A Cántara se le cayó el alma a los pies. Esa buena mujer no se merecía la mentira de la que estaba siendo objeto. Sintió unos deseos irrefrenables de contarle la verdad, pero, en ese momento, Amina, que andaba revoloteando por la cocina haciendo que se interesaba en los platos que se preparaban, pero que en realidad no perdía detalle de la conversación entre las dos mujeres, conociendo a su amiga, se adelantó y dijo:

—Amiga, hemos de irnos ya. Recuerda que tenemos que preparar la cena a nuestro amo.

—Tienes razón, llegaremos tarde si no partimos de inmediato. —Se volvió hacia la madre de Alí y le dijo—: Señora, ha sido un placer conversar con usted.

—Lo mismo digo, joven. Espero que no dejes de visitarme en alguna otra ocasión. Pregunta por Nasima[40]. Estaré encantada de conversar contigo.

Cántara se la quedó mirando fijamente. Nasima. Esa era la sensación que había tenido durante todo el rato que había conversado con ella, como la de una suave brisa fresca que le inundaba el alma.

Las dos amigas salieron de la casa de Alí con premura. En verdad era bastante tarde. La vuelta a la alcazaba se hacía mucho más penosa y lenta que la bajada, y ya se acercaba la hora de la oración del Asr y debían estar en lo alto del monte para entonces.

Los siguientes tres días se hicieron interminables para Cántara. Por fin estaba cercana la fecha en la que Amina se encontraría con Alí y Cántara era puro nervio. Amina intentaba distraer a su amiga todo lo posible. Incluso le propuso practicar en la cocina de la alcazaba los platos que Nasima, madre de Alí, les había enseñado como preferidos de su enamorado, pero lo que más la consolaba era cumplir con uno de los pilares fundamentales en el islam que era la oración.

Cántara, con gran placer, dejaba unos instantes sus obligaciones cotidianas o sus momentos de esparcimiento para realizar con gran fervor cada una de las cinco oraciones diarias que manda el Corán para invocar a su Creador, acompañada de los movimientos que reflejan su adoración y sumisión ante Él.

Por las mañanas, antes del alba, Cántara iba a su peña favorita y allí mismo, entre el alba y la salida del sol, realizaba la oración del Fáyr y luego contemplaba el horizonte hasta que su amiga se reunía con ella. A la salida del cenit, cuando las sombras de las cosas, después de haber permanecido estáticas, comenzaban de nuevo a moverse. Cántara se recluía en su cuarto para la oración del Duhr y recordaba las dos ocasiones en las que había bajado a la mezquita para orar a esa misma hora. Cuando esas sombras adquirían el mismo tamaño que los objetos que las producían, llegaba el momento de la oración del

Asr. Cántara, mientras llegaba la hora de esa oración, desde que acababa con la oración del Duhr, solía leer poesía en su cuarto. Nada más desaparecer por el horizonte el color rojizo del cielo y las nubes, tras el ocaso, Cántara, otra vez sobre su peña favorita, realizaba los rituales de la oración del Magrib. Y antes de acostarse a dormir, la joven cumplía con la oración del Ishá, que debe realizarse a partir de la desaparición del crepúsculo. Y siempre, como no, orientando sus rezos hacia Makka, como todo buen musulmán.

Amina instaba a su amiga para que buscase con ella la entrada al pasadizo, pero esta se sentía terriblemente apática y su mente y su corazón solo tenían pensamientos y sentimientos para una sola persona: su amado Alí. Todo su esfuerzo mental iba dirigido a pensar en él y en orar para que Allah, el que oye y el que ve, la oyese y la viese a ella, y le concediese sus ruegos.

Aun así, por el bien de su amiga, Amina no descansaba en buscar la entrada, utilizando casi todos los momentos de esparcimiento de que disponía. Ya casi se conocía ese salón centímetro a centímetro y estaba empezando a pensar que todo había sido su imaginación y que allí no había ninguna entrada a ningún pasadizo.

La víspera del encuentro con Alí, Amina consiguió convencer a su amiga para que fuese con ella al salón a seguir con la búsqueda. Cántara estaba con los nervios a flor de piel y prefirió acompañar a Amina para ver si se distraía un poco. Las dos amigas decidieron volver a repasar la zona alrededor de donde ellas creían que estaba la puerta. Movían todos los objetos que había y apretaban todos los adornos que tenían las columnas más cercanas.

—Amina, ven, quiero que te fijes en una cosa —exhortó Cántara después de un buen rato.

Cántara se encontraba hurgando en la columna más próxima a la supuesta puerta y su amiga se dirigió hacia ella.

—¿Te has fijado en esta calavera?

Amina observó la figura que le señalaba su amiga con detenimiento. Era una cara de una calavera que estaba esculpida en el capitel de la columna. Tenía el tamaño de un puño grande de hombre y sobresalía solo el contorno de la cara. Su nariz y sus ojos estaban compuestos por unos agujeros que daban profundidad a la calavera.

—La he visto cientos de veces, Cántara, y tocado otras tantas, ¿has visto algo que a mí se me haya pasado desapercibido?

—Bueno, en un principio me ha llamado la atención que es la única calavera representada en todo el salón. Todas las demás figuras se repiten en uno o varios lugares.

—¡Es cierto, Cántara!

—Por otro lado, fíjate en las cuencas de los ojos y de la nariz, ¿no te da la impresión de que ahí cabría algo? ¿Algún objeto con tres picos sobresalientes? Mira, casi caben mis

dedos —dijo Cántara llevando uno de sus dedos a la cuenca de uno de los ojos.

Amina se quedó pensativa. Se conocía los objetos de ese salón al dedillo y algo le había recordado lo indicado por Cántara. De repente, soltó una exclamación y echó a correr hacia la mesa cercana al sitio donde siempre se sentaba el caíd. Sobre esta mesa había un objeto muy peculiar que Amina había visto en diversas ocasiones en manos de Hakîm. Se trataba de una especie de cuenco o plato de bronce con incrustaciones de marfil. Tenía también, como la calavera, el tamaño de un puño grande de hombre y su forma le recordaba a Amina al caparazón de una tortuga, entre otras cosas porque las incrustaciones de marfil hacían que se asemejase a este animal, ya que estaba formado por pequeños trozos de este material que hacían un dibujo parecido al de dichos caparazones. Pero la peculiaridad que más curiosidad le había producido a Amina en las ocasiones en las que se había fijado en ese objeto por estar en las manos del caíd, eran las pequeñas tres protuberancias que tenía en el interior, en la cuenca de esa especie de plato.

Lo cogió entre sus manos con sumo cuidado y lo llevó hasta Cántara, junto a la columna donde estaba la calavera. Sin pronunciar una sola palabra y bajo la atenta mirada de Cántara, que había seguido con interés la reacción que había tenido su amiga, colocó ese objeto sobre la calavera intentando meter sus protuberancias por las cuencas de los ojos y la nariz.

—¡Encaja perfectamente, Cántara!

—¡Lo veo!, Amina, ¡lo veo!

—¿Qué hago ahora? ¿La giro?

—Yo creo que sí...

Amina intentó girar la calavera hacia la derecha valiéndose del objeto, pero obtuvo resistencia y lo intentó hacia la izquierda. Notó un clic bajo su mano y de inmediato, asustada, quitó el objeto de la calavera. Pensó que había roto algo. En el mismo momento en que giraba el cuenco para observar las protuberancias, un susurro se escuchó cercano a donde ellas estaban.

—¡Amina, mira, se mueve!

El mosaico de la pared se deslizaba suavemente hacia el interior y dejaba sitio a un gran agujero. Amina y Cántara se quedaron petrificadas. Ahora que lo habían encontrado se sentían bloqueadas sin saber qué hacer.

—¿Ahora qué hacemos, Amina? —inquirió dudosa.

—Ni idea, Cántara, pero lo que hagamos debemos hacerlo rápido antes de que llegue alguien.

—¿Qué te parece si miramos en el interior a ver si encontramos la forma de cerrarlo desde allí? Si investigamos en su interior, no podemos dejar la puerta abierta.

—Sí, será lo mejor. Seguro que lo que sea que haya para cerrarlo debe estar cerca de la

puerta.

Amina entró primero. Estaba oscuro, pero en cuestión de segundos la claridad que entraba desde el salón le permitió ver lo suficiente para poder observar que el agujero se prolongaba hacia el interior iniciando una pronunciada inclinación. Mientras ella observaba esto, Cántara se acercó hasta uno de los candiles de bronce que reposaban sobre una de las mesas y que permanecían día y noche encendidos por deseo expreso del caíd. Entró en el agujero y se puso a observar la parte interior de la pared.

—¡Aquí está, Amina! Justo en la parte trasera de la puerta hay otra calavera.

Amina se giró con rapidez y se dirigió hacia donde le señalaba Cántara. Localizó enseguida la calavera, miró sus manos y comprobó con la vista que todavía tenía el cuenco entre ellas. Lo acercó a la calavera e hizo el mismo movimiento que con la otra calavera hasta que notó el clic entre sus dedos.

CAPÍTULO 11

Al cabo de una media hora de forzar las bisagras con las piquetas, los goznes saltaron y la puerta cayó con estrépito. Durante unos instantes, la polvareda que levantó la puerta al caer les impidió ver el interior.

—¡Vamos! —exclamó Regina entrando en la habitación en cuanto la nube de polvo empezó a asentarse de nuevo sobre su lugar de procedencia.

Poco a poco se fue disipando y las motas que se veían a través de los rayos de la luz de las linternas dejaron ver una habitación de proporciones grandes. Sus paredes y suelo estaban prácticamente lisos. Se encontraba casi vacía, salvo por unas cuantas grandes tinajas que se hallaban al fondo.

Los tres amigos se dirigieron hacia ellas de forma inmediata.

—Bueno, aquí se encuentra toda nuestra esperanza —anunció Regina sin perder de vista los recipientes de barro.

Los tres se inclinaron sobre ellas para ver si contenían algo.

—¡Mirad, hay tres tinajas llenas de pergaminos! —exclamó Juan Pablo.

—Las otras dos parecen vacías —valoró Eduardo.

Regina dobló su cuerpo mientras apuntaba con la linterna el fondo de las tinajas que parecían vacías y asomaba su cara por el borde para mirar su interior.

—Aquí hay algo... —reconoció Regina introduciendo su mano en una de las dos tinajas.

En su mano apareció un pequeño cofre que estaba cubierto de polvo. Regina se sentó en el suelo y con mucho cuidado trató de limpiarlo. Eduardo, sin perder de vista el cofre, introdujo la mano en la misma tinaja. Creía haber visto algo más en el fondo. Cuando sacó su brazo, en su mano había un pequeño rollo de pergamino. Al instante se dispuso a desplegarlo y ante los ojos de Eduardo apareció un curioso dibujo.

—Mirad —expuso alargando el pergamino a la vista de sus compañeros—, parece un dibujo en planta de un edificio.

Los tres observaron el dibujo rectangular que había en el pergamino con detenimiento.

—Sí, tienes razón, Eduardo —confirmó Juan Pablo—, es un edificio y yo juraría que se trata de una mezquita. Su forma rectangular me recuerda el típico edificio religioso de la dinastía de los Omeyyas.

—¿Podrías averiguar cuál de todos? —indagó Regina.

—Yo creo que sí —le contestó Juan Pablo—. Aunque mi especialidad es la lengua árabe, tengo compañeros de otros departamentos de la Casa Árabe que nos pueden ayudar. Solo necesito un ordenador.

—Eso no es problema —declaró Eduardo—. Así que ahora concentrémonos en el cofre que ha sacado Regina.

La joven lo sostenía entre sus manos con delicadeza. Era una pieza hecha de hueso maravillosamente labrada en bronce. Con su dedo pulgar derecho empujó la tapa hacia arriba y esta se abrió con total normalidad, como si el cofre hubiese estado esperando que alguien lo hiciese durante años y años, y estuviese ansioso por mostrar su tesoro.

Dentro había una ostentosa llave de hierro decorada con grabaciones de oro y plata. Regina la cogió entre sus dedos y le dio vueltas para observar todos sus detalles.

—¡Espera, Regina! ¡Un momento! ¡Dame la llave, por favor! —exclamó Juan Pablo alargando la mano y sobresaltó a sus compañeros con sus gritos—. ¡Mirad! —exhortó señalando las inscripciones en oro que había en la parte larga y estrecha de la llave—. Aquí pone «Abd al-Rahaman».

Los tres se quedaron embobados mirando la llave, que era una prueba evidente de que iban por el buen camino.

Decidieron coger todos los pergaminos que había en las otras tinajas y llevarlas al departamento de traducción. Tuvieron que hacer varios viajes hasta el coche, y llevaron poco a poco los pergaminos para no dañarlos.

El sol ya se encontraba bastante alto cuando acabaron. El encargado del castillo apareció en esos momentos conduciendo su coche por la carretera que subía hasta el castillo. Eduardo le avisó que debía bloquear con mayor seguridad la zona de entrada al pasadizo que habían encontrado para que la gente, que en breve tiempo iba a visitar el castillo, no se colase por allí.

—Creo que lo mejor será que durmamos unas horas antes de ponernos a investigar sobre todo este material que hemos encontrado, ¿no creéis? —propuso Eduardo en cuanto se subieron al coche.

Las caras de los tres compañeros, pese a que se les notaba la gran excitación que tenían por los descubrimientos, también reflejaban el cansancio acumulado en esos últimos días aumentado por las últimas emociones vividas.

—Ufff —resopló Regina con cara de resignación—, tienes razón, Edu, aquí hay mucho que hacer y necesitamos reponer fuerzas para concentrarnos.

El descanso fue mucho más breve de lo que habían pensado. Cercana la hora de la comida sonó el teléfono en el ático de Eduardo. Era el superior de este, que le preguntó por lo que había descubierto en el castillo. El arqueólogo lo puso al corriente y aprovechó para solicitarle dedicación plena del departamento para las traducciones de los pergaminos que

habían encontrado, a la vez que le informó de la estancia en Alicante del doctor Alcázar y de la conveniencia de que colaborase en ellas.

Acordaron verse en dicho departamento después de la comida, así que avisó a Juan Pablo y los tres se fueron a comer antes de acudir al despacho de Eduardo.

El sitio elegido por el arqueólogo se trataba de un restaurante situado en el puerto de la ciudad, muy conocido y con una excelente reputación por sus paellas y arroces. Allí conversaron con tranquilidad sobre los descubrimientos realizados esa misma noche.

—En cuanto lleguemos a mi despacho, Juan Pablo —sugirió Eduardo—, escaneamos el plano de la supuesta mezquita y la mandamos por *e-mail* a tus compañeros, ¿te parece?

—Perfecto. Ya les he avisado. He llamado a mi despacho en cuanto me he despertado y los tengo esperando con ansia que les mande el plano para ponerse manos a la obra.

—¿Y qué piensas sobre la llave, Juan Pablo? —inquirió Regina.

—Mmmm... me es muy familiar. Esa llave me suena. Aunque, claro, una llave... se parece a otra llave. No sé, haré lo mismo con ella y les mandaré a mis compañeros un *e-mail* a ver que pueden averiguar.

—Bien. Mientras, nosotros nos uniremos al departamento de traducción —concluyó Eduardo.

—¡Estupendo! —exclamó Juan Pablo—, tengo ganas de volver a tocar esa tersa piel e imbuirme en sus signos. Hace tiempo que no tengo una oportunidad como esta. En la Casa Árabe, dedicado a la enseñanza, no es lo que más abunda. Suelo trabajar con fotocopias y yo disfruto teniendo entre mis manos el original. Tocándolo, oliéndolo... —acabó susurrando y entrecerrando los ojos. Juan Pablo se había dejado llevar por la imaginación y la emoción, y sus compañeros lo miraban sonrientes y alegres de que su nuevo amigo estuviera tan inmerso en esta aventura y de que se hubiese unido a ella.

Degustaron con placer un arroz a Banda excelente, regado con un buen vino de la Marina Alta, y se encaminaron hacia el despacho de Eduardo con prisa. Los tres ardían de ganas por seguir comprendiendo los sucesivos enigmas que iban apareciendo según iban adelantando en sus averiguaciones.

En el despacho de Eduardo, frente al ordenador, Juan Pablo tardó pocos minutos en enviar una copia del supuesto plano y de la llave encontrada a sus compañeros de la Casa Árabe, y de inmediato se encaminaron al departamento de traducción donde los esperaba el jefe de Eduardo. Los tres, junto a la secretaria de Eduardo, llevaban parte de los pergaminos que habían sacado de las tinajas.

—¡Por fin! —exclamó el jefe del arqueólogo cuando se abrió la puerta del departamento de traducción y entraron los cuatro.

—¡Hola, Mario! ¡Hola a todos! —saludó Eduardo al ver a su jefe y compañeros.

Los ayudaron a colocar con cuidado los pergaminos en la mesa y comenzaron las

presentaciones.

—Regina, Juan Pablo; os presento a mi jefe, Mario Picó, y al director del departamento de traducción, José Luis Valcárcel. Al resto del departamento, esa cuadrilla de gamberros que veis ahí, mejor que no los conozcáis —bromeó Eduardo con una amplia sonrisa lo que produjo una fuerte carcajada en todos los presentes—. Os presento a Regina Yagüe y al doctor Juan Pablo Alcázar, mis imprescindibles e inigualables compañeros en esta investigación —concluyó cuando disminuyeron las risas.

A renglón seguido, como todos estaban deseando, Eduardo hizo un amplio relato, evitando ciertos aspectos peligrosos, de lo que había sucedido desde que había salido de Alicante rumbo a Córdoba. Todos siguieron la narración en un profundo silencio hasta que Eduardo concluyó. En cuanto esto sucedió, comenzaron a hacerles miles de preguntas que fueron contestando hasta que el jefe de Eduardo tomó la palabra.

—Bueno, chicos. Ya basta. Ya tenemos una idea bien amplia y debemos ponernos a trabajar de inmediato. José Luis, como siempre, confío en ti. Sé que distribuirás y coordinarás las traducciones de estos pergaminos de la mejor forma posible. Así que yo me voy y os dejo exentos de otra tarea hasta que lo consideréis necesario. Si necesitáis algo de mí, no dudéis en pedírmelo. Pasaré más tarde a haceros una visita.

Dicho esto, Mario se despidió y salió de la sala.

José Luis distribuyó los pergaminos entre sus colaboradores incluyendo entre estos a Juan Pablo y a él mismo. Eduardo y Regina hicieron varios viajes al coche para llevar el resto de los pergaminos y se pusieron a revolotear de mesa en mesa atentos a cualquier gesto que pudiese significar alguna novedad interesante en las traducciones.

Cuando llevaban unas tres horas imbuidos en el trabajo, entró la secretaria de Eduardo para avisar a Juan Pablo de que sus compañeros de trabajo le habían mandado un *e-mail*. Regina, Eduardo y Juan Pablo se encaminaron hacia el despacho de Eduardo.

Juan Pablo se sentó en la silla frente al ordenador para leer el correo electrónico, mientras Eduardo y Regina hacían lo mismo sobre ambos hombros del experto.

—¡Es la Mezquita de Damasco! —exclamó Juan Pablo girando la cabeza hacia Regina para mirarla asombrado—. ¡Damasco! ¡Tu intuición!

Regina y Eduardo se echaron a reír ante la cara de estupefacción del doctor.

—Ya te lo dije, nunca falla —sentenció Eduardo.

—Bueno, chicos, volvamos a los planos —propuso la joven señalando la pantalla del ordenador con una sonrisa juguetona en sus labios.

Los compañeros de Juan Pablo habían adjuntado un plano actual de la mezquita. Lo compararon con el que habían encontrado en el castillo y la similitud era claramente visible.

—La Mezquita de Damasco fue construida entre el año 706 y el 715 por el califa al-

Walid i —dijo Juan Pablo—. Mi cabeza se está llenando de datos leídos sobre esta mezquita, pero temo confundirme con otras mezquitas similares, ya que no es mi especialidad. Como veo que mis compañeros han mandado todo un *dossier* sobre ella, lo voy a imprimir y lo leemos con tranquilidad, ¿os parece?

—Sí, será lo mejor —reconoció Regina—. Mientras se imprime, mira a ver si hay algo sobre la llave.

Juan Pablo miró el correo y abrió otro *e-mail* que se había recibido casi al mismo tiempo que el que ya había abierto.

—Bueno, aquí ha habido menos suerte. Mis compañeros no han encontrado nada sobre la llave, pero le hallaron un asombroso parecido con una que está expuesta en el Louvre —anunció Juan Pablo.

—¿En el Louvre? —preguntó extrañada Regina.

—Sí, se trata de una llave de principios del siglo Xv con el nombre incrustado en oro del sultán a-Malik al-Nasir Faradj ibn Barquq. Muchos soberanos islámicos, cuando alcanzaban su trono, tenían la costumbre de ofrecer a la Cava, el santuario sagrado de La Meca, una llave de hierro labrada en oro y plata.

Los datos ahora estaban sobre la mesa, solo quedaba encajarlos como un puzle. Estos habían tomado un camino inesperado para los tres y se miraban los unos a los otros bastante desconcertados.

—Chicos, esto ha tomado un giro que no esperaba. No sabemos si la llave y el pergamino tienen algo que ver con lo que buscamos. Así que yo propongo que Juan Pablo vuelva a la sala de Traducción mientras Eduardo y yo nos empapamos de todos los datos que nos han enviado para ver si nos aclara las ideas.

Sus dos compañeros estuvieron de acuerdo. Juan Pablo se marchó y Eduardo y Regina se distribuyeron el montón de folios escritos que habían salido de la impresora.

Largos y largos minutos transcurrieron con un silencio absoluto tan solo roto por el ruido del papel y del que producían los rotuladores fluorescentes sobre este, que los dos utilizaban para subrayar las líneas que ellos consideraban más interesantes.

Las cabezas bajas, los ojos fijos en las hojas que leían y los dedos recorriendo la letra impresa. Se encontraban totalmente ensimismados y concentrados cuando la puerta se abrió con brusquedad.

—¡No os lo vais a creer! —gritó Mario, el jefe de Eduardo, colocándose frente a los dos.

Ambos levantaron la cabeza sorprendidos por la inesperada interrupción.

—Ha habido presiones o más bien amenazas para que abandonemos esta investigación —continuó Mario.

—¡¿Cómo?! —exclamó Eduardo.

—De forma extraoficial se ha recibido una advertencia de las consecuencias fatales que podría acarrear la consecución de vuestras pesquisas.

—¿Pero de quién? ¿Quién ha efectuado esa amenaza? —preguntó Regina.

—Nos lo han hecho llegar por *e-mail* y nuestros especialistas en informática han seguido su rastro y los ha llevado hasta Siria. ¿Quién o quienes lo han enviado? No lo sabemos. Podría ser un grupo terrorista, fundamentalistas islámicos o... ¡vete tú a saber! Pero han dejado entrever que podría haber daños físicos para las personas implicadas en la investigación. Y esos sois vosotros. ¿Teníais alguna sospecha de que algo así pudiese pasar?

A Eduardo no le quedó más remedio que contar a Mario los momentos más duros de su viaje a Córdoba.

—Has hecho la mayor tontería de tu vida, Eduardo —zanjó Mario en verdad enfadado cuando Eduardo acabó su exposición de los hechos ocultados—. Lo más importante es vuestra seguridad y tu reacción ha sido la de un niño inconsciente.

—Mario, hemos aceptado el peligro de manera voluntaria. Sabíamos a lo que nos exponíamos.

—Vale, pero de haberlo sabido yo, se habría actuado para que el peligro hubiese sido el mínimo posible.

—Mario, quiero seguir con la investigación.

—Y yo —dijo Regina.

Mario miró a Eduardo y a Regina con fijeza, meditando lo que iba a decir.

—Bueno, por ahora las advertencias no son oficiales. Si el gobierno sirio nos hiciese llegar algún comunicado sobre este tema, ten la seguridad de que se suspendería. Pero eso sí, mientras eso no ocurra, habrá que tomar alguna medida de seguridad. Por cierto, ¿tu casa es segura?

—Totalmente. Mi edificio tiene uno de los mejores sistemas de seguridad. Estate tranquilo en ese sentido. Y desde hoy, Regina y Juan Pablo estarán allí conmigo.

—Bien. De lo demás me encargo yo. Ahora, seguid con lo que estabais haciendo. A ver si esto acaba cuanto antes.

—Regina, por favor, retírate de este embrollo —le pidió Eduardo en cuanto Mario salió de su despacho con los ojos llenos de súplica.

—Ni lo sueñes, Edu, y no me lo vuelvas a pedir. Venga, sigamos leyendo —respondió con gesto determinante.

Eduardo, resignado, se volvió a sentar en su silla para continuar con la tarea que se habían encomendado.

A la hora de comer se reunieron con Juan Pablo y los tres juntos se fueron a un restaurante

cercano para compartir entre ellos lo que habían averiguado.

Lo primero que hizo Eduardo, en cuanto se sentaron alrededor de la mesa, fue informar a Juan Pablo de las amenazas recibidas y volverle a preguntar si quería seguir con la investigación.

—Eduardo, no tengo la menor duda. Lo que ese comunicado haya dicho ya lo sabíamos, no ha cambiado en nada la situación y creo que con esto ya te respondo a tu pregunta.

—Bueno, por ahora tenemos carta blanca, pero como llegue un comunicado oficial, nos obligarán a abandonarla. No olvides que Mario no deja de ser un político...

—Venga —sentenció Regina—, aclarada la cuestión, vamos a lo que realmente nos interesa. Comienza tú, Juan Pablo.

—A ver, tengo poco que decir todavía. No creo que entre los pergaminos encontrados esté la sura que buscamos —informó Juan Pablo—, pero quizá alguno nos dé una pista. En varios de ellos se nombre al califa implicado.

—Eso espero, amigo —repuso Eduardo—. En cuanto a la información enviada por tus compañeros es en verdad exhaustiva. Según lo que he podido leer, no hay duda de que nuestro plano corresponde a la Mezquita de Damasco.

—Venga, demostradme que habéis hecho bien los deberes y refrescadme la memoria haciéndome un resumen de lo que habéis leído.

—Empiezo yo —intervino Regina—. La Mezquita de Damasco fue la primera en construirse con planta rectangular. Para ello fue demolida una iglesia cristiana consagrada a San Juan Bautista, cuya cabeza se guarda como reliquia en esta mezquita y es venerada por cristianos y musulmanes. A la vez, esta iglesia fue construida con los materiales de la demolición de un templo pagano romano que rendía culto a Júpiter.

—Como la inmensa mayoría de edificaciones de cultos religiosos. Cada época destruía la religión anterior edificando sobre ella. Sin metáforas, físicamente —acuñó el arqueólogo.

—Su sala de oración —continuó Regina— está formada por un cuerpo central formado por tres naves que se disponen paralelas al muro de la quibla, separadas por esbeltas columnas con capiteles corintios y doble arquería. El enorme patio de ciento veinte metros de ancho por cincuenta de fondo, rodeado de pórticos, que da acceso a la sala de oración, también cuenta con arcadas en dos niveles y está decorado con mosaicos trazados con gran maestría y riqueza cromática, que representan bellísimos palacios y ciudades sobre paisajes de bosques y ríos emulando el Edén. Hasta aquí mi resumen de lo que he leído —concluyó la empresaria.

—Bien, Regina, me he hecho una magnífica composición de lugar —aseguró Juan Pablo.

—¡Anda que me has dejado algo que contar! —exclamó Eduardo con sorna.

Los tres rompieron a reír.

—Bueno, añadido unas pocas frases a la perorata de Regina —continuó Eduardo entre carcajadas.

—Por favor, Edu, estaremos encantados de oírte —intervino la joven siguiéndole la burla.

—A ver... —comenzó Eduardo—. La Mezquita de Damasco, tras las mezquitas de La Meca y Medina, es la del edificio más emblemático del islam y se convirtió en el prototipo de muchos otros edificios religiosos islámicos, como por ejemplo la Mezquita de Córdoba. Construida, como tú dijiste, por el califa omeya al-Walid I a partir del 705, fue reconstruida en 1893 tras producirse un incendio que destruyó casi todas las composiciones de mosaico. Quedó tan solo de la primera construcción las que están situadas a la izquierda, a la entrada del pórtico oeste del patio. En el patio, en el centro, está la fuente para las abluciones y en sus dos extremos existen dos pequeñas construcciones con cúpulas que descansan sobre finas columnas. Una de ellas se llama El Edículo del Tesoro y era donde se guardaban los fondos públicos al abrigo de los ladrones y de los incendios. La otra se trata de El Pabellón de los Relojes. Y... hasta aquí puedo leer.

Los tres se echaron a reír ante la alusión al famoso concurso de televisión *Un, dos, tres...*

—Bien. Y ahora interpretemos todos estos datos —sugirió Juan Pablo—. Hay que buscar una relación entre la llave, el manuscrito y Abderramán III.

—Analicemos. Primero, según los indicios, Abderramán III poseía una sura secreta del Corán. Segundo, Hakîm Al Saadi, caíd de la alcazaba de Alicante, probablemente, tenía conocimiento de esa sura. Tercero, Abderramán III hizo una peregrinación a La Meca que está en Arabia Saudí, muy cerca de Siria, por la costa mediterránea.

—Sobre este punto puedo añadir que hay escritos que atestiguan que muchos de los peregrinos que viajaban desde Al-Ándalus aprovechaban para comerciar y viajaban hasta Damasco o Bagdad. O sea que no es tan descabellado que lo hiciera el califa —interrumpió Juan Pablo.

—Bien. Sigamos. Cuarto, Abderramán III visitó la alcazaba alicantina antes de la peregrinación. Quinto, en la alcazaba se han encontrado una llave con el nombre de Abderramán III y un plano de la Mezquita de Damasco —enumeró Eduardo.

—Creo que, pese a que no tenemos constancia de que Abderramán III haya estado en algún momento a lo largo de su vida en Damasco, con todos estos datos se confirma lo que especulé en Córdoba: la sura se encuentra en la Mezquita de Damasco, llevada allí por Abderramán III aprovechando la peregrinación a la Meca y la llave... —opinó Regina con una sonrisa socarrona.

—No tiene sentido que la llave esté aquí —interrumpió Eduardo con otra sonrisa.

—A no ser que fuese el precio que tuvo que pagar Abderramán III por el silencio del

caíd —especuló Regina.

—Existe otra posibilidad, Regina —sugirió Juan Pablo—. Las conspiraciones dentro del palacio debían estar a la orden del día. La seguridad de esa llave, si como pensamos nosotros conduce hasta la sura, debía tener prioridad absoluta. No olvidéis que lo más seguro es que el califa y el caíd se conocieran, ya que el califa era el que nombraba al caíd de una alcazaba y algo de confianza debía tener en él cuando lo hizo. Así que es posible que ambos coincidiesen en que la sura debía permanecer oculta y, si como piensas tú, Abderramán la escondió en Damasco, el caíd debió estar de acuerdo y acordaron guardar la llave en la alcazaba por estar más segura que en Córdoba.

—Es una hipótesis muy plausible, Juan Pablo —reconoció Eduardo pensativo.

—De todas formas —continuó Juan Pablo—, creo que no deberíamos adelantar acontecimientos y esperar a ver qué encontramos en los pergaminos.

Los tres terminaron de comer conversando tranquilamente y luego volvieron al trabajo.

En la sala de Traducción los minutos parecían horas. El tiempo no transcurría y Eduardo y Regina vagaban de mesa en mesa, en silencio, para no molestar a los expertos. Juan Pablo se encontraba en su salsa, disfrutando enormemente.

De vez en cuando se oía alguna exclamación unida a caras de satisfacción o de decepción.

En un momento dado, José Luis reclamó a su mesa a Juan Pablo. Durante algo más de una hora los dos trabajaron juntos mientras Eduardo y Regina los observaban inquietos.

—Eduardo, Regina, venid aquí, por favor —llamó José Luis.

Ambos se acercaron de inmediato deseando enterarse de lo que, al parecer, habían descubierto.

—Chicos, tenemos novedades —informó José Luis—. Este pergamino nos relata una segunda visita del califa a la alcazaba de Alicante cuando volvió de su peregrinación a La Meca.

—¿Volvió a Alicante después de ir a La Meca? —preguntó sorprendida Regina.

—Efectivamente, Regina —le contestó Juan Pablo con una sonrisa juguetona en sus labios—. El pergamino es como el de la otra visita, tipo diario donde se explica con detalle que el Califa regresaba de un largo viaje, que había hecho la visita de incógnito, sin realizarse recepción alguna, durante el mes de Muhárram y específica adónde había sido ese viaje. Tanto este pergamino como el otro debían formar parte de una especie de diario que llevaba el caíd de la alcazaba con los acontecimientos más relevantes de la villa. Algo muy personal, ya que ambos pergaminos están escritos de su puño y letra. Él los firma a los dos.

—¿A dónde dice que ha viajado? ¡Cuenta! —le espetó Regina ansiosa.

—La Meca y... ¡Damasco! —concretó Juan Pablo con una amplia sonrisa.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Regina perdiendo la compostura—. Esto creo que confirma mi hipótesis, ¿no?

—Eso parece —declaró Eduardo aún con cara de asombro—. No puedo creérmelo todavía. No esperaba algo tan esclarecedor para confirmar esa visita a Damasco. ¿Qué te parece, Juan Pablo? No sé cómo lo hace, pero siempre acierta.

—José Luis... —llamó uno de los colaboradores con timidez—. Siento molestarte, pero aquí hay algo extraño.

José Luis, Juan Pablo, Eduardo y Regina se acercaron a la mesa llena de libros y con otro de los pergaminos que tenían ante sus ojos dos de los colaboradores de José Luis.

—¿Qué es, Alfredo? —interrogó José Luis.

—No lo tengo claro. Este pergamino... intento sacarle algún sentido y no lo encuentro. Es como si necesitase alguna clave para entenderlo. O eso, o estamos muy torpes hoy... —acabó con una media sonrisa.

Juan Pablo y José Luis se concentraron en el pergamino.

—Es cierto —sentenció José Luis al fin—. Es imposible traducirlo. Las palabras están formadas con sílabas árabes, pero no tienen sentido. ¡Ernesto! —llamó—. Busca a Ricardo. Que venga enseguida.

—José Luis —le recordó Ernesto—, Ricardo debe estar en su casa. Son las doce de la noche.

José Luis miró el reloj.

—Es igual —exigió—, si nosotros estamos en pie, trabajando, él también puede hacerlo. Localízalo y dile que venga de inmediato.

Ernesto, sin más palabras, salió de la sala de Traducción.

—Ricardo es único para descifrar claves —explicó José Luis—. Tiene una intuición innata. Esta no es la primera vez que nos encontramos con este tipo de obstáculos y él siempre ha sabido resolverlos.

Mientras esperaban a Ricardo, siguieron concentrándose en el resto de pergaminos. Aunque en casi todos los rostros se notaba la fatiga por tantas horas con los ojos fijos en las letras que intentaban interpretar, todos trabajaban con afán. Al cabo de una hora llegó Ricardo y José Luis decidió enviarlos a todos a descansar, salvo a Juan Pablo, Eduardo, Regina y él mismo, que se quedaron con el recién llegado.

—José Luis, espero que tu llamada valga la pena porque me has arrancado de una velada... impresionante —concluyó Ricardo con los ojos en blanco.

—¡Anda, déjate de fanfarronadas! Seguro que no sería tan buena la peli que estarían echando por la tele —le contestó José Luis.

—Humm... —murmuró Ricardo con cara de haber sido pillado.

José Luis le contó a Ricardo de lo que se trataba y este se puso a la faena de inmediato, con la colaboración de Juan Pablo y José Luis.

Su mirada fija sobre el papel delataba la concentración con la que se había puesto a trabajar. Sobre una hoja iba haciendo anotaciones que ninguno de los que estaban allí, con él, conseguía descifrar.

Su rostro se iba relajando según iban pasando los minutos, lo que sus compañeros interpretaron de forma positiva, aunque era curioso ver, sin embargo, la tensión en la cara de ellos.

El tiempo pasaba lento y eterno para los cuatro observadores. De repente, Ricardo dio un golpe en la mesa con el lápiz que tenía en la mano, levantó con brusquedad la cabeza para mirarlos y con una gran sonrisa en el rostro dijo:

—Menudo atajo de traductores de pacotilla que hay en este equipo.

—Ricardo, no insultes a tus compañeros que sabes de sobra que son excepcionales —le recriminó José Luis.

—¡Ya salió el fondo de papaíto que tienes! —le reprochó Ricardo dilatando aún más, si cabía, su amplia sonrisa.

—Venga, deja de decir tonterías y cuéntanos que has encontrado en ese manuscrito —exigió José Luis.

Ricardo los miró con una pícara sonrisa y les explicó:

—Para empezar, os habéis confundido. Aquí no hay ninguna clave.

—¿No? —interrogó Regina deseosa de enterarse de lo que había averiguado Ricardo—. ¿Entonces en qué está escrito?

—En árabe, por supuesto. Pero no es un árabe cualquiera. En el siglo X, la poesía y la literatura clásica, que era la que estaba destinada a un público muy selecto y cercano al califa, incluía una secuencia de palabras y significados islámicos que hacían que fuese muy difícil de entender por el pueblo llano y, en consecuencia, difícil de entender ahora ya que, como sabéis, la lengua que perdura no es la de los eruditos, sino la del pueblo, el cual hablaba el andalusí; hoy en día, esta forma de escritura, llamémosle «culta», no existe y muy pocos, entre los que me encuentro, la conocemos —concluyó con una media sonrisa de lado—. En descargo de mis compañeros —añadió Ricardo—, he de decir que esta forma literaria es prácticamente desconocida porque duró muy poco tiempo, aunque han perdurado algunos escritos. Entre sus principales cultivadores se encontraba Ibn Hânî, coetáneo de Abderramán III, al que pertenece este pergamino.

Los cuatro escuchaban a Ricardo casi sin respirar. Durante algunos segundos ninguno de ellos parecía reaccionar a las palabras de Ricardo y permanecieron en silencio hasta que Eduardo lanzó la primera pregunta a Ricardo.

—¿Cómo sabes que ese escrito es de Abderramán?

—Está firmado, Edu. Adivino no soy, ¿ehh? Al final del poema está su nombre, aunque se trata de un seudónimo que usaba como poeta —le contestó con una sonrisa burlona Ricardo.

—Pero entonces... ¿es un poema? —siguió preguntando Regina.

—Sí. De eso también estoy seguro.

—¿Has conseguido traducirlo o saber de qué habla? —interrogó Eduardo.

—No. Eso todavía no. He de refrescar un poco mi memoria. Necesitaré algo más de tiempo para hacerlo. Hacía mucho que no tenía ante mis ojos una composición poética de este tipo. Si no os importa, voy a buscar en las estanterías unos libros que necesito y me pongo a ello.

Dicho lo cual, se levantó y se puso a buscar entre los miles de libros que plagaban las paredes de la sala de Traducción.

Mientras tanto, José Luis, Juan Pablo, Regina y Eduardo decidieron ir a tomar un café a un cuarto habilitado para ello.

—Bueno —cedió José Luis—, dudo que ese pergamino nos aporte algo nuevo. Habrá que seguir esperando a que otro nos dé otra pista.

—Opino lo mismo —confesó Juan Pablo—. Un poema no pega nada en esta historia.

Las caras de los cuatro reflejaban la decepción que sentían. Hasta Regina, cuyo optimismo sobresalía de entre el resto, se encontraba desinflada de ánimo.

Sin volver a dirigirse la palabra, iban consumiendo sus cafés a sorbos pequeños y con las miradas perdidas, cada uno sumido en sus pensamientos, dejaron transcurrir el tiempo.

Al final fue José Luis el que rompió el silencio:

—Chicos, ya no hacemos nada aquí por hoy. Mejor será que vayamos a descansar y mañana sigamos buscando en los demás pergaminos —opinó incorporándose de su asiento.

Todos lo siguieron hasta la sala de Traducción con paso cansado.

—Ricardo, deja eso ya por hoy. Mañana continúa —anunció José Luis.

Sin levantar la vista de la mesa, Ricardo le contestó:

—Me quedo un rato más, José Luis. Ya me he espabilado y ahora no podría conciliar el sueño. Idos vosotros. En cuanto se me canse la vista y me entre la somnolencia, me voy.

—Como quieras. Mañana nos vemos.

—Ok —contestó aún sin levantar la vista.

Abandonaron el edificio con semblantes tristes. Entre el cansancio físico y el mental, la decepción de no encontrar algo trascendental en ese pergamino los había afectado en demasía. Eduardo, Juan Pablo y Regina se fueron juntos al ático de Eduardo.

Allí se sirvieron una cena frugal y conversaron durante un rato.

—Juan Pablo, ¿crees que al final tendremos que ir a Siria para poder encontrar la sura?
—preguntó Regina.

—Con los datos de que disponemos ahora mismo... por una parte, sí y por otra, no. Sí porque es la única pista de la que disponemos y no porque esta pista se basa casi únicamente en hipótesis.

—Estoy pensando —propuso Eduardo— que, si os parece bien, voy a encargarle a mi secretaria que nos vaya preparando el papeleo para un viaje a Siria. Tengo entendido que se necesita un visado para entrar y eso lleva algunos días conseguirlo.

—De acuerdo, Edu —dijo Juan Pablo—. Así, por lo menos, sabremos si a nivel estatal somos bienvenidos en ese país o no.

—Eso es cierto, Juan Pablo —aseveró Regina—. Si no nos conceden el visado, sabremos de quienes provenía la amenaza.

—Necesito vuestros pasaportes —expuso el arqueólogo.

Después de que Eduardo le mandase un *e-mail* a su secretaria para que realizase los trámites necesarios en cuanto acudiese a su despacho a trabajar, decidieron irse a dormir.

Regina se encontraba inquieta y no conseguía conciliar el sueño, y decidió ir a la cocina para prepararse un vaso de leche caliente. Con él en la mano, se dirigió a la terraza para observar la ciudad nocturna desde allí. Se apoyó en la balaustrada e intentó relajarse. Su cabeza estaba llena de datos que quería encajar de alguna manera. Los pocos ruidos de la noche no llegaban hasta el ático, pero sí sintió el frío nocturno que le ayudó a despejar su mente. Cuando acabó con el vaso de leche, volvió a entrar en la casa.

Mientras se dirigía hacia la habitación que compartía con Eduardo, oyó un leve ruido en el lado opuesto de la casa. Pensó que sería uno de los dos chicos y fue en su busca, pero cuando llegó a la zona desde donde procedían los ruidos, se dio cuenta de que allí no había nadie y que lo que escuchaba parecía originarse detrás de la puerta de entrada a la vivienda. Más bien de la misma puerta. Con sigilo se dirigió al cuarto donde Eduardo dormía plácidamente.

—Edu, Edu —lo increpó agitándolo como si fuera una coctelera—, hay alguien intentando entrar en la casa.

Eduardo despertó bruscamente. Su cara reflejaba un gran desconcierto.

—¿Me oyes? —insistió Regina—. Alguien intenta abrir la puerta del ático.

Eduardo reaccionó con rapidez, se incorporó y salió corriendo hacia la puerta, y pudo comprobar que lo que decía Regina era cierto. Se acercó a la puerta y pegó su ojo a la mirilla. A través de ella pudo ver a dos hombres que intentaban abrir la puerta.

—Rápido, Regina, avisa a Juan Pablo.

Regina salió disparada hacia el cuarto de invitados donde dormía Juan Pablo, mientras Eduardo buscaba su móvil y, con él en la mano, a la vez que marcaba el número de la policía, ponía en marcha la televisión y el aparato de música, subiendo la voz para que quienes estuviesen tras la puerta lo oyesen y supiesen que estaban despiertos.

Mientras hablaba con la policía y les indicaba lo que pasaba y a donde debían ir, Eduardo volvió a acercarse a la puerta y a mirar por la mirilla. En ese momento, Regina volvía al salón con Juan Pablo que le pisaba los talones.

—Se han ido —informó Eduardo a la vez que agarraba el teléfono interior para llamar al portero—. No lo cogen.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Juan Pablo.

—Alguien ha intentado entrar. Cuando he mirado por la mirilla, había dos hombres intentando forzar la puerta —explicó Eduardo mientras iba a apagar la televisión y el equipo de música.

—¿Has podido verles la cara? —preguntó Regina.

—Sí. Y sin duda alguna eran árabes.

En ese momento sonó el telefonillo interior. Eduardo lo cogió y mantuvo un breve diálogo.

—Era la policía. Cuando llegaron se encontraron al portero maniatado y con un golpe en la cabeza, aunque me aseguraron que está bien, solo se encuentra dolorido. Se lo llevan a un hospital. Van a hacer un reconocimiento por todo el edificio y vienen aquí.

—Ha sido una suerte que no pudiese dormir y me levantase a tomar un vaso de leche —comentó Regina—. Lo extraño es que hayan intentado entrar a estas horas, cuando era lógico que estuviéramos, y no a otra, cuando sería más fácil encontrar la casa vacía y podrían registrarla con total tranquilidad.

—Regina, ¿no has pensado que lo que precisamente querían era encontrarnos aquí? —repuso Juan Pablo.

Regina se lo quedó mirando boquiabierta y tuvo que sentarse en el sofá del salón para no caer redonda en cuanto comprendió lo que quería decir Juan Pablo. Eduardo se le acercó, se sentó a su lado y le pasó un brazo sobre los hombros para que sintiera su protección.

—Juan Pablo, por favor, sirve unas copas mientras esperamos a la policía. Necesitamos algo fuerte. Allí tienes el mueble bar —le pidió Eduardo al tiempo que señalaba un rincón del salón en el que se encontraba una especie de arcón en el que se guardaba diversas botellas de alcohol.

—Sí, por favor, Juan Pablo, creo que necesito una copa. O dos. Bueno, quizás sean tres...

Juan Pablo hizo lo que le había pedido Eduardo y los tres, sentados en el amplio salón, se dispusieron a esperar a la policía. En cuanto llegó el agente, les informó de la situación.

CAPÍTULO 12

Las dos amigas se quedaron mirando expectantes. Con suavidad, de la misma forma que se había abierto, la puerta se cerró. La luz del candil que Cántara había cogido les permitió seguir viendo en esa cueva totalmente oscura.

—Bueno, Cántara, ya estamos aquí.

—Sí, Amina, todavía no me lo creo del todo. Daba por perdido el localizar esta entrada.

—Yo también empezaba a desanimarme ya, pero ahora mejor será que dejemos de hablar y nos pongamos a investigar el pasadizo, nos queda poco tiempo para la hora de la comida y ahí sí que nos pueden echar de menos.

—Sí, tienes razón, empecemos.

—El pasadizo se vuelve bajo y estrecho en unos pasos; si quieres, me das el candil y voy yo delante porque no cabemos las dos juntas.

—Sí, por favor, querida, prefiero que vayas tú delante —rogó Cántara alargándole el candil, para tomar luego entre sus manos el cuenco.

Amina lo cogió e inició el descenso que provocaba el pasadizo, el cual tenía unos sesenta centímetros de ancho por ciento cincuenta de alto. Las cabezas de Cántara y Amina iban un poco inclinadas hacia delante porque, aunque no eran muy altas, temían golpearse en los picos de las rocas del techo. A unos veinte metros giró en un ángulo de cuarenta y cinco grados, al cabo de otros veinte metros volvió a girar, pero en sentido contrario, y desembocaron en una amplia cueva con mayor altura que la del pasadizo, donde había una robusta puerta de madera y desde donde salían otros dos pasadizos.

Las dos amigas se miraron una vez en el interior de la cueva y juntas se dirigieron hacia la puerta.

—Dudo mucho que esté abierta —anunció Amina agarrando un asa de hierro que debía servir para abrirla. Hizo un gran esfuerzo tirando de ella, ayudada por Cántara, que se sumó a su acción, pero...

—Imposible, está cerrada —dijo con desaliento Cántara.

—Mira ahí arriba.

Amina había levantado el candil y medio metro más arriba del asa se veía una placa de hierro con un agujero en medio.

—Está cerrada con llave —continuó la joven.

—¿Qué habrá aquí dentro, Amina?

—No tengo ni idea, Cántara, pero no me extrañaría que tu padre guardase aquí sus objetos más preciados. Es el lugar ideal para esconder un tesoro, ¿verdad?

Cántara no le contestó, su interés por la puerta había sido sustituido por el suelo.

—Mira, querida, fíjate en la tierra.

Amina bajó la cabeza y se puso a escudriñar la zona que quedaba iluminada por el candil. Enseguida vio a lo que se refería su amiga. Pasó el candil por distintos puntos de la cueva y por las entradas a los tres pasadizos. Tanto el suelo del pasadizo por donde habían llegado como el de la zona de la cueva desde este hasta la puerta se encontraban casi lisos y llenos de huellas. Las pequeñas rocas que habría habido en un tiempo habían dejado paso a un fino polvillo donde se reconocían distintas huellas con facilidad. No así en los otros dos pasadizos, que carecían de ese polvo y la roca del suelo permanecía casi en estado primitivo; se podían distinguir las marcas dejadas por los picos, que agujereaban la roca de la misma forma que en la pared y el techo.

—Eres muy buena observadora, amiga —comentó Amina—. Esto nos indica que estos dos pasadizos han sido muy pocas veces recorridos o, por lo menos, que al pasadizo por donde hemos bajado y al cuarto que hay tras la puerta los recorren con mucha asiduidad.

—¿A dónde irán a parar los otros dos pasadizos?

—Está claro que van hacia abajo, pero a dónde en concreto, como no los recorramos nosotras, no lo sabremos.

—Amina, tengo miedo...

Amina soltó una fuerte carcajada que retumbó en toda la cueva y se escapó por los pasadizos. Agarró, con la mano libre, el mentón de su amiga, la miró fijamente, pero con una sonrisa cargada de sorna en sus labios, y le dijo:

—Cántara, eres sorprendente. A veces pareces una mujer y otras una niña. ¿Me quieres decir que no tienes miedo de encontrarte a solas y sin el consentimiento de tu padre con tu amado Alí, pero sí que tienes miedo de recorrer un túnel porque está oscuro?

Cántara, al escuchar las palabras de su querida amiga, no tuvo más remedio que reírse de sí misma y, aflorando a sus labios una gran sonrisa, le dijo a esta:

—Anda, vamos antes de que me arrepienta. ¿Por cuál empezamos?

—Yo iría por el de la izquierda primero —opinó Amina y, tomando la delantera, penetró sin más conversación.

Este pasadizo era más bajo que los otros dos. Tanto Cántara como Amina debían ir bastante agachadas para poder andar por él. Su recorrido era similar al del pasadizo que habían recorrido antes. El primer tramo se dirigía hacia la izquierda para, al cabo de unos

veinte metros, torcer de forma brusca en un giro de cuarenta y cinco grados hacia la derecha y así sucesivamente. Pero esta excavación tenía algo que aún entorpecía más su viabilidad, aparte de su altura. En un momento dado, en el suelo del túnel apareció un reguero de agua. Según iban bajando, el agua iba aumentando hasta que casi les llegaba a las rodillas. Cada vez era mayor la dificultad para andar hasta el extremo de que las dos amigas decidieron que era mejor regresar a la cueva y recorrer el pasadizo de la derecha.

El regreso se hizo el doble de pesados, ya que, además de tener que seguir con esa postura incómoda para andar, tenían que combatir el agua contracorriente, amén del cansancio físico que se hacía evidente con las diversas caídas que fueron sufriendo en diversos momentos las dos amigas, y con el peligro de que se les mojase el candil y se quedasen a oscuras. Cuando lograron llegar a la cueva, se dejaron caer en el suelo destrozadas por el esfuerzo físico realizado.

—Cántara, creo que será mejor que dejemos el otro pasadizo para después de la comida. Aparte de que no me quedan fuerzas, se nos ha echado el tiempo encima y creo que deberíamos volver ya para que no nos echen en falta —opinó Amina jadeando.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, volvamos.

Tras descansar unos breves minutos, las dos amigas volvieron a recorrer el primer pasadizo, pero esta vez en sentido inverso. Cuando llegaron a la puerta, la mayor preocupación de las dos era que alguien se encontrara en el salón de la Torre del Homenaje cuando abriesen la puerta, aunque era poco probable porque ese salón solo era usado cuando el caído lo decidía.

Esta vez fue Cántara la que puso el cuenco sobre la calavera, ya que ella se había encargado de cuidarlo desde que le dio el candil a Amina. Lo giró en sentido contrario y la puerta volvió a abrirse con sigilo. Se asomó con cuidado. En el gran salón no se oía ni se veía a nadie. Cántara hizo un gesto a su amiga para que se apresurara a seguirla y se dirigió con rapidez hacia la columna donde estaba la calavera que accionaba el mecanismo de apertura de la puerta. Puso el cuenco sobre este y cerró la puerta. Sus ropas estaban mojadas y sucias, así que, procurando hacer el menor ruido posible, se dirigieron cada una a sus cuartos para cambiarse antes de acudir a comer.

Cántara y Amina, tras ingerir una copiosa comida, fruto del esfuerzo físico, decidieron volver al pasadizo para recorrer el túnel que les quedaba. Al día siguiente era el encuentro de Alí con Amina, y Cántara quería saber si ese pasadizo llevaba a algún lugar de la medina para tener más libertad a la hora de concertar un encuentro entre ella y su joven amado.

Esta vez se proveyeron de dos candiles con los que iluminarse, por si tenían algún problema y se les apagaba uno. Con mucho sigilo y cuidado volvieron a abrir la puerta y a recorrer el primer pasadizo. En la cueva donde se bifurcaban los otros dos pasadizos, dejaron uno de los candiles e iniciaron el descenso por el pasadizo de la derecha. En este, su primer tramo se dirigía hacia la derecha e iba bajando con la misma regularidad que los otros dos, aunque sí que notaron que los tramos que iban hacia la derecha eran algo más

largos que los que giraban a la izquierda por lo que imaginaron que ese camino buscaba desplazarse hacia ese lado, buscando la medina. Su altura era mayor que la de los otros dos y no necesitaban encorvarse para caminar por él.

Al cabo de largos minutos, cuando ya casi pensaban que no tenía fin, al acabar uno de los tramos, surgieron delante de Amina unos rudimentarios escalones que hacían que el pasadizo bajase con mayor pronunciación. La luz que llevaban no propiciaba ver el final de las escaleras, así que, cuando apareció ante Amina una puerta, casi se da de bruces contra ella.

—¿Se puede abrir, Amina?

Amina empujó la puerta, pero esta no se movió.

—No veo nada con lo que poder abrirla.

Amina desplazó el candil por toda la puerta para observarla mejor.

—¡Ahí! —gritó Cántara señalando sobre el dintel de la puerta—. ¡Otra calavera!

Amina levantó más la luz y allí apareció una calavera exactamente igual a las anteriores.

Cántara pasó delante de su amiga y, elevando todo lo que pudo su brazo, colocó el cuenco sobre la calavera y lo giró como en las otras ocasiones. Asomó la cabeza en cuanto la puerta comenzó a abrirse. Su asombro fue mayúsculo. Se encontraban dentro de la mezquita, junto a la alquibla. Amina salió también del pasadizo y su cara no dejaba dudas sobre el asombro y a la vez el miedo que estaba sintiendo.

La mezquita, por suerte, se encontraba vacía en esos momentos, ya que no era la hora en que el almuecín convocaba a los fieles para realizar alguna de las oraciones, aunque esta podía ser visitada en cualquier momento por cualquier musulmán para orar.

Cántara se encontraba encantada con la sorpresa. Ver de cerca la alquibla, el mihrab, hasta el pequeño púlpito del imán, era algo imposible para una mujer, que se tenía que limitar a asistir a la oración en las salas especiales dedicadas a ello y desde donde debían observar, a lo lejos, todo lo que ahora tenía Cántara al alcance de su mano.

En ese momento, se oyeron unos leves pasos descalzos que entraban por una de las puertas laterales, muy mitigados por las alfombras, pero aumentados por el eco. Amina los captó enseguida porque era a lo que había tenido miedo en cuanto vio donde se encontraban. Si las pillaban allí, el castigo sería el peor posible. Gracias a Allah, el Magnánimo, todavía no habían buscado la réplica de la calavera en el interior de la mezquita para cerrar la puerta y esta se encontraba abierta. Los pasos se acercaban...

Amina agarró con fuerza a su amiga, la empujó hacia el pasadizo con tanto vigor que la hizo tropezar y caer. Sin pronunciar una sola palabra y llevándose un dedo a la boca en señal de silencio cuando vio que su amiga iba a protestar por el trato empleado hacia ella, le arrebató el cuenco y con rapidez volvió a cerrar la puerta. Se quedaron a oscuras, puesto que, con la rapidez con que habían entrado en el pasadizo, el aire había apagado el candil.

—Perdóname, Cántara, pero es que he oído los pasos de alguien que acababa de entrar en la mezquita —explicó Amina tanteando el cuerpo de Cántara y la cogió por las manos para ayudarla a levantarse.

Cántara no dijo nada durante un pequeño lapsus de tiempo. Estaba asimilando lo que su amiga le acababa de decir. Ella no había oído nada, pero sí sabía lo que ocurriría si las encontraban allí. Por un momento se había sentido enojada con Amina, pero ahora, comprendiendo los hechos, sintió una gran gratitud hacia su amiga, que le demostró con un fuerte abrazo.

—Cántara, cógete de mí caftán. Habrá que ir con cuidado para no tropezar, pero no nos costará mucho llegar a la cueva ya que el pasadizo es recto salvo cuando gira en dirección opuesta y como lo hace siempre a la misma distancia, con contar los pasos en el primer tramo, el resto será fácil.

Pero no, no fue tan fácil como Amina supuso. Entre los tropiezos de las dos por culpa del abrupto suelo y los tirones de ropa que le daba Cántara a Amina, que la hacían perder el equilibrio, la vuelta se hizo especialmente lenta y penosa.

Amina se alegró cuando al fin, al dar la vuelta al último de los recodos, pudo ver la luz que desprendía el candil que habían dejado en la cueva.

—Ya hemos llegado, Cántara. ¿Ves el resplandor al fondo?

—Sí, querida, menos mal, si llega a prolongarse esto un poco más, te dejo desnuda.

Una fuerte risa se oyó en el pasadizo aumentada por el eco hasta casi parecer un regimiento de mujeres jocosas.

En cuanto llegaron a la cueva, cogieron el candil y prosiguieron viaje hacia la entrada del salón de la Torre del Homenaje. Estaban convencidas de que habían permanecido largo tiempo en el pasadizo y esto podía causarles grandes problemas.

Salieron sigilosamente del pasadizo al salón que, como era habitual cuando no estaba el caíd, se encontraba vacío. En cuanto salieron del salón para dirigirse a sus habitaciones, oyeron una voz que las increpaba. Se trataba de una de las mujeres del caíd.

—¡Cántara! ¡Amina! ¿Dónde os habéis metido? ¡Llevo una hora buscándoos!

Las dos jóvenes se giraron en dirección hacia la puerta de entrada de la torre desde donde provenían los gritos.

—¿Qué pasa, Diba? —inquirió Cántara.

—¿Dónde estabais? —insistió la mujer.

—En mis aposentos.

—Eso no es cierto —le recriminó Diba—, he estado allí y no estabais.

—Diba, ¿qué más da? Hemos estado en varios sitios a lo largo de la tarde.

—Cántara, no se te habrá ocurrido bajar sola a la medina, ¿verdad? —la interrogó con el

ceño fruncido.

—Diba, deja ya de preguntar y dinos el motivo de tu búsqueda —cortó Amina.

La cara de Diba se volvió furibunda, con los ojos encendidos, parecía que iba a atacarlas como una loba. Miró con desprecio a Amina y, dirigiéndose a Cántara, su voz sonó llena de odio, que no supo o no quiso contener.

—Ha llegado un enviado de tu padre para avisar de que le han informado que un enviado del califa viene a Laqant para hablar con el caíd y ha mandado órdenes para que se lo reciba convenientemente hasta su vuelta. Él está reclutando a todos sus hombres y sale de inmediato hacia aquí.

—Muy bien, Diba. ¿Para cuándo se le espera?

—Para mañana.

—De acuerdo, cumpliremos con los deseos del caíd —anunció Amina—. Ahora, si nos lo permites, nos retiramos a nuestros aposentos.

Diba, sin contestar, giró y salió de la Torre del Homenaje con paso fuerte. Las dos amigas no pudieron contener la risa al ver salir a Diba con monumental enfado.

Esta vez, las dos amigas sí que pudieron llegar a sus cuartos sin más incidentes.

Cántara terminó antes que Amina de arreglarse y se dirigió hacia el cuarto de su amiga. Tenía ganas de hablar con ella.

—Amina —dijo en cuanto entró—, creo que el pasadizo no nos va a servir de nada, ¿verdad?

Amina detuvo su arreglo personal, miró a su amiga y le dijo:

—Me temo que no, Cántara. No podemos arriesgarnos a salir del pasadizo por la mezquita y la otra salida, imagino que va directa al mar, fuera de la medina.

—Sí, eso creo yo. ¡Ay, amiga mía! ¿Qué haré ahora para ver a mi amado? En cuanto vuelva mi padre, ya no podré hacer ninguna escapada a la medina y yo me moriré de amor. Y para más males, la visita del enviado del califa me tendrá ocupada casi todo el día.

—Querida amiga, no te aflijas, por favor. Verte así me llena de desconsuelo.

Cántara, con los ojos llenos de lágrimas, se arrojó sobre las almohadas. Su cuerpo se movía a espasmos por los sollozos que no conseguía contener. Amina corrió hacia ella, se sentó a su lado y abrazó su espalda intentando calmarla.

—Cántara, escúchame. Hay algo que no te he contado por miedo a que tu padre no me diese permiso. Verás, había pensado que, cuando tu padre volviese, le solicitaría permiso para acompañarte a los baños públicos porque te había oído decir que te hacía mucha ilusión ir a visitarlos. No te había dicho nada porque no sé cómo reaccionará y no quería darte vanas esperanzas.

El cuerpo de Cántara poco a poco se fue calmando hasta que ella se giró y abrazó a su

amiga.

—Pero y hasta entonces... ¿qué? Mañana hablarás con Alí y no podrás concertar una cita para nosotros dos.

—Cántara, no te adelantes a los acontecimientos. Ni tú ni yo sabemos lo que quiere decirnos Alí.

El resto del día lo dedicaron a preparar el recibimiento del enviado del califa. Llegaba en muy mal momento para ellas, pero no podían dejar de cumplir con el mandato del caíd. De todas formas, a Cántara le vino bien porque durante unas horas logró apartar de su mente la inminente llegada de su amado.

Cuando Cántara se retiró a sus aposentos, lo hizo con la convicción de que no lograría dormir en toda la noche ya que, por fin, cuando volviera a amanecer, sería el último día de Jumadi al-Thani y Amina podría ver a Alí y concertaría una cita entre ella y él.

Pero no todo fue tan fácil. Con los primeros albos del día llegó un sirviente del enviado del califa, que anunció su visita para ese mismo día. Los preparativos para el recibimiento iban un poco lentos y necesitaron todas las manos de la alcazaba, incluyendo a Amina, para poder recibirlo con los honores que se merecía.

Cántara veía pasar las horas con desespero.

—Amina —declaró Cántara a su amiga en cierto momento de la mañana en que coincidieron solas en las escaleras de la Torre del Homenaje—, no podrás acudir a la cita con Alí.

Sus ojos expresaban la agonía que estaba sufriendo.

—Tranquila, Cántara, me acaban de informar que está a punto de llegar y, si es así, esta tarde podré bajar a la medina y buscar a Alí. Te prometo que lo encontraré.

En ese momento entró un sirviente que anunció que se veía a un jinete que iba subiendo a la alcazaba.

Cántara y Amina bajaron al salón principal y esperaron juntas la llegada del enviado del califa. Como favorita e hija mayor del caíd, y a falta de los hijos mayores que se encontraban con su padre, debían ser ellas las que recibieran al visitante.

Pese a la gran cantidad de candiles que habían encendido en la sala principal, la luminosidad del sol que se filtraba por la puerta de entrada era mucho más potente. Una figura negra se moldeó ante la fuerte luz. Se vislumbraba un cuerpo recio que con paso firme se adentraba en la estancia acercándose a las muchachas. Estas tenían los ojos entrecerrados, molestas por la contraluz, y solo pudieron distinguir el rostro del enviado cuando se detuvo a unos pocos pasos de ellas y cubrió con su cuerpo los rayos del sol que entraban por la puerta.

Ambas abrieron los ojos con exageración luciendo como cuatro luceros.

Alí exhibía una amplia sonrisa que dejaba ver sus niveos dientes.

—*As-salaam aleycum* —saludó Alí fijando su mirada en Cántara.

—*Wa'alaycum assalam* —respondió Amina.

Cántara enmudeció ante tan gran sorpresa.

—¿Eres tú el enviado del califa? —consiguió tartamudear.

—Sí. Abd Al-Rahmán, califa de Al-Andalus, me ha enviado para informar a tu padre de algunos hechos muy trascendentales de suma importancia.

—Hakîm Al Saadi no se encuentra en estos momentos en la alcazaba. Está en Qalyusa, aunque ya habrá salido hacia aquí —informó Amina con el semblante asustado. Se había dado cuenta del rostro adusto de Alí y esto le había preocupado.

—Tranquila, Amina, ya sabía que no se encontraba aquí y me encargué de enviar a un emisario para que vuelva lo antes posible. —Desvió la mirada de Amina y la centró en Cántara—. En realidad, he utilizado el encargo del califa para poder subir y hacerle una visita a Cántara.

Cántara se puso colorada. Sus manos se retorcían la una contra la otra sin saber qué hacer ni qué decir. La visita de Alí había sido tan inesperada que se había quedado en blanco y no le salían todas aquellas palabras que había ido pensando día a día mientras esperaba su encuentro con él.

—Sentémonos —pidió Amina observando que su amiga estaba a punto de desfallecer.

Los tres se acomodaron en los mullidos cojines que se encontraban en el suelo de la sala.

—Cántara —indagó Alí en cuanto se hubieron sentado—, supongo que tu padre te informaría en su momento de mi petición para casarme contigo.

—Sí, lo hizo —balbuceó Cántara, bajando los ojos.

—Bien. También te informaría de que tengo un rival y que ambos tenemos un reto que cumplir.

—Sí... sí...

—Amada mía, antes de comenzar el reto, me gustaría saber si mi amor es correspondido. Si no es así, me apartaré de tu camino. Pero si tu corazón late a la vez que el mío, lucharé con todos mis esfuerzos para que solo puedas pertenecerme a mí.

Su voz vibraba en la amplia sala.

—Pero... ¿es que tú me quieres? —consiguió musitar mientras intentaba controlar las palpitations de su corazón, que brincaba a punto de salirse de su sedoso pecho.

—Cántara, amor mío, todo mi ser se rindió a tus pies el día que vieron tus ojos por primera vez en el puesto de perfumes —anunció Alí más con sus propios ojos que con su voz, que le salía en un susurro embargado por los sentimientos.

Cántara no pudo más de felicidad y rompió a llorar llevándose las manos a la cara.

—Amada, ¡no llores!, si mi amor te hace infeliz, no volverás a verme nunca más — sugirió Alí confundiendo el motivo del llanto de Cántara.

—¡No! —gritó Cántara—. ¡Te quiero! ¡Lloro de felicidad!

Los dos se fundieron en un fuerte abrazo ante la atenta mirada de Amina, que sonreía de gozo y felicidad al ver cómo se hacían realidad los sueños de Cántara.

Durante un buen rato, la pareja de enamorados se dedicó a ofrecerse, el uno al otro, hermosas lindezas, pero llegó el momento de hacer de anfitrionas y obsequiaron al visitante con un magnífico ágape.

Cuando llegó el momento de despedirse consiguieron, por breves momentos, volver a quedarse solos los tres.

—Alí, amado mío, mi deseo más fervoroso es seguir viéndote, pero dudo que mi padre permita que esto se cumpla.

—Yo debo iniciar mi reto cuanto antes, Cántara, en cuanto el califa no precise mis servicios aquí, pero te prometo que vendré a verte lo más a menudo que pueda y encontraremos la forma de vernos, aunque sea a escondidas, sin permiso de tu padre.

Con esta promesa, Cántara se quedó más tranquila y se despidieron con mucho pesar por tener que separarse, pero alborozados de que por fin hubieran podido expresarse mutuamente su amor.

Mientras despedían al enviado del califa, Cántara apenas pudo contener sus emociones, pero en cuanto este se alejó de la alcazaba y desapareció de su vista, cogió de la mano a su amiga y echó a correr arrastrándola para encerrarse en sus aposentos y dar rienda suelta a su alegría desbordante.

—¡Amina! —gritó en cuanto cerró la puerta—. ¡Me quiere! —Y se abrazó a su amiga con tanta fuerza que ambas cayeron sobre los cojines y rodaron por el suelo, rompiendo en fuertes carcajadas.

Las dos amigas compartieron un rato distendido comentando el encuentro con Alí. Se sentía como flotando sobre una nube. ¡Tanto planear un encuentro con su amado y él había acudido a ella sin más!

Cántara y Amina pasaron las horas sentadas al sol o paseando por el jardín, esperando el regreso del caíd. Esta vez, la vuelta a la alcazaba de su padre no solo era gratificante por ver a su progenitor. También tenía el aliciente de que, en cuanto Alí supiera que el caíd estaba de nuevo allí, subiría para conversar con él y podría volver a verlo.

CAPÍTULO 13

Según contó el portero a la policía, había abierto la puerta del edificio a dos hombres que lo requirieron desde fuera. Estos le dijeron que el señor Llorens los estaba esperando y, cuando se volvió para llamar por el telefonillo interior para confirmar la visita con Eduardo, lo golpearon y ya no recordaba nada más. También les informó de que, por el momento, no habían encontrado a nadie en el edificio exceptuando a los vecinos, pero que ya tenían en su poder la cinta de esa noche de las cámaras de seguridad.

—El portero nos dijo que los hombres que lo golpearon eran árabes. Esto nos desconcierta, ya que los robos en viviendas no es lo habitual en este grupo étnico. Así que pensamos que la finalidad de estas personas era ustedes.

—Sí, agente, lo mismo pensamos nosotros —informó Eduardo.

—Entonces, si nos hacen el favor de acompañarnos a la comisaría, podremos aclarar el asunto y tomar las medidas pertinentes.

—Por supuesto —repuso Eduardo—. Si nos disculpan unos minutos, nos arreglamos y vamos con ustedes.

—Por supuesto.

—Eduardo —indagó Regina en cuanto se quedaron a solas en el dormitorio—, ¿qué le vas a contar a la policía?

—Bueno... más o menos lo que ha pasado, evitando algunas pequeñas cosas que no perjudica en nada sus investigaciones, como la «excursión» al castillo de Santa Bárbara.

—¿Pueden prohibirnos que sigamos con nuestra investigación?

—No, no. Recuerda que lo que nosotros estamos haciendo no es privado, sino que pertenezco a un organismo oficial y, en todo caso, la policía colaborará con nosotros.

—Bien —expresó Regina—. Venga, pues vayamos cuanto antes para poder seguir con nuestro asunto lo más pronto posible.

Ya amanecía cuando salieron del ático de Eduardo. Este llamó a su jefe para ponerlo en antecedentes y quedó en pasar por allí cuando acabasen de hablar con la policía.

Pasaron casi toda la mañana en la comisaría siendo interrogados por el comisario en persona, que al saber quién era Eduardo y de qué se trataba la historia, se puso en contacto con su jefe y llegaron al acuerdo de ponerles un agente a su servicio para protegerlos.

En cuanto llegaron al despacho de Eduardo, su secretaria les informó de que José Luis le había pedido que, en cuanto llegaran, pasaran por la sala de Traducción.

A expensas de enojar a su jefe, Eduardo, junto con Regina y Juan Pablo, fue a encontrarse con el equipo de traductores.

—¡Por fin! —exclamó José Luis en cuanto los vio entrar.

—¿Qué ocurre, José Luis? —inquirió Eduardo.

—¡No os lo vais a creer! ¡Acercaos, acercaos! —instó José Luis—. Pero antes, decidme... ¿estáis bien? Mario me ha contado lo que os ha ocurrido esta noche.

—Bien, estamos bien, gracias —respondió Regina.

Se acercaron a la mesa que les señalaba el hombre y donde se encontraba Ricardo con las mismas ropas con las que lo habían visto la noche anterior, desgredado y con ojeras.

—Chicos, hay novedades —anunció José Luis.

—¿De qué se trata? —preguntó Juan Pablo.

—Que os lo cuente Ricardo, que es el autor del descubrimiento.

—Como os comenté anoche —comenzó de inmediato Ricardo—, lo que había escrito en este pergamino —añadió señalando el pergamino con el que lo habían dejado trabajando la noche anterior— es un poema. Desde que empecé a traducirlo, desde la primera estrofa, me pareció bastante curioso; empleaba demasiadas palabras cultas. Me explico... Este tipo de poesía, como ya os conté anoche, estaba destinada al califa y a un círculo muy cercano a él, pero en ninguno de los poemas que he traducido con este tipo de escritura había visto tal cantidad de palabras de estilo culto juntas, en un mismo poema. Por lo regular, hay una cada uno o dos versos, pero este poema está lleno de ellas. Era como si, intencionadamente, lo que se hubiese buscado hubiera sido impedir su fácil comprensión. Recordad que estas palabras tenían un significado de difícil interpretación para el pueblo llano que escribía y hablaba el andalusí.

—Y ¿has podido traducirlo? —le preguntó Eduardo.

—¿Lo dudas? —se burló Ricardo con una sonrisa pícara.

—¿Y?

—A ver... me ha costado pasar toda la noche en vela y parte de la mañana, consultar un montón de libros y apuntes míos, pero al final, creo haber interpretado correctamente el poema.

—Por favor, Ricardo, no nos tengas más tiempo en ascuas, ¡dínoslo ya! —exclamó Regina, impaciente como siempre.

Ricardo se rio y dijo:

—Caray, Regina, déjame que me haga el interesante un poco.

—Buff... —resopló ella.

—Vale, vale. Os cuento: en resumen: es una petición del califa a un caíd de una alcazaba (no especifica cual) para que custodie un gran secreto que permanece en las manos del califa, heredado de sus antecesores, y que corre una gran amenaza de ser sustraído. A este tesoro se lo califica en el poema «de gran trascendencia para el mundo musulmán» y por determinados indicios he podido deducir, ¡ojo!, digo deducir, que es algo relacionado con el Corán.

El silencio inundó la sala en cuanto Ricardo dejó de hablar. Las caras de estupefacción de Regina, Eduardo y Juan Pablo no dejaban la menor duda de que no esperaban que el poema guardase esa revelación.

—Ricardo..., ¿estás seguro de lo que nos has contado? —interrogó Eduardo, con lo que rompió el largo silencio.

—Sí, Edu. No tengo la menor duda. Si la tuviese, no os lo habría contado.

—Pero... eso significa que la amenaza que recibió el califa no era del caíd de Alicante. Este pergamino estaba en el castillo de Santa Bárbara, así que hemos de suponer que el destinatario fue Hakîm Al Saadi y que, por lo tanto, el califa confiaba plenamente en él —arguyó Regina.

—En efecto, Regina —corroboró Juan Pablo—, nuestras suposiciones no eran acertadas. La amenaza reflejada en el pergamino que se encontró junto al cadáver y al cofre en el cementerio no pertenecía al caíd de Alicante. La historia ha girado de manera opuesta y ahora debemos suponer, más bien, todo lo contrario. El cadáver con el pergamino y el cofre se encontró en Alicante porque Hakîm Al Saadi fue el que lo mandó matar para proteger los intereses del califa, ya que ambos eran amigos.

—Así encajan mucho mejor todas las piezas del puzle —coincidió Eduardo—. Muchas gracias, Ricardo. Nos has sido de mucha ayuda —añadió.

—De nada, Edu. Ha sido un placer. Sabes que me gusta lo más difícil todavía.

—Bueno, ahora debemos ir a hablar con Mario. Si se entera de que estamos aquí y no hemos ido a su despacho... —sugirió Eduardo.

Mario quiso saber con detalle todo lo que les había ocurrido la noche anterior. Tras el relato dijo:

—Esto se ha puesto muy feo. Tenéis que dejarlo.

—¿¡Cómo?! —exclamó Eduardo—. No, de eso nada, Mario. Hay nuevas pistas y no podemos dejarlo ahora. Además, ¿no habéis acordado el comisario y tú ponernos un policía para protegernos? Con eso será suficiente para disuadir a quienes intentan evitar que hagamos nuestro trabajo.

—No sé, Eduardo, no creo que debáis seguir. Vosotros no estáis preparados para estas eventualidades.

—Pero... —comenzó Eduardo cuando la secretaria de Mario entró al despacho.

—Perdón que moleste. Un policía acaba de llegar. Insiste en verlo a usted de inmediato.

—Debe ser vuestro escolta. Hazlo pasar Silvia, gracias.

Cuando se abrió la puerta para dar paso al policía, todos los que estaban en el despacho se quedaron boquiabiertos. La gran mole, masa humana que casi no cabía por la puerta, poseía una musculatura que se le adivinaba casi a la perfección a través del ajustado jersey que llevaba. Su cuerpo emanaba grandiosidad y poder. Su cara plasmaba una gran adustez. Pese a ser un hombre guapo y varonil, su expresión era como un témpano de hielo.

—Buenas —tronó la voz del policía mientras sacaba su placa del bolsillo trasero del pantalón—. Soy el inspector Fernando Rivas. Me han enviado aquí para proteger, según me han dicho, a tres personas.

Ni un amago de sonrisa se atisbó en la boca del policía. Su mentón cuadrado perfectamente rasurado permaneció inalterable y sus ojos, del color del acero, miraban a Mario, que se había levantado para recibirlo, con fijeza. Este le alargó la mano para estrecharle la suya.

—Encantado. Soy Mario Valcárcel. Aquí tiene a las personas que busca: Eduardo Llorens, Regina Yagüe y Juan Pablo Alcázar.

Tras el cruce de manos, el agente se puso al servicio de nuestros amigos.

—Pertenezco a un grupo especializado en protección personal ante ataques de islamistas. Estaré a vuestra disposición el tiempo que sea necesario —explicó Fernando.

—Fernando, ¿qué nos aconseja que hagamos para comenzar? ¿Hace falta que nos mudemos de casa? Ahora mismo estamos los tres en mi ático —quiso saber Eduardo.

—Antes debo hacer un reconocimiento de la vivienda. Si está de acuerdo, mientras ustedes permanecen aquí, que es un lugar seguro, yo podría ir a ver su casa.

—Por supuesto.

—En cuanto vuelva, hablaremos sobre las medidas a seguir.

Eduardo llamó al portero de su casa para que lo dejase entrar. Este le informó que la policía ya se había ido del edificio y que no habían encontrado a nadie. Eduardo le dio las llaves al inspector y este se marchó con paso firme. El amplio despacho pareció vacío en cuanto se fue. Su envergadura lo había convertido, durante los breves minutos que había estado, en un cuartucho minúsculo.

—¡Por Dios! ¡Cuánto músculo junto! —exclamó Regina en cuanto Fernando hubo cerrado la puerta—. Mario, ahora no deberías poner ningún impedimento. ¡A ver quién se atreve a meterse con nosotros! —continuó Regina jocosamente.

Todos se echaron a reír, aunque Mario se puso serio enseguida y dijo:

—No, Regina, no nos riamos. Es un asunto muy serio. Sabéis que en estos momentos el

fundamentalismo islámico está hirviendo y no hay nada peor que, aunque sea sin querer, cruzarse en el camino con un fanático.

—Lo sé, Mario, pero yo quiero continuar, aunque sí que me gustaría que Regina no lo hiciera —adujo Eduardo.

Regina giró con brusquedad la cabeza para mirar con fiereza a Eduardo.

—Ni lo sueñes. Yo también quiero seguir —incredó Regina mientras asesinaba a su amor con la mirada—. Y creo que esto ya lo hemos hablado antes...

—Yo también quiero continuar —repuso Juan Pablo—. Estoy dispuesto a asumir este riesgo porque, entre otras cosas, hacía tiempo que no me sentía tan vivo. He de reconocer que estaba algo anquilosado entre las paredes de mi despacho. Me apasiona todo lo que rodea al mundo árabe y esta es una oportunidad única de perseguir una meta que me lleve a descubrir algo de magnitudes extraordinarias como supone esta sura.

—Vale, Juan Pablo, me has convencido —cedió Mario—. Solo espero que ese Mazinger Z sepa hacer su trabajo.

Las carcajadas resonaron en todo el despacho.

Los tres pidieron unas pizzas para no tener que salir del edificio. Mientras se las comían fueron comentando los últimos acontecimientos.

—Es sorprendente el giro que ha tomado todo esto ¿verdad, chicos? —señaló Regina.

—Sí. Aunque, gracias a eso, las piezas encajaron mucho mejor —opinó Juan Pablo.

—Es cierto. Ahora sabemos que el califa vino a Alicante para pedir ayuda al caíd porque alguien sabía que tenía la sura con el Nombre de Alá. También sabemos que de aquí se marchó a La Meca y a Damasco donde (esto lo suponemos) escondió la sura en la mezquita de esa ciudad y luego, a la vuelta, volvió a pasar por Alicante para darle al caíd la llave que confina la sura para que él la guardase.

—Creo que los otros pergaminos no nos van a aportar nada más sobre este asunto —indicó Eduardo.

—Estoy de acuerdo. Así que nos toca a nosotros mover ficha. ¿Qué debemos hacer ahora? ¿Ir a Damasco? —preguntó Juan Pablo.

—Eso creo, Juan Pablo. Aquí ya no hay nada más que hacer. Ahora se nos plantea el problema de si conseguiremos el visado y planificar el viaje.

—Estoy pensando —meditó en voz alta Regina— que quizás sea más fácil tener un poco de libertad y a la vez confundir a nuestros seguidores si nos camuflamos entre un grupo de turistas, en uno de esos viajes organizados.

—Buena idea, Regina —aprobó Eduardo.

—Sí, es una gran idea —añadió Juan Pablo—. Además, creo recordar que para ese país hay dos tipos de viajes organizados. Uno de tipo clásico, en donde un gran grupo de

turistas se aloja en hoteles y visita en autobús los lugares más visitados; y otro que se realiza en coches, o más bien en todoterrenos, con un grupo reducido de personas y se alojan en tiendas de campaña o pequeñas pensiones.

—Esa segunda opción sería lo ideal —reconoció Eduardo—, pero antes habrá que ver cuándo sale alguno de ellos.

—Eso es fácil de averiguar —aseveró Regina.

En ese momento, entró en la sala el inspector Rivas.

—Buenas tardes —saludó—. Todo está preparado —continuó—. La verdad es que su edificio cumple unas medidas de seguridad aceptables, aunque las he aumentado algo. En la portería hemos puesto un par de agentes que se hacen pasar por porteros y he instalado una cámara de vigilancia en el rellano de su ático conectada a su ordenador. Si lo desean, ya pueden ir allí.

—Por favor, tutéanos, vamos a pasar muchas horas juntos y será más cómodo para todos, ¿no crees? —le dijo Regina.

—De acuerdo, yo también lo prefiero —le contestó.

—Fernando, ¿sabes si han localizado a las personas que intentaron entrar en mi casa? —preguntó Eduardo.

—Sí. Han logrado identificarlos y esas dos personas estás en las listas de los árabes con posibles implicaciones en movimientos que podríamos denominar antieuropeos. No están catalogados como de alto riesgo, pero no deberíamos despreciarlos.

—Bueno, pues entonces creo que ha llegado la hora de irnos a casa y allí preparar nuestro futuro viaje —sugirió Eduardo.

—¿Viaje? ¿Qué viaje? —interrogó Fernando.

—A Siria. Tenemos que ir allí para seguir nuestra investigación —aseguró Juan Pablo.

—¿Estáis locos? ¿Pretendéis meteros en la boca del lobo? —exclamó Fernando—. ¿Es que no leéis los periódicos ni veis la televisión? ¿No sabéis lo que pasa en el mundo? Desde hace quince o veinte días hay manifestaciones en Siria. Supongo que sabréis lo que ha pasado en Túnez y Egipto. No es buen momento para ir a un país del Oriente Próximo. ¡No lo permitiré!

—Claro que estamos al tanto de lo que ocurre en Siria, lo hemos hablado y estamos de acuerdo en que son revueltas que no llegarán a nada, como siempre. Bashar al-Ásad gobierna con mano firme y no va a permitirlo. ¡Ojalá no tuviésemos razón y sigan los pasos de Túnez! Por lo menos, ellos ya han derrocado al gobierno de Ben Alí —alegó Eduardo.

—¿Y si no? ¿Y si aumentan las manifestaciones? —inquirió el inspector.

—Nosotros no vamos a meternos en medio de las manifestaciones, todo lo contrario. Lo

que queremos es pasar desapercibidos —contestó Juan Pablo.

—El problema es que queráis vosotros o no, os podéis ver involucrados en las revueltas.

—Fernando —sugirió Regina—, no has de acompañarnos si no quieres, pero nosotros tenemos que ir. Nuestras investigaciones nos llevan hasta Damasco y si hemos decidido correr con el riesgo aquí, igual lo vamos a hacer allí. Además, es cuestión de unos pocos días.

—Nadie debe saber que vamos a ir para que no haya filtraciones e iremos como turistas. Pero iremos —añadió Eduardo.

—¡Esto es una locura! Está bien. Hablaré con mis superiores. Veremos la forma más segura de hacerlo.

Juntos salieron de la sala.

—Si me esperáis un minuto, me acerco al despacho de Mario para informarle de lo que hemos decidido —anunció Eduardo.

—Mientras, nosotros recogemos toda la información que nos han mandado los colaboradores de Juan Pablo sobre la Mezquita de Damasco, que quiero repasarla en casa —sugirió Regina.

—Me parece muy bien. Nos vemos aquí en diez minutos.

Cuando se encontraron entre las cuatro paredes seguras del ático de Eduardo, este les comentó lo que había hablado con Mario.

—Ha puesto muchos impedimentos, pero le he hecho comprender lo trascendental que sería encontrar esa sura y ha decidido apoyarnos y ponerse de acuerdo con la policía para facilitarnos el viaje.

—Yo voy a hablar con mis superiores —informó Fernando dirigiéndose al despacho de Eduardo.

—¿Qué os parece si le echamos un vistazo a los planos de la mezquita y comentamos algunos de sus aspectos? —opinó Regina.

Desplegaron, uno junto al otro, el plano que les habían mandado por *e-mail* y el que habían encontrado en el castillo de Santa Bárbara.

Mientras Juan Pablo y Regina analizaban los planos de la mezquita, Eduardo se dispuso a buscar en Internet distintas opciones de viajes organizados para Siria.

—La verdad es que no existe gran diferencia entre un plano y el otro —ratificó Regina.

—Eso se debe a que esta mezquita no ha tenido distintas ampliaciones por los diferentes califas, como es el caso de, por ejemplo, la de Córdoba —informó Juan Pablo—. La estructura en sí permanece casi inalterada a como la construyó el califa al-Walid. Cuando se incendió en 1893, los daños sufridos fueron casi todos internos. Además, para reconstruirla se utilizaron los planos antiguos.

—Entonces creo que, si como nosotros pensamos, la sura está escondida allí y todavía no ha sido descubierta, debe estar en las zonas de la mezquita que no sufrieron los azotes del fuego y que no hubo que reconstruir.

—Sí, yo también lo creo. Aunque no hemos contemplado la posibilidad de que ya haya sido descubierta o se quemase en el incendio.

—La verdad es que prefiero no pensarlo. Además, mi intuición me dice que todavía está oculto —aseveró Regina con una amplia sonrisa.

—Entonces, como dice Eduardo, lo doy por hecho —concluyó Juan Pablo imitando a su compañera al sonreír ampliamente.

En ese momento entró Fernando. Su semblante no expresaba ninguna emoción, aunque un ligero pliegue en su ceño podría indicar una acuciante preocupación.

—Mi superior considera que sois libres para ir donde consideréis necesario. Ha conversado con tu jefe, Eduardo, y han llegado al acuerdo de que os acompañaré en el viaje, pero siempre y cuando le informéis de vuestros planes y de que él dé el visto bueno.

—Perfecto, Fernando —aprobó Eduardo—. Me parece justo.

—Por cierto, Edu, ¿has encontrado algo interesante? —interrogó Regina.

—Sí. He encontrado un montón de ofertas de viajes a Siria. La mayoría son viajes turísticos convencionales, pero he localizado también un par de ellos para un grupo reducido en coches todoterreno. Y el que, de los dos, más me ha llamado la atención es uno que, en lugar de empezar en Damasco, como la inmensa mayoría, comienza en Alepo, al norte de Siria, y que va bajando hacia el sur hasta llegar a Damasco. He pensado que este sería el más conveniente porque es el que menos sospechas podría despertar y en el que pasaríamos más desapercibidos.

—Me parece muy buena idea —corroboró Fernando—, pero ya sabes que debe autorizarlo mi superior. Haced un informe sobre vuestra propuesta y la presentaré.

Eduardo imprimió toda la información que pudo sobre los distintos viajes programados a Siria y dedicaron el resto de la tarde a compararlos hasta que decidieron optar por el viaje que había comentado Eduardo.

—Comienza dentro de quince días. Así nos dará tiempo de hacer todos los preparativos y crearnos una coartada para que nadie sospeche que nos vamos a Siria —sugirió Juan Pablo.

—Es esencial que conozcan este viaje el menor número de personas posible —aseguró Fernando—. Además, por si existe todavía una posible vigilancia hacia vosotros, debemos extremar las precauciones para que no sepan nuestro destino.

Decidieron cenar fuera. Se acomodaron los cuatro en el coche de Eduardo y salieron del garaje rumbo el extrarradio de la ciudad para dirigirse a El Campello. Allí, Eduardo conocía al propietario de un restaurante donde servían el mejor pescado fresco.

El Campello era un pueblo costero muy cercano a Alicante. Para ir allí, Eduardo se dirigió hacia la carretera de Valencia. Al rato de conducir por ella, Fernando dijo:

—Nos siguen.

Lo dijo tranquilo y con frialdad. Todos lo miraron sorprendidos.

—¿Cómo? —inquirió Regina estupefacta.

—Desde que salimos del ático hay un coche que nos persigue. Un Opel Corsa gris. Está dos coches detrás de nosotros.

Eduardo miró por el retrovisor.

—Lo veo —confirmó—. ¿Qué hacemos, Fernando?

—Por ahora nada. Conduce despacio.

El nerviosismo se había apoderado de los tres, aunque en el interior agradecían la tranquilidad y seguridad que irradiaba Fernando.

—Eduardo, con calma ve yendo por donde yo te diga. No deben darse cuenta de que los hemos descubierto. Si aceleras, puede que sospechen. Vamos a guiarlos hasta la policía local. Voy a llamarlos para que preparen un dispositivo de seguridad.

Fernando iba guiando a Eduardo con voz firme pero sosegada. Sus ojos controlaban todo lo que se encontraba a su alrededor y su cuerpo, aunque algo tenso, reposaba en el asiento como si nada estuviera pasando. Mientras, con su móvil, hablaba con su superior para que organizase el recibimiento. Eduardo conducía como si fuesen de paseo. Su coche danzaba al son que él le marcaba a golpes de volante.

Mientras veían cómo Fernando controlaba la situación, Regina, Eduardo y Juan Pablo sintieron una gran admiración hacia el policía. Se sentían seguros junto a él.

Cuando llegaron a El Campello, el inspector fue guiando a Eduardo por las distintas calles, comprobando que el coche todavía los seguía, aunque a cierta distancia. La noche había cubierto con su manto las calles del pueblo. Aun así, Fernando distinguía sin problemas el coche perseguidor.

—Eduardo, dentro de dos calles debes girar a la izquierda, acelera y a mitad de calle verás la entrada a un garaje, a la derecha. Entra rápidamente en él. Y vosotros —les dijo a Regina y Juan Pablo—, en cuanto giremos en esa calle, tumbaros en los asientos. No va a pasaros nada, pero más vale prevenir.

Justo en ese momento, Eduardo giró y aceleró; Juan Pablo y Regina se tumbaron en sus asientos y Fernando, en cuanto Eduardo volvió a girar, esta vez para introducirse en el garaje, abrió la puerta y saltó diciendo:

—Entra más, estáis en el garaje de la Policía Local.

Eduardo obedeció mientras oía un fuerte frenazo de un coche en la calle que acababan de abandonar.

Un agente se les acercó y abrió la puerta del conductor.

—Salgan tranquilos. Vamos a las dependencias de la Policía.

Salieron los tres del coche y de inmediato Eduardo se acercó hasta Regina para abrazarla. La joven, al instante, se sintió reconfortada. Durante todo el trayecto había añorado el calor físico del arqueólogo y parecía que él lo había comprendido sin mediar palabra alguna. Subieron a un ascensor que los llevó a la planta de oficinas, donde el agente les hizo pasar a una sala y los dejó a solas.

—Esperen aquí, por favor.

Los tres permanecieron callados un buen rato. Eduardo guio a Regina hasta uno de los sillones que se encontraban junto a las paredes de la sala de espera. La forzó a sentarse al tiempo que lo hacía él junto a ella.

—Tranquila, Regina. Ya ha pasado todo. —Quiso sosegarla a la vez que le daba un beso en la mejilla.

—Es que no estaba prevenida. Me ha pillado por sorpresa. Ahora es cuando me he dado cuenta de que esto va en serio.

—Regina..., quédate aquí, por favor. No vengas a Siria.

—No, no y no. Solo necesitaba tomar conciencia del peligro.

—No sabes cuánto lamento haberte metido en esto.

—Yo no. Y no quiero que te sientas culpable. Recuerda que estoy aquí porque quiero.

—Está bien... —admitió Eduardo con el rostro serio y el ceño fruncido.

—Chicos —los interrumpió Juan Pablo—, ¿qué habrá pasado ahí fuera?

—Espero que los hayan pillado —repuso Regina.

—Esa gente es muy lista —aseguró Juan Pablo.

En ese momento entró Fernando.

—Los hemos cogido. En cuanto entraron a esta calle los rodeamos. El coche, al girar, iba lento y pudimos abrirle las puertas y reducirlos antes de que pudiesen defenderse.

Regina bufó con fuerza.

—Tendremos unos días de descanso hasta que vuelva a seguirnos otro comando —informó Fernando.

—¿Ya sabes algo de estos tipos? —preguntó Eduardo.

—Solo que son árabes, cosa que ya sabíamos. Y dudo que digan algo más, por lo menos por el momento. Ahora, si me lo permitís, me ausentaré unos minutos para poner en antecedentes a mis compañeros y así podremos irnos.

—De acuerdo, Fernando —admitió Eduardo.

El inspector salió y los tres permanecieron en la sala largos minutos hasta que volvió para asomar su rostro por la puerta.

—Regina, necesito que me acompañes un momento. Debes ver si alguno de los dos árabes es el que os persiguió por Atocha.

—Te sigo —le contestó Regina a la vez que se levantaba del sillón y se dirigía hacia la puerta.

—Enseguida os la devuelvo —apuntó el inspector mirando a los dos hombres.

Juan Pablo y Eduardo se quedaron expectantes hasta que volvieron los dos.

—Ya podemos irnos —certificó Fernando mientras mantenía la puerta abierta para que salieran.

Regina estaba detrás del inspector muy seria. Eduardo le hizo un gesto interrogativo con los ojos.

—No era ninguno de los dos —sentenció la joven apesadumbrada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Juan Pablo—. ¿Suspendemos la cena? La verdad es que me da mucha rabia que esa gente nos condicione la vida.

—Bueno, ahora podemos ir a cenar con total tranquilidad —dijo Fernando para aligerar el tenso ambiente—. Esos dos permanecerán un buen tiempo retenidos.

—Adelante, vayamos a disfrutar de la cena prometida —determinó Regina.

Al fin llegaron al restaurante que el arqueólogo había elegido para cenar y, aunque a todos se les había quitado las ganas de meterse algo en la boca, en cuanto el amigo de Eduardo empezó a servir succulentos platos ante ellos, el apetito volvió y cenaron con avidez.

—Fernando, gracias por todo —reconoció Regina en cuanto la laxitud que había sentido en el momento que habían estado seguros en la sala de la policía local se había esfumado de su cuerpo entonado por un Diamante; vino blanco de Rioja que Eduardo había pedido a su amigo porque sabía que era el preferido de Regina. El color había vuelto a sus mejillas y volvía a ser la mujer luchadora y emprendedora, con su fina ironía, que era siempre.

—De nada, Regina, es mi trabajo —contestó Fernando.

—Ya, pero no solo te doy las gracias por haber realizado tu trabajo, sino por haber conseguido que no cundiese el pánico y transmitirnos tanta tranquilidad en esos momentos tan difíciles.

—No ha sido nada...

—Bueno..., por lo menos conseguiste que yo no soltara mi hipo grito huracanado, imitación perfecta de Pepe Pótamo —le contestó Regina con su típica sonrisa cargada de ironía.

El ambiente comenzaba a distenderse y todos rieron. Parecía que todo volvía a la

normalidad.

—De todas formas, digas lo que digas, dudo que tú hubieses reaccionado gritando. No es tu perfil —reconoció Fernando.

—Gracias —repuso Regina asombrada.

—De nada, es lo que pienso. He de informaros —añadió Fernando a la vez que dejaba el móvil sobre la mesa después de consultar un mensaje que acababa de llegarle— que los dos árabes han sido identificados. Son los mismos que intentaron entrar en el ático de Eduardo.

—Estupendo. Habéis matado dos pájaros de un tiro —sentenció Eduardo.

—Sí, con un poco de suerte pasarán un buen tiempo retenidos. En el caso de intento de allanamiento de morada tenemos el vídeo como prueba. Lo difícil va a ser demostrar que nos perseguían, pero teniendo en cuenta como están las cosas con el mundo islámico, se intentará demorar su permanencia entre rejas lo más posible.

Acabaron de cenar y volvieron al ático. Agotados, cada uno se fue a su cuarto, no sin que antes Fernando se asegurase de que todas las medidas de seguridad estaban en marcha.

—¡Estoy agotada! ¡Qué día más largo! —exclamó Regina tirándose en la cama en cuanto entraron en el dormitorio de Eduardo—. Ha habido de todo.

—Falta algo... —le dijo Eduardo con sonrisa y mirada pícaras llenas de lascivia.

—¿Sí? ¿El qué?

—¿No quieres acabar el día relajándote y gozando? —le contestó Eduardo mientras se ponía de rodillas en la cama y se acercaba hasta ella.

—Sería el final perfecto para este día de locos. Menos mal que cada noche nos queda la intimidad de la habitación... —le respondió con una sonrisa seductora.

Sus labios se encontraron, sus lenguas jugaron dentro de sus bocas, las manos de ambos acariciaban y despejaban la ropa del otro. Suavemente, cadenciosamente, los cuerpos se unieron. Sus movimientos eran lentos, llenos de sensualidad. Convertidos en un solo ser, gozaron hasta que se quedaron dormidos fundidos en un abrazo.

Cada día que pasaba, Regina sentía más conexión con Eduardo. Sus sentimientos se estaban consolidando y, pese a su querida independencia, le estaba gustando la convivencia con él. Se sentía cómoda a su lado, cosa que no le había pasado con anteriores parejas con las cuales no aguantaba más de un fin de semana junto a ellos.

A la mañana siguiente Fernando los convocó a una reunión que realizaron en la terraza con un reconfortante desayuno preparado por Eduardo y Juan Pablo.

—Primero quiero saber —comenzó Fernando— si seguís con la loca idea de ir a Siria.

—Por supuesto —contestaron los tres.

—Bien. He de avisaros de que, si os acompaño, solo puedo hacerlo en calidad de guardaespaldas. Allí no tenemos autoridad. Es más, mi superior no me obliga, como sería el caso de aquí. Iría con vosotros voluntariamente.

—¿Y querrás? —le interrumpió Juan Pablo.

—Creo que lo que pensáis hacer es una locura, pero a mí me encantan las locuras. Además, allí necesitaréis a alguien como yo.

—¡Estupendo! —exclamó Regina—, eso suena a un sí.

—Sí, pero deberéis seguir mis normas. Dentro de la locura, hay que ser precavidos, así que, como primera medida, permaneceréis encerrados aquí hasta que nos vayamos.

—Pero, Fernando, tenemos que preparar el viaje y estar atentos a si surgen nuevos descubrimientos en los pergaminos —argumentó Eduardo.

—Para todo eso basta con Internet. No necesitáis salir.

Se miraron los tres y un acuerdo tácito se vio en sus miradas.

—De acuerdo —aprobó Eduardo—. ¿Algo más?

—Por ahora, con eso es suficiente. Dame toda la información que imprimiste sobre el viaje y me iré a planificarlo con mi superior —zanjó Fernando—. ¡Ah! Otra cosa esencial. Ni una palabra a nadie de este viaje, solo a tu jefe, Eduardo. Él estará al tanto de todo por medio de mi superior. Tú no hables por teléfono sobre este tema ni con él, ni con nadie.

Dicho lo cual salió del ático con la documentación bajo el brazo.

Regina, Eduardo y Juan Pablo decidieron ponerse en contacto con el departamento de Eduardo a través del ordenador para que les fuesen pasando toda la información disponible sobre los pergaminos. Juan Pablo hizo lo mismo con su departamento en la Casa Árabe de Córdoba para que les mandasen toda la información de la que dispusiesen sobre Damasco en concreto y sobre Siria en general. Dedicaron largas horas a analizar todo lo que iba llegando, imprimiendo lo que consideraban que les podía ayudar en su viaje.

A media mañana, Mario, el jefe de Eduardo, lo llamó a su móvil para que le informase de los acontecimientos de la noche anterior. El superior de Fernando lo había puesto en antecedentes.

—Eduardo, estáis corriendo mucho peligro.

—Tranquilo, Mario, está todo controlado. Fernando está al mando.

—Aun así, sabes que por mí lo dejáis ya. No creo que esa sura merezca alguna desgracia personal.

—Vale. Te prometo que, si se pone la cosa muy fea, lo dejaremos.

—He quedado con el superior de Fernando en no volver a tener contacto contigo. Él me irá informando. Así que os deseo mucha suerte.

—Gracias, Mario. Ya nos veremos.

Cuando llegó Fernando, los encontró en la mesa del comedor entre un mar de papeles.

—Os traigo noticias. Los dos árabes que cogimos anoche no han querido declarar, pero mis compañeros se pusieron en contacto con la Interpol y resulta que estaban en busca y captura. Pertenecen a un pequeño grupo sirio que, aunque se sabe que no contiene un gran grupo de seguidores, tiene aterrada a la población siria, ya que suele cometer atentados entre sus conciudadanos. Podríamos compararlos con la ETA en España.

Los tres amigos se miraron entre sí asombrados.

—Un grupo terrorista... —murmuró Eduardo—. No entiendo nada. No tiene lógica.

—No busques lógica en esos grupos, Eduardo. Más cosas—continuó Fernando—. Mi superior y yo hemos acordado hacer el viaje que tú elegiste, Eduardo. Está bien pensado iniciarlo en Alepo y hacerlo en todoterrenos porque con este tipo de viajes vas a la ventura. No está todo completamente programado y es más difícil que nos hagan alguna encerrona. Uno de nuestros agentes hará todas las gestiones para incluirnos en el viaje e intentará averiguar cuántos y quiénes nos acompañarán.

—Fernando —informó Eduardo—, tenemos un pequeño problema. Debemos llevarnos un cofre y una llave, las dos cosas muy antiguas y con evidentes signos de ser árabes. En la aduana podríamos tener serios problemas si descubren esos dos objetos.

Fernando miró con fijeza a Eduardo.

—¿Es imprescindible llevarlos?

—Si, por supuesto.

—Bien. Dadme las dos piezas y me las arreglaré para que no las detecten en la aduana.

—Están en el departamento de traducción.

—Ok, yo me encargaré.

El resto del día y los días siguientes los dedicaron a preparar con exhaustividad el viaje. Fernando se encargó de comprar todo lo necesario mientras el resto se dedicaba a absorber información sobre las ciudades que iban a visitar.

El agente que los inscribió al viaje pudo averiguar que solo iban dos coches todoterreno. Uno para ellos cuatro y otro para el guía y tres turistas más. Uno de los turistas se trataba de un empresario madrileño y los otros dos eran una pareja de recién casados en busca de aventuras.

El plan era bastante intrépido. El guía, de habla hispana, tenía una serie de pensiones a dónde acudir en cada ciudad, pero sin concretar ni día ni hora. Cada visita a cada ciudad duraba el tiempo que los viajeros quisieran. La ruta establecida con antelación y que podía ser susceptible de variar era Alepo, Hama, Crak de los caballeros, Palmira y, para finalizar, Damasco pasando por varias ciudades muertas.

Fueron días interminables. La espera se les hizo larguísima y el encierro en el ático, desesperante. El único que salía de vez en cuando era Fernando. Cinco días antes de emprender el viaje ya lo tenían todo preparado. Los visados, los billetes de avión y el equipaje, además de toda la documentación que habían preparado. El equipaje de Fernando parecía preparado para un campamento de Scouts más que para un viaje turístico. Salvo armas, llevaba de todo: linternas, cuerdas, mantas, tienda de campaña, etc. Los últimos días de «cautiverio» los dedicaron a repasarlo todo y a descansar para salir con la mayor fuerza posible.

La terraza del ático de Eduardo se convirtió en el punto de encuentro de los cuatro. Tenía unas vistas privilegiadas. El castillo de Santa Bárbara casi se podía tocar. Por las noches, cuando lo encendían, bajo el manto luminoso del Benacantil, Regina y Eduardo les contaban historias de Alicante a Juan Pablo y a Fernando. Desde sus orígenes íberos, pasando por el período islámico, la conquista cristiana, o su paso por la corona de Castilla y la de Aragón.

Una noche, Regina, con voz queda, les relató la leyenda sobre el nombre de la ciudad. Era gran aficionada a esa leyenda, que le parecía una historia preciosa a la vez que trágica por lo que siempre la emocionaba y ese era el marco ideal para contarla. La luna llena brillaba con todo su esplendor sobre el castillo y las estrellas llenaban el firmamento de una noche despejada. La misma luna y las mismas estrellas que habían contemplado millones de historias de amor y que sabían lo que de verdad había ocurrido en el transcurso de toda la historia del hombre.

CAPÍTULO 14

Cuando al fin su padre llegó y supo que el enviado del califa era Alí, mostró gran satisfacción.

—¡Vaya, hija! Tienes un buen pretendiente —exclamó el caíd en cuanto Cántara le contó la visita de Alí.

La joven se quedó mirando pensativa a su padre...

—Padre... —le susurró con timidez—, tengo que confesarte algo.

—Dime, hija. Cuéntame todo lo que quieras. Te he echado mucho de menos y deseo estar contigo todo el tiempo posible.

—Verás... Padre... Me he enamorado de Alí —confesó bajando los ojos.

La cara del caíd fue pasando por distintas fases. Primero sorpresa ante tal revelación, teniendo en cuenta la poca predisposición que tenía su hija ante el amor. Alegría en segundo lugar, al saber que por fin su hija había encontrado el amor, pero esta alegría se transformó en tristeza al darse cuenta de que la felicidad de su hija ya no dependía de él, sino del resultado del reto que él mismo había impuesto a los dos pretendientes de su joven y que no podía hacer nada para cambiar la situación sin poner en entredicho su honor.

—Hija mía, me alegro por ti. Sentir el amor dentro del corazón es el sentimiento más maravilloso que un ser humano puede experimentar y deseo con toda mi alma que puedas dárselo a la persona elegida.

—Padre... —volvió a balbucear Cántara—. Tú podrías hacer que esa competición entre mis dos pretendientes acabara y poder disfrutar de nuestro amor desde este momento.

—Cántara, no me pidas eso. Sabes que no puedo faltar a mi palabra. Imposible. Me apena muchísimo darte esta respuesta, hija mía, pero imagino que la esperabas.

Cántara inclinó la cabeza apenada a la vez que, levemente, la elevaba y la bajaba afirmando.

Al día siguiente, Alí volvió a presentarse en la alcazaba para hablar con el padre de Cántara. Los dos enamorados pudieron disfrutar de un rato juntos paseando por el jardín y contemplando las aguas cristalinas de Al-Bahr al-Mutawāsīt desde los baluartes, mientras

esperaban que el caíd recibiera a Alí.

Los dos hombres se retiraron al salón principal en cuanto mantuvieron los saludos de rigor. Ambos se acomodaron entre los cojines y Alí comenzó a informar al caíd del motivo de su visita.

—Vengo a informaros de que el califa Abd Al-Rahmán se encuentra en estos momentos en los alrededores de Al-Mariyya Bayyana[41]. Se ha detectado un gran número de naves fatimíes dirigiéndose hacia estos mares y el califaha reunido a gran parte de su ejército y, con él al frente, se han dirigido a Al-Mariyya Bayyana para ayudar a la Marina de Guerra con base allí. Intentarán frenarlos y hacerlos volver a su tierra antes de que lleguen a algún puerto indefenso. Como ya sabréis, Abd Al-Rahmán ha construido allí una importante atarazana en la que se construyen barcos destinados a abastecer la armada califa, además de, por supuesto, todo tipo de embarcaciones empleadas en la navegación, ya sea de cabotaje o de alta mar. Así que, a lo largo de los años, ha ido formando en Al-Mariyya Bayyana una gran flota naval formada por decenas y decenas de barcos que fondean en ese puerto y que se dedican tanto al comercio y a la pesca como a defender el Mediterráneo de la piratería. Tanto los fatimíes como los bizantinos han incrementado sus luchas con Al-Andalus por el control de las aguas con la intención de asegurarse el tráfico comercial. Yo viajaba de regreso a Laqant para comenzar con el reto que usted me ha propuesto y el califa me ha mandado de avanzadilla para que pusiese en sobre aviso a los puertos que encontrase de camino e informarles de que ya ha salido parte de su ejército para reforzarlos.

El caíd, como hombre de guerra, se hizo cargo enseguida de la situación.

—Perfecto. Haré los preparativos necesarios y mandaré a algunos de mis hombres para que vigilen y puedan avisarnos con tiempo de preparar la defensa. Ten en cuenta que Laqant también cuenta con una poderosa aunque pequeña escuadra naval, además de un importante número de barcos de pesca y comercio. No nos podemos comparar con Al-Mariyya Bayyana, pero lucharemos con fuerza y bravura para proteger nuestra villa.

—Lo sé, caíd, y con ello cuenta también nuestro califa.

Ambos callaron durante un espeso y corto espacio de tiempo. Se avecinaban tiempos difíciles. Si los fatimíes lograban llegar a las costas de Laqant y desembarcaban, la lucha sería encarnizada y Hakîm Al Saadi ya estaba pensando en la estrategia a seguir para evitar todas las muertes posibles.

Alí añadió:

—El califa me ha pedido que le informe también de que en cuanto sea eliminada toda la posibilidad de ataque fatimí y él pueda abandonar el gobierno de su ejército, se dirigirá hacia aquí para hacerle una visita. De todas formas, ya recibirá un comunicado de ella por medio de un correo en el que le avisará del día para que, como es lógico, pueda preparar la visita como se merece. También he de entregaros este pergamino de parte de él —anunció sacando de entre su túnica un pequeño rollo.

—Será un honor para esta alcazaba y para Laqant entera, recibir a nuestro califa. Ten la seguridad de que, por lo menos, intentaremos estar a la altura de nuestro ilustre visitante —anunció el caíd cogiendo el rollo.

—No tengo la menor duda de ello.

—Ahora, si me lo permitís, voy a dar unas cuantas órdenes. Mis hombres y yo acabamos de llegar de Qalyusa y estarán cansados. Quiero que se repongan lo antes posible ante la posibilidad de un ataque fatimí. Os dejo en compañía de Amina y Cántara. Estaré de vuelta en un rato para que nos sirvan una suculenta comida.

—Estaré encantado de compartir mesa con usted.

El caíd salió del salón, buscó a Amina y Cántara en el jardín, que era donde sabía que las iba a encontrar y, dándoles la orden de atender al invitado, con una sonrisa pícaro se fue a sus aposentos a leer el pergamino que le había entregado Alí. Según fue leyendo, el rostro de Hakîm se fue endureciendo y su ceño se frunció con evidente preocupación. Pensativo guardó con cuidado el manuscrito y se marchó para cumplir con sus obligaciones de caíd.

Cántara y Amina fueron al salón para invitar a Alí a dar un paseo por el jardín. Cántara quería enseñarle su estanque nuevo lleno de preciosos nenúfares.

Con lentitud fueron recorriendo los caminos de guijarros traídos de la playa, donde en ambos lados florecían las flores en pleno esplendor. Junto al estanque, Cántara había hecho poner un banco de piedra labrada formando unas grandes hojas. Los tres se sentaron en él.

Alí las puso al corriente de la situación con respecto a los fatimíes y las conminó a que, si llegaba el momento de peligro, se refugiasen en el albacar^[42] con toda la gente.

—No te preocupes, Alí, el caíd cuidará de nosotras y de toda Laqant convenientemente —aseveró Amina con un ligero temblor en la voz.

Amina quería dar impresión de fortaleza, aunque su interior se desmoronaba según iba asimilando lo que Alí les había contado.

—Yo he de cuidar de mi familia y, si es necesario, subirla al albacar.

—Entonces, ¿no te vas por ahora? —quiso saber Cántara.

—No. Hasta que no tenga la seguridad de que Laqant se encuentra fuera de peligro, no me iré.

En esos momentos llegó un sirviente para avisarles que acudiesen a la Torre del Homenaje porque el caíd los esperaba para comer.

Durante la comida, el caíd y Alí hablaron sobre las medidas a tomar si los barcos de los fatimíes conseguían romper las defensas que el califa estaba dirigiendo en Al-Mariyya Bayyana.

—Ya he enviado a tres de mis hombres para que oteen el horizonte desde el *ribāṭ*^[43] en

lo alto de las dunas de Al-mudawwar^[44] y puedan avisarnos lo antes posible si divisan algún barco fatimí —les informó el caíd—. Por otro lado, he ordenado a mis hombres que, después de un merecido descanso, se dediquen a reunir todas las armas de las que disponemos, así como de reclutar a todos los hombres de la medina para subir al albacar el ganado y comida suficiente para que todos los habitantes de Laqant puedan aguantar un largo asedio. También he dado órdenes a la flota naval para que se reúnan frente a la bahía y se distribuyan a lo largo de ella para formar una barrera.

Tras un rato más de conversación con el caíd, Alí se dispuso a irse de la alcazaba, pero esta vez no pudo despedirse de Cántara, aunque sus miradas hablaban de amor, de pasión y de esperanza.

Al día siguiente llegó el ejército que había enviado el califa. Fueron acomodados lo mejor posible; parte de ellos en el patio de la alcazaba y parte en la medina.

Era un pueblo feliz y próspero, y la posibilidad de que viniera alguien de fuera a arrebatárselos lo que era suyo los había unido ante la primera llamada de Hakîm Al Saadi.

Los pequeños barcos de los pescadores como los de cabotaje de comerciantes los dejaron amarrados en el puerto y una verdadera marea humana se dispuso a las órdenes de los hombres del caíd.

Entre todos, comenzaron a subir el ganado y los alimentos, y los fueron depositando en el albacar, que estaba protegido por una fuerte muralla y situado detrás de la Torre del Homenaje, separado por un foso. Todo el mundo contribuía. Hasta los niños escalaban, con sus cortas piernecillas, la ladera del Benu-lQatil. El monte, desde la lejanía, parecía un hormiguero con cientos de motitas oscuras que subían, depositaban la comida y volvían a bajar para acarrear más víveres.

Las mujeres preparaban las casas para abandonarlas, reuniendo lo imprescindible para, en caso de necesidad, subir lo más rápido posible a la alcazaba. También esperaban, en las faldas del monte, a los hombres que bajaban cansados para darles agua o algo de comida para que retomaran fuerzas. Los hornos estuvieron todo el tiempo encendidos produciendo gran cantidad de pan.

Amina, Cántara y todas las mujeres del harén junto con los criados de la alcazaba organizaban lo que se subía al albacar; salaban la carne y el pescado para que durase más tiempo; el aceite lo ponían en grandes tinajas; las ovejas y las cabras las cercaron próximas a la cebada. Por otra parte, el aljibe estaba lleno de agua gracias a que el caíd era bastante previsor.

Un barco de comercio hacía varios días que había fondeado en la bahía de Laqant y había descargado parte de su mercancía para su posterior venta; fardos de especias y productos exóticos como la pimienta negra y el sándalo de Hindiyyah, el jengibre de Catay^[45], la canela de Ceilán, el incienso de Yaman^[46] y la nuez moscada de Jazirat al-Muluk^[47], que habían depositado en el almacén de mercancías.

El capitán del barco estaba ultimando dicha venta y, por lo tanto, a punto de zarpar hacia distintos puertos de Al-Andalus como Qartayanna al-Halfa[48] y Malaqa[49] para acabar la ruta en la misma Qurtuba. Después de saber la incursión marítima de los barcos fatimíes, pensó que era muy arriesgado seguir su camino y decidió pedir permiso al caíd para permanecer allí y para subir al albacar los fardos que había depositado en el almacén para que, si al final había un desembarco fatimí, lo allí depositado no cayese en manos de estos.

El caíd le dio permiso, pero no para subirlo al albacar, ya que ese recinto se necesitaba para los habitantes y sus necesidades básicas, sino para resguardar su mercancía en la alcazaba con la condición de que subieran la totalidad de lo que se guardaba en el almacén de mercancías y no solo las suyas.

Hakîm Al Saadi, en cuanto tenía un minuto de descanso, lo empleaba en rezar a Allah para pedir que diera fuerzas a los ejércitos del califa y que las naves fatimíes no llegasen a Laqant.

No tenía miedo a la lucha, era más, si no fuese por el peligro que corría la villa, él mismo habría ido a ayudar en la contienda de Al-Mariyya Bayyana junto con sus naves de guerra. Pero no podía abandonar a su pueblo, que en esos momentos lo necesitaba. Confiaban en él. Y él sufría pensando en el mal que les podía acarrear un desembarco enemigo.

El vigía que había colocado en la alcazaba para otear el horizonte divisó en lontananza una espesa nube de polvo. Buen conocedor de lo que eso presagiaba, hizo sonar el cuerno avisando a la villa entera de que algo sucedía.

El caíd, que en esos momentos se encontraba en el albacar supervisando lo que Cántara y las demás mujeres estaban haciendo allí, fue presto a donde se encontraba el vigía.

—Señor —le informó en cuanto lo vio—, una nube de polvo avanza hacia aquí.

—¿Crees que son los vigías apostados en el *ribāt*?

—Creo que sí. Por el tamaño y la espesura del polvo, casi estoy seguro de que se trata de dos caballos.

—De acuerdo. Voy a salir a su encuentro.

El caíd ordenó a dos de sus hombres que lo acompañaran y, montando los tres sus caballos, salieron de la alcazaba. El fuerte y a la vez ágil caballo del caíd galopaba casi sin apoyar las pezuñas en tierra dando la impresión de que flotaba. Los dos caballos que lo acompañaban no podían seguir su ritmo y, poco a poco, centímetro a centímetro, se fueron quedando rezagados.

Desde la alcazaba se divisaban las dos nubes de polvo que se acercaban la una a la otra.

El caíd interrogó de inmediato a sus dos hombres en cuanto se encontraron.

—¿Hay novedades?

—Sí, caíd, hemos divisado dos barcos fatimíes que se dirigen hacia aquí, aunque se desplazan lentamente, como si estuvieran a la espera de refuerzos, pero no he querido esperar para confirmarlo. Allí se ha quedado Amîn vigilando.

—Bien hecho. Volvamos rápido. Hay que avisar a todo el mundo para que suban al albacar. ¡Rápido! —exclamó el caíd girando su caballo y partió raudo y veloz hacia la medina.

Mientras que los hombres del caíd se marchaban hacia la medina para avisar de las últimas noticias y coordinar la evacuación de la villa monte arriba, bajo las órdenes que les había dado el caíd, este se dirigió hacia la alcazaba.

Allí ultimó los detalles necesarios para el recibimiento de todos los habitantes de Laqant, dando las órdenes necesarias a los hombres que se quedaban allí al cuidado de la alcazaba.

En cuanto acabó de hablar con ellos, se dirigió hacia el albacar para buscar a su familia. Se despidió de las mujeres de su harem y de sus hijos pequeños, que permanecerían con sus madres. Después llevó aparte a Cántara y a Amina.

—Hija mía, he de ir con mis hombres. Quiero que tú aquí demuestres la fuerza que llevas dentro y te hagas cargo de organizarlo todo. —Y dirigiendo su mirada hacia Amina añadió—: Y tú, Amina..., a ti te encomiendo mi mayor tesoro: Cántara. Cuida de ella, por favor, como de tu propia vida.

—¡Padre! —gritó Cántara arrojándose a sus brazos—. Por favor, prométeme que tendrás cuidado y que volverás sano y salvo.

—Pues claro que sí, hija mía, te lo prometo. No te preocupes por mí, hazlo por la gente que pronto vendrán a refugiarse aquí. Haz que estén lo más confortables posible.

Mientras hablaba, el caíd fue apartando con lentitud del pecho a su hija, le dio un beso en la frente y mirando alternativamente a las dos jóvenes añadió:

—Confío en vosotras.

Después de esta emotiva despedida, a ambas mujeres se les escaparon suaves y transparentes lágrimas que rodaron con libertad por sus mejillas mientras contemplaban cómo se alejaba el caíd hacia la alcazaba para dirigirse con sus hombres más aguerridos y los mejores arqueros hacia la bahía, para embarcar.

Cántara y Amina continuaron con su encomienda hasta que al cabo de un rato comenzaron a llegar los habitantes de la medina y, entre ellos, Cántara logró divisar a Alí con su familia. La joven se acercó corriendo y los guio hacia un buen rincón del albacar que había estado reservando para ellos. La madre de Alí se llevó una gran sorpresa cuando su hijo le dijo quién era ella y reconoció a la supuesta sirvienta que había estado en su casa.

—Siento el engaño del que fue objeto por mi parte, Nasima. Ahora no tengo tiempo para explicárselo, pero en cuanto esto haya pasado, hablaré con usted.

Alí no entendía nada; ni la cara de sorpresa de su madre, ni las palabras de Cántara, pero debía marcharse de inmediato para ayudar a los demás hombres, así que se despidió de su familia y de Cántara con un simple «Volveré» y, tras dedicarle una larga mirada a Cántara, se fue con el resto de los hombres que estaban apostados en los baluartes de la alcazaba.

Era noche cerrada cuando todo el mundo se encontraba ya en su puesto, tanto los que iban a combatir, como los que se encontraban refugiados en el albacar. El caíd había dado órdenes de que hubiese el menor número de luces encendidas posible y la oscuridad lo embargaba todo pese a la luna creciente que comenzaba a asomar por el horizonte. Cántara se desvivía por ayudar a la gente para que estuviesen con la mayor comodidad posible. Ella y Amina iban de un lado al otro del albacar proveyendo de cualquier cosa que necesitasen, calmando a los niños, a las ancianas y a las madres cuyos hijos, campesinos o pescadores en su mayoría, se encontraban ahora a las puertas de una lucha encarnizada. La noche pasaba lenta y eterna bajo el cielo estrellado, el nerviosismo estaba a flor de piel, el cansancio debido a la tensión de todo el día empezaba a hacer mella en todos salvo en los aguerridos soldados acostumbrados a estas lides.

Cerca del amanecer se empezaron a vislumbrar unas pequeñas luces que pusieron a todo el mundo en alerta.

Fijas las miradas en la dirección desde donde se veían esos tenues resplandores, los hombres del caíd fueron preparando sus arcos y flechas. Numerosísimos arqueros, con más flechas de las que podían necesitar, llenaban las embarcaciones de la flota prestos para actuar.

Conforme el día iba clareando, dos barcos de pequeñas dimensiones con una vela cuadrada al estilo de los *mayus*^[50] fueron divisándose con mayor nitidez. Navegaban despacio y su trayectoria indicaba que se dirigían hacia Laqant. Realmente sería muy atrevido si ellas dos solas iban a intentar un enfrentamiento contra las doce naves de las que disponía el caíd.

Los barcos fatimíes se detuvieron ante la bahía de Laqant a una distancia suficiente para que las flechas defensivas no pudiesen llegar. En ese momento llegó Amîn, el vigía que se había quedado en el *ribāt*, a la galera donde se encontraba el caíd.

—Señor —le informó—, otras veinte naves se dirigen hacia aquí. No tardarán en llegar. Estos van más deprisa y tuve que agotar al caballo para llegar a tiempo de avisarle.

Todavía no había terminado de hablar cuando se comenzaron a divisar las velas de esas embarcaciones. Se trataba de unas galeras rápidas y muy ligeras, con poco calado, lo que les confería una gran movilidad. Aunque iban provistas de velas, en esos momentos su impulsor principal eran los remos.

De inmediato el caíd comenzó a dar órdenes.

Todos los arqueros hincaron su rodilla en el puente y pusieron la primera flecha en el arco. Se encendieron antorchas para prender los proyectiles incendiarios. Los músculos en tensión, la mirada fija en los enemigos, las figuras estáticas. Todo presagiaba el inicio de

una batalla.

La totalidad de las naves alcanzaron la bahía y se desplegaron en abanico para cubrirla de lado a lado. Poco a poco, todas a una, comenzaron a acercarse a las posiciones que ocupaban las naves de Laqant. La escuadra fatimí acechaba a su presa como una manada de lobos.

El sol estaba terminando de salir por el horizonte y pintaba todo de color azafrán. El viento, que hasta ese momento había favorecido a las naves fatimíes, cambió bruscamente de dirección y se volvió en su contra. Esto hizo que el manejo de las dos espadillas que se mantenían fuera de la borda en los dos costados de la popa, y que servían para dirigir las naves por el rumbo deseado, se complicase y dificultase las maniobras de aproximación.

El caíd no esperó al ataque, en cuanto consideró que las flechas y los proyectiles incendiarios llegarían a las naves fatimíes, dio la orden para lanzarlos. Una lluvia de flechas y bolas de fuego surcaron el cielo y se adentró en los barcos enemigos. La respuesta no se hizo esperar. Otra ráfaga de flechas, pero esta en mayor cantidad, fueron lanzadas por los fatimíes en sentido contrario.

El caíd no cesaba de dar órdenes a sus soldados y los instaba con fuerza a que sus ejercitados brazos lanzasen las flechas y los proyectiles con la mayor potencia posible. Se erguía firme en la proa de la galera que ocupaba el centro de toda su flota, desafiando con su actitud las saetas que rasgaban el aire a su alrededor, demostrando ante sus hombres el valor que emanaba por todos los poros de su piel.

Sucesivamente se fueron lanzando miles de flechas en ambos sentidos mientras que las naves invasoras no dejaban de avanzar. Los proyectiles incendiarios lograron prender en tres de los barcos fatimíes, y el fuego se extendió con rapidez, quemó las velas y se propagó en la madera del puente y a los propios marinos.

Se veía a los hombres saltar al mar: algunos se lanzaban por la borda ardiendo, otros nadaban hacia otro barco, a otros se los veía hundirse y salir del agua agitando violentamente los brazos en un intento de mantenerse a flote para acabar ahogándose, y otros flotaban quemados.

Los barcos fatimíes seguían acercándose a los andalusíes para realizar un abordaje a pesar de las dificultades que tenían para avanzar. La nave que estaba más al norte consiguió llegar primera a una nave del caíd. El abordaje se llevó a cabo con gran rapidez. La lucha cuerpo a cuerpo fue encarnizada. Las espadas de ambos bandos chocaban entre ellas y cortando miembros hacían saltar la sangre.

El caíd ordenó replegar las naves y reunirse todos en el puerto de Laqant. Los remeros emplearon toda su fuerza para avanzar lo más rápido posible. El caíd no había tenido más remedio que cambiar de táctica y regresar para seguir la lucha en tierra porque los barcos los duplicaban en cantidad y así no podrían resistir mucho tiempo. Por lo menos, en tierra, gracias a la ayuda del ejército del califa, siempre y cuando no viniesen más naves, podrían combatir en igualdad de posibilidades.

Estaban a punto de llegar al puerto cuando un marino de la galera del caíd llamó la atención de este para que dirigiera su vista hacia el sur. Las flechas seguían volando y al girarse, entre un manto de saetas, pudo avistar un gran número de velas que surgían del horizonte. Era imposible saber el número de naves que se acercaba a una gran velocidad por lo que el caíd dedujo que no solo utilizaban las velas, sino que también avanzaban remando.

Dio orden de que remasen con mayor fuerza. Necesitaban llegar cuanto antes a tierra para hacerse fuertes allí. En el mar ya sí que no tenían nada que hacer. Cada vez les quedaba menos para encallar en la playa.

De repente el caíd se dio cuenta de que los fatimíes ya no avanzaban más, si no que, por lo que parecía, intentaban virar y habían dejado de lanzar flechas. Miró hacia los barcos que se acercaban por el sur y comprendió lo que estaba pasando. Entre las velas pudo distinguir estandartes verdes y blancos que significaba que las galeras pertenecían a los omeyas.

Inmediatamente el caíd dio la contraorden a sus hombres para que volvieran a dirigir los barcos fuera del puerto en dirección hacia sus adversarios invasores, para colaborar con la flota del califa.

Por mucho que las naves fatimíes intentaron dar la vuelta y escapar, antes de que saliesen de la bahía, los barcos omeyas ya les habían dado alcance. No hubo tregua. El caíd pudo distinguir cómo unas embarcaciones de pequeño tamaño llenas de materiales inflamables y «fuego griego» se dirigían contra los barcos enemigos para incendiarlos. Miles de proyectiles incendiarios y flechas volvieron a volar. Pronto los barcos enemigos se vieron rodeados. Las naves de la flota de Laqant se habían unido a las del califa en la lucha feroz y los fatimíes ya no intentaron responder; se lanzaban de los barcos para intentar llegar a la costa y escapar, pero los andalusíes no tuvieron piedad y, con las barcas que utilizaban para desembarcar y que iban atadas a la popa del barco, los persiguieron. Unos a manos de los arqueros y otros directamente con las espadas de los marinos andalusíes fueron exterminados casi en su totalidad. Tras largas horas sangrientas eran tantos los muertos y cautivos que resultaba imposible contarlos.

Cuando todo acabó, la galera del caíd se dirigió hacia las naves que habían acudido en su ayuda. Localizó en la que se encontraba Ibn Rumahis, almirante de la flota califal con base en Al-Mariyya Bayyan, y tras una corta conversación con el comandante volvió a Laqant mientras los barcos andalusíes iniciaban la retirada para volver a su puerto.

Ya en tierra, el caíd comunicó al ejército del califa que este había dado órdenes de que, si la flota acababa con los fatimíes y Laqant se veía libre del peligro, volvieran a Al-Mariyya Bayyana donde los esperaba el califa para darles nuevas órdenes.

Después el caíd subió a la alcazaba para comunicar a su pueblo que el peligro ya había pasado, pero se encontró con que sus hombres, junto con los voluntarios de la medina que habían visto todo lo que había pasado desde los baluartes, habían corrido la voz entre todo el pueblo de lo sucedido y estos habían salido del albacar y esperaban a su caíd en la

fortaleza para recibirlo con vítores.

El alborozo, la alegría y los lloros se sucedían en todos los rostros de las mujeres, que se habían mantenido encerradas en el albacar y que no se habían enterado de los diversos acontecimientos ocurridos en la bahía hasta que los hombres fueron a informar.

Cántara y Amina, cogidas de la mano y apartadas un poco de la algarabía, lo contemplaban con arrobo, orgullosas de Hakîm. Sabían, porque lo había demostrado día a día, que era un buen líder, pero lo que habían escuchado a los hombres sobre él, sobre su bravura y arrojo, era algo nuevo para ellas.

Todos demostraban su alegría de diversas maneras. Los gritos hacia el caíd y el califa se sucedían. Unos bailaban y otros oraban de rodillas mirando hacia Makka.

En cuanto la gente comenzó a calmarse, empezaron a organizar la vuelta a la medina. Esta vez la euforia que sentían los hacía volar ladera abajo y retornar a la villa como si de gacelas se tratase.

Cuando ya anochecía y el último de los habitantes de la medina abandonó la alcazaba, el caíd pudo hablar con su familia.

—Bueno, ya ha pasado todo. Hemos tenido mucha suerte al recibir la ayuda del califa porque, aunque en tierra teníamos un ejército superior al fatimí, de esta forma ha habido las menores muertes posibles entre nuestro ejército. Mis hombres se han encargado de dejar en tierra a los fallecidos en combate y mañana será el entierro. A partir de mañana quiero que todo vuelva a la normalidad. Ahora, Cántara y Amina, acompañadme al salón.

Mientras que el resto de la familia se retiraba a sus habitaciones, estas dos obedecieron al caíd de inmediato.

—Querida Cántara —le comentó el caíd en cuanto se quedaron solos—, mis hombres me han informado sobre tu trabajo en el albacar y quiero transmitirte que me siento muy orgulloso de ti.

—Gracias, padre, pero no he sido yo la única que lo ha organizado todo, Amina ha colaborado muchísimo.

—Lo sé, por eso os he hecho venir a las dos, pero mis hombres me han dicho que el gran peso lo has llevado tú y además de una manera ejemplar.

—Había que hacerlo y tampoco ha sido difícil, la gente ha colaborado mucho —casi susurró arrebolada.

—Bien. Bueno, pues yo quería, en agradecimiento a tu labor, hacerte un regalo. Pídeme lo que quieras.

—Padre..., no hace falta.

—Sí. Quiero hacerlo. Dime que quieres.

Cántara pensó durante breves segundos, miró con picardía a Amina y dijo:

—Quiero poder ir con Amina a los baños públicos.

La sorpresa que reflejó la cara del caíd fue grandísima. No supo qué decir durante unos segundos.

—Pero, pero... —tartamudeó—, ¿no prefieres joyas, o ropa o... algo así?

—No, padre. Lo que más deseo es poder ir a los baños públicos de la medina.

El caíd se vio acorralado por su propia propuesta y no tuvo más remedio que claudicar.

—Está bien. Iréis, pero un solo día y cuando yo te diga.

—¿Cuándo? —no pudo resistir preguntar Cántara.

—En unos días, Cántara, en cuanto todo vuelva a la normalidad.

—De acuerdo, padre. Muchas gracias.

CAPÍTULO 15

El día anterior a iniciar el viaje, Juan Pablo recibió una llamada telefónica al móvil; era su secretaria. Su cara se transformó según iba avanzando la conversación. Cuando colgó, salió de su habitación en busca de Regina y Eduardo.

—Regina, Eduardo, no os podéis imaginar quién me ha llamado.

La pareja estaba en la cocina preparando el desayuno y se giraron hacia la puerta cuando oyeron a su amigo.

—Dejad eso y venid al salón que tengo que hablar con vosotros, rápido —apremió Juan Pablo.

—Estábamos preparando el desayuno —le explicó Eduardo—, ya hemos acabado, vamos para allá —concluyó a la vez que cogía la bandeja que tenían dispuesta y se encaminó hacia la mesa del salón.

Los tres se sentaron alrededor de la mesa.

—Me ha llamado mi secretaria.

—Bueno, Juan Pablo, eso no es tan extraño, ¿no? —se burló Regina.

—Ya, pero sí que lo es el motivo por el cual lo ha hecho.

—Dinos...

—Resulta que Zahîd al Hakim, el sufí que os presenté en Córdoba, se ha puesto en contacto con el compañero mío que os comenté que era con el que tenía más trato y le ha pedido encarecidamente que lo ponga en contacto conmigo porque tiene algo muy urgente e importante que comunicarme.

—¿No ha dicho nada más? —indagó Eduardo.

—No. Insiste en que tiene que hablar conmigo, que es algo que me atañe a mí y a mis amigos con los que fui a su casa.

Eduardo frunció el ceño.

—Sospechoso, ¿no?

—Eso piensan mi secretaria y mi compañero, ya que ellos están al tanto de lo que ocurrió en Medina Azahara. Creen que, a lo mejor, lo que el sufí pretende, es tendernos una trampa. Aunque yo pienso que es muy extraño que se haya puesto en contacto con

ellos allí, en Córdoba, si los que han atentado contra nosotros saben que estamos aquí.

—Eso es cierto..., pero... entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Regina.

—Le he pedido a mi secretaria que le digan al sufí que acuda al despacho de mi compañero y que, desde allí, con el móvil de este o con el de mi secretaria, que es casi imposible que estén intervenidos o dispongan de algún sistema de localización, me llamen al mío. No quiero facilitarle mi número de teléfono a Zahîd.

—Bien pensado, pero espero que vaya hoy antes de que salgamos de viaje.

—Yo también. Mi secretaria me dijo que el sufí parecía muy desesperado por encontrarme.

—Juan Pablo, ten cuidado cuando hables con él, que no se te escape nada del viaje.

—Tranquilo, Eduardo, sé lo que hago.

Desayunaron mientras conversaban sobre la llamada que esperaban hasta que, al cabo de una hora, volvió a sonar el móvil de Juan Pablo. Este miró la pantalla para comprobar quién realizaba la llamada entrante.

—Es mi secretaria —informó Juan Pablo a sus compañeros—. Llegó el momento.

Levantó la tapa del móvil y se lo colocó en su oreja.

Durante largos minutos, Juan Pablo habló primero con su secretaria y luego con el que, Regina y Eduardo, dedujeron que era el sufí. A través de lo poco que hablaba, la pareja no pudo descifrar el desarrollo de la conversación, ya que prácticamente se limitaba a escuchar. Mientras atendía, iba tomando notas en una libreta que había dejado en la mesa, pero eso tampoco aliviaba la ceguera de información de Eduardo y Regina, ya que su letra era ilegible para sus compañeros.

Cuando se despidió y colgó el móvil, se quedó quieto mirando a Eduardo y Regina, que lo observaban a él con semblante interrogante.

—¿Qué?! —exclamó Regina impaciente.

Juan Pablo cerró con fuerza los ojos, llevó sus manos a la cara y la cubrió con ellas, se restregó los ojos y fue bajando sus manos con lentitud por sus dos mejillas. Volvió a mirar a sus amigos con fijeza.

—Juan Pablo, me estás poniendo muy nerviosa, por favor, di algo.

—Perdonad —se disculpó Juan Pablo—. Estaba intentando asimilar todo lo que me ha relatado el sufí. Intentaré contároslo de la forma más ordenada posible ampliándolo con algunas nociones propias. Empiezo: Zahîd vivía en una pequeña ciudad de Siria cuando decidió hacer un viaje a Córdoba para visitar su mezquita. Al poco tiempo de estar en allí, se puso en contacto con él un sirio que quería presentarle a alguien. Se trataba de un granadino llamado Ismael Benjumea. Este hombre se presentó a Zahîd como el heredero directo de los Omeyas.

Las últimas palabras de Juan Pablo dejaron estupefactos a Eduardo y a Regina.

—¿Cómo?! —exclamó Regina.

—Veréis, a finales del siglo XVI hubo en Granada la llamada Guerra de las Alpujarras, entre moros y cristianos. Durante esta guerra fue elegido rey de los moriscos Fernando de Córdoba y Válor, noble morisco granadino descendiente de los Omeyas. Este se cambió su nombre cristiano por el árabe Muhammad Ibn Umayya, conocido en la historia cronológica de nuestro país como Abén Humeya, que fue traicionado y muerto durante la nombrada guerra. El tal Ismael Benjumea afirma que él es descendiente directo de Abén Humeya.

—¿Ese personaje existió de verdad? —interrumpió la narración Regina.

—Sí. El abuelo de Fernando de Córdoba y Válor obtuvo el señorío de Válor concedido por los Reyes Católicos a cambio de su conversión y colaboración durante la conquista de Granada. Por lo tanto, Fernando nació cristiano, pero cuando Felipe II prohibió la lengua árabe y las costumbres musulmanas, se unió a la sublevación de los moriscos en las Alpujarras.

Juan Pablo hizo una breve pausa y continuó:

—Ismael Benjumea pidió a Zahîd que colaborara con él con el fin de que confirmase el linaje del presunto descendiente de los Omeyas en España. Con el tiempo y tras varias conversaciones con el susodicho personaje, Zahîd se dio cuenta de que se trataba de un grupo bien organizado y que Ismael Benjumea no solo pretendía confirmar su linaje, sino también restaurar el califato Omeya de Damasco y de Al-Ándalus. —Juan Pablo hizo una breve pausa, miró fijamente a sus amigos y continuó—. También lo vio interesado en la posibilidad de que hubiese una última sura oculta y que esta estuviese en España. El sufí no tenía conocimiento de este hecho ni pensaba que fuese posible y así se lo dijo a Ismael Benjumea, pero cuando nosotros fuimos a visitarlo con las pruebas, Zahîd se quedó de piedra y, recordando el interés de Benjumea por la sura, lo llamó e informó sobre nuestra visita.

—Entonces... ¿no fue él el que nos atacó en Medina Azahara? —preguntó Regina con voz trémula.

—No, Regina, según el sufí, él no sabía nada de lo que iba a ocurrir allí. Solo le dieron orden de desaparecer en cuanto entrásemos en la ciudad califa. No tenía ni idea de que fuesen a atentar contra nosotros, ni del registro de las habitaciones, y cuando supo que este grupo nos perseguía con no muy buenas intenciones intentó localizaros en el hotel, pero ya os habíais ido. Durante días estuvo meditando qué hacer porque, a la vez que deseaba avisarnos, temía por su vida si se enteraban de su traición. Al final, como sabéis, decidió ponerse en contacto con mi compañero.

Un silencio sepulcral acompañó a las últimas palabras de Juan Pablo.

—Al menos ya sabemos a qué atenernos y quienes son los que nos persiguen —apuntó

en un murmullo y como para sí mismo Eduardo.

—No —respondió Juan Pablo sorprendiendo a sus amigos.

—¿No? —interrogó Regina.

—No. Tenemos otro problema añadido. Zahîd también se enteró de que hay un grupo sirio chiita que anda a la caza de los omeyas para evitar que aparezca la sura, se apropien de ella y la utilicen. Por lo tanto, lógicamente, también de nosotros por intentar localizarla.

—¡No me lo puedo creer! ¡Esto sí que es rizar el rizo! —exclamó Regina.

—Unos que quieren para sí la sura y otros que no quieren que aparezca. Sí que es complicado el asunto —aseveró Eduardo—. ¿Qué motivos tendrá el grupo chiita para no querer que aparezca? Porque con los omeyas ya me lo imagino.

—Os lo explicaré —continuó Juan Pablo—. Esto se remonta a la época en que murió Mahoma.

—Espera, Juan Pablo, por lo que veo se nos han quitado las ganas de desayunar y hemos pasado del café, pero yo necesito tomar el aire. Si os parece bien, hace un día agradable y me gustaría salir a la terraza —señaló Eduardo.

Una vez sentados en los cómodos sillones de la terraza, Juan Pablo inició su historia.

—Como iba diciendo, cuando Mahoma murió, lo hizo sin nombrar un sucesor. Algunos seguidores de Mahoma propusieron a Alí, primo y yerno del profeta, y persona más cercana a él, como su sucesor legítimo, pero al final se recurrió a un sistema tradicional de elección entre la aristocracia mercantil de La Meca. Alí se opuso, pero tras enfrentamientos y negociaciones se llegó a un acuerdo; pese a ello, Alí fue asesinado y un omeya fue nombrado califa. Los seguidores de Alí y opositores a la línea omeya se hacían llamar chiitas. Tomaron su nombre de Shiat Alí que significa «partido de Alí». Los chiitas exigían que el califa, sucesor legal de Mahoma, fuese un pariente sanguíneo de este. El hijo de Alí, Hasan, renunció al poder, por lo que se hizo cargo del liderazgo de los chiitas Husein, segundo hijo de Alí y nieto de Mahoma. Husein, como ya os comenté cuando estuvimos hablando en mi despacho, murió en la Batalla de Karbala y, por cierto, está enterrado en la Mezquita Omeya de Damasco.

Los dos amigos afirmaron con la cabeza sin despegar los labios, concentrados en el relato de Juan Pablo.

—Desde entonces, el conocido como martirio de Husein se conmemora todos los años con procesiones de los penitentes chiitas. Todos los imanes descendientes de Husein tuvieron un destino trágico de cárcel y muerte. Mahdi, el duodécimo imán, desapareció el año 872 y los chiitas consideraron que, por medios sobrenaturales, el imán se había ocultado y que seguiría vivo hasta su vuelta, cuando instauraría un reinado de justicia y paz, por lo cual, no podía sucederle nadie.

—Pero... ¿un imán no es el recitador en la mezquita? —objetó Regina.

—Para los sunitas, que es la principal corriente del islam, sí, pero los chiitas consideran que los doce imanes, sucesores espirituales y políticos de Mahoma, son guías político-religiosos a través de los cuales se orienta el islamita. El imán para los chiitas es equivalente al califa y debe cumplir unas características como hombre perfecto: debe ser justo, sin defectos y docto en religión. Además, Mahoma le otorga cierta investidura sobrenatural, por lo que el imán es infalible.

—Pero... entonces... no lo entiendo... ¿Por qué no quieren que salga a la luz la sura? Sería más lógico que quisieran lo mismo que los omeyas; encontrarla para ellos —expuso reflexivamente Regina.

—Los musulmanes chiíes creen que el mesías Mahdi, el duodécimo imán desaparecido, el Día de la Redención, revelará el centésimo nombre de Alá, su nombre oculto.

—Vale, ya lo entiendo —cedió Regina—. Así que tenemos dos grupos musulmanes siguiéndonos los pasos.

—Así es, pero a la vez el grupo chiita busca al omeya y el omeya evita al chiita, si he entendido bien —intervino Eduardo—, pero Juan Pablo, una duda... ¿Qué posibilidades hay de que Ismael Benjumea sea en verdad descendiente de los omeyas?

—Bueno, Eduardo, yo eso no lo sé, pero sí que es cierto que algunos genealogistas arabistas creen que el apellido Benjumea y algunos otros derivados de él tengan su origen en el árabe Ibn Umayya, o sea, hijo de Omeya. —Juan Pablo hizo una pausa—. Y ahora, con todos estos nuevos datos sobre la mesa, ¿qué hacemos?

—No sé, Juan Pablo, pero tengo la sensación de que, si damos a conocer todo lo que has averiguado a la policía o al jefe de Eduardo, nos van impedir realizar el viaje a Siria.

—Yo creo lo mismo, Regina —afirmó Eduardo.

Otro largo silencio inundó la terraza solo roto por el lejano bullicio de la calle.

—Pues no lo digamos —opinó Regina.

Continuó el silencio...

—Por lo menos hasta que no llegemos a Siria —continuó Regina.

—¿Estarías dispuesta a correr ese riesgo? —dijo Juan Pablo.

—Juan Pablo, es el mismo riesgo que estábamos corriendo hasta ahora, solo que ahora sabemos de dónde vienen las amenazas. El saberlo no nos acrecienta el peligro, solo nos da conciencia de ello y yo creo que eso es beneficioso porque nos mantiene más alerta, ¿no creéis? En cuanto llegemos a Aleppo, se lo contamos a Fernando.

Al final acordaron hacer lo que había propuesto Regina.

A media tarde llegó Fernando y le dio a Eduardo un paquete.

—Dentro de este paquete está el cofre y la llave recubiertos de plomo, que no permite traspasar los rayos x, pero es un riesgo tremendo si revisan la maleta y lo descubren

porque al ir con el plomo se da a entender abiertamente que se pretendía pasarlo de contrabando. En España, vale, pero en Siria...

—Fernando, tengo que correr el riesgo. Esta llave es esencial para encontrar lo que buscamos.

—Pues entonces yo te aconsejaría que solo llevaras la llave, es mucho más fácil de esconder que el cofre.

—De acuerdo, fotografiaré por todos lados el cofre, por si una vez allí necesitásemos observarlo. Gracias, Fernando, cuando haya acabado con esto veremos la forma de ocultar la llave en mi maleta.

Eduardo se reunió con Juan Pablo y Regina, y extrajeron el cofre del paquete. Regina lo cogió entre sus manos y se puso a observarlo. Le daba vueltas escrutándolo en todos sus detalles. Ahora, después de su limpieza, se podía apreciar con muchísimo más detalle las virguerías con las que estaba adornado. El repujo de bronce, a la vez que sencillo, le daba una gracia especial. El hueso con el que estaba formado el cofre brillaba destacando bajo el bronce.

La joven empresaria recorría las filigranas de bronce con su dedo índice. Sentía en su yema la calidez de la historia, que se elevaba por su yema hasta lo más profundo de su corazón. La embargaba una sensación de conocimiento, de *déjà vu*, como si ese cofre hubiese vuelto a las manos de su ama después de mucho tiempo. Lo reconocía, había soñado con él. Formaba parte de su leyenda favorita y su mente le decía que ese cofre había sido tocado por Cántara. En el sueño, en ese cofre, Cántara guardaba los poemas de amor que le enviaba su amado Alí.

Regina, concentrada y absorta ya no veía el cofre, sino las imágenes de su sueño revivido al contacto con el bronce, aunque con su dedo seguía explorándolo.

El dedo de Cántara había recorrido la tapadera del cofre con delicadeza hasta que se había topado con un pequeño saliente en uno de los lados, lo había desplazado con la uña de su dedo y la tapa había saltado y descubierto un doble fondo donde había un pequeño objeto que Cántara había cogido entre sus dedos; parecía una especie de colgante. Regina, de manera inconsciente, fue haciendo el mismo recorrido que vislumbraba hasta que rozó el pequeño saliente. Despertó de su ensoñación, abrió los ojos desmesuradamente y llamó a Juan Pablo y Eduardo, que hasta ese momento habían estado manteniendo una conversación ajena a lo que le estaba ocurriendo a Regina.

—¡Edu, Juan Pablo! ¡Mirad! —gritó Regina.

Ambos giraron la cabeza hacia Regina, al mismo tiempo que ella accionaba el pequeño resorte que hizo saltar la tapa. Los tres miraron ávidos el interior y observaron un pequeño trozo de pergamino doblado. Eduardo alargó la mano y, cogiéndolo, lo desdobló con mucho cuidado para que no se quebrase. En él había dibujado un octógono que ocupaba casi todo el pergamino y dentro de él había escritas unas frases con caracteres arábigos.

—Pero... ¿cómo lo has encontrado? —quiso saber Eduardo.

—No os lo vais a creer, pero lo he visto en sueños, de verdad —explicó asombrada.

—Bueno..., el cómo es lo de menos, lo importante es saber qué pone aquí. Juan Pablo, ¿puedes descifrarlo?

Juan Pablo cogió el pergamino y lo examinó detenidamente.

—Sí, creo que sí. Dadme papel y boli, por favor.

Durante breves minutos, que a Eduardo y a Regina les parecieron eternos, Juan Pablo miró el pergamino y escribió en el folio que le había dado Eduardo, inclinada la cabeza sobre la mesa donde los había depositado. Sin decir palabra se levantó y anduvo hasta su cuarto para regresar con un libro entre sus manos. Se volvió a sentar y, consultando entre sus páginas, se enfrascó de nuevo en la traducción. Esa vez se entretuvo más tiempo en volver a levantar la cabeza mientras la pareja se miraba impaciente en silencio.

—Ya está. Ha sido algo difícil porque no le encuentro sentido... Dice así: «Dos doradas palmeras custodian a su hermana, que mirando al norte guarda el tesoro entre sus dátiles».

Los tres se quedaron pensando mirándose entre ellos.

—Está claro, ¿no? —planteó Regina con su sonrisa irónica—. Hay que escalar una palmera para encontrar el tesoro, chicos. Si nos lo llevamos a nuestro terreno, el tesoro es la sura, por lo que tendremos que abrir un dátil con la llave y... ¡voilà! Aunque... me pregunto... ¿habrá alguna palmera dentro de la Mezquita de Damasco?

Riendo, Juan Pablo dijo:

—No, Regina, no. Una palmera como la que tu planteas, no. Pero el patio de la mezquita está adornado con mosaicos que representan árboles, ríos y escenas campestres a imagen de lo que es el paraíso para los musulmanes. Así que, entre todos esos árboles, alguna palmera habrá, digo yo.

—Entonces, está claro que esto debe ser una pista del lugar donde se encuentra la sura —opinó Eduardo.

—No, Eduardo. No sabemos si el tesoro al que se refiere el pergamino es la sura o algo que no tiene nada que ver con ella. Ese pergamino puede haber sido dejado con anterioridad y no tener nada que ver con la llave guardada en el cofre —intervino Juan Pablo.

—Pero como es lo único que tenemos por ahora, tampoco debemos descartar la posibilidad de que se refiera a la sura —concluyó Regina.

—Cierto —ratificó Juan Pablo.

El resto de la tarde-noche la dedicaron a hacerle infinidad de fotografías al cofre en todos los lados posibles. Envolvieron la llave y el pequeño trozo de pergamino con el plomo y lo escondieron lo mejor posible en la maleta de Eduardo, cenaron y se fueron a la

cama.

Llegó el día de partir. Un agente de policía se había encargado de dejarles en el garaje un coche para viajar hasta Madrid y coger el vuelo hasta Alepo. Prefirieron no salir en ninguno de los coches con los que se habían movido por la ciudad, el de Eduardo y el de Fernando.

Poco después de la medianoche llenaron el portaequipaje con las maletas y Regina, Eduardo y Juan Pablo se ocultaron dentro del coche, agachándose en los asientos. Fernando se puso al volante. A pesar de que a esas horas era escasa la circulación, antes de salir de la ciudad, el inspector dio un paseo por el centro para comprobar que nadie los seguía. Cuando estuvo seguro de que esto no ocurría, cogió la carretera hacia Madrid, y los otros tres pasajeros pudieron acomodarse bien en sus asientos.

Dejaron el coche en el aparcamiento del aeropuerto. El vuelo tenía una duración de más de doce horas y hacía escala en Viena por lo que se hizo algo pesado. Regina, previsora, se había llevado una baraja de cartas y el tiempo que no dedicaron a dormir lo pasaron jugando con ellas. Echarse unas risas con las cartas era uno de sus pasatiempos preferidos. No le importaba ganar o perder, pero sí que le gustaba sacar de sus casillas a sus contrincantes y se le daba muy bien.

Cuando aterrizaron en Alepo pasaron con rapidez la aduana, ya que tuvieron la suerte de que no les registraron el equipaje, por lo que pudieron localizar enseguida al guía que los estaba esperando. El resto de los viajeros que iban a compartir con ellos los siguientes días habían volado en el mismo avión que ellos y se reunieron todos, casi a la vez, en el punto de encuentro, donde se hicieron las debidas presentaciones. El guía se trataba de un nativo de Siria, de Damasco concretamente. Conocía el español con bastante fluidez porque había realizado estudios universitarios en España. Rondaba los treinta y cinco años, se llamaba Issâm y a simple vista parecía una persona abierta, amable y servicial.

El empresario madrileño, que tenía pinta de ser jovial y encantador, aparentaba poco más de cincuenta años. De aspecto muy cuidado; bien rasurado, peinado con gomina, olía a colonia cara y vestía a la última moda. En su cuerpo, aunque intentaba disimularlo, ya empezaba a notarse el paso de la vida acomodada, pero seguro que, con un poco de deporte, lograría quitarse esa incipiente barriguilla que empezaba a despuntar bajo la ropa ligeramente holgada que llevaba. Su nombre era Rafa y estaba recién separado.

La pareja de enamorados, Lucía y Jesús, cercanos a la treintena, acababan de casarse después de una convivencia de dos años. Eran de Guadalajara capital, pero vivían en Azuqueca de Henares. Se los notaba embelesados y no se despegaban el uno del otro. Ella, pequeña y excesivamente delgada, parecía frágil y quebradiza. Su melena larga y rubia, su tez blanca llena de pecas y unos ojos verdes eran el marco perfecto para su supuesta fragilidad. Él bastante recio, alto y moreno de piel y pelo, le pasaba más de una cabeza a su reciente esposa. Tenía una boca grande que mantenía casi siempre abierta en una amplia sonrisa en donde se podían ver sus perfectísimos dientes blancos, que resaltaban en

contraste con su piel.

Como primera impresión, hubo una corriente de simpatía entre todos.

El guía los llevó a un microbús para trasladarlos al hotel donde tenían las reservas. El trayecto hasta el hotel desde el aeropuerto era de unos veinte kilómetros que se hicieron interminables. Las carreteras eran primitivas, llenas de baches, pero lo peor no era eso, sino el tipo de conducción que se practicaba en ellas. Los camiones los adelantaban en los cambios de rasante e, incluso, uno de ellos perdió algo de mercancía cuando los adelantaba y el chofer del microbús, con gran pericia, tuvo que esquivarlo invadiendo el arcén.

Era noche cerrada y, aun así, la mayoría de los coches iban con los faros apagados. Una vez en la ciudad, el caos se apoderó de la circulación. Los peatones cruzaban por donde querían, los semáforos ni existían y las obras no estaban señalizadas. No supieron cómo, pero al final llegaron al Beit Wakil Hotel. Se encontraba en el centro de Aleppo y constaba tan solo de dieciséis habitaciones. Su arquitectura era netamente árabe, con sus arcos, sus ventanas mudéjares y su patio central. Tenía dos restaurantes, uno en el patio y otro dentro, en las grutas de piedra del hotel. Las habitaciones eran pocas, pero impresionantes: grandes, espaciosas, con amplias camas con colchas de damasco al igual que las tapicerías de las sillas y sillones, y que las cortinas. Todas las paredes eran de piedra, lo que daba la sensación de una alcazaba de la Edad Media.

Era muy tarde y decidieron cenar en el restaurante del patio central. Dejaron las maletas cada uno en su habitación y bajaron al restaurante a degustar platos típicos del lugar. Se instalaron los ocho en una mesa rectangular. Casi todos pidieron para comenzar sopa de caldo de cebada, que les vendría muy bien para templar el cuerpo después de las largas horas de viaje. Para continuar escogieron distintos tipos de kebabs y como postre los típicos pastelitos de hojaldre elaborados con mantequilla y rellenos de frutos secos como el pistacho, las nueces o las almendras. Y todo ello acompañado para beber del típico *arak*; licor con sabor a anís que se suele tomar rebajado con agua y hielo.

La conversación se hizo distendida entre los siete viajeros y su guía. El tema central era Aleppo y lo que iban a visitar, y su portavoz principal era Issâm.

—Halab, como se llama aquí a Aleppo, es una antigua ciudad caravanera donde se encuentran vestigios de civilizaciones antiguas.

—¿Visitaremos el zoco? —preguntó Lucía.

—Por supuesto. Mañana recorreremos las callejuelas de sus fascinantes zocos cubiertos donde podréis encontrar telas, especias, pieles, orfebrería o cualquier otra cosa que podáis imaginar. También visitaremos alguno de los numerosos caravasares que son unas fondas en las que se alojaban los mercaderes que llegaban a la ciudad junto con sus caravanas. Por supuesto, también pasaremos por La Ciudadela que domina la ciudad y para acabar conoceréis la Gran Mezquita y la *madrassa*^[51] Halawiyya.

—Issâm, ¿por qué no nos cuentas algo de la historia de esta ciudad? —interrogó Regina.

—Encantado, es lo que más me gusta hacer. Alepo es la segunda ciudad siria en tamaño. Sus habitantes afirman que «un día fuera de Alepo es un día que no cuenta en la vida», bonito, ¿verdad? Según aseguran, es la ciudad más antigua del mundo que siempre ha estado habitada. Su historia está plagada de invasiones, ha sido asediada en multitud de ocasiones desde el tercer milenio antes de Cristo. La Ciudadela, que es el monumento histórico más impresionante de la ciudad, fue construida en 1209 por Al-Malikal-Zahir Ghazi, hijo del que vosotros llamáis Saladino, sobre otras fortificaciones de épocas anteriores y está situada sobre una colina de sesenta metros de altura, cuyo acceso se realiza por un puente de ocho arcos que cruza el foso que la rodea. Es una atalaya militar y, aunque se encuentra en ruinas, no deja de ser una obra maestra de la arquitectura militar islámica. Por otra parte, Alepo fue lugar de paso obligado de las caravanas que comunicaban el Oriente Próximo con Persia, la India, Armenia y el resto del imperio Otomano, por ello formaba parte de las rutas de comercio y, como tal, está plagada de caravasares que daban albergue y alimento a los viajeros y sus animales, así como almacenaban sus mercancías. Mañana visitaremos también alguno de ellos, ya que se encuentran en la misma zona que los zocos y, como os he dicho antes, también visitaremos la gran Mezquita, que fue construida por los Omeyas y donde se encuentra la cabeza del padre de San Juan Bautista.

Los españoles bombardearon a preguntas al sirio durante un buen rato hasta que este se excusó por irse de la mesa alegando que tenía que ultimar algunos detalles que todavía tenía pendientes sobre el viaje que iniciarían en breve.

Pese a que no era excesivamente tarde, y aún podrían haber dado una vuelta por la ciudad, todos decidieron retirarse a descansar a sus habitaciones porque estaban agotados del viaje y al día siguiente debían madrugar.

Juan Pablo, Fernando, Regina y Eduardo decidieron reunirse en la habitación de la pareja a petición de Fernando.

—Bueno, creo que hemos hecho una buena elección al decidirnos por este viaje organizado iniciado desde Alepo —opinó el inspector en cuanto los cuatro se hubieron sentado en sendos sillones—. Pasaremos desapercibidos durante bastante tiempo. No creo que nos busquen aquí, en todo caso pensarán que nuestro destino lógico habrá sido Damasco, pero aun así quiero que os mantengáis alerta y no os separéis del grupo en ningún momento.

Eduardo, Regina y Juan Pablo se miraron. Era el momento de decir la verdad. Tomó la palabra Eduardo:

—Fernando, he de contarte algunas novedades. Ayer, Juan Pablo tuvo una llamada...

Eduardo le contó todo lo que sabían con respecto a los dos grupos árabes. Conforme iba explicándose, la cara de Fernando iba tomando una consistencia y un color próximos al acero. Sus ojos se habían vuelto oscuros y despedían chispas. Cuando Eduardo acabó, la voz de Fernando salió disparada, tronando por toda la habitación.

—Pero ¿estáis locos?, ¿se puede saber por qué no me lo habéis dicho antes? —gritó, más que dijo, mirando furioso a los tres amigos.

—Por si nos obligabais a abortar el viaje —murmuró con sinceridad Regina.

—Decididamente, estáis locos. Vamos a ver si lo entendéis: mi cometido no es si viajamos o no. Mi cometido ES vuestra seguridad. Necesito saber a quién me enfrento para poder prevenir los acontecimientos. Con esa información, además de haber adecuado mi propio trabajo a las circunstancias, mis compañeros tendrían más pistas a las que atenerse para buscar y encontrar a vuestros atacantes. Si hubiésemos sabido a tiempo lo de ese sufi, mis compañeros de Córdoba lo habrían atrapado en cuanto hubiese hablado contigo, Juan Pablo, y lo habrían interrogado para saber algo más sobre esos grupos. ¡Sois unos inconscientes! —acabó gritando Fernando.

Eduardo, Regina y Juan Pablo se miraron con caras compungidas.

—Creo que hemos cometido un grave error —accedió Eduardo.

—Estate seguro de ello —gruñó Fernando.

—Te prometemos que no lo volveremos a hacer. Serás informado de todo de inmediato.

—Eso espero, porque a la próxima desisto y me vuelvo a España. Está claro que todavía no comprendéis el peligro que corréis.

—Lo sentimos, Fernando —se disculpó Regina.

—Bueno, ya no tiene remedio. Me pondré en contacto con los míos y les informaré para que actúen en consecuencia.

Fernando se levantó del sillón y dirigiéndose a la puerta dijo:

—Lo dicho, estad atentos y no os separéis del grupo. Ahora me retiro, debemos descansar.

Se levantaron todos de los sillones y Juan Pablo siguió a Fernando hacia la puerta.

—Buenas noches y hasta mañana —se despidió.

—Que descanséis —dijo Regina.

Una vez que estuvieron solos, Regina y Eduardo se quedaron frente a frente mirándose a los ojos. Eduardo extendió la mano y rozó levemente la mejilla de Regina con los dedos.

—Eres preciosa. No sé si será por la emoción del viaje, pero tus ojos brillan de un modo especial esta noche —susurró Eduardo.

Regina inclinó la cara hacia el lado en que Eduardo había posado su mano y la atrapó con su hombro con suavidad. Sin dejar de mirarlo, tomó entre sus manos la de él y la deslizó por su mejilla hasta su boca para depositar en ella un tierno beso. Eduardo se estremeció de placer. Con su brazo libre, rodeó a Regina por la espalda y, atrayéndola hacia sí, la pegó a su cuerpo. Regina soltó la mano de Eduardo, acercó su boca a la de él y deslizó su lengua por su interior. Eduardo la ciñó con sus dos brazos apretándola más

todavía hacia él. Permanecieron largos minutos así hasta que Regina separó sus labios y mirándolo con insinuación susurró junto a los labios de Eduardo:

—¿Nos duchamos?

Sin decir una sola palabra, Eduardo soltó un brazo y con el otro la condujo hasta el cuarto de baño.

La primera visita que realizaron a la mañana siguiente fue a los zocos. Cada bazar está especializado según los oficios que se encuentran en ellos, como Suq El Saaga, el mercado de las joyas; Suq El Altarren, el mercado de los perfumes, o Suq El Tawabel, el mercado de las especias. En cada uno de ellos suele haber una fuente en el centro y en algunos también un pequeño jardín de rosas y jazmines.

El laberinto de calles con techos abovedados protegía del sol ardiente, aunque este se escapaba a través de claraboyas e iluminaba los brillos de las joyas, los olores y las texturas de las especias, el aroma de los perfumes, la sutileza de los textiles y todo lo que fuera posible imaginar y que se repartían en las tiendas por sus pasadizos y callejuelas.

—Aquí no solo se compra y vende, sino que es el corazón de la ciudad. La gente trabaja, vive y reza en el zoco —les contó Issâm.

Todos estaban disfrutando yendo puesto por puesto, regateando y adquiriendo cosas a las que no sabían si les darían utilidad, pero que, en el peor de los casos, podrían ser regalos cuando volvieran.

El único que no participaba del placer de «pasear» por el zoco era Fernando. Su actitud reflejaba con claridad una gran tensión. Sus ojos se movían de continuo al observar con atención todo lo que ocurría alrededor de Juan Pablo, Regina y Eduardo. Su enorme cuerpo sobresalía del resto del grupo, ya no tanto debido a su gran altura como por el hecho de que el resto de los integrantes del grupo iban casi siempre encorvados, curioseando los cientos y cientos de objetos que se exhibían en las mesas expuestas en las puertas de casi todos los puestos del zoco.

Regina se le acercó y le susurró al oído:

—Fernando, por favor, relájate, estás llamando la atención.

—Yo no estoy aquí de vacaciones y esto está lleno de gente —le respondió de la misma forma, pero con un tono acerado.

—Ya lo sé, pero se supone que sí que es así, que estás, junto con nosotros, recorriendo Siria en un viaje de placer.

—De acuerdo, intentaré actuar con mayor disimulo.

Regina asintió y volvió a sumergirse en la vorágine del zoco. Era la primera oportunidad que tenía de recorrer uno, y la experiencia le estaba pareciendo excitante y maravillosa.

La magia lo envuelve envolvía todo en cualquier zoco árabe. A pesar de la algarabía que prevalece en todo el recinto debido al acoso que realizan los vendedores hacia los turistas para ofrecer sus objetos y que se incrementa con el inevitable regateo en el precio, a pesar de ello, hay algo en el ambiente, en el aire, algo que lo embruja todo, que los hacía sentir que estaban en otra época, en otro mundo.

A pesar de que algunos visitantes creían que con la práctica llegaban a controlar el arte del regateo que los árabes utilizaban como algo implícito en sus vidas, eso no era cierto, en realidad nunca llegaban a tener su control, sino que más bien se lo hacían creer para que se quedaran satisfechos. Era un arte, sin duda.

En el extremo oriental de los zocos, La Ciudadela domina la ciudad. Hacia allí se dirigieron en cuanto se decidió que ya habían disfrutado bastante de los aromas de las especias y los perfumes embriagadores. Se encaminaron a la zona sur para atravesar el foso de veinte metros de profundidad a través del puente que conduce a la puerta fortificada. Primero visitaron el Salón del Trono que está situado en la cima de la torre de entrada y en el que una espléndida restauración consiguió que pudieran atisbar las maravillas que, en su día, disfrutaban sus habitantes. Desde la cumbre de La Ciudadela observaron los edificios en ruinas que la conforman debido al descuido y a los terremotos. También divisaron las numerosas escaleras que bajan a lo más profundo de la colina.

Las vistas de Alepo que se divisaban desde allí eran espectaculares. Multitud de mezquitas con sus minaretes apuntando al cielo plagaban la ciudad entre sus callejuelas. Al fondo se divisaba la ciudad nueva. Permanecieron un buen rato contemplando el panorama hasta que Issâm los instó a seguirlo hasta la réplica de un anfiteatro donde suelen dar espectáculos y que en ese momento solo estaba ocupado por unos pocos turistas que, como ellos, deambulaban por La Ciudadela.

Tras visitar las dos mezquitas que todavía permanecen en pie en el recinto, fueron a comer al restaurante de un primo de Issâm. El grupo al completo prefirió dejar la elección de la comida al guía.

Issâm pidió *shawarna*, una carne asada servida en pan de pita; *falafel*, unas croquetas vegetales de garbanzos, habas y especias típicas; y el *mutabbel*, un puré de berenjenas mezcladas con otros ingredientes. Todo ello regado con *arak*. Y como postre, arroz con leche y frutos secos que les sirvieron como una especie de tortas tostadas. Todo el grupo disfrutó de los distintos sabores a la vez que le agradecían a Issâm su elección.

La tarde la comenzaron con una visita a la Gran Mezquita.

—Fue construida por los Omeyas, con su plano trazado sobre el modelo de la Gran Mezquita de Damasco, en el siglo VII y reconstruida en el siglo XII —les informó Issâm.

Penetraron en ella y fueron directamente al patio interior donde dos fuentes de abluciones descansaban sobre un gran suelo de mármol blanco y negro, que realizaba diversos dibujos geométricos. La gente, tanto sirios como extranjeros, acampaban por todas partes, ya sentados sobre bajos muretes que rodeaban el patio entre pilar y pilar, o

paseando con tranquilidad, o sentados en las fuentes. El interior, en la sala de oraciones, contrasta con el frío mármol del patio porque está cubierto de larguísimas alfombras verdes con rayas blancas, mientras que un maravilloso púlpito de madera tallada espera paciente a ser ocupado para recitar las suras del Corán. El grupo al unísono se acercó a contemplar el santuario del profeta Zacarías, padre de San Juan Bautista.

Cuando salieron de la mezquita, visitaron la madrasa al-Hallawiya, que está situada junto a aquella. Dentro pudieron observar las seis columnas de la antigua catedral de Santa Elena que se habían aprovechado para edificar la escuela coránica.

Terminaron las visitas de ese día con los dos caravasares más importantes de Alepo gracias a su gran belleza; el Khan al-Jumruk y el Khan al-Wazir, con su fachada de hileras de mármol blanco y negro donde está estaba la entrada franqueada por una gran puerta de madera, el patio abierto rodeado de habitaciones y la pequeña mezquita. Dentro de él, Regina se sintió aislada del ruido exterior por los fuertes muros del caravasar, paseó con tranquilidad mientras sentía las conversaciones del mercado que en otro tiempo inundaba de aromas que impregnaban las paredes del patio, oyó el balar de los camellos...

—Regina, cariño, tenemos que irnos ya —susurró Eduardo detrás de ella intentando sacarla del trance en el que se encontraba y que se apreciaba en su rostro.

La joven se giró despacio y pudo ver que el resto de los componentes del grupo la miraban.

—Perdonad, no me he dado cuenta.

Tras una opípara cena para reponer fuerzas, volvieron al hotel. El grupo entero, salvo el guía y Fernando, que se disculpó aduciendo dolor de cabeza, se reunieron para conversar en uno de los salones. La camaradería ya estaba instaurada entre todos ellos y departieron amigablemente sobre los lugares que habían visitado y las compras que habían realizado. A medianoche se despidieron y cada uno se fue a sus habitaciones.

Eduardo, Regina y Juan Pablo se habían relajado de tal manera que ya casi no recordaban el motivo por el cual estaban allí y se comportaban como si en verdad estuviesen en un viaje de placer. Las risas los acompañaron todo el camino hasta sus habitaciones.

A Regina y Eduardo se les notaba felices de estar juntos y cuando entraron en la habitación que les correspondía, siguieron disfrutando del momento entre abrazos, besos, risas y palabras de amor llenas de deseo.

CAPÍTULO 16

Los días pasaron lentos para Cántara. Amina intentaba distraerla con sus lecciones o paseando por el hermoso jardín. Cada vez que llegaban al centro del vergel y veía el banco junto al estanque, a Cántara se le deslizaban unas gruesas lágrimas por sus mejillas mientras recordaba a su amado. Al cabo de una semana, estaban ambas amigas en ese banco cuando vieron llegar por entre las bellas flores la figura inconfundible de Alí. Cántara se puso en pie como impulsada por un resorte y echó a correr a su encuentro. Alí le tomó las manos y le dijo:

—Querida mía, tu padre me ha dado permiso para que me despida de ti. Parto inmediatamente para llevar a cabo mi reto. Llevo un retraso considerable, así que no sé cuándo podré volver.

—¡Ay! ¡Mi amado Alí! ¡Se me rompe el corazón al oírte decir eso! Prométeme que vendrás a visitarme de vez en cuando.

—Cántara, si queremos estar juntos para siempre, debo cumplir mi objetivo y construir el acueducto antes de que regrese tu otro pretendiente —razonó con pesar.

—Lo sé, pero ahora que he encontrado el amor, no puedo vivir sin él. Por favor, prométeme que, cuando te sea posible, me harás una visita —insistió la joven con pasión.

Alí sonrió. Sabía lo que Cántara estaba sintiendo porque a él mismo le estaba pasando. Le costaba separarse de su lado y dejar de ver a la mujer que le hacía vibrar su corazón y sentir el amor en todo su ser.

—Querida, te prometo que vendré siempre que me sea posible.

La despedida fue triste y desgarradora. Cántara, en cuanto vio desaparecer a su amado, rompió a llorar con amargura. Amina la hizo sentar en el banco y se acomodó junto a ella; abrazándola, le dio consuelo.

Cuando el caíd vio a su hija tan melancólica, quiso darle una alegría y recordó la promesa que le había hecho.

—Cántara, hija mía, cuando quieras ya puedes bajar a la medina para ir a los baños públicos con Amina.

—¿De verdad? —le preguntó Cántara surgiendo de su boca una sonrisa que hizo revivir

su bella cara.

El caíd imitó a su hija con otra sonrisa.

—Por supuesto. Cuando quieras.

—Mañana —zanjó con rapidez.

—Pues mañana.

—Gracias, padre. Te adoro —le dijo arrojándose hacia él.

El caíd abrió sus brazos para refugiar entre ellos y su pecho el cuerpo de su querida hija. Con su enorme mano derecha acariciaba el largo y sedoso cabello de Cántara hasta que esta, con lentitud, se fue desprendiendo del abrazo de su padre y culminó el momento con dos sonoros besos en ambas mejillas del caíd.

Ver la cara de felicidad en su hija llenaba de gozo su corazón.

—Avisaré a Diba para que os acompañe.

—¡No! Por favor, padre, quiero ir sola con Amina. No nos pasará nada, Amina conoce la medina a la perfección y yo casi también gracias a los relatos que me hace ella.

—De acuerdo, de acuerdo. Iréis solas.

Cántara volvió a darle un beso a su padre y salió corriendo en busca de Amina. La encontró en sus aposentos practicando la lectura de poemas.

—¡Amina! —explotó en cuanto la vio—. ¡Mañana nos vamos a los baños públicos!

Amina levantó la mirada del pergamino y la dirigió hacia su amiga.

—¿Sí? ¿Por fin te ha dado permiso tu padre?

—Sí. Iremos las dos solas.

—Estupendo. Cuando nos levantemos, bajaremos a la medina. Las mañanas están reservadas para las mujeres y las tardes a los hombres. Ahora ven y ayúdame a seleccionar los aceites que llevaremos para que nos den un buen masaje corporal.

Amina se levantó y se dirigió hacia una alacena, la abrió y sacó de allí diversos botecitos de cerámica.

—Huélelos y elige el que quieras. Hay aceites de rosas, jazmines, almendras y narcisos.

Cántara cogió botecito a botecito acercando su nariz a cada uno de ellos.

—Me gusta este —sentenció Cantara levantando y acercando uno de ellos a la nariz de su amiga.

—Es el de narcisos. Buena elección, es uno de mis preferidos. Yo cogeré el de rosas.

Al día siguiente, en cuanto se levantaron, las dos amigas emprendieron el camino de

bajada por la ladera de monte Benu-lQatil. Amina la guio por la medina hasta los baños, que se encontraban muy cerca de la Mezquita Aljama. Era un edificio de grandes proporciones, todo blanco salvo por sus bóvedas con lucernarios decorados en azul. Primero entraron al vestuario, donde se desnudaron, se liaron el cuerpo con una gran sábana y se dirigieron a la sala fría donde permanecieron un tiempo sentadas en unos bancos mientras esperaban que en la sala templada hubiese sitio libre para darse un masaje. Ambas mujeres conversaron amigablemente:

—Amina, no esperaba que los baños fuesen tan grandes y que hubiese tanta gente.

—Los hombres y mujeres de la medina acuden con frecuencia. Es un lugar donde, además de venir a recibir masajes y darse los baños, las personas vienen a relacionarse socialmente. En la medina no existe solo un baño público, hay varios distribuidos por ella, pero este es el que frecuentan las mejores familias, ya que está situado al lado de la Mezquita Aljama y en la calle más importante.

Cuando pudieron pasar a la sala templada se tumbaron y dos mujeres comenzaron a darles unos reconfortantes masajes para relajarse, tonificar la piel y perfumarse con los aceites que habían llevado. En la sala se encontraban varias mujeres más que entablaron conversación con Cántara y Amina mientras recibían el masaje. Cántara miraba con ojos de curiosidad observándolo todo con interés mientras hablaba con las demás mujeres de forma distendida, como si fuese usual en ella el encontrarse allí.

Amina veía a su amiga feliz, mientras disfrutaba de todo aquello. Deseaba que pasase una mañana inolvidable para que su ánimo se levantase un poco y que volviese a ser la Cántara llena de ilusión que ella había conocido. Desde que había encontrado el amor, su vida había dado un vuelco y, de ser una niña ilusionada y feliz por casi cualquier cosa, había pasado a ser una mezcla de felicidad y tristeza que la mantenía casi a diario en un estado de melancolía.

Los masajes, poco a poco, hicieron que la conversación entre las mujeres se fuera diluyendo al relajarse y adormecerse gracias a las expertas manos que se deslizaban por cada centímetro del cuerpo femenino y a los olores que desprendían los aceites y que se filtraban por las fosas nasales.

Una vez acabados los masajes pasaron a la sala caliente. En el centro de la sala había una piscina de dimensiones considerables. Cántara metió la punta del pie para probar la temperatura del agua.

—¡Está caliente! —exclamó asombrada—. ¿Cómo es posible?

A Amina se le escapó una fuerte carcajada.

—Pero vamos a ver, Cántara, ¿no has estado nunca en unos baños públicos? ¿En Qurtuba no fuiste a ninguno?

—No... Era una niña y nunca me llevaron a uno, aunque sabía que los hombres y mujeres de mi casa sí los utilizaban.

—Bueno, metámonos en el agua y te explicaré.

Las dos mujeres se introdujeron poco a poco en la piscina. Se pusieron juntas en un rincón y Cántara escuchó con atención la explicación de Amina.

—Mira, tras esa pared —indicó señalando al fondo de la sala— hay un horno que se tiene encendido constantemente. Bajo el suelo de esta sala hay unos conductos por donde circula el aire caliente que produce el horno. Esto hace que tanto la sala como el agua estén calientes.

—¡Es asombroso! —exclamó la joven fascinada tanto por el descubrimiento de los baños como por la sabiduría de su amiga.

Las dos amigas disfrutaron durante un buen rato dentro de la piscina junto con otras mujeres a la vez que Cántara se deleitaba con la sensación que experimentaba desnuda dentro del agua.

El regreso a la alcazaba lo hicieron paseando con tranquilidad, relajadas gracias al reciente baño.

—Ha sido maravilloso, Amina. Espero que mi padre me deje volver.

—Yo también lo espero porque creo que esto te viene bien para relajarte y olvidar un poco el motivo de tu tristeza.

—Amina, mi tristeza no se puede mitigar hasta que no esté para siempre con mi amado. Pero no olvides que esta tristeza va unida a la alegría de haber encontrado el amor eterno.

—Pues entonces prométeme que a partir de ahora harás un esfuerzo para que la felicidad gane a la tristeza y que vas a disfrutar recordando solo lo bonito de tu historia de amor.

—Te prometo que lo intentaré.

Cuando llegaron a la alcazaba, una criada les dijo que el caíd estaba reunido con toda la familia en la sala principal y que había pedido que, en cuanto ellas dos regresaran, se reunieran con ellos.

Ambas apresuraron el paso y se dirigieron a la Torre del Homenaje. El caíd estaba hablando cuando entraron y en cuanto las vio calló y las miró.

—Entrad. Tenemos noticias extraordinarias para esta villa.

—¿Qué pasa, padre? —interrogó Cántara acercándose al grupo junto a Amina.

—Esta mañana ha llegado un correo del califa en el que anuncia su visita para dentro de diez días.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Cántara.

—En efecto. Por eso tenemos que hacerle un recibimiento que recuerde para toda su vida. Necesito toda vuestra colaboración.

—Cuenta con nosotras, padre.

—Al resto de la familia ya les he asignado la tarea que van a realizar, solo faltáis vosotras dos.

—Dinos, Hakîm, estamos a tu entera disposición —se interesó Amina.

—Vosotras dos os vais a encargar de la organización de toda la recepción. Todos estarán a vuestras órdenes y supervisaréis todas las tareas. Aquí os he escrito unas normas básicas a tener en cuenta a la hora de recibir al califa, espero que os ayuden —dijo el caíd entregando a Cántara un rollo de pergamino.

Hubo un murmullo generalizado de toda la familia y alguna protesta en viva voz. El caíd los mandó callar enérgicamente.

—¡Silencio! Cántara y Amina me demostraron durante el ataque de los fatimíes que eran muy capaces de llevar a cabo cualquier tipo de organización; así que esta es mi decisión. No quiero más protestas. Todos debéis poner os a las órdenes de ellas dos.

Para Cántara y Amina era una gran responsabilidad. No podían defraudar al caíd y debían preparar un recibimiento digno del califa de Al-Andalus. Las dos amigas se encerraron en el cuarto de Cántara para leer el pergamino que les había entregado el caíd y empezar a pensar cómo iban a planificarlo todo.

—Amina, mi padre deberá sentirse orgulloso con lo que organicemos.

—Por supuesto. Tenemos que demostrarle que su confianza no era equivocada.

—Tú has estado en ciudades muy importantes y habrás visto un montón de recepciones, así que intenta recordar hasta el más mínimo detalle. Tu experiencia nos ayudará mucho.

—Sí, Cántara, pero yo estaba pensando en darle un toque distinto.

—¿Cómo qué?

—No lo sé, tenemos que meditarlo. Tiene que ser algo impactante. Pero bueno..., ya pensaremos algo. Por lo pronto, yo creo que para empezar hay que arreglar toda la alcazaba, ¿no crees?

—Sí. A partir de mañana los criados deberán ponerse a limpiar todas las dependencias, incluyendo los tapices y alfombras, así como retocar la pintura de las paredes.

—También habrá que darle un repaso al jardín y... ¿qué te parece si ponemos alrededor del patio y en todo el trayecto de subida, por el camino, parterres llenos de flores?

—Muy buena idea, Amina. De eso me encargo yo, por supuesto.

Conversando animadamente sobre todos los detalles, se olvidaron de comer y llegó la noche. Una prometedora luna menguante se reflejaba en las tranquilas aguas del Al-Bahr al-Mutawasit. Toda la alcazaba respiraba tranquilidad y silencio salvo por el tenue cuchicheo de las dos amigas. Era como la calma que precede a la tempestad.

En cuanto surgieron los primeros rayos de sol por el horizonte, la actividad en la

alcazaba se hizo efervescente y se elevó como la espuma según iban sumándose en los preparativos los habitantes de la medina que subían a diario para suministrar de alimentos la alcazaba y que o bien Cántara o bien Amina reclutaban para ayudar en alguna tarea.

—Amina, debemos encargar a un carpintero un trono soberbio para que se sienta el califa.

—Es cierto. Yo me encargo de ello. Conozco al mejor carpintero de la medina y ahora mismo mando a alguien para que lo haga subir. ¿Has pensado cómo será?

—Bueno, teniendo en cuenta el poco tiempo del que dispone el carpintero, he pensado que lo mejor sería reformar un trono que hay guardado en el almacén y que pertenecía al anterior caíd. Creo que, con un buen arreglo, adornos de pan de oro y cambiando el cuero del asiento podrá quedar impresionante.

—Bien pensado. En cuanto venga el carpintero te aviso y vemos qué le podemos hacer.

—De acuerdo.

—Oye, Cántara, he pensado que podríamos recurrir al mercader al que tu padre consintió subir su cargamento a la alcazaba durante el ataque fatimí. Recuerdo que comentó que en el barco llevaba ornamentos de decoración que pensaba vender en Qurtuba. Si no ha zarpado ya...

—No. Ayer lo vi fondeado en la bahía. Hazlo llamar también y a ver si algo de lo que lleva nos sirve.

Mientras que Amina fue a localizar a alguien que bajara a la medina, Cántara fue a hablar con el jardinero para el arreglo del jardín y las flores para adornar el patio y la ladera del monte por donde subiría el califa.

—Quiero que sustituyas todas las plantas y árboles que estén mustios y que rellenes los huecos que hayan quedado. Que todo luzca con los mejores colores. Alrededor del patio quiero que dispongas parterres con flores blancas y plantas y arbustos verdes alternándose, así como a lo largo de todo el camino de subida hasta la alcazaba.

—Señora, no sé si podré complaceros.

—¿Y eso?

—Quizás no pueda localizar la cantidad necesaria para llenarlo todo, sobre todo de flores blancas.

Cántara meditó unos breves minutos.

—Ve de casa en casa si es necesario para que te den las flores de sus jardines interiores. Te mandaré un grupo de gente para que te ayude.

Diciendo esto se marchó a supervisar la limpieza de las distintas dependencias de la alcazaba. En la cuadra se estaba cepillando los caballos y retirando el heno para limpiar todo bien y poner heno nuevo. En la Torre del Homenaje había docenas de personas

trabajando. Diba estaba allí dando órdenes para la limpieza de los tapices, las alfombras, los cojines donde solía sentarse el caíd con sus invitados, los candiles y todos los ornamentos que por lo general estaban en la gran sala.

—Diba, esta sala debe quedar espaciosa —le explicó Cántara—. Hay que retirar todo lo que hay en medio. Aquí será donde se instale el trono para el califa y donde recibirá a los señores que vengan a postrarse a sus pies.

Cuando llegó el carpintero, junto con él y Amina, fue al almacén para enseñarles el trono que había allí lleno de polvo. Lo estudiaron con detenimiento y el carpintero les dio su opinión sobre lo que él pensaba que se podía hacer para convertirlo en un trono espectacular. Mientras ultimaban los detalles, un criado les avisó que el mercader, propietario del barco de comercio, había llegado y las esperaba en el patio.

—Necesitamos saber qué mercancía es la que lleva en el barco —indagó Cántara en cuanto se saludaron.

—Pues... llevo sedas, copas de cristal, gemas preciosas, varias especias e incienso, pero sobre todo llevo un producto nuevo que he adquirido en Venexia[52]. Se trata de una especie de vasos de cristal que se usan para poner velas. Estos vasos producen un reflejo mayor de la luz y a la vez evitan que el aire apague la vela.

—¿Cuánta cantidad tienes de esos vasos? —preguntó Cántara.

—Muchos. Unos dos mil.

—Te los compro todos.

Amina la miró sorprendida.

—He pensado una cosa... —indicó a su amiga observando su cara de sorpresa.

Hablaron durante un buen rato con el mercader hasta que llegaron a un acuerdo sobre los artículos que necesitaban y su precio.

—Cántara, debemos ver el menú para la cena de recepción y para el resto de los días que el califa permanecerá aquí —dijo Amina en cuanto se hubo marchado el mercader para comenzar a descargar todo lo que le habían pedido.

—Es cierto, vamos a la cocina para hablar con Yaminah y Surayyah, que son las encargadas de organizar la realización de los platos.

Las cuatro mujeres discutieron largamente sobre los platos más apropiados para que agradasen al califa. Acordaron los platos de carne, de pescado, de verduras, los dulces y sobre el pan decidieron que fuese realizado por el mejor horno de la medina.

A continuación, hablaron con la persona encargada del suministro necesario para poder elaborar todos esos platos para el califa y su séquito, y de lo necesario para dar alimento a los soldados que lo acompañasen.

Cuando al día le faltaba poco tiempo para concluir y el sol se ocultaba por el horizonte,

las dos amigas fueron al peñasco preferido de ambas para comentar lo que habían estado haciendo durante el día y lo que iban a hacer al día siguiente.

—Bueno —comentó Cántara—, creo que el día ha sido fructífero. Cada uno ya sabe lo que tiene que hacer. A partir de ahora solo queda supervisar que se cumplan bien nuestras órdenes para el día de la llegada del califa y ultimar pequeños detalles de ornamentación.

—Sí, yo también creo que hoy hemos conseguido tenerlo todo bastante planificado, salvo...

—¿Qué?

—Esos secretillos que me estás ocultando y que me tienen bastante intrigada.

Cántara rio ante la curiosidad creada en su amiga.

—No son secretillos. Lo que pasaba es que tenía que madurarlos un poco antes de compartirlo contigo para que me des tu opinión.

—Pues dímelo ya —le contestó Amina con una amplia sonrisa.

—Verás, por un lado, he pensado poner todos esos vasos para velas distribuidos por toda la bahía en los barcos que hay atracados en el puerto para que lo ilumine todo en cuanto anochezca. Ten en cuenta que para entonces habrá luna nueva.

—Cántara, me parece una idea genial. Será un espectáculo magnífico.

—Me alegro que te agrade —reconoció Cántara entusiasmada—. También había pensado convocar a todo el mundo de la medina para que se coloque a ambos lados del camino que debe realizar el califa, desde el exterior de las murallas de la villa hasta lo alto del Benu-lQatil, a las puertas de la alcazaba, portando pétalos secos de azahar que luego arrojen al paso del califa a la vez que lo vitorean.

—¿Pétalos secos?

—Sí. El año pasado fue muy buena la cosecha de azahar y los almacenes están llenos, se están secando para exportarlos. Será una mínima cantidad la que tendremos que utilizar, pero esto hará que el aire huela a azahar durante todo el camino. ¿Qué te parece la idea? —le preguntó a su amiga mirándola fijamente para observar la reacción de su cara.

—¡Magnífica! —gritó entusiasmada—. ¡Me encanta!

—¿De verdad?

—Pues claro. Mandaremos a algunos criados a la medina para que convoquen a todo el mundo, aunque tengan que ir de puerta en puerta, y repartiremos los pétalos a lo largo de todo el recorrido.

—Sí. Esa es la idea.

Estuvieron hablando un rato más bajo un manto de millones de estrellas que brillaban con luz propia ante la casi ausencia de la luna.

Durante los días siguientes la actividad fue intensa. Cántara y Amina iban de un lado al otro de la alcazaba supervisándolo todo y dando las órdenes precisas para que todo saliese como ellas tenían previsto. Era sorprendente ver a dos mujeres llevando el peso de una organización de tal magnitud. Lo que ellas no sabían era que el caíd las observaba desde la lejanía, a través de sus propios ojos y de algunos de sus hombres que lo mantenían informado a todas horas de cómo se iban desarrollando los preparativos. Gracias a ello, cada vez estaba más convencido de que había tomado la decisión correcta y se sentía más y más orgulloso de las dos mujeres que ocupaban gran parte de su corazón.

Amina y Cántara habían contagiado a todos los habitantes de la alcazaba la vitalidad y el entusiasmo con que realizaban los preparativos y la alegría y el buen ambiente reinaba por doquier. Se aprovechaban cada una de las horas de sol e incluso, siempre dentro de las posibilidades, algunas tareas se seguían preparando a la luz de las velas.

El patio ya se encontraba limpio de hierbajos y de cualquier resto de desperdicios y el jardinero, junto con sus ayudantes, se estaba dedicando a colocar los parterres para decorarlo. En esos parterres y en los que estaban colocando en el camino que subía desde el exterior de la medina, que era el acceso oficial hasta la alcazaba, se alternaba el verde y el blanco. Cántara le había explicado a Amina que la elección de esos dos colores no había sido por capricho, estaban elegidos en honor al califa. El color blanco era el color de los omeyas y el verde, el del profeta Mahoma.

Poco a poco la transformación de la alcazaba fue tomando forma y los jardines lucían espectaculares, llenos a rebosar de flores, arbustos y árboles, cuyos colores ofrecían una visión inenarrable. Las distintas estancias de la Torre del Homenaje se estaban convirtiendo en hermosos salones y dormitorios dignos de un califa. El caíd había puesto a disposición de Abd Al-Rahaman su propio dormitorio y Cántara, junto con Amina, lo habían dispuesto todo para que lo convirtieran en una lujosa estancia llena de finas sedas y de hermosos ornamentos, que decoraban la habitación de forma exquisita.

El día anterior a la llegada del califa, todos los preparativos se encontraban encauzados y próximos a estar listos para el recibimiento. Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer y Amina y Cántara decidieron que podían ausentarse durante unas horas para relajarse, si el caíd lo permitía, en los baños públicos de la medina.

CAPÍTULO 17

Al día siguiente, después del desayuno, subieron a los dos todoterrenos y realizaron una visita a la Basílica de San Simeón. Se trata de una construcción de cuatro basílicas en forma de cruz con un patio central donde se encuentra la columna, encima de la cual, San Simeón el Estilita pasó treinta y siete años para estar más cerca de Dios. Fueron construidas en honor al santo y aunque se encuentra en ruinas se puede apreciar la magnificencia del edificio.

Los cuatro compañeros de viaje, pese a que visitaban lugares emblemáticos de la historia de la humanidad, se encontraban intranquilos. Fernando deseaba emprender la siguiente escala porque Alepo era una ciudad con demasiada gente y debía tener todos los sentidos bien alerta. A la vez, el resto del grupo, Regina, Eduardo y Juan Pablo, pese a que estaban disfrutando del recorrido elegido por el guía, también estaban ansiosos por seguir la ruta hasta Damasco.

—Estoy disfrutando mucho con lo que estamos viendo, pero estoy loca por llegar a la Mezquita de Damasco a ver qué encontramos allí —comentó Regina en cuanto subieron al todoterreno para volver a Alepo.

—Esta vez comparto tu impaciencia. A pesar de que aún no sabemos dónde buscar, estoy deseando estar sobre el terreno —confirmó Eduardo.

—Amigos, tened paciencia, mañana ya salimos de viaje. Yo comparto vuestra ansiedad por llegar a Damasco, pero cada vez estoy convencido de que nos hemos decantado por la mejor opción —opinó Juan Pablo.

Tras visitar el Museo Arqueológico, Issâm les propuso a los hombres ir a un *hammam* o baño público. Se trataba de uno de los pocos baños públicos de Siria en el cual también estaba permitida la entrada a las mujeres, pero en un horario distinto al de los hombres. Por la tarde podrían ir las mujeres. Así que mientras todos los hombres, menos Fernando, que prefirió quedarse con ellas para escoltar a Regina, se lo pasaban en grande y se deleitaban en cada sala del *hammam* recibiendo baños calientes, duchas frías y masajes reconfortantes, los tres restantes volvieron a recorrer de nuevo el zoco. A Fernando no le hizo ninguna gracia separarse de Juan Pablo y Eduardo, y menos tener que volver a padecer la aglomeración del mercado, pero no podía poner objeciones delante de los demás integrantes del grupo turístico y decidió acompañar a Regina porque era la que se quedaba más vulnerable.

Tras la comida realizaron un paseo por el barrio Al-Jdeida y sus laberínticas y estrechas calles con suntuosas fachadas de edificios realizados siglos anteriores por acaudaladas familias, formadas por elevados y gruesos muros de piedra tras los que se esconden magníficas viviendas con alegres patios, y acabaron de nuevo en el *hammam* para que Regina y Lucía disfrutasen en él.

El día había sido bastante tranquilo y relajante, sobre todo gracias a los baños públicos. Así que cuando las dos chicas salieron de allí se fueron caminando con tranquilidad hacia el hotel. Habían decidido cenar en las mesas del patio que, según el guía, tenía fama de servir buenísimos aperitivos que no habían probado la primera noche que pasaron allí.

Una vez reunidos alrededor de la mesa, Issâm les planteó un reto:

—Amigos, tenemos dos posibilidades. La primera y más común es la de hospedarnos en los hostales y hoteles de las diversas ciudades por las que pasaremos, y la segunda posibilidad es acampar entre los pastores nómadas beduinos en el desierto sirio como campamento base y desde allí recorrer los distintos sitios a visitar. Hay que tener en cuenta que estaríamos en el centro de Siria y desde allí no habría excesivas distancias a recorrer ya que la distancia máxima de oeste a este es de ochocientos treinta kilómetros y de norte a sur de setecientos cuarenta. Pero la experiencia puede ser inolvidable. Vosotros decidís.

Todos, sin pensárselo, al unísono, optaron por la segunda opción.

—Estamos en la mejor época para compartir esta experiencia con los nómadas. Con vuestro permiso iré a dar órdenes para que os preparen las jaimas.

Los eufóricos viajeros continuaron conversando un buen rato mientras degustaban los succulentos platos que les iban sirviendo.

A la mañana siguiente se subieron a los todoterreno y se acercaron a una de las ciudades muertas que abundan por Siria, Serjilla, que, pese a estar abandonada desde hacía más de quince siglos, mantenía en pie muchos de sus edificios. Recorriendo sus calles estructuradas, el grupo de viajeros pudo comprobar que algunas de las casas que seguían alzadas estaban ocupadas por pastores.

Continuaron camino hasta Apamea, ciudad greco-romana construida en el año 300 antes de Cristo, cuyos restos arqueológicos de granito gris resultan impresionantes, aunque gran parte de la ciudad se encuentra aún enterrada y asoma entre las hierbas. La calle principal o *Cardo Máximo* de casi dos kilómetros de longitud y treinta y siete metros de anchura, con columnas a ambos lados, es la zona más restaurada de la ciudad.

Regina y Eduardo se habían apartado un poco del grupo y paseaban entre el silencio aplastante de las ruinas pisando el pavimento de bloques cuadrados de piedra caliza de la larga calle, cogidos de la mano mientras admiraban los capiteles que muestran motivos florales y los rostros de líderes locales y emperadores romanos.

Siria es un país con un gran turismo, aunque con las últimas revueltas que se estaban

produciendo en el Oriente Próximo, las visitas a esa tierra repleta de enclaves exóticos y de interés patrimonial habían disminuido. Así que salvo en las grandes ciudades como Alepo o Damasco, que seguía teniendo bastante turismo, en los lugares que estaban visitando ese día, casi eran los únicos turistas. Gracias a eso, Fernando se había relajado un poco y también disfrutaba del viaje, pero en ese momento sintió que algo raro pasaba. Su gran profesionalidad le había proporcionado un sexto sentido para detectar cualquier anomalía en bastantes metros a la redonda. Se acercó paseando a donde estaban Regina y Eduardo.

—Disimulando y con mucha calma volved con el grupo —masculló Fernando entre dientes.

Regina y Eduardo lo miraron interrogantes.

—Os están vigilando.

—Pero, Fernando, si estamos solos aquí —protestó Regina.

El inspector instó al grupo a volver a los coches lo antes posible con la excusa de que se hacía la hora de comer. Ya en el coche Fernando aclaró su comportamiento.

—Regina, parece que ya no recuerdas el motivo por el que estoy yo aquí con vosotros.

—Sí, Fernando, perdóname. Es que estaba disfrutando de ese paseo entre columnas con tantos siglos de historia y, teniendo en cuenta que yo no veía a nadie alrededor, pues...

—Bueno, el caso es que tú no veías a nadie, pero yo sí. Y además agazapado. Lo que está claro es que según nos vayamos acercando a Damasco, la posibilidad de que nos encuentren aumenta y, por lo tanto, también el peligro, así que no quiero más distracciones, ni más paseos aparte del grupo, ¿está claro?

—Está claro —respondió Regina.

Llegaron a la ciudad de Hama justo a la hora de comer. Issâm los llevó al excelente restaurante Alí Baba, donde comieron en abundancia sabrosísimos platos sirios.

Después de la copiosa comida, Issâm los guio en un largo paseo durante el cual recorrieron la ciudad, en la que se respiraba una inmensa tranquilidad, con hermosos jardines llenos de árboles.

Hama es famosa por sus diecisiete antiguas norias gigantes de madera construidas hace siglos a orillas del río Orontes, que cruza la ciudad, de las cuales algunas todavía son usadas para el riego. La fricción de la madera de las norias que en ese momento giraban producía un ruido quejumbroso que acompañó a los viajeros durante todo su paseo. A Regina, oír ese ruido le estaba encogiendo el corazón porque le parecía que presagiaba malos augurios.

Tras la visita a Hama se subieron a los vehículos y tomaron dirección este y, sin darse cuenta, los coches se internaron en el pedregoso desierto sirio. Al cabo de dos horas se desviaron por un «camino» sin asfaltar hacia el norte, que los internó aún más en la aridez

del desierto. A los veinte minutos, tras una loma, divisaron un grupo de jaimas colocadas en un gran círculo y rodeadas de un gran rebaño de ovejas lanudas.

El encuentro con los pastores nómadas fue entrañable. Se desvivieron por atender al grupo de viajeros, haciéndoles pasar a sus jaimas e invitándoles a beber té. Les habían preparado tres tiendas para ellos, fabricadas con tela de piel de cabra negra. Dos de ellas para las dos parejas y la tercera para el resto de los hombres. Eran bastante amplias y estaban cubiertas de esterillas y cojines de colores vivos en el suelo, y de tapices en las paredes para protegerlos del frío nocturno. Cuando salieron de sus respectivas jaimas, tras acomodar en ellas sus objetos personales más necesarios, el sol empezaba a ocultarse y el espectáculo de luz y color que se desarrollaba en todo lo que los circundaba los dejó embelesados hasta que el sol dejó de verse tras el horizonte.

La gran hoguera central confería luces y sombras a su alrededor. Junto a esta habían colocado unas cuantas esterillas para sentarse a cenar. Ante las sensaciones, las palabras se quedaban mudas. Daba igual el idioma que hablasen cada uno de ellos. Se entendían con la mirada, con los gestos, con sentimientos de gratitud por parte de los viajeros por permitirles compartir con ellos su vida, su pan y todo cuanto tenían, incluyendo ese techo estrellado que ahora les acompañaba.

Participaron de una velada amena mientras se alimentaban de la comida realizada por las mujeres nómadas; quesos, arroz, tortas de pan, frutos secos y pollo con una salsa hecha con yogur.

Cuando se retiraron a las jaimas, Fernando le hizo un gesto a Juan Pablo para que se reuniera con él en la jaima de Regina y Eduardo.

—Tenemos un problema. Esta mañana, antes de salir de Alepo, ha sido la última vez que he podido contactar con mis compañeros y como debéis suponer aquí no hay cobertura —explicó Fernando en cuanto estuvieron los cuatro reunidos—. Esta mañana me informaron que ayer habían localizado al sufí y él les había dado la información que le pidieron sin poner ningún tipo de resistencia. Según me dijeron, casi parecía agradecido de poder colaborar. El caso es que hoy iban a realizar la redada y necesito ponerme en contacto con ellos para saber qué ha pasado.

—Fernando, Issâm ha dicho que mañana vamos a Palmira. Igual allí sí que hay cobertura —le informó Juan Pablo.

—¿En una ciudad muerta?

—No. Aparte de los restos arqueológicos, Palmira existe como ciudad. Allí vive gente, cultivan olivos y recolectan dátiles de las palmeras del oasis —repuso Juan Pablo.

—Vale, pues mañana lo intentaré allí, pero creo que deberíamos considerar la posibilidad de ir ya a Damasco, cuanto más tiempo transcurra, más fácil será que nos localicen.

—Mañana se lo podemos plantear a Issâm, pero... ¿es que has vuelto a ver a alguien siguiéndonos? —preguntó Eduardo.

—Desde que salimos de Hama, no, pero sigo sin estar tranquilo.

—De acuerdo, hablaré con Issâm.

Cuando los dejaron solos, Regina y Eduardo prepararon los sacos de dormir abriéndolos y extendiéndolos. Aunque la noche al raso era fría, dentro de la jaima hacía buen estar.

Se desnudaron y sus cuerpos se acoplaron en el lecho provisional transmitiéndose el uno al otro el calor que producían. Eduardo, pegado a la espalda de Regina, le acariciaba el cuerpo por debajo de las mantas, y le producía un excitante estremecimiento.

—Te quiero —susurró Eduardo.

—Te adoro —le contestó Regina.

Regina alargó el brazo y apagó la luz de la lámpara de camping.

Eduardo se despertó sobresaltado. Alguien estaba intentando entrar en la jaima. Un escalofrío de miedo le entró por el cuerpo. Tapó con su mano la boca de Regina y le susurró al oído:

—Alguien quiere entrar en la jaima. Despierta, Regina, pero no te muevas.

No retiró la mano hasta que notó que Regina asentía con la cabeza, entonces, con sigilo, salió de entre las mantas y se puso al lado de la entrada. Una sombra se dibujaba a través de la piel gracias al contraluz de la fogata que seguía viva.

—Regina, Eduardo —oyó que alguien llamaba a la vez que asomaba un poco la cara.

Reconoció la voz.

—Issâm, ¿qué pasa? ¿Qué haces aquí?

—Dejadme entrar, por favor, debo hablar con vosotros.

El arqueólogo le ayudó a abrir la entrada y se apartó para que penetrara. Regina, mientras tanto, se había vestido y alargó unos pantalones a Eduardo.

—No encendáis alguna luz. No deben saber que estáis despiertos —adujo Issâm.

—¿Quién no debe saberlo? —interrogó Regina.

Issâm tardó en contestar:

—El grupo omeya que os persigue.

—¿Cómo sabes eso tú? —quiso saber Eduardo.

—Yo sé muchas cosas, Eduardo, pero antes necesito ponerlos en antecedentes de quién soy.

—Pues dínoslo, ¿quién eres? —espetó Eduardo.

—Soy *mukhabarat*, del servicio secreto sirio, y tengo el cometido de evitar que el grupo

omeya que os persigue se apropie de lo que buscáis.

Regina se quedó petrificada intentando escudriñar el rostro de Issâm entre la penumbra de la jaima.

Eduardo se mantenía en tensión, observando lo mejor que podía todos los movimientos de Issâm, a la vez que intentaba agudizar su sentido del oído para prever cualquier movimiento brusco del supuesto guía.

—Por favor, escuchadme. No os vamos a hacer nada. Todo lo contrario. Intentamos ayudaros. El grupo omeya os ha localizado. Debéis iros de aquí de inmediato.

—Pero... —intentó decir Regina.

—No, no. Las preguntas después. Escuchadme primero, por favor. Nuestra prioridad es que el grupo omeya no sepa lo que, por lo visto, vosotros sabéis y menos que gracias a métodos digamos... «persuasivos» localice lo que estáis buscando. Con esto no quiero decir que nosotros deseemos que lo encontréis, pero pertenecemos al gobierno y solo queremos hablar con vosotros. Escuchad..., como os he dicho antes, os han localizado. Mi gente acaba de informarme. Debéis coger el todoterreno e internaros en el desierto, campo a través. Procurad ir por los sitios más pedregosos para que los neumáticos dejen la menor huella posible. Marchad hacia el sur y, dando un rodeo, id a Damasco. En este papel está la dirección de un alim^[53] religioso chiita. Allí os podéis ocultar y él os dirá todo lo que necesitáis saber. Os contestará a todas las preguntas. Por favor, confiad en mí. ¡Pero ahora debéis daros prisa!

—¿Y Fernando y Juan Pablo? —quiso saber Eduardo.

—Prefiero que vayas tú a avisarles a la jaima. Despiértalos y diles que Regina se ha puesto enferma y que volvéis a Alepo para llevarla a un hospital, para que los otros no sospechen nada.

Eduardo hizo amago para salir, pero se frenó en seco y entre la penumbra buscó la mano de Regina.

—¿Voy? —preguntó con voz dubitativa.

—Ve, ve —le contestó Regina con firmeza.

—No te preocupes, Eduardo, no voy a hacerle nada. Salgo contigo y espero fuera a que regreses con tus amigos —indicó Issâm al tiempo que retrocedía hacia la entrada de la jaima.

Eduardo salió y se dirigió a la tienda de Juan Pablo y Fernando mientras Regina tanteaba en la oscuridad para recoger sus pertenencias y las de Eduardo.

No tardaron mucho en volver con todas las cosas de Juan Pablo y Fernando a cuestas. En cuanto estuvieron dentro de la jaima de la pareja, volvió a surgir de entre las sombras la voz de Issâm repitiendo las mismas palabras que les había dicho a Regina y Eduardo. Issâm le entregó un papel a Eduardo.

—Como os he dicho antes, en este papel está la dirección de un alim, por favor, id a su casa. Os aseguro que allí estaréis a salvo y no os pasará nada. Confiad en mí. No os puedo decir nada más, los omeyas deben estar muy cerca ya y debéis partir con la mayor premura posible.

Fernando se puso al volante de la camioneta, Juan Pablo a su lado y Regina y Eduardo, detrás. El inspector, como había dicho Issâm, se dirigió hacia el sur. Conducía lo más rápido que podía a través del desierto para alejarse lo más posible cuanto antes. Nadie decía una sola palabra y el silencio era espeso y opresivo. Regina cogió la mano de Eduardo y la apretó. El arqueólogo la miró, acercó su cuerpo hacia ella, le pasó un brazo por los hombros para acercarla hacia él y le dio un beso en la sien.

—Tranquila, no dejaré que te pase nada —le susurró en el oído.

Regina se acurrucó en su pecho reconfortada.

Al cabo de una media hora y tras rodear una pequeña loma, Fernando paró el motor y apagó los faros. Girándose hacia los demás, dijo:

—¿Qué opináis? ¿Creemos en él?

Tras unos breves segundos de silencio, Juan Pablo fue el primero en contestar:

—Vengo meditándolo todo el camino y la verdad es que aún no lo he decidido. Me gustaría poder confiar en él, pero si hacemos lo que nos ha dicho y nos ha engañado, no tendríamos escapatoria. He oído algunas cosas sobre el servicio secreto sirio y no eran favorables, y lo peor es que me temo que obedecen órdenes del gobierno, que no deja de ser una dictadura. El riesgo es tan grande...

—Yo pienso lo mismo que tú —continuó Eduardo—, pero por otro lado hay que tener en cuenta que nos ha tenido a su merced durante tres días y no han intentado hacernos nada; ni a nosotros ni a nuestras cosas.

—Pues yo sí que creo en él —opinó Regina—. Issâm me da buenas vibraciones, además, si tenemos ayuda de gente de aquí, tendremos más fácil acceso a la hora de buscar la sura en la Mezquita.

—Regina, tu siempre tan confiada —le recriminó Eduardo—. Recuerda que dijo que ellos no deseaban que encontrásemos la sura.

—Bueno, creo que por ahora deberíamos centrarnos en ir a Damasco —los cortó Fernando—. Una vez allí, ya decidiremos si vamos a la dirección que nos ha dado Issâm. Iremos dando un rodeo como nos aconsejó él, pero más amplio. Nos desviaremos dirección sureste y luego suroeste, entraremos en la ciudad por el sur, ¿os parece?

—Fernando, el recorrido que has dicho nos llevaría todo el camino por el desierto, sin una sola ciudad y, aunque Issâm me ha dado una bolsa con alimentos y agua, no podríamos repostar gasolina. Corremos el riesgo de quedarnos tirados en medio del desierto.

—No, Eduardo. En el maletero hay una lata de gasolina. Tenemos de sobra para llegar a Damasco.

—Pues entonces, de acuerdo, adentrémonos en el desierto.

Justo en ese momento, el sol rompió con sus rayos el horizonte y, coloreando todo en un sin fin de tonalidades naranjas, le dio la bienvenida al grupo de viajeros.

Fernando arrancó el vehículo y condujo en dirección sureste. Pronto comenzaron a notar la fuerza del sol que, aunque no era abrasador, la cercanía de la primavera lo hacía molesto. Juan Pablo conectó el aire acondicionado para evitar que el calor se notara dentro del coche, pero este se podía intuir en el exterior.

El desierto de Siria, de interminables llanuras, es eminentemente pedregoso y eso hacía que la conducción de Fernando fuese cuidadosa para esquivar la mayor cantidad de obstáculos que se encontraba por el camino.

Cerca del mediodía se encontraron con un pequeño oasis de palmeras. Decidieron hacer una parada y colocaron el coche en la esquiwa sombra que proyectaban las pocas palmeras que había para enfriar el motor, aunque fuese unos pocos grados. El sol pegaba con fuerza y Fernando temía que se recalentara demasiado. Rellenó el sistema de refrigeración de agua y el depósito de combustible de gasolina. Y aprovecharon la parada para comer algo de lo que les había dado Issâm: pan de pita, queso de oveja y aceitunas recién cogidas de Palmira.

—Me temo que vamos a tener que prescindir del aire acondicionado buena parte del camino, utiliza demasiada gasolina. Lo dejaré encendido un par de horas más, que son las más fuertes de calor. Después lo apagaré —informó Fernando.

—¿Crees que nos quedan muchas horas de viaje, Fernando? —preguntó Regina.

—Bueno, si fuésemos en línea recta o por la carretera, estaríamos a punto de llegar, pero teniendo en cuenta el rodeo que estamos dando y lo despacio que vamos debido a lo accidentado del terreno, espero que lleguemos recién anochecido.

Cuando subieron al vehículo de nuevo, Juan Pablo decidió sentarse detrás con Regina y Eduardo para, entre los tres, intentar averiguar dónde podría estar escondida la sura.

El arqueólogo sacó de la mochila que siempre llevaba con él la llave y el pergamino que habían encontrado en el cofre, las fotos de este, además de toda la documentación y las fotos de la Mezquita de Damasco. Extendieron los papeles sobre las piernas de los tres.

—Según lo que pone en el pergamino, debemos buscar tres palmeras con dátiles— recordó Eduardo.

—Sí, pero aquí yo no veo ninguna, todos son árboles —adujo Juan Pablo mirando las fotos que habían imprimido de las paredes de la mezquita.

—Digo yo..., el octógono que rodea las frases escritas en el pergamino... ¿no será una pista? —opinó Regina con voz reflexiva—. Es que me recuerda algo...

Regina cogió las hojas que habían impreso sobre información de la mezquita y comenzó a releerlas. Eduardo se quedó pensativo y Juan Pablo seguía observando las fotos.

—¡Ya está! ¡Lo tengo! —gritó Regina—. ¡Escuchad! «En el patio de la mezquita, a la izquierda, existe una pequeña construcción octogonal con cúpula que descansa sobre ocho columnas llamada...».

—El Edículo del Tesoro —la cortó Juan Pablo.

—¡Sí! —exclamó Eduardo—. ¡Mirad esa foto! —indicó señalando una foto que estaba sobre la rodilla de Juan Pablo.

En ella se podía observar parte del lado izquierdo del patio de la Gran Mezquita de Damasco y en el centro de la foto se veía una construcción sostenida en alto sobre columnas. En la imagen solo se veían tres caras de la construcción, cubiertas en su totalidad de mosaico.

—Mirad esto —continuó Eduardo al tiempo que la cogía y señalaba con su dedo índice la cara central de la construcción—. ¿No parece una palmera?

—¡Es una palmera! —exclamó Regina.

—Un octógono y una palmera. Esto pinta bien. Es posible que las otras dos palmeras estén en las caras ocultas —sugirió Eduardo.

—Pero... una cosa..., acabo de caer en la cuenta... —murmuró Regina—. Hemos dado por hecho que la sura está en la Gran Mezquita de Damasco, cierto que las pistas nos llevan hasta allí, pero repasando los documentos que tenemos aquí, he releído que la mezquita fue reconstruida en 1893, después de un incendio.

Juan Pablo chasqueó la lengua e hizo un gesto con el dedo negando.

—Pues mira, precisamente con el Edículo del Tesoro vamos a tener suerte —comenzó a explicar—. Esta construcción se realizó aislada en el patio y sobre las columnas para proteger los fondos públicos allí guardados de las llamas de un posible incendio y de los ladrones. Además, en ese incendio que nombras, la zona izquierda de la mezquita no se vio afectada y las composiciones de mosaico de allí datan de la primera construcción y esa es la zona donde está situado el Edículo del Tesoro. La verdad es que he pensado mucho que desde un punto de vista estadístico es más que probable que la sura se haya quemado en ese incendio, pero se acaba de abrir una puerta de esperanza que creía casi imposible.

—Juan Pablo, a mí se me plantea otra duda. En los documentos que poseemos sobre la mezquita no dice nada sobre las fechas en las que, como en la Mezquita de Córdoba, se hayan hecho añadidos o remodelaciones en la Mezquita de Damasco, por lo cual, no sabemos la fecha en la que fue construido el Edículo del Tesoro a ciencia cierta —expuso Eduardo.

—Eso es cierto, Eduardo. La verdad es que ese dato exacto no lo recuerdo, así que en cuanto tengamos posibilidad de llamar por teléfono, me pondré en contacto con mis compañeros y ellos nos lo encontrarán.

Estaban muy excitados con el reciente hallazgo y fue el único tema del que hablaron durante un largo tiempo. Mientras tanto, Fernando seguía haciendo verdaderos malabarismos para conducir. Cuando apagó el aire acondicionado, el calor sofocante envolvió el interior del coche.

En pleno ocaso del día, Fernando se topó con una carretera.

—Creo que voy a coger esta carretera en dirección norte. Estoy casi seguro que debe conducir a Damasco.

Dicho y hecho, Fernando giró el volante y se incorporó a la carretera en donde en ese momento no había ningún coche. Al cabo de una media hora se encontraron con un cartel que, con toda claridad, hacía referencia a Damasco.

—Ya queda poco —informó Fernando—, mirad el horizonte, se ve la contaminación lumínica de Damasco. Vamos a llegar bastante tarde, así que debemos buscar una fonda, no un hotel, en cuanto lleguemos.

En cuanto se acercaron a Damasco, el flujo de coches fue aumentando hasta convertirse en el inevitable caos. Fernando observó la zona donde había edificios más altos porque supuso que sería la parte más nueva de la ciudad hasta que fue embutido por el tráfico cuando intentó dirigirse hacia allí. Era costoso conducir por Damasco máxime si no se conocía la ciudad.

Después de recorrer multitud de avenidas, calles y callejuelas abarrotadas de vehículos y transeúntes, llegaron a la plaza al-Marjeh donde observaron varios hoteles y restaurantes con pinta de no ser muy caros. Aparcaron en donde pudieron y buscaron un hotel en el que pasar la noche. En cuanto estuvieron en las habitaciones, Juan Pablo llamó a la Casa Árabe para que le facilitasen la información que necesitaban sobre el Edículo del Tesoro de la Gran Mezquita de Damasco y Fernando habló con sus compañeros, pero estos le informaron que habían tenido que aplazar la redada, aunque se produciría en breve, en uno o dos días, y que lo mantendrían informado. Luego se fueron a cenar en los alrededores del hotel. A mitad de la cena, la secretaria de Juan Pablo le devolvió la llamada. Cuando colgó, una amplia sonrisa recorría su cara.

—El Pabellón del Tesoro fue construido en el 788 por el gobernante de Damasco, Fadil ibn Saleh, durante el reinado abasí de Haru Al Rashid, califa de Bagdad.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Regina—. Eso significa que es anterior al reinado de Abderramán III.

—Ya, ya, pero os tengo una gran sorpresa. Las caras del Edículo están cubiertas de mosaicos dorados y coloreados, y esta decoración fue un regalo de... ¡Abderramán III!

—¡No! —exclamó Regina.

—¡Sí! Y otra cosa: esa mezquita no tiene ampliaciones de ningún tipo. Permanece igual que cuando se construyó, salvo, claro está, la reconstrucción que se hizo tras el incendio— le respondió Juan Pablo.

—¡Uff! Juan Pablo, acaban de encajar todas las piezas del rompecabezas. Está claro que Abderramán III aprovechó la colocación de los mosaicos para esconder la sura allí —dijo Regina exaltada.

Fernando los observaba entusiasmarse por las nuevas noticias.

—Entonces..., ¿a dónde vamos mañana? —quiso saber.

—Yo creo que deberíamos ir a la mezquita omeya —opinó Eduardo.

—Yo también lo creo así —otorgó Juan Pablo—. Después ya decidiremos si nos arriesgamos a ir a visitar al alim o no.

Se fueron al hotel y durmieron profundamente, cansados del largo viaje.

A la mañana siguiente optaron por coger un taxi para ir a la mezquita por dos motivos. Uno porque llegar allí por su cuenta podría ser una ardua tarea y otro porque el todoterreno podría delatarlos ante sus perseguidores.

—Estoy seguro que en la mezquita habrá alguien vigilando nuestra entrada, así que debemos estar muy pendientes de cualquier persona que nos mire. Por favor, no os dejéis llevar por vuestros sentimientos al entrar allí y mantened la mente fría.

—Lo intentaremos, Fernando —repuso Eduardo.

En cuanto el taxi los dejó en la plazuela donde se ubica la entrada principal en el lado oeste de la mezquita, Fernando observó que un grupo grande de turistas iban a entrar también en ella.

—Mirad ese grupo —les indicó—, vamos a mezclarnos con ellos, rápido. No os separéis del grupo, así es posible que pasemos desapercibidos.

Apretaron el paso para integrarse en el grupo que, por el idioma en el que se comunicaban, dedujeron que era francés; pagaron su entrada, se descalzaron y Regina se puso una especie de túnica marrón con capucha para poder entrar.

En cuanto llegaron al patio de la mezquita, Juan Pablo, Eduardo y Regina tuvieron que hacer un gran esfuerzo para no quedar prendados de su esencia. El mármol blanco que cubría el suelo brillaba bajo sus pies. Los mosaicos que recubrían las paredes del patio representando imágenes campestres llamaron enseguida la atención de los tres visitantes, de tal modo que Fernando tuvo que empujarlos para que no se quedasen atrás del grupo, que se estaba dirigiendo hacia la fuente de ablución, en el centro del patio.

No estaba muy concurrida, pero aun así se podía ver a los sirios sentados en el suelo o paseando a lo largo y ancho del patio, concentrados en sus propios pensamientos. Fernando distinguió a un par de hombres apostados en una esquina del patio, frente a la entrada por donde ellos habían ingresado, recostados contra uno de los pilares, observando fijamente el grupo de turista que acababan de entrar y al cual ellos pertenecían ahora.

—Meteos entre el grupo, no os quedéis a los lados. Regina, cúbrete más con la capucha y procurad que no os vean hablar entre vosotros ni que se os note demasiado juntos, separaos —ordenó Fernando apenas moviendo los labios—. Con disimulo fijaos en los dos tipos que están apoyados en la columna a vuestra derecha.

Los tres, silenciosamente hicieron lo que les había indicado Fernando. Intentaron parecer verdaderos integrantes del grupo francés, al mismo tiempo que no se perdían detalle de la mezquita. Pasaron cerca del Edículo del Tesoro y ardían en deseos de acercarse, pero el grupo se desplazaba despacio ya que la guía se detenía a menudo para contar la historia de cada recodo de la Mezquita. En todo el patio solo se oía la voz atiplada de esta. Poco a poco se fueron acercando hacia el lugar que Juan Pablo, Eduardo y Regina estaban esperando y cada vez podían ver con mayor claridad los mosaicos del Edículo del Tesoro.

La guía francesa se apostó por fin frente al edículo y comenzó su explicación de esta construcción. Cuando acabó, el grupo en masa dio una vuelta a toda la construcción y los tres intrusos del grupo pudieron ver la totalidad de sus caras.

—¡Hay tres palmeras! —no pudo contenerse Regina exclamando con tono contenido.

—Shhh. ¡Moveos! —siseó Fernando.

Se habían quedado clavados, viendo con detenimiento la cara más oculta de la construcción, la que daba al oeste frente a las columnas del lado occidental de la mezquita. Tuvieron suerte de que desde donde estaban, los hombres que vigilaban el grupo no pudieran ver con claridad, ya que les molestaban las columnas que sostenían el pabellón. Eduardo hacía fotos con su cámara digital como cualquier turista.

El grupo se desplazó hasta la sala de oración, pasando de nuevo por la fuente de abluciones. Fernando observó que los hombres que los vigilaban perdieron interés por el grupo de turistas y permanecieron frente a la puerta de la entrada.

A lo largo del paseo que estaban realizando por el patio, el inspector observó que, en las cuatro puertas de entrada al patio de la mezquita, había hombres apostados que vigilaban, con no demasiado disimulo, a los visitantes que entraban.

—Fernando, ¿podemos irnos ya? —le susurró Regina.

—No, debemos abandonar la mezquita con el grupo.

Junto con los turistas, visitaron el sepulcro de Huseín y el santuario donde reposa la cabeza de San Juan Bautista. Por todas partes se encontraban personas sentadas o arrodilladas, orando sobre el lecho de alfombras que cubría el suelo de la sala de oración, rodeados por inmensas columnas con capiteles corintios que sostenían grandes arcos que las unían entre sí. Y sobre esos arcos otra retahíla de columnas, esta vez más pequeñas, que soportaban a su vez arcos también más pequeños sobre los cuales reposaba el bellísimo techo del salón.

Mientras que los tres amigos se dedicaban a contemplar el espíritu islámico plasmado en cada uno de los rincones de la mezquita omeya, uno de los ejemplos de la arquitectura

islámica antigua, Fernando observaba milimétricamente todo lo que ocurría alrededor de ellos.

Por fin el grupo salió de la sala de oración e hicieron una última parada en la Cúpula de los Relojes antes de dirigirse de nuevo a la zona oeste para salir por la misma puerta por donde habían entrado para poder recoger el calzado. Los cuatro se encontraban en el centro del grupo francés cuando llegaron a la salida.

Al mismo tiempo que ellos hacían cola para abandonar la mezquita, otros visitantes la hacían en dirección contraria para entrar. Regina, a la vez que cruzaba el dintel de la puerta, escurrió la capucha hacia atrás, descubriendo su mata de pelo, levantó los ojos y miró a la persona que iba a pasar junto a ella para entrar a la mezquita. Se quedó mirándolo con fijeza. Su rostro le sonaba. El hombre giró la cabeza hacia ella y lo reconoció al instante. Unos ojos terriblemente negros y fríos la miraban. Volteó la cabeza para ocultar su rostro y para buscar a Fernando, que se encontraba tras ella.

—Fernando, acabo de ver al hombre de Atocha. Es uno de ellos.

El inspector giró su cabeza con rapidez para buscar entre la gente y vio al sirio que se había quedado plantado en medio de la puerta y que, con medio cuerpo virado, miraba la espalda de Regina.

—¡Rápido! ¡Salgamos de aquí! ¡Seguidme! —exclamó lo más bajo posible.

Echó a correr asegurándose de que Regina, Juan Pablo y Eduardo lo seguían sin pérdida de tiempo, ni tan siquiera para poder localizar y ponerse sus zapatos. Con un simple vistazo analizó el entorno y eligió dirigirse hacia la callejuela más cercana. Para ello debían atravesar una gran masa de gente que circulaba por la calle en la que se encontraban.

Consiguieron cruzarla esquivando a los transeúntes y tropezando, y el inspector se internó en la estrecha calle por donde la gente circulaba en sentido contrario, previsiblemente para ir a la Mezquita. Girando un poco la cabeza pudo comprobar que sus amigos lo seguían de cerca, pero también vio que el hombre que había reconocido Regina los perseguía a ellos a mayor distancia.

Siguieron recorriendo distintas callejuelas del casco antiguo hasta que, por fin, Fernando consiguió meterse en una calle donde no circulaba ningún transeúnte. Se detuvo en cuanto giró y, al no observar a nadie más, azuzó a Juan Pablo, Regina y Eduardo en cuanto desembocaron también en esa calle para que siguieran corriendo. Él se quedó pegado a la pared, oculto entre las sombras. En el momento que el sirio llegó corriendo y pasó cerca de Fernando sin verlo, este se le abalanzó por la espalda, lo tiró al suelo, le sujetó los brazos tras la espalda y se puso sobre él. El hombre intentó desasirse retorciendo su cuerpo, pero Fernando era como una mole sobre él y no lo dejaba moverse. Juan Pablo y Eduardo llegaron a su lado corriendo cuando vieron lo ocurrido y ayudaron a Fernando a inmovilizarlo.

—Juan Pablo, saca de mi mochila unas cuantas bridas. —Mientras hablaba, había

introducido un pañuelo en la boca del retenido para que no chillara.

Juan Pablo rebuscó en la mochila de Fernando, que estaba en el suelo del rincón donde había estado oculto. Le dio las bridas y lo ayudó a ponérselas al sirio. Cuando lo tuvieron atado de pies y manos, Fernando sacó un rollo de fleje de la mochila y tapó la boca del hombre. Cacheándolo encontró un revolver en el bolsillo derecho de su pantalón, lo sacó ayudado de una camiseta suya, lo envolvió en ella y lo guardó en su mochila. Entre los tres lo levantaron y, siguiendo las indicaciones del inspector, lo llevaron hacia dentro de la callejuela. Cuando Fernando localizó la puerta de una vivienda abierta lo introdujeron dentro y cerraron la puerta.

—Volvamos a una calle donde podamos coger un taxi. Hay que ir al hotel enseguida. No sabemos si le dio tiempo a avisar y hay alguien más buscándonos.

Por el camino, Fernando se deshizo del revólver, tirándolo dentro de un cubo de la basura después de inutilizarlo.

Tras localizar un taxi libre, volvieron al hotel y los cuatro se metieron en la habitación de Eduardo y Regina. Aunque todos tenían los pies destrozados por la carrera sin el calzado, pese a que llevaban calcetines, la prioridad era tomar alguna decisión. Después ya tendrían tiempo de darse una ducha y un merecido descanso.

La joven todavía se hallaba conmocionada por el encuentro con el hombre. Sus ojos los tenía clavados en la retina, fríos y escrutadores. Eduardo, viendo el estado en que se encontraba, la abrazó y le acarició con suavidad la cabeza.

—Tranquila, Regina, ya pasó.

—Edu, he visto sus ojos, eso es lo que ha hecho que me asustara. Recuerda que en Atocha también me pasó lo mismo. He vuelto a ver la maldad en ellos.

—Bueno, esto se está complicando —declaró Fernando—. Debemos actuar rápido. En cualquier momento nos pueden localizar.

—Creo que vamos a tener que recurrir a los chiitas —admitió Juan Pablo.

—Debemos arriesgarnos, sí. Por lo menos averiguaremos de qué lado están, pero creo que no deberíamos ir todos. Si hacemos dos grupos, el que se quede aquí por lo menos podrá hacer algo por el otro si le hacen una encerrona —apuntó Eduardo.

—Estoy de acuerdo. Yo debo ir —afirmó Fernando.

—Está bien, iremos tú y yo —ratificó Eduardo.

—No, no estoy de acuerdo. Yo no quiero quedarme aquí a la espera —repuso Regina con voz trémula.

—Debes hacerlo, Regina. No debemos exponernos todos —insistió Fernando.

CAPÍTULO 18

El padre de Cántara les dio permiso y ambas bajaron a la medina felices de poder disfrutar otra vez de la agradable sensación de sumergirse desnudas en el agua templada y de sentir cómo unas manos expertas, untadas de aceites aromáticos, por cada centímetro de sus pieles les producían una gran laxitud en todos los músculos de sus cuerpos.

Durante el tiempo que permanecieron en los baños, Amina y Cántara disfrutaron casi en solitario de las instalaciones, ya que los habitantes de la medina se encontraban ocupados ultimando, cada uno de ellos, su participación en el recibimiento del día siguiente. Fueron pasando con tranquilidad por cada una de las distintas salas mientras conversaban, pero cuando comenzaron a darles los masajes, las dos amigas cerraron los ojos y se liberaron de las preocupaciones por que todo saliera bien en el mayor acontecimiento que puede sucederle a una medina andalusí. Cada una dejó volar sus pensamientos yéndose las dos al lado de sus respectivos amores.

Amina, tras todos esos días de máximo frenesí, pudo, durante esos minutos de tranquilidad mental, rememorar los últimos acontecimientos ocurridos en la alcazaba y en la medina, y llenar su corazón de orgullo al analizar el comportamiento del caíd. Su defensa de Laqant, su confianza en ella y en su hija, y la gran humanidad que había derrochado con todos los habitantes de su villa a lo largo de los días difíciles que habían pasado le habían confirmado que se hallaba enamorada de un gran hombre. Un hombre comprometido con su gente, fuerte y tierno a la vez, en el que se podía confiar y al que podría entregarle todo su ser.

Cántara soñaba con su futuro unido a Alí. Se veía junto a su amado recorriendo los jardines de la alcazaba y disfrutando con él de los bellos atardeceres que se podían contemplar desde los baluartes. Se veía rodeada de niños cuyos rostros se asemejaban al de su amado. Se veía compartiendo el resto de su vida con él, viviendo un eterno romance lleno de pasión y deseo.

El tiempo transcurrió más rápido de lo que habían deseado las dos mujeres y al fin tuvieron que terminar con el reconfortante baño y la agradable charla que estaban teniendo con las escasas mujeres que las acompañaron en la piscina.

Durante la ausencia de las dos muchachas, los pequeños detalles que faltaban para dar por terminado los preparativos habían sido acabados y la alcazaba lucía muy hermosa. Cuando ambas subieron el monte Benu-IQatil, se quedaron mirándolo todo, extasiadas. Todos los criados que se encontraban en el patio, al verlas llegar, se pararon y se quedaron

observándolas para ver la reacción de las dos mujeres que se habían dedicado en cuerpo y alma a esa labor y que habían sabido dirigirla con mano suave, por lo que todos habían llegado a profesarles un gran cariño.

Permanecieron quietas, observándolo todo. Los ojos enormes como cuatro luceros. Las bocas entreabiertas, el corazón que les palpitaba a toda velocidad. Por fin, Cántara reaccionó entusiasmada alabando a todo el mundo, yendo criado por criado para darle las gracias por su ayuda. Todo había quedado mejor de lo que había pensado.

Llenas de euforia, se dirigieron hacia la Torre del Homenaje. Cuando entraron, oyeron unos fuertes gritos en la cocina. Se dirigieron hacia allí y se encontraron a las mujeres del caíd enzarzadas en una fuerte discusión.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió Cántara.

—¡Cántara! —gritó Diba en cuanto la oyó—. ¿Verdad que me corresponde a mí servir al califa por ser la mujer de mayor edad del caíd?

—A ver..., ¿os estáis peleando por servir al califa? —les recriminó con visibles muestras de enfado en la voz.

—Sí...

—Os estáis comportando como niñas. No os preocupéis, todas tendréis oportunidad de servir a Abd Al-Rahman.

Dio media vuelta y se fue seguida de Amina.

—Me parece increíble que la preocupación de todas esas mujeres es saber quién va a servir al califa, en lugar de tratar de tenerlo todo bien dispuesto.

—No te alteres, Cántara. No vale la pena. Lo que deberíamos hacer es volver y supervisar la comida.

—Tienes razón, querida. Volvamos. No podemos fiarnos de ellas.

Durante el resto de la tarde comprobaron en qué situación estaba la elaboración de los platos seleccionados. Se aseguraron de que los pétalos de azahar estaban ya en posesión de muchos de los habitantes de la medina, además de en grandes cestas para que la gente se proveyese de ellos al día siguiente, y de que los vasos con velas estaban diseminados en los barcos que fondeaban en la bahía. Comprobaron que todo estaba en orden dentro de la Torre del Homenaje y que el recorrido de subida a la alcazaba se encontraba dispuesto con las flores que le habían mandado poner al jardinero. Todo perfecto. Terminaron de hacer el último repaso cuando el sol se ocultaba tras las montañas y decidieron acabar el día en el peñasco preferido de Cántara.

—¡Qué bonito ha quedado todo! —exclamó Amina.

—Sí. Espero que mañana salga todo bien.

—Seguro que sí, querida. Todo el mundo está entusiasmado y va a poner de su parte

para que sea un día inolvidable.

La luna se encontraba ya casi por completo ausente del firmamento. Solo relucía una pequeña curva donde parecía que quería mecer a Cántara para tranquilizarla. Se quedaron ensimismadas mirándola y no observaron una figura recia que se dirigía hacia ellas.

—Deberíais iros a descansar, mañana va a ser un día muy duro —dijo el caíd.

Las dos mujeres se sorprendieron y giraron la cabeza a un tiempo.

—Padre, se está tan bien aquí...

—Lo sé, pero debéis estar cansadas. Vengo de comprobar cómo estaba todo y habéis hecho un trabajo magnífico.

—Gracias —dijeron ambas al unísono.

Se levantaron con resignación del peñasco y se fueron a descansar.

Antes del alba ya se encontraba todo el mundo, tanto en la medina como en la alcazaba, en pie. Después del primer rezo del día, la gente no se había vuelto a acostar, y las mujeres se dedicaron a adecentar las calles, limpiándolas y sacando de sus patios interiores las plantas de que disponían para embellecerlas. Los niños se lavaban en las fuentes y se vestían con sus mejores galas. Los hombres hacían corrillos en la plaza, y comentaban entre ellos el acontecimiento del día.

Los invitados para asistir a la recepción que iba a presidir el califa, altas personalidades de Laqant y sus alrededores, iban llegando a la alcazaba cargados de presentes para Abd ar-Rahaman.

Se habían mandado un par de centinelas al extrarradio de la villa para que avisasen de la llegada del califa, pero antes de que estos hubiesen enviado algún aviso, todo el mundo se había ido concentrando a lo largo del camino que tenía que recorrer, desde la entrada a la villa hasta la entrada de la alcazaba. Cuando por fin los dos hombres del caíd llegaron a la medina anunciando la llegada de Abd ar-Rahaman, el griterío que se formó fue tan fuerte que llegó hasta lo alto de la alcazaba. Tras los caballos, la gente iba subiendo y colocándose a ambos lados del camino a la espera del califa.

—Mi señor —anunció uno de los dos vigías en cuanto estuvieron frente al caíd que, al escuchar la algarabía, había salido de la Torre del Homenaje por lo que se encontraba en el patio—, ya vienen.

—Muy bien, id a vuestros puestos.

El caíd se volvió hacia su familia, que permanecía detrás de él y que también había salido a la espera de acontecimientos.

—Ya habéis oído, todo el mundo a su puesto. Mi guarda personal a los caballos, vamos a recibir al califa.

El caíd y su guardia se subieron a sus respectivos caballos y partieron al encuentro de

Abd Al-Rahman. Amina y Cántara enviaron a algunos hombres para recordar a la gente cómo debían actuar y cuál era el momento de echar los pétalos. Mientras, ellas, nerviosas, recorrieron toda la alcazaba para volver a repasarlo todo.

El estruendo de los cascos de los caballos que golpeaban el suelo en su subida a la alcazaba se hizo esperar. A lo lejos se vislumbraron los altos caballos montados por la guardia del califa, que lo precedían. El griterío subió de tono y anunció la proximidad del Abd Al-Rahman. Cántara y Amina, junto al resto de la familia del caíd, permanecían al final del camino observando como la comitiva hacía el recorrido de subida. A lo lejos empezaron a ver a la gente que lanzaba los pétalos, lo que les indicó que Abd ar-Rahaman ya se aproximaba.

Tras la guardia del califa, que cabalgaba a ambos lados del camino, pudieron ver al caíd junto al que, presumiblemente, era Abd ar-Rahaman III. Desde lejos, su figura, en lo alto del caballo, rezumaba la alcurnia de su nacimiento. Su porte gallardo destacaba de entre los demás jinetes. Por fin llegaron a la alcazaba pisando los pétalos que la gente había ido arrojando por delante del califa, acompañados por los vítores de mujeres, hombres y niños. En cuanto desmontaron, el caíd lo guio hasta el trono que habían preparado en el salón de la Torre del Homenaje, donde el califa iba a recibir a los señores de otras alcazabas cercanas, ricos comerciantes y, como no, a la familia del caíd.

Amina, situada en un segundo plano, pudo comprobar que era un hombre muy atractivo, de piel blanca, ojos azules oscuros y pelo rubio rojizo, aunque notó que llevaba la barba teñida de negro, supuso que para parecer más árabe. Era corpulento y algo bajo, aunque comparado con el caíd, que no podría considerarse un hombre de altura media, sino que, al contrario, su envergadura destacaba entre el resto de sus bravos hombres, era difícil destacar en altura a su lado, por lo menos a los ojos de Amina. Pese a esto, los movimientos del califa resultaban elegantes con pasos pausados y a la vez llenos de poder y seguridad.

Abd ar-Rahaman iba vestido con una larga túnica *al-Jubba*^[54] de color carmesí, con bandas decorativas de hebras cubiertas de oro que formaban motivos geométricos en la parte superior de la manga. En el cinto, cruzándole el pecho, colgaba una espada de hoja recta dentro de una vaina de cuero. Calzaba botas altas de cuero y en la cabeza llevaba un turbante hecho de una gasa de algodón enrollado, con una pieza que pasaba bajo la barbilla cubriéndole el cuello, así como una larga capa que le colgaba por la espalda decorada igual que las mangas de la túnica.

Lo siguieron al interior de la Torre del Homenaje donde el califa se sentó en el trono. Uno a uno, el caíd fue presentando a los invitados a la recepción. Estos rendían tributo a su califa y le ofrecían los presentes que le habían traído. Cuando acabó el protocolo de la recepción, el califa llamó con un gesto de la mano al caíd para que se acercara, le dijo algo y Hakîm, afirmando con la cabeza, se giró y se acercó hasta Cántara.

—Hija mía, Abd ar-Rahaman quiere conocerte. Ven conmigo.

—¿A mí?

—Eso me ha comunicado. Vamos, no lo hagas esperar.

Cántara, confundida, acompañó a su padre hasta colocarse frente al califa, e inclinarse ante él.

—*As-salaam alaycum* —saludó el califa.

—*Wa'alaykum assalam*

—¿Tu eres Cántara? —la interrogó.

—Sí, mi señor, yo soy.

—Levántate y deja que te admire. Hasta mí ha llegado la fama de tu hermosura. Alí al-Rashid no ha dejado de ponderarla. Está enamorado de ti hasta el punto de pedirme permiso para abandonar mi proyecto de la medina al-Zahrā' en pos de su reto. Admiro mucho lo que está haciendo por amor. Lo comprendo muy bien. Por eso quería conocerte, quería comprobar tu belleza y la verdad es que no me has defraudado.

—Gracias, mi señor. Es un honor para nosotros que haya tenido la atención de hacernos una visita.

—No podía, pasando cerca de aquí, dejar de hacer una visita a mi amigo Hakîm Al Saadi.

Sus dientes brillaban al asomar tras la amplia sonrisa y sus ojos azules relucían en contraste con el blanco que lo rodeaba.

A continuación, se acomodaron sobre los grandes cojines del suelo y empezó el desfile de succulentos platos preparados para la ocasión. Junto al califa se sentó el caíd y una nutrida representación de los habitantes más importantes de una amplia zona cercana a Laqant. A Abd ar-Rahaman se lo veía en verdad relajado mientras las mujeres de la alcazaba les servían la abundante comida en hermosos atafiores, y disfrutaba de la agradable conversación.

Cuando por fin se fue de la alcazaba el último de los invitados que había ido a rendir homenaje al califa, ya estaba oscureciendo. Abd ar-Rahaman le pidió a Hakîm que lo acompañara a dar un paseo por el jardín.

Cántara aprovechó la circunstancia para dar orden de que encendieran todas las velas que habían preparado para iluminar la bahía de la medina.

El rostro del califa reflejaba preocupación mientras hablaba con el caíd. Su presencia allí no solo se debía a una visita de cortesía. Abd ar-Rahaman confiaba plenamente en su amigo Hakîm y quería pedirle un gran favor. En realidad, se ponía en sus manos. Él y todo su legado.

—Querido amigo, he de confesarte, como ya te hice saber a través del pergamino que te trajo Alí al-Rashid, que el motivo de mi visita a tus dominios no solo se debe al gran deseo que tenía de verte. He de pedirte un gran favor. Tengo en mi poder algo de suma importancia para los musulmanes. Es algo que mi familia tiene en sus manos desde el

primer emir omeya de Al-Ándalus y que ha pasado de emir a emir hasta mí sin que haya salido a la luz, pero desde hace un tiempo estoy teniendo amenazas para que ceda mi legado a otra persona de mucho poder y, por supuesto, no estoy dispuesto a ello. Es más, estoy seguro de que el ataque que tuvisteis el otro día por los barcos fatimíes fue promovido por esta persona, que no es otra que el califa fatimí Al-Qa'im. Yo no estoy dispuesto a ceder en su reclamación, pero ha llegado a un punto en el que me ha dado temor, no por mí, que Allah, el Clemente, el Omnipresente, me protege y no dejará que me pase nada, pero sí temo porque el legado pase a manos enemigas, así que he decidido ocultarlo lejos de Al-Ándalus y por eso parto en barco desde Daniyya[55] de viaje a Dimashq, de paso que hago mi peregrinación a Makka, aunque antes debo visitar algunas ciudades más antes de marcharme de Al-Ándalus. Allí lo ocultaré en un lugar secreto bajo llave.

El caíd lo escuchaba en silencio, sorprendido pese a que en el pergamino al que había hecho referencia el califa ya le adelantaba algo de ese, por él nombrado, «tesoro». Le tenía verdadero aprecio y fuese lo que fuese lo que iba a pedirle, lo iba a hacer con placer. Tras un breve silencio Abd ar-Rahaman continuó:

—Querido Hakîm, he pensado que, para más seguridad, la llave que encerrará el «tesoro» islámico lo guardes tú aquí, en tu alcazaba.

—Mi señor, no soy digno de vuestro favor. Os agradezco con todo mi corazón que me hagáis objeto de vuestra confianza. Os aseguro que os sentiréis orgulloso de haber puesto ese objeto bajo mi custodia.

—De eso no tengo la menor duda, por eso te he elegido a ti, mi fiel amigo. Te daré una última instrucción. Cuando vuelva de Makka, yo calculo en el mes de Muharram, te haré una visita de incógnito para entregarte la llave. No quiero que nadie sepa nuestro encuentro. Días antes de mi llegada, llegará a tus oídos nuestro cercano paso por estas maravillosas tierras. A partir de entonces estate atento a mi llegada a la alcazaba como un comerciante más que desea tratar contigo.

Según iban paseando se fue oscureciendo el cielo hasta hacerse azul profundo. Un resplandor que venía desde el mar les llamó la atención e hizo que sus pies se dirigieran hacia el baluarte desde el que se veía la bahía. Cuando llegaron y se asomaron, se quedaron sorprendidos. Cientos de lucecitas iluminaban toda la bahía y convertían la oscuridad en un espectáculo de luz y agua digno de un califa. Los dos hombres permanecieron callados mirando hacia la bahía durante largos segundos.

—¡Qué maravilla! —exclamó por fin el califa.

—Lo ha realizado mi hija en tu honor. Ella ha organizado tu recibimiento.

—Tienes un gran tesoro en tu casa con tu hija. Cuídala, haz que sea feliz porque tu felicidad depende de ella.

—Tienes razón, amado Abd ar-Rahaman, mi hija Cántara es lo que yo más quiero en el mundo y sin ella no podría vivir.

Al día siguiente, al poco tiempo de levantarse el califa, llegó su visir y *hāyib*[56], Sa'id Ibn al-Mundhir al-Qurashi, desde el grueso de la comitiva que lo acompañaba y que estaba acampando fuera de la medina. Abd ar-Rahaman lo recibió en la Torre del Homenaje.

—Mi señor, ha llegado al campamento un correo enviado por el califa fatimí al-Qa'im que trae este pergamino para que lo lea usted y un cofre lleno de monedas y piedras preciosas como presente —informó alargándole un pergamino.

Según iba leyéndolo el color del rostro del Califa se fue convirtiendo en cetrino y un rictus de furia se apoderó de él. Abd ar-Rahaman tenía fama de ser muy generoso, pero para sus enemigos era sabida su crueldad, ya que podía ser sanguinario más allá de todo límite.

—Acabad con él. Que no salga vivo de aquí y enterradlo en el cementerio de la medina con el pergamino y el cofre, pero procurad que nadie os vea. Retírate y cumple mis órdenes —exigió arrojando el pergamino a su hombre.

El visir se retiró para cumplir con su cometido. Preocupado, el califa decidió marcharse al día siguiente, por lo que dedicó el día a descansar junto a su amigo Hakîm en previsión del largo viaje que lo esperaba. Juntos jugaron varias partidas al ajedrez y pasearon por los hermosos jardines de la alcazaba, a la vez que disfrutaban de largas conversaciones.

La despedida del califa y el caíd fue muy emotiva, fuera del boato que acompañaba a Abd ar-Rahaman. Dos amigos que se apreciaban, se abrazaban y se decían palabras con las que expresaban el cariño y respeto que se tenían mutuamente.

A partir de ese día la vida en la alcazaba volvió a la normalidad. La monotonía se adueñó de Cántara, solo rota cuando recibía poemas escritos por su amado Alí, que disfrutaba leyendo durante días y días. Sus pensamientos se centraban únicamente en su amado y vivía pendiente de la llegada de sus poemas, aunque, en realidad, lo que esperaba era su visita en persona. Tan obsesionada estaba con ello que ni se planteaba volver a bajar a la medina por si él la visitaba en su ausencia. Ni siquiera su amiga Amina lograba distraerla.

En lo alto de la montaña, Alí se encontraba abatido y triste por estar lejos de su enamorada. Las obras del acueducto avanzaban paso a paso bajo su supervisión, pero su mente se encontraba muy lejos, montaña abajo, junto a Cántara. Por la noche se sentaba a mirar el firmamento pensando en ella, imaginando la figura de su amada formada por las brillantes estrellas que, al mismo tiempo, al final del recorrido que Alí debía hacer con su acueducto, la bella Cántara observaba sentada en su peñasco pensando en su enamorado y vislumbrando entre los rutilantes luceros la cara de Alí.

Cuando había transcurrido más de una luna de ausencia de Alí, el joven se presentó en la alcazaba. Su desespero por ver a su amada pudo con su voluntad para seguir con su reto y a caballo recorrió el largo espacio que los separaba. Cuando llegó a la alcazaba, se

presentó ante el caíd para que le diese permiso para ver a su hija.

—Mi querido Alí —dijo el caíd en cuanto lo vio—, *as-salaam alaycum*.

—*Wa'alaykum assalam* —le contestó Alí—. Mi señor, he osado venir a vuestra alcazaba para imploraros que me permitáis ver a vuestra hija Cántara.

—Joven Alí, ¿no deberías estar en las obras del acueducto?

—Caíd, no consigo concentrarme en mi trabajo. Amo desesperadamente a Cántara y no logro estar tanto tiempo sin verla. Le aseguro que solo estaré un rato con ella y volveré corriendo a las obras.

—Un consejo te doy: reprime esas ansias y termina tu trabajo o mi hija sufrirá. Y eso no te lo perdonaría.

—Mi señor, nadie en el mundo hay más empeñado que yo en conseguir a su hija para hacerla feliz de por vida.

—Ve, pues, y consuélala. Ella también te echa de menos, pero no te demores demasiado. La encontrarás en el banco del estanque. Que Allah te proteja y te guíe.

Alí se retiró y, dirigiéndose al jardín, lo recorrió fugaz con paso tan rápido que apenas posaba los pies en el suelo. Cuando divisó a Cántara, esta estaba sentada en el banco del estanque, como había dicho su padre, con una hoja de pergamino entre sus manos. Su mirada se deslizaba concentrada en las letras que se dibujaban sobre la hoja.

—¡Cántara, mi amor! —gritó Alí en cuanto la vio.

La joven levantó la vista y miró hacia donde había oído el grito de su amado. Sin tiempo a reaccionar, Alí ya estaba junto a ella y, poniendo una rodilla en el suelo, tomó sus manos e hizo que la hoja cayera al suelo.

—¡Alí, querido mío! ¿Es esto un sueño? ¿Estás aquí de verdad?

—Estoy aquí, amada mía, no puedo vivir sin ti. He tenido que venir a verte.

—¡Oh! ¡Alí! A mí me pasa lo mismo. Deseo con toda mi alma que llegue el día final del reto para poder pertenecerte.

La pareja de enamorados disfrutó proclamándose mutuamente su amor hasta que el sol comenzó a ocultarse y Alí tuvo que irse. La despedida fue desgarradora. Cántara no dejó irse al joven enamorado hasta que consiguió la promesa de que no tardaría en volver a verla.

Una nueva despedida. Desde que había conocido a Alí, cada encuentro había sido una despedida y cada vez dolía más.

En cuanto Alí desapareció de la vista de Cántara, esta corrió en busca de Amina llorando desconsolada. La encontró en su aposento, leía recostada sobre almohadones. Se abalanzó sobre ella y, abrazándola con fuerza, sobresaltó a su amiga.

—¿Qué te pasa, querida mía? —le preguntó Amina devolviéndole el abrazo.

Los sollozos de su amiga la asustaron. Eran desgarradores e interminables. Amina acariciaba la cabeza de Cántara intentando calmarla. Poco a poco los lloriqueos se fueron convirtiendo en hipos y suspiros hasta que por fin se apartó de Amina y, con la cara compungida y cubierta de lágrimas, le dijo:

—Ha venido a verme Alí.

—¿Y por eso lloras? —inquirió asombrada.

—Es que ya se ha vuelto a ir —respondió Cántara y rompió a llorar de nuevo.

Amina atrajo hacia sí a su amiga para consolarla con un abrazo. Una tierna sonrisa se dibujó en sus labios, prueba evidente del cariño y la comprensión que tenía hacia Cántara. Al fin volvió a calmarse y pudo contar a Amina el reencuentro que acababa de tener con su amado.

—Querida Cántara, no deberías estar triste, sino alegrarte de que Allah, el Clemente, el Justo, te haya traído de nuevo a Alí.

—Lo sé, lo sé, pero me desgarran el corazón separarme de él.

La tristeza inundaba el corazón de Cántara y esto se reflejaba en su cara. La melancolía con la que andaba por la alcazaba o se sentaba en su banco preferido del jardín o en el peñasco que compartía con Amina tenía muy preocupado a su padre.

Cierto día el caíd decidió hablar con Amina para que lo ayudase a levantar el ánimo de su hija.

—Amina, sé que adoras a mi hija.

—Por supuesto, Hakîm, tu hija se lo merece. Es una niña inocente y encantadora.

—Lo sé, por eso me gustaría que me ayudases para que su sonrisa vuelva a brillar en su bella cara.

—Caíd, lo he intentado todo, pero no hay forma de conseguirlo. Ha perdido interés por todo aquello que no sea Alí.

—Pero tiene que haber algo que la saque de esa apatía. Algo que la motive, que esté relacionado con Alí.

—Bueno..., no sé... Quizás pueda volver a despertar un poco de ese letargo en el que está si le permitieses ir a visitar a la madre de Alí en la medina.

—¿Salir de la alcazaba?

—Sí. Creo que es lo único que puede hacerla revivir. Y no solo a casa de Alí, sino que, una vez que haya accedido a bajar a ver a Nasima, poco a poco inducirle para visitar la mezquita.

—Pero...

—Caíd —lo interrumpió—, Cántara, antes de caer en esa melancolía, estaba deseando poder hacer todo eso. Si hay algo que podría levantarle el ánimo, sería eso.

—Contigo, ¿no?

—Sí. Conmigo. Y si no te fías que yo la acompañe...

—¡Eso no! —la cortó—, ¿cómo no me voy a fiar de ti?

Amina miró asombrada al caíd.

—Amina, llevo meses observándote. He visto cómo te has comportado con Cántara, cómo la tratas; la ternura y el cariño que le das, la confianza y la amistad que hay entre vosotras. Todo ello me ha conmovido y ha acercado mi corazón hacia el tuyo. He llegado a conocerte a través de mi hija. Por supuesto que tengo confianza en ti.

Amina lo oía sin dar crédito a sus palabras. El caíd era una persona que demostraba muy poco sus sentimientos, salvo en el caso de su hija, y las palabras que acababa de oír había que saber entenderlas en su justa medida y Amina había sabido comprenderlas, por lo que sentía el corazón henchido de placer.

—Entonces, ¿permities que Cántara y yo vayamos a la medina? —indagó con voz temblorosa, no por temor a su respuesta, sino por los sentimientos que se le agolpaban en el corazón.

—Sí, Amina. Haz todo lo que sea necesario para que mi hija vuelva a ser la que era. —Tras una breve pausa y cambiando el tono, el caíd continuó—. Hay otra cosa de la que quería hablar contigo, Amina.

—Dime, mi señor.

—He estado meditándolo mucho y he decidido concederte la libertad.

—¡Hakîm! ¡¿Es eso cierto?!

—Sí. Te lo mereces mucho más que algunas de las mujeres libres que hay en la alcazaba. Tu corazón es grande y generoso, y para mí es una gran satisfacción poder concederte esta alegría.

—Mi señor, por supuesto que para mí es una alegría, pero más que por mí, por Cántara. Así no tendrá que ocultar nuestra amistad ante los ojos de la gente de la medina. —Miró con ternura al caíd y continuó—. Por mí no, mi felicidad y mi alegría la tengo junto a ti. No necesito nada más. Mientras permanezca a tu lado, seré la mujer más dichosa de Al-Ándalus.

El caíd atrajo hacia sí a Amina y dio rienda suelta a su pasión, demostrándole físicamente lo que él sentía por ella.

CAPÍTULO 19

Les costó convencerla, pero al final aceptó de mala gana. Decidieron ir después de comer. Mientras se hacía la hora, Eduardo descargó las fotos en el portátil y se dedicaron a observarlas.

—De las ocho caras, tres están decoradas con una palmera, una mira al este, otra al oeste y la tercera al norte —explicó Eduardo—. Regina, lee lo que pone en el pergamino, por favor.

—«Dos doradas palmeras custodian a su hermana que, mirando al norte, guarda el tesoro entre sus dátiles» —leyó Regina.

—La palmera que mira al norte está entre las otras dos y las tres tienen dátiles colgando de sus ramas. El fondo dorado... —dijo Juan Pablo.

—Coincide a la perfección con lo que pone el pergamino —admitió Regina emocionada.

—Sí, Regina, creo que lo hemos encontrado —ratificó Juan Pablo.

Los tres se quedaron embobados mirando la foto que estaba en ese momento en la pantalla del portátil.

—Bueno, ya tenemos nuestro destino final. Lo complicado va a ser tener acceso a él —adujo Juan Pablo.

—Espero que los chiitas colaboren con nosotros. La verdad es que, por las noticias que tengo del gobierno sirio, lo mejor sería no tener contacto con ellos, pero creo no tenemos una opción mejor —opinó Regina.

Se fueron a comer a un restaurante cercano y después Eduardo y Fernando, tras oír todas las recomendaciones de Regina y Juan Pablo, cogieron un taxi para que los llevase a la dirección del alim que les había dado Issâm.

—No salgáis del hotel hasta que volvamos y, si no volvemos en todo el día, mañana por la mañana os vais a la embajada de España y contáis lo sucedido —les ordenó Fernando antes de entrar al taxi.

—Pero... —Regina no pudo continuar ya que Fernando había subido con rapidez y el taxi arrancó.

El coche atravesó Damasco hasta adentrarse en la ciudad antigua, donde las calles casi comprimían el vehículo. Cuando el taxista paró, se encontraban delante de una puerta de

madera maciza labrada. Altos muros ocultaban lo que había tras ellos. Bajaron del taxi y este se fue raudo y dejó a Eduardo y Fernando frente a la puerta. El inspector golpeó con sus puños en la madera.

Al cabo de unos segundos alguien que no se dejó ver, oculto tras la puerta, la abrió levemente. A Eduardo no se le ocurrió otra cosa que deslizar por el hueco el papel que le había dado Issâm con el nombre y la dirección del alim. Una mano apergaminada cogió el papel y volvió a cerrar la puerta. Eduardo y Fernando se quedaron allí esperando durante unos breves minutos al cabo de los cuales la puerta volvió a abrirse, pero esta vez del todo, para dejar pasar a los dos visitantes.

Tras la puerta había un anciano vestido con una chilaba gris oscuro, les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran y los condujo al precioso patio central de la vivienda donde, en medio del patio, una fuente de mármol blanco refrescaba el ambiente con innumerables chorros de agua. El suelo se lo disputaba el mármol blanco y bellas flores de vivos colores que formaban varios caminos que convergían todos en la fuente central. Alrededor del patio, un pórtico de columnas de mármol daba acceso a las habitaciones de la planta baja a la vez que sostenía el suelo de madera labrada con figuras geométricas del corredor que permitía acceder a las habitaciones del piso superior.

Cruzaron el hermoso patio y se dirigieron hacia una puerta cerrada de la planta baja. El anciano la abrió y se apartó para que pasasen Eduardo y Fernando. Dentro se encontraron con una sala cuadrada recargada en su decoración, pero confortable. Un friso de azulejos blancos y negros que formaban figuras geométricas ocupaba la mitad inferior de sus paredes. En tres de ellas se apoyaban sendos «sofás» árabes de madera labrada, repletos de cojines de seda con distintas formas y colores. En el centro había una mesa octogonal de madera tallada con motivos árabes, que hacía juego con los sofás, y bajo ella una mullida alfombra. Sobre la mesa descansaba una bandeja de cobre con un juego de té árabe sobre ella.

En el sofá de en medio se hallaba sentado un árabe vestido de immaculado blanco con pantalones, un amplio blusón y un turbante sobre la cabeza. El hombre, de tez morena, llevaba una impecable barba blanca y, cuando Eduardo y Fernando entraron en la sala, se levantó y una blanca sonrisa llenó su cara.

—*As-salaam alaycum* —saludó el árabe.

—*Wa'alaykum assalam* —contestaron Eduardo y Fernando.

—Si no os importa, me dirigiré a vosotros en inglés. Disculpadme, pero no sé hablar español —reconoció en un chapurreado inglés.

—No hay problema. Seguro que nos entenderemos —adujo Eduardo.

—Pues primero deciros que estoy encantado de que estéis en mi humilde casa. Os doy la bienvenida.

—Es un honor para nosotros —repuso Eduardo.

—Por favor, pasad y sentaos.

Eduardo y Fernando se dirigieron al sofá de la derecha mientras el árabe volvía a su antiguo asiento.

—Me llamo Abdel Salâm Al Halaush. Soy uno de los ulema^[57] de Siria, cadí^[58] de Damasco.

Eduardo se sobresaltó. Estaban ante un juez de la ley musulmana y eso entrañaba mucho poder.

—Me gustaría saber por qué no os han acompañado vuestros otros dos compañeros de viaje, la chica y el doctor en lengua árabe.

Eduardo y Fernando constataron con estas palabras que el cadí estaba bien informado sobre la identidad de los cuatro.

—Estaban cansados y se han quedado en el hotel. —Eduardo dudó unos segundos y continuó—. Esta mañana hemos tenido un problema en la Gran Mezquita omeya y Regina estaba algo conmocionada.

El gesto que hizo el cadí con la cara le indicó que él no sabía nada de ese suceso y que le había preocupado.

—Por favor, contadme lo que os ha ocurrido —imploró.

Eduardo le relató lo sucedido en la mezquita y el cadí, con semblante serio, les dijo:

—No debisteis haber ido a la Mezquita vosotros solos. Issâm os indicó que vinierais a verme en cuanto llegaseis. Llevo esperándoos dos días.

Eduardo se le quedó mirando fijamente. No quería ofender al cadí, pero todavía no tenía motivos para fiarse de él y debía decírselo.

—Ha de entender nuestra situación. Nos encontramos en un país extranjero y hace tan solo unos días que nos han informado que dos grupos distintos de musulmanes nos están buscando. ¿Cómo saber en quién confiar?

El rostro del cadí se llenó de comprensión lo que le confirió apariencia de buena persona. «Si estuviera aquí Regina, ya estaría totalmente convencida de la buena fe del cadí», pensó Eduardo.

—Comprendo, comprendo. Sé que, por mucho que yo os lo diga, no vais a confiar en nosotros enseguida. La confianza se demuestra con el tiempo y yo espero demostrárosla, lo malo es que no disponemos de mucho tiempo. Vamos a hablar con claridad. El grupo omeya que os persigue en realidad es un grupo terrorista insurgente de naturaleza yihadista suní, que pretende volver a instaurar el califato omeya en Siria y en Al-Ándalus. Aquí, en Siria, ya han atentado en diversas ocasiones contra gente de su mismo país; contra alauitas, que es una rama chiita, y en concreto contra el mismísimo presidente de la república, Bashar al-Assad, pero fue detectado el intento antes de que produjera algún daño irreparable. Con esto quiero deciros que este grupo terrorista es muy fuerte y

vosotros solos no podréis contra ellos. Nosotros os ofrecemos protección y colaboración.

—Colaboración... ¿de qué tipo? —preguntó Eduardo.

—Por supuesto, estamos al tanto de lo que buscáis. También sabemos que lo único que os mueve en su búsqueda es el interés histórico.

—Es cierto, así es —afirmó Eduardo.

—Antes de continuar me gustaría deciros algo. Necesito que llaméis a vuestros amigos y que se reúnan aquí con nosotros. Lo que os tengo que decir es algo que me gustaría que lo oyeseis los cuatro porque supongo que la decisión que debéis tomar la consensuéis entre los cuatro y prefiero que oigan la propuesta de mi boca y no trasladada por vosotros. — Los miró con una media sonrisa en los labios que le llegaba hasta los ojos y añadió—: No es que desconfíe de cómo lo hagáis. Entendedme...

Fernando y Eduardo se miraron consultándose el uno al otro en silencio.

—Está bien —admitió Eduardo—, los llamaré.

—Si queréis, os dejo a solas para que habléis mientras yo doy órdenes para que nos sirvan un té.

Eduardo afirmó en silencio con la cabeza y el cadí abandonó la sala.

—Ufff, terroristas... No sabes lo que me arrepiento de haberos metido en esto —dijo Eduardo en cuanto se cerró la puerta.

—Ya no tiene remedio, ahora lo que importa es salir bien del lío. Por cierto, Eduardo, he visto que te sobresaltabas cuando ha dicho su nombre y su rango —replicó Fernando.

—Te explico. Issâm nos dijo que nos daba la dirección de un alim. Un alim es un sabio o erudito. Puede serlo de cualquier ciencia etimológicamente hablando. Ulema es el plural de alim y se emplea por lo general para designar al colectivo de teólogos musulmanes conocedores de las leyes del islam y estudiosos del Corán. El cadí es elegido entre los ulema y, en los territorios musulmanes, equivale a un juez. Un cadí debe ser un ejemplo para la sociedad musulmana de moral, buenas costumbres y ecuanimidad y debe tener un amplio conocimiento del derecho y del Corán.

—Comprendo... —repuso Fernando pensativo. Levantó la vista hacia Eduardo y continuó—. Debemos asegurarnos de que alguien sepa que estamos aquí, a expensas de esta gente. He visto algo en los ojos de este hombre que me ha impresionado, pero mi cerebro de policía me manda prevenir, así que mientras tú llamas a Regina y Juan Pablo, yo llamaré a mi gente para que estén atentos y, si no reciben mi llamada en las próximas veinticuatro horas, que actúen en consecuencia.

Ambos cogieron sus respectivos móviles e hicieron su llamada correspondiente. Cuando colgaron, Eduardo le dijo a Fernando:

—Por lo que veo, tú también te has sentido subyugado por la presencia del cadí. Destila humanidad y sabiduría. Sus ojos están llenos de bondad y su voz, pausada y llena de

matices, te envuelve como si de una nana se tratase. Invita a confiar en él de una manera sugestiva. Con sinceridad, espero que no sea todo fachada porque me llevaría una gran decepción.

—Pronto lo averiguaremos, Eduardo. Pero tengo otra noticia que darte: mañana, Trinidad Jiménez, la ministra de Asuntos Exteriores de nuestro país, tiene prevista una visita a la Gran Mezquita de Damasco.

—¡No jodas!

En ese momento entró el cadí junto con el anciano que les había abierto la puerta. El cadí se volvió a sentar en el mismo sitio y el anciano retiró la bandeja que había sobre la mesa y se marchó de la sala.

—Si no os importa, nos servirán el té en cuanto lleguen vuestros amigos, por deferencia a ellos —informó el cadí.

—No, claro que no nos importa —repuso Eduardo—. Pero sí que nos gustaría que nos informara sobre ustedes. Tenemos entendido que son chiitas.

—No. Somos alauitas, aunque nos asemejamos bastante a los chiitas tanto en las prácticas como en nuestras creencias. Pese a que nuestro presidente es alauita, somos minoría en Siria, solo un trece por ciento de la población profesan esta vertiente del islam. El *Mukhabarat* es la policía secreta de Siria, que tiene los favores de nuestro gobierno para combatir el terrorismo, por eso tenemos información privilegiada sobre el grupo omeya y, en consecuencia, sobre vosotros. Aun así, nos enteramos tarde de que el grupo terrorista se estaba infiltrando en la sociedad española. Cuando lo supimos ya era tarde para evitarlo, pero enviamos gente allí para intentar localizarlos. No podemos involucrar en esto al gobierno español, es asunto nuestro. Ahora esperamos que, como saben que vosotros estáis aquí, si averiguan que estáis en la recta final del encuentro de lo que buscáis, regresen a Siria para intentar cogeros o para atentar contra vosotros si creen que vuestra información es escasa. En cuanto entren en Siria, los arrestaremos. Por lo pronto, ya he dado órdenes para que localicen al individuo que dejasteis maniatado en la portería y para que haya gente nuestra esperando la aparición de más terroristas en la mezquita.

—No creo que ese hombre se encuentre todavía encerrado en la portería. Han transcurrido muchas horas —opinó Fernando despegando sus labios por primera vez en presencia del árabe.

—Es cierto, pero tenemos nuestros métodos para averiguar quién es y encontrarlo —respondió el cadí enigmáticamente.

Poco después llegaron Regina y Juan Pablo, que fueron conducidos a la sala por el anciano. Después de las presentaciones, tomaron asiento y de inmediato fue servido un delicioso té con pastas.

—Bien, ya estáis todos aquí —aprobó el cadí—. Ha llegado el momento de dar explicaciones.

Miró uno por uno a los cuatro visitantes. El cadí comenzó informando a Juan Pablo y Regina de la misma manera que lo había hecho antes a Eduardo y Fernando sobre los omeyas y los alauitas.

—Ahora os voy a decir lo que nosotros sabemos sobre vuestra búsqueda —continuó Al Halaush—. Según hemos podido averiguar, gracias a algún correo que la *mukhabarat* interceptó al grupo terrorista y que habían recibido de la fracción que atentó contra vosotros en España, tenéis información sobre una última sura dictada por Mahoma, la paz y las bendiciones de Allah sean con Él, y que fue llevada a Al-Ándalus por los omeyas, en el que se da a conocer el centésimo nombre de Allah.

El cadí hizo una breve parada en su discurso, pero los cuatro permanecieron callados y rígidos sin afirmar o negar nada.

—Al principio lo tomamos a guasa, la verdad. Sabíamos que el grupo terrorista había contratado a un sufí para que se concentrara en la búsqueda de ese nombre, pero no le dimos importancia porque nosotros creemos que Mahdi, el último imán, será el que revele el nombre oculto de Allah el Día de la Resurrección, ya que el que llega a aprender ese nombre se eleva por encima del hombre porque en él se alojan el poder y el pensamiento infinito, como así consideramos que sucede con el mesías Mahdi. Pero sí que pudimos comprobar que el grupo omeya se lo tomaba en serio e iba en vuestra búsqueda y captura, así que estuvimos atentos y nos informamos sobre vosotros para evitar una catástrofe con el gobierno español si intentaban atacar en contra vuestra. Decidimos seguir la pista, pero sin darnos a conocer, solo como protección. Por eso, cuando Issâm os vio en peligro en el campamento nómada, os envió a mí.

—Os lo agradecemos —intervino Regina subyugada por los ojos del árabe.

—No, no tenéis nada que agradecer, es nuestro deber y además no lo hemos cumplido bien —admitió el cadí que, al ver los rostros de estupor, continuó—. No hemos podido evitar vuestro altercado en la mezquita.

—Bueno, eso no fue culpa suya, nosotros solos elegimos arriesgarnos —repuso Eduardo.

—Ahora me gustaría que me demostrara alguna confianza relatándome lo que creéis que habéis averiguado sobre esa supuesta sura.

Los cuatro se miraron entre sí, Eduardo se adelantó a sus compañeros hablando al cadí.

—En nuestra conversación anterior ha hablado sobre una colaboración. Antes de ponerle al tanto de nuestras averiguaciones me gustaría que especificara esa colaboración. Usted imagine que sabemos dónde se encuentra esa sura, ¿qué es lo que desea de nosotros?

El cadí respiró con fuerza. En silencio volvió a llenar las tazas de té, las ofreció a sus invitados y se levantó dando unos lentos pasos por la sala. Su rostro pensativo reflejaba la lucha que había en su interior. Se quedó de espaldas a ellos durante un minuto. Se giró bruscamente y con paso firme y decidido volvió al sofá y se sentó.

—Está bien. Es algo muy difícil de explicar a una persona que no profesa la religión musulmana, pero intentaré que lo comprendáis y os pongáis en nuestra situación. —Volvió a mirar uno a uno a sus invitados—. En árabe, el conjunto de los noventa y nueve Nombres de Allah recibe el nombre de *al-asma' al-husnà* que quiere decir «los más bellos nombres». Estos nombres son accesibles al entendimiento humano. Son atributos como el Omnipresente, el Misericordioso, el Justo, etc. En cambio, como os he explicado antes, el nombre oculto confiere a quien lo conoce el poder infinito. No sé si lográis comprender la magnitud de lo que significa esto. Poder y entendimiento infinito. —Hizo una pequeña pausa, movió su cabeza de lado a lado con pesadumbre—. Creo que no lo estoy consiguiendo. Debéis entender que nosotros creemos firmemente en esto. Solo el imaginar que ese poder llegue a manos de unos terroristas como es el grupo omeya me aterra —terminó, subiendo el volumen de su voz cada vez más.

El rostro del cadí se había ido trasformando hasta expresar una total desesperación. Los cuatro lo miraban con gran asombro que se fue convirtiendo en compresión según iba expresando sus más grandes temores.

—¿Qué pretendéis?, ¿queréis la sura para vosotros? —interrogó Fernando.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! —gritó el árabe con el rostro, esta vez, lleno de asombro—. Nosotros no creemos que esa sura exista o, si existiese, que en ella se nombrara a Allah por su verdadero nombre. No. Como ya os he dicho, nosotros creemos en la vuelta del mesías Mahdi, el Elegido, y que será él y no otro quien revele el nombre oculto de Allah poco antes del fin del mundo. Eso en primer lugar. En segundo lugar, aun admitiendo la posibilidad de que eso fuese cierto, si el hombre, por él mismo, lograra averiguarlo, estamos convencidos de que no es el momento de que eso ocurra, no ha llegado el Día de la Resurrección, nuestro pueblo todavía no está preparado. No estamos ciegos y lo vemos. Necesitamos aún un tiempo para pulir nuestra religión, que es utilizada por muchos como excusa para cometer actos impropios de los musulmanes. Es una religión muy joven, la más joven, y debe envejecer para obtener sabiduría. No por ella en sí, sino por los humanos que la practicamos. Corren tiempos difíciles y un sector muy amplio de la sociedad musulmana está convencida de que el Día de la Resurrección está próximo y, si surge a la luz vuestra búsqueda, aunque resultase infructuosa, esa fracción de la sociedad vería en ello una prueba más de sus creencias sobre el fin del mundo y se verían reforzados, y esto no podemos permitirlo. En tercer lugar, todavía no se ha producido la vuelta del imán Mahdi. Todavía no se han realizado, por mucho que ese sector lo afirme, los hechos que la profecía describe como precedentes o presentes a la vuelta del Mesías. Y en último lugar..., sois infieles, por lo tanto, vuestra incredulidad os aleja de Allah y del poder que Él otorga a sus fieles —terminó el cadí con una socarrona sonrisa.

—Entonces..., ¿qué nos proponéis? —inquirió Eduardo.

El cadí miró a Eduardo con un punto de esperanza en la mirada.

—Sé que no puedo convenceros de que abandonéis la búsqueda hasta que os convenzáis de que no existe la sura y, si os obligamos a iros, buscareis las formas para concluir

vuestra investigación, sino ahora, en cualquier otro momento —declaró gravemente el árabe—. También sé que os negaríais si os pidiera que me facilitarais a mí el resultado de esta y abandonarais ahora mismo.

—Tiene razón. En ambos casos nos negaríamos —admitió Juan Pablo.

—Lo sé. Por eso os planteo una solución intermedia. Aunque antes, por favor, decidme, ¿cómo de avanzada va la búsqueda? —preguntó con ansiedad.

—Estamos al final —afirmó Eduardo—. Tenemos la certeza de saber dónde se encuentra lo que buscamos.

El cadí se quedó en suspenso durante un buen rato.

—Bien. Entonces voy a proponeros algo que nos satisfaga a todos.

Esperaron hasta que el último fiel que había estado rezando la oración del *Isha* o de la noche en la mezquita abandonó el recinto. Tenían de tiempo hasta la oración del *fayr* o del alba. Cuando entraron en la mezquita con el cadí y cuatro de sus hombres, Eduardo, Regina, Fernando y Juan Pablo se sobrecogieron. El silencio reinante solo era roto por los tenues pasos descalzos de las nueve personas que se dirigían con parsimonia hacia la Cúpula del Tesoro. Dos de los hombres del cadí portaban una larga escalera.

—Aquí —indicó Eduardo—. Que la apoyen en esta cara del Edículo.

—No sé lo que vais a encontrar ahí, ni siquiera si habrá algo, pero aun así debo felicitaros por la fuerza con la que habéis desempeñado vuestra búsqueda —confesó el cadí—. Ahora, si no os importa, mientras vosotros acabáis vuestro trabajo, yo voy a orar al interior de la mezquita.

Mientras el cadí hablaba, sus hombres habían puesto la escalera donde lo había indicado Eduardo. La dejaron apoyada justo por debajo del paisaje de mosaico y siguieron a su jefe.

—Bueno, ¿quién sube? —inquirió Eduardo mirando a sus compañeros.

—Tú, desde luego, sin ti nosotros no estaríamos aquí —accedió Juan Pablo.

—Estoy de acuerdo —ratificó Regina.

—A mí no me mires. Mi cometido sigue siendo el mismo. He de quedarme aquí abajo para protegeros.

—Os lo agradezco. Estoy deseando subir —admitió Eduardo colocando un pie en el primer peldaño de la escalera.

Antes de continuar la escalada, Eduardo sacó de la mochila la llave que habían encontrado en el cofre, en el castillo de Santa Bárbara, la colocó en uno de los bolsillos de su pantalón y una linterna en el otro. Regina, Juan Pablo y Fernando se pusieron a los lados de la escalera para estabilizarla y facilitarle la subida. El arqueólogo inició la subida lentamente, peldaño a peldaño. Cuando llegó a la altura de la palmera, sacó la linterna y

escudriñó centímetro a centímetro todo el mosaico. Representaba una palmera con seis racimos de dátiles. A ambos lados del tronco, distintas casas reposaban sobre lo que parecía un lago. Alrededor, una cenefa con arabescos enmarcaba el paisaje.

Eduardo estaba maravillado al poder contemplarlo de cerca. El mosaico era en verdad impresionante.

—Recuerda la frase del pergamino: «guardan el tesoro entre sus dátiles» —le instó Regina casi en un susurro que él pudo escuchar debido al silencio reinante.

El corazón de Eduardo se aceleraba por momentos. Mientras iba alumbrando con la linterna, con la otra mano tocaba con sus yemas el mosaico hasta que al pasar por uno de los racimos de dátiles notó que las teselas resaltaban algo más que en el resto.

—Pasadme la navaja multiusos que llevo en la mochila —pidió el arqueólogo.

Con la punta de la navaja rascó las juntas de las teselas y luego hizo palanca hasta que se desprendieron un poco, lo justo para quitarlas con los dedos. Debajo de ellas vio una pequeña cavidad. Cogió la llave y la introdujo en ella. Cabía a la perfección. Giró la llave con cuidado hacia la derecha hasta que oyó un clic. Se quedó expectante. Un resorte sonó tenue en el interior y de forma inmediata se abrió una puerta cuyas delimitaciones las formaban las juntas entre el dibujo central y la cenefa. Eduardo metió los dedos en el pequeño margen que había quedado abierto y, tirando de la puerta, la abrió. La puerta era tan grande como una persona y Eduardo tuvo que bajar algunos peldaños para poder abrirla y no caerse.

—¡Oh! —exclamó Regina—. ¡Mirad!

El interior era poco profundo y cuando Eduardo alumbró con la linterna su oscuro interior pudo ver una arqueta rectangular finamente tallada.

—Hay una arqueta —informó en voz alta para que lo oyeran sus compañeros.

Sin querer entretenerse en observarla porque sabía que sus amigos estarían ansiosos por saber lo que había encontrado, la cogió con cuidado con una mano, volvió a alumbrar el interior y, al ver que no había nada más, bajó unos peldaños y alargó la arqueta, que pesaba bastante, para que la cogieran.

—Cogedlo —pidió—. Voy a cerrar de nuevo.

Mientras que Juan Pablo, Regina y Fernando observaban el exterior de la arqueta, Eduardo cerró con llave de nuevo la puerta secreta del edículo, puso las teselas que había quitado de la mejor forma posible recordando su distribución y bajó para reunirse con ellos.

—¡Es preciosa, Edu! —exclamó Regina.

—Es de marfil con bisagras y cierre de plata —informó Juan Pablo—. En la tapa hay una inscripción en letra cúfica floreada y en los laterales hay talladas en relieve plantas entrelazadas.

Se sentaron en círculo en el suelo alrededor de la arqueta. Eduardo la abrió y en su interior pudieron ver un libro con la tapa encuadernada en cuero decorado con una inscripción de letra arábiga dorada. Con cuidado lo sacó y lo sostuvo entre sus manos para que todos pudieran contemplarlo. Se lo pasó a Juan Pablo.

—¿Puedes traducirlo? —le preguntó.

—Lo intentaré...

Juan Pablo lo cogió entre sus manos y se quedó en silencio intentando leer la inscripción. Tendría unos treinta centímetros de alto y cuarenta de ancho.

—Sí —admitió al cabo de poco tiempo—, está escrito en andalusí. Aproximadamente pone «Corán» como título y debajo «En el nombre de Alá, el Misericordioso, el Compasivo. Bendición perpetua, paz continua, suerte prolongada, gloria, prosperidad y esperanza de ser oído para el califa Abd al-Rahman III, que Alá prolongue su vida».

—¡Es un Corán de Abderramán III! —exclamó Regina—. ¡Es precioso!

Regina pasó su mano con suavidad por la tapa del libro.

—Ábrelo, Regina —pidió Eduardo con ternura. Veía la cara emocionada de la joven y se sentía feliz de haberle podido dar ese momento mágico a su amiga.

Regina levantó la tapa despacio y con mucho cuidado. La primera página de pergamino del Corán estaba escrita con caracteres dorados e intensos, y perfilados con tinta sepia enmarcados con exquisitas ilustraciones que representaban espirales de zarcillos con hojas y flores.

—También es escritura andalusí —informó Juan Pablo—, mirad cómo en los signos ortográficos se han utilizado diversos colores, típico de la escuela andalusí.

Juan Pablo pasó con delicadeza las hojas siguientes y pudieron comprobar que todas las páginas estaban decoradas de igual forma. Juan Pablo observó con cuidado algunas de las primeras hojas.

—Se trata de la versión oficial del Corán. «Las revelaciones» del profeta escritas por sus seguidores según él las iba relatando fueron recopiladas por el califa Utman ibn Affan. Esta recopilación es la que ha perdurado hasta nuestros días, con las mismas palabras y el mismo orden. Dejadme que compruebe si hay alguna sura más.

Juan Pablo se dedicó durante un largo periodo de tiempo a pasar con lentitud las hojas del Corán. Cuando por fin llegó al final del libro miró a sus amigos con cara de decepción.

—No. Estoy seguro. Aquí solo están las ciento catorce suras. No hay una sura añadida.

Los cuatro se quedaron contemplando con tristeza el libro. Era un hallazgo increíble, de eso no había ninguna duda, pero durante todo el tiempo que había durado la búsqueda, el objetivo era otro y no hallarlo les había producido una gran decepción.

—Deberíamos entregárselo al cadí —sugirió Eduardo.

Juan Pablo fue a depositar el Corán dentro de la arqueta cuando vio que al fondo de ella había algo.

—Esperad. Eduardo, hay algo ahí adentro.

Eduardo se inclinó sobre la arqueta e introdujo la mano para sacarla con dos tablillas de madera entre sus dedos, una sobre la otra. Cuando separó las dos tablillas, una hoja de pergamino con escritura arábiga en tinta negra se desprendió de en medio. Sorprendidos, todos se quedaron mirándola expectantes, como si la hoja, por sí sola, fuese a contarles su historia. Juan Pablo la cogió con delicadeza, ya que se veía a simple vista que se encontraba bastante deteriorada.

—Está escrito en letra cúfica, aunque bastante torpemente, la escritura coránica de los primeros siglos del islam. —Miró con más detenimiento los caracteres escritos y dijo—: Bueno, este escrito comienza con el «basbala» que es lo que indica el comienzo de una sura: «en el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso». Aunque, por supuesto, eso no garantiza que sea una sura. Muchísimos escritos comienzan así. Es una letra mucho más antigua que la otra, así que me costará algo más poder traducir este pergamino, además de que el andalusí es lo que mejor manejo.

—Es una puerta abierta, Juan Pablo —comentó Regina ilusionada.

—Yo diría más bien que es un ventanuco —replicó Juan Pablo sonriendo.

Todos se rieron. Ahora se respiraba un ambiente de esperanza.

—Será mejor que metamos esto en mi mochila y vayamos a entregarle la arqueta con el Corán al cadí. Dentro de nada volverán los fieles a rezar la oración del alba, así que buscaremos un mejor momento para traducirlo, Juan Pablo —dijo Eduardo.

Metieron el Corán en la arqueta y las dos tablillas de madera con la hoja de pergamino en la mochila. Se dirigieron al interior de la mezquita, a la sala de oraciones. Allí se encontraron al cadí de rodillas junto a sus cuatro hombres, rezaban en dirección a La Meca, frente a la alquibla. Se detuvieron tras él sin interrumpirlo. Sabían que el cadí había notado la presencia de los cuatro, pero que no se movería hasta que no terminase la oración.

Al cabo de unos minutos el cadí dejó de recitar y se incorporó.

—Mis queridos amigos, veo que ya habéis acabado. No sé si preguntaros qué es eso que lleváis ahí —dijo el cadí.

—Podéis hacerlo, cadí, os gustará —afirmó Regina con una amplia sonrisa en el rostro.

El cadí se acercó hasta ellos.

—Se trata de una arqueta que contiene un Corán, ambas cosas de Abderramán III —explicó Eduardo.

—¿En serio? —interrogó el cadí. Se acercó hasta la arqueta, la miró con detenimiento y la abrió para contemplar con adoración la tapa del libro del Corán.

—Es suyo, cadí. Tómelo. Este hallazgo no entraña ningún riesgo para ustedes.

El cadí lo miró con sorpresa, alargó las manos y lo cogió con mimo. Su rostro, al mirar a los cuatro amigos, estaba lleno de agradecimiento.

—Muchas gracias, amigos. Gracias. Podríais habérslo quedado. Ese era el trato.

—No. El trato era por algo en concreto. No se habló en ningún momento de cualquier otro objeto. Esto os pertenece y lo sabréis apreciar en toda su magnificencia.

El cadí lo miró fijamente, entornó los ojos y sonrió.

—No voy a preguntaros si habéis encontrado algo más. Prefiero no saberlo. Ahora debemos irnos, dentro de nada se vuelve a abrir la mezquita y, como supongo que sabréis, hoy tenemos una visita importante. Habéis hecho bien en aceptar mi hospitalidad, así nos evitaréis tener que mantener vigilado también el hotel en el que os hospedabais.

—Es un enorme honor para nosotros —dijo Juan Pablo.

En cuanto llegaron a la casa del cadí, decidieron acostarse unas horas. No podían arriesgarse a sacar allí el pergamino encontrado en la arqueta.

Pareció que los cuatro se habían puesto de acuerdo para despertarse. A media mañana salieron de sus habitaciones y el anciano sirviente del cadí les informó que los esperaba en la sala que ya conocían y que allí se les serviría un succulento desayuno-almuerzo.

—¡Queridos amigos! —exclamó el cadí levantándose en cuanto los vio entrar en la sala—. Tengo buenísimas noticias para vosotros. Por fin hemos podido atrapar al grupo omeya. A todos. Bueno, a todos los que están en Siria, pero me gustaría que os pusierais en comunicación con vuestro país porque, según me han informado, allí ha habido una redada y han cogido a un grupo de terroristas yihadistas, pero no sabemos si son ellos.

Con rapidez, Fernando conectó el móvil que tenía desconectado desde la noche anterior y pudo comprobar que tenía veinte llamadas perdidas. Marcó con rapidez para ponerse en contacto con sus compañeros y habló un corto espacio de tiempo. Cuando colgó les informó:

—Efectivamente, son ellos. Los han arrestado gracias a la colaboración del sufí.

—¡Allah es grande! —exclamó el cadí—. Parece una operación conjunta entre vuestro país y el mío. Eso me gusta. Me siento en deuda con vuestro país.

La alegría reinaba entre los cinco. Por fin estaban libres del peligro.

—Os ofrezco mi hospitalidad todo el tiempo que queráis. Viajad, descubrid este maravilloso país. Yo cubriré todos los gastos. Os pondré transporte a vuestro servicio. Todo lo que necesitéis, el tiempo que gustéis.

Los cuatro se miraron. Sus rostros cansados dieron la misma respuesta.

—Es muy amable de su parte. Se lo agradecemos de corazón, pero estamos cansados y

con ganas de volver a casa, pero le prometemos volver en las primeras vacaciones que tengamos —replicó Regina.

—Está bien —admitió el cadí con tristeza en la voz—. Os he tomado verdadero cariño. Sois personas de gran corazón. Es una pena que seáis infieles y que al final de vuestros días tengáis que ir al *Jahanam*, el infierno, y no podáis disfrutar del *Janah*, el paraíso. Oraré todos los días a Allah, el Clemente, el Todopoderoso, para que os ilumine y os lleve por la senda correcta hacia nuestro lado.

Todo su cuerpo expresaba bondad y sinceridad. Sus manos unidas reposaban sobre su cuerpo relajado.

Regina y Eduardo se encontraban sentados en un banco del paseo marítimo de Alicante desde donde contemplaban el castillo de Santa Bárbara, «bajo la atenta mirada del moro^[59]».

—¡Qué recuerdos me trae ver el castillo! —exclamó Regina.

—Sí. Parece que hace un siglo que estuvimos allí arrancando el pasado de sus entrañas y solo hace dos días que volvimos de Siria.

—Ya, pero necesitaba respirar la paz que experimento paseando por la explanada y por el paseo marítimo.

—A mí me pasa lo mismo, es mi lugar preferido para pasear, pensar y meditar.

—Me da lástima que Juan Pablo no haya querido acompañarnos —se lamentó Regina.

—Sabes que se ha sumergido en la traducción del pergamino y no levantará la vista de él hasta que lo termine.

—Es una pena que no puedan ayudarlo en la traducción. Ya estaría terminada.

—Pues sí, pero se lo prometimos al cadí.

—Me sorprendió mucho que su propuesta fuera que nos trajésemos nosotros a España la sura, si la encontrábamos allí, que solo nosotros supiésemos lo que ponía en ella y que luego la escondiéramos.

—A mí también me extrañó, Regina. Pero claro, poniéndonos en su piel, en su mente, en sus creencias y en sus convicciones, él actuó con la certeza de que allí no encontraríamos nada y, en el caso de que no fuese así, con su convencimiento de que solo a los fieles en su religión se les otorga el poder prometido por Alá, lo que le dio la tranquilidad necesaria para obrar como lo hizo, porque, según su religión, se necesita fe para que el Nombre Supremo de Alá provea de entendimiento y poder infinitos. Recuerda que Alá está lejos de los incrédulos.

—Lo que más me desconcertó fue que al final no quisiera saber si habíamos encontrado algo más a parte del Corán de Abderramán.

—Yo creo que lo hizo para evitar las tentaciones. Es un hombre muy inteligente y le debemos mucho. ¿Sabes? Me preocupa lo que le vaya a pasar a partir de ahora. Bueno, a él y a todos los sirios. ¿Te has enterado de la manifestación que hubo frente a la Gran Mezquita después de que saliésemos nosotros, cuando llegó la ministra?

—Sí. Lo he oído y, después de lo que ha ocurrido en Túnez y Egipto, no me extrañaría nada que el pueblo sirio se revelara contra el gobierno. Solo espero que lo resuelvan de la mejor manera posible.

—Yo también, pero no sé... no tengo buenas vibraciones...

Los dos permanecieron unos minutos reflexionando.

—De todas formas, es una pena que no podamos compartir nuestro descubrimiento con todo el mundo – reconoció Regina.

—Eso es cierto, pero todo se andará. Quién sabe, quizá dentro de unos años... o unos siglos... Ahora debemos cumplir con lo prometido.

CAPÍTULO 20

Tras la conversación con el caíd, Amina intentó convencer a Cántara para que bajase con ella a la medina, pero la joven solo aceptó cuando su amiga le propuso hacer una visita a Nasima. Así que, por fin, una mañana luminosa y soleada logró persuadirla y acudieron a la medina para saludarla y poder conversar con ella. Cuando se encontraron frente a la madre de Alí, Cántara, avergonzada, inclinó la cabeza.

—Querida, seas bienvenida a esta casa —le dijo Nasima—. Tú y tu amiga siempre lo seréis —concretó dirigiéndose hacia ella para besarla en la frente.

—Gracias, Nasima, tus palabras me reconfortan —confesó al tiempo que se inclinaba para recibir el cálido beso.

Las tres mujeres se acomodaron entre cojines y conversaron en tono amigable frente a un vaso de oloroso té. Cántara le explicó el motivo por el cual se habían presentado ante ella como criadas. Fue sincera con Nasima y le contó absolutamente todo lo que había hecho desde que había visto a Alí por primera vez en el zoco. Nasima comprendió el amor que Cántara sentía por su hijo y se sintió dichosa de que una mujer como ella, tan pura e ingenua, sintiese un sentimiento tan fuerte como el que sentía Cántara por Alí y que a la vez era correspondido por su hijo como él mismo le había dado a conocer a su madre.

Como había ocurrido en el anterior encuentro durante la excursión a la medina de las dos amigas, Nasima y Cántara sintieron una especial corriente de empatía que se materializó en un hablar constante de las dos. Cántara le preguntaba cosas sobre Alí y Nasima, que adoraba a su hijo, disfrutó contándole anécdotas de cuando era pequeño y de lo orgullosa que estaba de lo bien considerado que estaba por el califa. La joven absorbía toda la información sobre su amado con verdadero deleite pidiendo más y más.

Nasima era cariñosa con las dos, siempre tenía palabras agradables y las convenció para que se quedasen a comer con ella. Cuando llegó la hora de irse, la madre de Alí se ausentó un momento pidiendo a las jóvenes que la esperasen. Cuando volvió llevaba entre sus manos un precioso cofre hecho de brillante marfil con bisagras y cierre de plata.

—Me has dicho que Alí te manda hermosos poemas de amor —dijo dirigiéndose a Cántara—. Llévate este cofre para guardarlos. Pertenece a Alí. Su padre se lo regaló hace años y él lo guarda como un verdadero tesoro.

—Pero...

—No —la cortó con ternura—. No admito una negativa. Estoy segura de que él estará

encantado de que lo tengas tú para recordarlo cada vez que lo mires.

Cántara se echó a los brazos de Nasima llorando.

—Gracias, Nasima, muchísimas gracias —murmuró temblando de emoción.

Cuando se separó de Nasima, cogió el cofre y lo apretó con sus dos manos contra su pecho y así lo llevó todo el camino de vuelta a la alcazaba. En cuanto llegó a sus aposentos, cogió los poemas que Alí le había enviado de la arqueta de hueso con repujado de bronce que tenía sobre una mesita, y que hasta ese momento había guardado su mayor tesoro, y los depositó en el interior del cofre que le había regalado la madre de su enamorado, lo besó y lo dejó junto al otro.

Los días pasaban inexorables y tras varias lunas de ausencia de Alí, el caíd recibió un mensaje de él. Después de leerlo llamó a su lado a su hija Cántara.

—Hija, tengo noticias de Alí.

La joven se sentó junto a su padre y con ansia en sus ojos y en su voz le dijo:

—Dime, padre, cuéntame, por favor.

—Según me dice en su mensaje, ya ha construido casi la mitad del acueducto y está terminando el azud^[60] que derivará las aguas del río hacia el acueducto. También me informa que en próximos días vendrá a Laqant a empezar la construcción de la alberca para almacenar el agua cuando el acueducto esté terminado.

—¿Viene a Laqant?! —exclamó con entusiasmo Cántara.

—Sí, hija, viene, pero yo quería hablar sobre esto contigo. Quiero que seas consciente de dos cosas. La primera es que comprendas que necesitamos con urgencia que Alí concluya lo antes posible el acueducto. Llevamos un año de mucha sequía y es de vital importancia que recibamos agua del al-wadi akh'dar. Necesitamos el agua para el regadío pronto o se perderán las cosechas de este año. Y, en segundo lugar, y esta te atañe a ti en concreto, he de recordarte que queda poco tiempo para el quinto día de Jumadi al-Awwal y Alí va muy retrasado en la construcción del acueducto. Ya debería divisarse desde aquí si quiere concluir en la fecha acordada y no es así. Por eso te pido, por tu bien y por todos los que vivimos en Laqant, que no molestes en su trabajo a Alí.

Cántara, agachando la cabeza avergonzada le dijo:

—Te lo prometo, padre. No interferiré en su tarea.

A partir de ese día, Cántara se pasaba el día sobre su peñasco preferido mirando hacia las montañas en espera de divisar el acueducto. Solo quitaba la mirada del horizonte para realizar las distintas oraciones, y para alimentarse y dormir, aunque esto último lo hacía con desgana y cuando Amina la obligaba, casi arrastrándola hacia la Torre del Homenaje.

Cuando Alí llegó a Laqant para realizar la construcción de la alberca, Cántara supo

cumplir su promesa y en cuanto el joven subió a la alcazaba para ver a su amada, ella lo instó para que continuara con su trabajo. Alí hizo caso a Cántara y, dejando de lado su deseo de estar con su amor, se dedicó en cuerpo y alma a excavar en una zona cercana a Laqant para construir la alberca con mampostería de piedras talladas en formas regulares. El trabajo se hizo más costoso de lo planificado y Alí permaneció en Laqant más tiempo de lo que él esperaba.

Cántara, desde lo alto de la alcazaba, veía los esfuerzos que realizaba su amado junto con sus hombres y cómo, poco a poco, la alberca se construía. El caíd, cuando casi estaba concluida, le pidió que grabara en una gran losa de piedra las aleluyas 10 y 11 de la sura 16 del Corán que dicen así: «Él es quien hace descender esta agua del cielo para que vosotros la bebáis, y con ella hace crecer los pastos para vuestros rebaños. Gracias a esa agua, Él hace que crezcan para vosotros los trigales, los olivos, las palmeras, las vides y toda clase de árboles frutales. ¡Cuántas señales para el que sabe y reflexiona!».

El agua es un bien muypreciado para el hombre en general, pero para los territorios islámicos, adicionalmente tiene muchos significados: además de ser origen de la vida creada por Allah y ser considerada un don de Él, también tiene un sentido purificador tanto para el cuerpo como para el exterior espiritual del hombre. Por todo ello, las casas de las medinas de Al-Ándalus debían tener suficiente previsión de agua para cumplir las normas musulmanas.

Cuando por fin acabó la alberca, era el último día del año. Al día siguiente comenzaba el nuevo año 325 de la Hégira y, por lo tanto, comenzaba el mes de Muharram. La villa entera preparaba los festejos. Tanto en la medina como en la alcazaba se respiraba un ambiente de alegría. Alí decidió quedarse en su casa hasta el día siguiente para celebrar el año nuevo con su familia.

Durante el primer día de Muharram todo el mundo acudía a la mezquita para orar y conmemorar la Hégira. El caíd consiguió que Cántara lo acompañara con el incentivo de que allí también estaría Alí. Las dos mezquitas de la medina estaban abarrotadas. Cántara, junto con su familia, acudió a la Mezquita Aljama y allí, por supuesto, también estaba Alí con la suya, pero por mucho que escudriñaron los dos los cientos de cabezas que se concentraban a la entrada de la mezquita, ninguno consiguió ver al otro, teniendo en cuenta la gran cantidad de fieles que se aglutinaba allí y el hecho de que las mujeres entraban por una puerta distinta a la que utilizaban los hombres.

Durante la oración ambos se concentraron en seguir el rito con fe y pasión. Esto les alivió en gran medida y Cántara, cuando salió de la mezquita, se sintió purificada. Fuera, el gentío permaneció en la plaza conversando los unos con los otros. Tras largos minutos de búsqueda, Alí encontró al caíd, que le indicó dónde estaba Cántara. Se acercó a ella para despedirse y salió rápido hacia el acueducto para supervisar lo que habían hecho durante su ausencia y agilizar las obras lo más posible. Le quedaban muy pocas lunas de tiempo para concluir su reto.

Cántara volvió a quedarse otra vez desolada. Ya no tenía ni siquiera la posibilidad de

vislumbrar en la lejanía la presencia de Alí. Otra vez volvió a ocupar su lugar en el peñasco oteando el horizonte en busca de su amor. Otra vez se negaba a moverse de allí por mucho que Amina la tentase con visitas a la mezquita o a los baños públicos, donde su amiga sabía que había disfrutado con plenitud.

Cuando estaba a punto de acabar el mes de Muharram, el caíd recibió la visita del califa, que se hizo pasar por un comerciante como él mismo le había anunciado.

—Querido amigo, te traigo mi máspreciado tesoro para que lo guardes como si fuera tuyo.

—Así lo haré, mi señor.

El Califa sacó del interior de su túnica una llave de hierro con grabaciones de oro y plata donde se podía leer el nombre del califa, un rollo de pergamino y un trozo de pergamino pequeño plegado en varias dobleces.

—Ten. Guárdalo en los confines de la alcazaba, donde tú sepas que está seguro y, por favor, que nadie lo sepa. Recuerda, es un secreto entre tú, yo y Allah.

—Así lo haré.

Ni siquiera tuvo el atrevimiento de preguntarle de qué se trataba, su amistad estaba por encima de todo y si el califa no le había explicado con mayor amplitud lo que ahora tenía entre sus manos era porque no debía saberlo, así que ni siquiera se planteó desplegar los pergaminos para intentar averiguarlo.

El califa se marchó raudo y el caíd, tras meditar breves segundos, decidió ir a los aposentos de Cántara en busca de un cofre de hueso y bronce que su hija tenía entre sus pertenencias y que él consideró que era del tamaño perfecto para guardar la llave.

Sobre la mesa del cuarto de su hija se encontró con dos arquetas casi iguales de tamaño. Abrió primero el cofre de marfil y vio en él varios rollos pequeños de pergamino, no pudo contener la curiosidad; desplegó algunos de ellos y leyó los poemas de amor que le había escrito Alí a su hija. Una gran tristeza inundó su corazón cuando pensó en la posibilidad de que Alí no cumpliera a tiempo su reto y sí lo hiciera Al-Mansur. Dejó los rollos de nuevo en su interior y cerró la arqueta. Abrió el que había a su lado, hecho de hueso y que era el que llevaba en mente cuando entró en el cuarto de Cántara, al verlo vacío lo cogió y se lo llevó.

Y llegó el mes de Rabi al-Awwal, o mes de la primavera, y haciendo honor a su nombre, Cántara brotó como un capullo en flor. A la lejanía por fin pudo ver como su amado se acercaba a ella. El color volvió a sus mejillas y la sonrisa a sus labios.

—¡Amina! ¡Amina! —gritó en cuanto vio por primera vez, muy a lo lejos, las obras del acueducto.

Amina, que se encontraba en el interior de la Torre del Homenaje, corrió a ver qué le ocurría a su amiga.

—¿Qué pasa, Cántara?

—¡Mira! —indicó señalando con su brazo hacia las montañas—. ¿Lo ves? ¡Viene Alí!

Amina escudriñó el horizonte durante largos segundos hasta que consiguió divisar algo nuevo en las faldas de la montaña. Cántara también llamó a su padre. Hakîm, en cuanto vio lo que le indicaba Cántara, le advirtió:

—Hija, te voy a ser sincero. A Alí le queda el tramo más fácil. La llanura es lo único que le falta para llegar hasta aquí. Ha concluido el tramo más difícil que era atravesar las montañas, pero el tiempo apremia y solo le quedan dos lunas para que llegue el día acordado.

—Bueno, tampoco ha llegado Al-Mansur... —adujo Cántara en pleno momento de optimismo.

Cántara seguía apostada en su peñasco, pero ahora con otro semblante. Estaba pletórica de felicidad viendo como día a día, semana tras semana, ese punto en la lejanía se volvía cada vez más grande, aunque no lo suficiente...

Llegó el día señalado, el quinto día de Jumadi al-Awwal. Alí no había logrado terminar el acueducto, pero Al-Mansur tampoco había regresado. Todavía no había salido el sol y ya Cántara estaba sobre el peñasco. Por tierra llegaba Alí y por mar, Al-Mansur. La joven giraba la cabeza constantemente para vigilar ambos lugares. Oraba y oraba, le pedía a Allah mil y una vez que no llegase Al-Mansur antes que su amado. Amina y el caíd la observaban preocupados. Era el día decisivo. Si ninguno de los dos llegaba a lo largo del día, la promesa del caíd ya no tendría validez y Cántara volvería a ser libre para elegir esposo. La llegada de Alí ese día era imposible, pero la de Al-Mansur...

Estaba cercana. Cuando el sol lucía en lo más alto, un gran barco giró el cabo y se dirigió hacia la bahía de Laqant. Amina fue la primera que lo vio. Llamó al caíd para que lo observase y confirmase si el barco era el de Al-Mansur o no. Hakîm acudió presto, miró el barco y su cara se convirtió en la expresión viva de la tristeza. Cántara giró la cabeza, vio a su padre y a Amina mirando hacia el mar y comprendió que el desastre se cernía sobre ella.

—¡NO! ¡NO! ¡NO! —gritó desesperada—. ¡No puede ser él!

Amina corrió hacia su amiga que se derrumbaba sobre el peñasco presa de un ataque de ansiedad. La acunó en sus brazos intentando calmarla. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, los ojos anegados, el cuerpo le temblaba con fuertes convulsiones.

—Hakîm, ayúdame a llevarla a su habitación.

Entre los dos consiguieron trasladarla a sus aposentos y la tumbaron sobre almohadones.

Los llantos de Cántara eran desgarradores. Amina no sabía cómo calmar a su amiga.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó al caíd en un susurro.

—Con todo el dolor de mi corazón tendré que cumplir mi promesa y concederle la mano de Cántara a Al-Mansur —le contestó imitándola.

Por toda la medina corrió enseguida la noticia de la vuelta de Al-Mansur. Todo el mundo estaba enterado de las dos pruebas que debían cumplir los dos pretendientes y los ciudadanos permanecían atentos para saber cuál de los dos llegaba antes. Al-Mansur subió a la alcazaba en cuanto atracó en el puerto y habló con el caíd.

—Mi señor, acabo de llegar de cumplir mi cometido.

—Lo sé, y supongo que tú sabrás que has sido el primero en cumplirlo.

—Sí, la gente de la medina me ha informado, por eso me gustaría ver a Cántara.

El caíd meditó breves segundos. No podía dejar que Al-Mansur viese a Cántara en el estado en que se encontraba, ni creía que Cántara estuviese dispuesta a verlo en ese instante.

—Lo siento, Al-Mansur, pero tendrá que ser en otro momento. Cántara se encuentra indispuesta y no puede complacerte en tu requerimiento. El médico le ha recomendado tranquilidad y ninguna visita. Te avisaré en cuanto puedas verla —mintió.

Al-Mansur le deseó al caíd una pronta recuperación de su hija y se marchó.

Mientras tanto, los rumores del arribo de Al-Mansur habían llegado hasta Alí. Angustiado, cogió su caballo y se dirigió al galope hasta el puerto. Al ver que el barco de su contrincante se hallaba allí y comprobar que había perdido el reto, sintió que el corazón se le rompía en mil pedazos. Comprendió que su amada ya no sería nunca suya y las lágrimas comenzaron a surgir hasta convertirse en un manantial de tristeza que enturbiaba su mirada y todo su ser. Giró el caballo y lo hostigó hasta que salió galopando a gran velocidad. Atravesó la llanura y se internó en las montañas por donde había construido el acueducto que iba a proporcionarle a su amada.

Cuando llegó al otro lado del acueducto, donde todavía quedaban algunos de sus trabajadores dando el último retoque al azud, descabalgó y gritó:

—¡Largaos todos de aquí!

Los hombres, desconcertados, dejaron su trabajo y se apartaron de Alí. Nunca lo habían visto en ese estado. Su rostro seguía mojado pese a que durante todo el trayecto el viento había intentado secárselo, pero las lágrimas surgían de sus ojos con mayor rapidez que el tiempo que necesitaba el aire para evaporarlas.

Destrozado, de sus labios comenzaron a salir bellas palabras de amor destinadas a la hermosa Cántara. Sus sueños habían volado y sintió tal melancolía que su mente se volvió oscura. Durante un año, su único aliciente había sido la posesión de su amada y se lo acababan de arrebatar. Su alma se había quedado vacía.

Paso a paso se fue acercando al borde del azud. Se asomó desde lo alto. Todavía no habían permitido el paso del agua del al-wadi akh'dar y al fondo se divisaba la roca viva de la montaña. Los trabajadores, observando lo que hacía, temiéndose lo peor y con prudencia, comenzaron a acercarse.

Un paso más y el vacío se terminaría. Su vida no tenía sentido sin Cántara. Ese fue el último pensamiento de Alí. Dando ese último paso, Alí cayó al vacío auténtico, acabando con su vida en el fondo del azud. Los hombres, aterrados, corrieron hasta el borde del azud y comprobaron que el cuerpo del joven se encontraba inmóvil sobre las rocas del fondo. La altura hacía imposible que hubiese quedado con vida.

Los trabajadores se dirigieron directamente a la alcazaba para informar al caíd de la muerte de Alí. Cántara continuaba destrozada sobre los cojines de sus aposentos y Amina, junto a ella, la acariciaba y le hablaba con ternura intentando calmarla.

—Querida, voy un momento a la cocina para traerte un poco de agua con miel, debes tener la garganta destrozada.

Amina besó con ternura en la cabeza a Cántara y salió de la habitación. En cuanto se fue, la joven se puso en pie y salió de su cuarto. Deseaba ir a su peñasco para ver desde allí a su amado Alí. Cuando iba a bajar las escaleras que conducían al salón principal, oyó la voz de su padre y se quedó a la espera de que él saliera de la Torre del Homenaje.

—Decidme, que es lo que tenéis tanta urgencia por contarme.

—Señor, venimos a informaros de que ha ocurrido una gran desgracia. Alí al-Rashid, el constructor del acueducto, se ha suicidado tirándose al azud.

—¿¡Cómo?! —exclamó el caíd.

—Lo que ha oído, mi señor, Alí ha muerto.

—Llevadme ante él.

El caíd salió de la Torre del Homenaje con los trabajadores. Cántara se había derrumbado y arrodillado en el suelo, con las manos tapando su cara, lloraba amargamente. Necesitaba ver a su amado. Se levantó como pudo y bajó las escaleras. Salió de la Torre del Homenaje y como alma en pena fue recorriendo el camino que descendía por la ladera del monte Benu-lQatil, fuera de las murallas. Nadie la vio irse pues era la hora de descanso de los criados de la alcazaba, cuando el sol más fuerte caía sobre todo lo que tuviese vida.

Una vez abajo comprendió que no sabía dónde se encontraba el cuerpo de Alí y decidió subir a un risco alto y escarpado, aunque algo más bajo que el monte Benu-lQatil, situado junto a él frente al inicio del camino que subía a la alcazaba y a orillas del al-Bahr al-Mutawasit, que le permitiría ver la llegada de su padre junto al cuerpo de su amado. No quería volver a la alcazaba porque sabía que Amina la mantendría encerrada en sus aposentos y le impedirían verlo.

Arrastrándose, comenzó a subir el risco. Tenía un acceso tortuoso y cada paso que

lograba subir requería un esfuerzo casi sobrehumano por las condiciones en las que se encontraba Cántara. Por el camino fue dejando desgarros en la ropa, en la piel y en el alma. Cuando llegó a la cima se sentó sobre una piedra observando a través de las lágrimas la llanura por donde debían llegar.

Pasó largas horas allí, consumiéndose de dolor y agonía, hasta que finalmente vio como llegaba su padre a caballo. Junto a él iba el caballo de Alí y encima de este un cuerpo colgaba por ambos lados del caballo. Cántara comprendió que se trataba la figura inerte de su amado. El dolor anegaba todo su ser y su alma se escapaba de su cuerpo en un intento de no alcanzar la locura. Como pudo, se puso en pie y, tropezando con cada brizna que encontraba a su paso, se fue acercando al borde sur del risco que daba al mar. Cántara contempló las aguas cristalinas del al-Bahr al-Mutawasit que, allá abajo, golpeaban las rocas del risco y se rizaba en espuma blanca. Su vida, su razón de ser, su amor y su alegría acababan de irse junto al cuerpo de Alí. Quería permanecer junto a él eternamente y dando un salto se precipitó al abismo.

Mientras tanto, en la alcazaba, Amina buscaba con desespero a Cántara. La llegada del caíd con la noticia de la muerte de Alí aún la intranquilizó más. Movilizaron a todos los habitantes de la alcazaba para que ayudasen a buscar a la joven. Anochecía ya cuando se oyeron los cascos de un caballo subir por la ladera. Sobre él montaba Al-Mansur y en sus brazos portaba el cuerpo sin vida de Cántara.

El caíd corrió como loco hacia el caballo y arrebató de los brazos de Al-Mansur a su amada hija. La apretó contra su cuerpo en un fuerte abrazo mientras la besaba en la frente fría y húmeda. El bellissimo rostro de Cántara, echado hacia atrás, reflejaba una infinita paz. En su faz ya no se veía la melancolía de tiempos pasados. Amina se acercó e intentó apartar al caíd de su hija para que no sufriera tanto. Con el rostro descompuesto y gruesas lágrimas surcando sus mejillas, el caíd miró sin ver a Amina, soltó a Cántara y echó a correr hacia el baluarte más cercano. Precipitándose al vacío desde la alcazaba por la vertiente del monte Benu-lQatil, quedó destrozado entre los peñascos y las chumberas que cubrían la ladera del monte.

Y cuenta la leyenda que cuando el sol rompió la triste oscuridad y amaneció un nuevo día, los habitantes de la medina, sorprendidos, contemplaron que en la ladera del monte Benu-lQatil, por donde se había arrojado al abismo el caíd, había surgido, grabada en la roca, la esfinge de la cara del moro, lo que dio lugar a lo que hoy se conoce como «cabeza del moro»; que en el lugar donde se arrojó Alí al vacío, siglos después, se construiría el pantano de Tibi; y que al risco desde el que se tiró Cántara, actual Sierra Grossa o San Julián, desde entonces se le llamaba «*el salt de la reina mora*»[61].

Tras todas estas desgracias acaecidas en un solo día, los habitantes de la medina, impresionados, decidieron que, a partir de entonces, la villa se llamaría Alicántara en honor a la joven pareja de enamorados, de donde proviene el nombre actual, Alicante.

EPÍLOGO

Era una cálida noche de verano y, desde el Baluarte de los Ingleses del castillo, se veía Alicante iluminada. El puerto y la explanada brillaban reflejándose en el mar Mediterráneo. Cientos de barcos de recreo descansaban en los embarcaderos mientras sus dueños disfrutaban de la noche alicantina. Regina y Eduardo, abrazados, contemplaban el paisaje. Eduardo inclinó la cabeza y besó con pasión a Regina. Había utilizado de nuevo sus influencias para conseguir la llave del lugar y ahora se encontraban solos en el Macho del Castillo. Juan Pablo había decidido aprovechar la visita para recorrer con mayor tranquilidad todo el recinto y habían quedado con él en el aparcamiento. Regina metió sus manos por debajo de la camisa de Eduardo, lo que aumentó el calor de sus cuerpos.

El Nombre oculto de Alá no les había otorgado poder infinito, pero sí entendimiento en los sentimientos entre ambos.

—Cariño, ya hemos cumplido con nuestro cometido, ¿nos vamos a casa?

Regina afirmó casi imperceptiblemente con la cabeza. Los dos, entrelazados, comenzaron a bajar con lentitud por el recinto del castillo. El fin de una emocionante aventura ya estaba sellado, pero ante ellos se abría una nueva historia cuyos protagonistas eran ellos mismos.

—¿Sabes, Edu? Cada vez que vengo aquí me viene a la mente la leyenda sobre el nombre de Alicante, ¿la recuerdas?

—Sí, ya me la contaste en cierta ocasión, pero me gusta oírla de tus labios. Por favor, cuéntamela otra vez.

—Érase una vez, hace de ello muchos siglos...

FIN

GLOSARIO

Términos árabes

Al-Bahr a-Mutawasit: Mar Mediterráneo.

Al-Iskandariya: Alejandría.

Al-Jubba: Túnica que se usaba para las ocasiones en la corte, fiestas, y escuchar música y poesía.

Al-Libia: Libia.

Al-Mansur: Nombre masculino que significa «el victorioso».

Al-Mariyya Bayyana: Almería.

Al-mudawwar: Posible el nombre de Guardamar del Segura (Alicante) en época árabe.

Al-wadi akh'dar: El río Verde.

Al-zahara: Medina Azahara (Córdoba).

Alarife: Perito en cualquier ramo del arte de construir.

Albacar: Recinto amurallado próximo a las fortalezas, que se utilizaba para guardar el ganado y que en guerra sirve de refugio a los hombres y ganados de las poblaciones.

Alcazaba: Recinto fortificado dentro de una población amurallada, cuya función era servir de defensa militar.

Alfiz: Moldura o marco que rodea la parte exterior de un arco.

Alí: Nombre masculino que significa «muy alto, noble, excelente».

Alim: Sabio, erudito. En el islam se considera alim al experto en teología, ciencia jurídica... Forma singular de Ulema, que es la comunidad que emite opiniones o sentencias sobre cuestiones religiosas o morales.

Aljama: Mezquita mayor de una ciudad.

Amina: Nombre femenino que significa «mujer calma y armoniosa; leal, sincera, fiel, confiable».

Alquibla: Muro de la mezquita que está orientado hacia La Meca, al que los fieles musulmanes miran cuando rezan.

As-salaam aleykum: «La paz sea contigo».

Hāyib: Cargo político destacado en algunas cortes musulmanas. Suele traducirse como chambelán.

Azud: Barrera para elevar el nivel de un caudal o río con el fin de derivar parte de este caudal a las acequias o acueductos.

Benu-lQatil: Benacantil. Monte en cuya cumbre se encuentra el castillo de Santa Bárbara en Alicante.

Cadí: Juez de los territorios musulmanes.

Caftán: Túnica de algodón o seda abotonada por delante, con mangas, que llega hasta los tobillos y que se viste con una faja.

Caíd: Gobernador o juez.

Cántara: Nombre femenino que significa «puente».

Catay: China.

Damashq: Damasco (Siria).

Daniyya: Denia (Alicante).

Elsh: Elche (Alicante).

Ghalia: Nombre femenino que significa «mujer valerosa, poderosa y cariñosa».

Haram: Sala de oraciones en las mezquitas.

Hégira: Emigración o huida de Mahoma de La Meca a Medina, que tuvo lugar en el año 622 y que se toma como punto de partida de la cronología musulmana.

Hakîm: Nombre masculino que significa «sabio».

Hindiyyah: India.

Ifriqiya: Túnez.

Jazirat al-Muluk: Islas Molucas, también conocidas como las islas de las Especies, es un archipiélago de Indonesia

Karîm: Nombre masculino que significa «generoso, noble».

Laqant: Alicante.

Madrasa: Escuela en que se enseña la teología y la ley, la gramática y la literatura árabes.

Yatrib: Medina (Arabia Saudí).

Makka: La Meca (Arabia Saudí).

Malaqa: Málaga.

Maqsura: Recinto reservado en las mezquitas en donde se sitúa el califa y su familia, o el imán, durante las oraciones públicas.

Mayus: Vikingos.

Mezquita Aljama: Mezquita Mayor.

Mihrab: Nicho u hornacina que marca en las mezquitas el sitio donde han de mirar los que oran y que alberga el Corán. El mihrab está en el muro de la alquibla, el cual está orientado normalmente hacia La Meca.

Mozárabes: Cristianos en zona musulmana que mantenían su religión y sus costumbres.

Muladíes: Cristianos que tras la invasión musulmana se convierten al islam. Con esta conversión conseguían tener los mismos derechos que los invasores.

Nasima: Nombre femenino que significa «suave brisa».

Qalyusa: Callosa del Segura (Alicante).

Qartayanna al-Halfa: Cartagena (Murcia).

Qurtuba: Córdoba.

Ribāṭ: Fortaleza y puesto de vigilancia, que se ubicaba en lugares de importancia estratégica a la vez que era un monasterio árabe. En el caso de la novela, es la Rábita Califal de las Dunas de Guardamar del Segura (Alicante).

Suras: Cada uno de los 114 capítulos en los que se divide el Corán, libro sagrado del islam.

Tannûr: Horno de cerámica, fijo o portátil.

Ulema: Comunidad de doctores en las disciplinas religiosas y jurídicas musulmanas. Aunque la palabra «ulema» es singular en castellano, en árabe es plural (*‘ulamā’*), siendo su singular *‘alīm*, que significa «erudito».

Uryûla: Orihuela (Alicante).

Venexia: Venecia.

Visir: Término con el que denominaron a los asesores políticos de un monarca, de forma similar a lo que fueron los validos o ministros.

Wa’alaykum assalam: «Y contigo esté la paz».

Walí: Gobernador civil y militar de una provincia.

Xarab: Jarabe.

Yaman: Yemen.

MESES MUSULMANES

- 1-Muharran (El mes sagrado)
- 2-Safar (El mes que está vacío)
- 3-Rabi al-Awwal (La primavera)
- 4-Rabi al-Thani (El mes después de la primavera)
- 5-Jumadi al-Awwal (El mes seco)
- 6-Jumadi al-Thani (El mes después del mes seco)
- 7-Rajab (El mes de reverencia)
- 8-Sha'ban (El mes de la división)
- 9-Ramadan (El mes del gran calor)
- 10-Sh'awwal (El mes de la caza)
- 11-Du al-Qaa'da (El mes del descanso)
- 12-Du l-Hiyya (El mes del peregrinaje)

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias a Agatha Christie, J. R. R. Tolkien, Fiódor Dostoyevski, Carlos de Santander, José Luis Martín Vigil, Lope de Vega, Isaac Asimov, las novelas por entregas del siglo XIX (varios autores), Matilde Asensi, Mario Vargas Llosa, Stephen King, Juan Goytisolo, Rosamond Marshall, Corín Tellado, Arthur Conan Doyle, Alberto Vázquez-Figueroa, J. R. Ward, Pío Baroja, Arturo Pérez-Reverte, Camilo José Cela, Paulo Coelho, Tirso de Molina, Miguel Delibes, Leopoldo Alas (Clarín), Ken Follet, Johanna Lindsey, Tolstói, Julie Garwood, Ildefonso Falcones, Katherine Neville, Lisa Kleypas, Eduardo Mendoza, Antonio Gala y un larguísimo, pero que muy larguísimo etcétera. La lista es interminable, pero necesaria. He crecido con ellos, me han hecho sufrir con las vicisitudes de Tom Builder y su familia, reírme con la comedia de enredos del Siglo de Oro, llorar con las desgracias de los folletines, amar cada página leída, sorprenderme con la imaginación de todos ellos, viajar por las estrellas, beber los vientos por Legolas y Aragorn, en definitiva, disfrutar leyendo. Todos ellos, y cientos de autores más, son los responsables de que me gusten todos los géneros literarios y de que yo intente hacer mis pinitos en varios de ellos. Esta vez ha tocado a la ficción histórica y las aventuras, ¿quién sabe cuál será el próximo?

NOTA DE AUTORA

En esta novela he procurado que la ficción coincidiese, dentro de lo posible, con hechos y fechas históricas. Muchos de los personajes que se describen, aparte de los protagonistas, existieron de verdad. Pero también es cierto que, si he considerado que le iba bien al argumento, he modificado las fechas en las que ocurrieron los hechos o el tiempo en el que vivió el personaje.

También en la parte de la novela que transcurre en la época actual, los datos que se describen son, en su gran mayoría, verídicos. Solo los que afectan de forma directa al desenlace de la trama son, algunos de ellos, ficticios.

Por otro lado, quiero pedir disculpas porque hay nombres que se repiten en algunos de los protagonistas, pero no he podido evitarlo. En el caso de Alí, por ejemplo, los dos personajes que nombro se llaman así, aunque uno fuese real y el otro ficticio. Alí, yerno de Mahoma, y Alí, enamorado de Cántara en la leyenda.

Por último, quería decir que la leyenda que yo he novelado en este libro corresponde a una leyenda que existe en mi ciudad, Alicante, aunque también es cierto que existen varias versiones y, a lo mejor, si algún paisano la lee, no coincidirá con la que él o ella conozca, pero esta es la versión más popular y la que yo he conocido siempre.

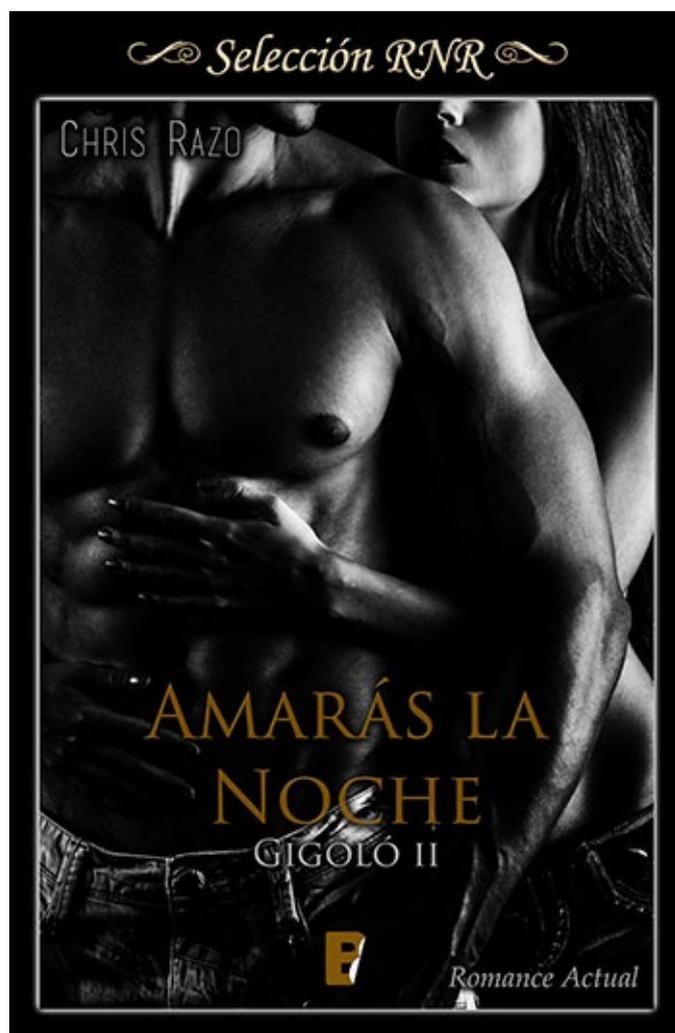
Si te ha gustado

Desde el baluarte

te recomendamos comenzar a leer

Amarás la noche

de *Chris Razo*



CAPÍTULO 1

Ya no sé la cantidad de lágrimas que he podido derramar en estos días y si sirve para algo. Pero está claro que no sirve de nada, bueno de algo sí, para desahogarme. Hace días que no sé nada de él. Supongo que ese era el trato, aunque parece que a él le está costando mucho menos que a mí.

Tengo a mis amigas metidas en mi casa todo el día. Parece que no entienden que, en estos momentos, lo que más me apetece es estar sola. No necesito cuidadoras. Y sí, reconozco que de vez en cuando poder desahogarse está bien, pero también necesito estar sola e intentar que todo vuelva a la normalidad.

Una mañana alguien llama al timbre, miro la hora. ¡Son las ocho! ¿Quién llama a estas horas? ¿Sergio? Me levanto corriendo de la cama. Tropezco con todo lo que pillo por el camino. Abro la puerta corriendo. Pero cuando abro, no es lo que yo esperaba.

—Buenos días. ¿No era quién esperabas verdad?

—¿Qué haces aquí, Fanny?

—Tenemos que hablar.

—¿Otra vez, Fanny? ¿No hemos hablado suficiente ya?

—Yo creo que no. ¡Invítame a pasar y hazme café! Lo que tengo que contarte sé que te va a gustar.

—Pasa. No sé qué estarás tramando esta vez.

La dejo pasar y hago café. ¿Qué estará tramando ahora? Me siento con ella en el sofá.

—Siento que te hayas decepcionado con mi presencia. ¿Puedo saber a quién esperabas?

—¡Fanny! No esperaba a nadie.

—¿Segura? Yo diría que esperabas a míster paquetón.

—¡Fanny!

—Fanny, Fanny. ¿Por qué no eres sincera? No voy a juzgarte.

—Vale, sí. Por la hora pensé que podía ser él. Pero porque no lo pensé demasiado. ¿Qué pinta él aquí?

—¿Y por qué no?

—No lo sé.

—Escucha. ¿Tú quieres recuperarlo?

—Eso no va a suceder.

—No te he preguntado si va a suceder. Solo te he preguntado si quieres recuperarlo.

—Sí. Claro que quiero recuperarlo.

—Bien. Entonces tengo un plan genial, pero tienes que seguirlo al pie de la letra, porque,

si no, no servirá para nada, nena.

—¿Qué estás tramando, Fanny?

—Estoy tratando de que seas feliz. Y está claro que eso solo es posible al lado de míster paquetón.

—Miedo me das.

—Calla y escucha. Se supone que él te ha dejado porque tiene que volver a trabajar, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué pasaría si tú te dedicaras a lo mismo que él?

—¿De qué estás hablando?

—De ponerlo entre las cuerdas. Tú trabajando de lo mismo que él.

—¿Quieres que me prostituya?

—¡No hace falta llegar a eso! Quiero que le demuestres que para él puede ser igual de doloroso verte bailar, mientras que otros babeen por ti. Y si ya le das a entender que juegas a lo mismo que él por dinero...

—¿Quieres que le haga entender que me acuesto con hombres por dinero?

—Sí. Creo que es una buena manera para que entienda como lo pasas tú y que se pueden buscar otras soluciones.

—No quiero hacerle daño.

—¿Y él a ti si puede hacértelo? ¡Abre los ojos, Carol! Tiene que ver que la solución que ha tomado no es la correcta.

—Bien. Imagina que acepto tu descabellada idea. ¿Cómo lo hago para trabajar? ¿Qué hago cuándo tenga que estar de noche?

—Eso tendrás que gestionarlo tú. Pero tienes que ponerte manos a la obra. No es tan fácil como crees.

—Yo no voy a ser capaz de hacerlo. ¿Cómo voy a soportar que me miren los hombres mientras que estoy medio desnuda?

—¡Ay querida! Eso es una prueba de amor. Si de verdad lo quieres, estarás dispuesta a todo eso y más.

—Estás loca. Lo sabes, ¿verdad?

—Y tú enamorada perdida.

—No puedo negarlo. ¿Crees que saldrá bien?

—¿Dudas de mis planes? Sabes que siempre salen bien. Solo hay que hacerlo bien.

—¿Y dónde se supone que voy a bailar para que él me vea? —Fanny se ríe.

—En su local. Esa será nuestra gran venganza, que tenga que verte todas las noches. Al final, él mismo decidirá que no puede seguir con eso.

—¿Cómo voy a bailar en su local si es solo de chicos?

—Eso ya está solucionado. No tienes que preocuparte.

—¿Qué has hecho?

—Arreglar el asunto. Empiezas el viernes. Lo que quiere decir que tienes... cinco días exactamente para prepararte.

—¡Estás loca!

—Si no lo estoy, me volveré de tantas veces que me lo dices.

—¿Crees que puedo prepararme en cinco días?

—Claro que puedes. Además, te he apuntado a clases.

—¿Clases?

—¿Puede dejar de repetir todo lo que digo? Sí, Carol, clases. Para que puedas aprender a bailar, y no quedes en ridículo.

—Esto es una locura.

—Sí. Pero admite que es una locura muy divertida.

—¿No te han puesto ninguna pega en el local?

—¿Pega? El jefe de míster paquetón estaba encantado. Dice que eso le dará más vida a su negocio.

—No lo entiendo. Se supone que esos locales solo son para que vayan chicas.

—¡Qué antigua eres, hija! Hay que modernizarse. Todo cambia. Me ha dicho que le gustaría ver cómo funciona.

—¿Y no tiene que hacerme una prueba?

—No. La prueba la llevaba yo conmigo.

—¿Cuál?

—Una foto tuya. Con eso ha sido suficiente.

—¿Le has enseñado una foto mía?

—¿Y qué querías? Tenía que verte. No creo que quisieras ir a que te descubriera el señorito gigoló, ¿no?

—Supongo que tienes razón.

—Siempre la tengo. Vístete que nos vamos.

—¿Qué nos vamos? ¿A dónde?

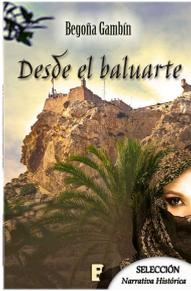
—A tus clases. Para que el plan salga bien, todo tiene que ser perfecto.

—Yo me pregunto por qué te haré caso de verdad.

—Porque sabes que mis planes siempre funcionan. Te espero aquí. No tardes.

Me voy a duchar pensando donde me he metido. Es una locura. Solo espero que Fanny tenga razón y esto funcione.

Una novela de acción, amor y suspense que nos transporta al Califato de Abderramán III, un mundo fascinante de mezquitas y alcazabas lleno de intrigas.



Escrita en dos estilos narrativos diferentes, cabalga entre dos épocas e historias distintas entrelazando pasajes verídicos de la historia del siglo X y la leyenda del origen del nombre de Alicante, con otros de ficción que transcurren en el siglo XXI.

En la época actual, unos descubrimientos arqueológicos en Alicante permiten la investigación de unos sucesos que, presumiblemente, transcurrieron durante el Califato de Abderramán III y que podrían desestabilizar el mundo musulmán actual. Una joven pareja, Raquel, empresaria y Eduardo, arqueólogo, acompañados por Juan Pablo, experto en estudios islámicos, se ven envueltos en una serie de aventuras que los llevan desde la monumental Córdoba hasta la exótica Damasco al pretender desentrañar el misterio mientras son perseguidos por un grupo terrorista islámico.

Por otro lado, en los capítulos con base histórica de la época del Califato de Abderramán III, se parte de una leyenda para narrar la historia de amor imposible entre una pareja árabe, Cántara y Alí, a la vez que se va desvelando la trama de los sucesos investigados en la época contemporánea.

Begoña Gambín. Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género para escribir que me apasiona.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Begoña Gambín

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-962-1

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

Capítulo 1

- [1] Caligrafía árabe.
- [2] Emigración o huida de Mahoma de La Meca a Medina, que tuvo lugar en el año 622 y se toma como punto de partida de la cronología musulmana.
- [3] Nombre que recibe cada uno de los 114 Capítulos en los que se divide el Corán, libro sagrado del islam.

Capítulo 2

- [4] Alicante.
- [5] Mar Mediterráneo.
- [6] Gobernador o juez.
- [7] Recinto fortificado dentro de una población amurallada, cuya función era servir de defensa militar.
- [8] Benacantil. Monte en cuya cumbre se encuentra el castillo de Santa Bárbara en Alicante.
- [9] Gobernador civil y militar de una provincia.
- [10] Callosa del Segura (Alicante).
- [11] Córdoba.
- [12] Cristianos que tras la invasión musulmana se convertían al islam. Con esta conversión conseguían tener los mismos derechos que los invasores.
- [13] Cristianos en zona musulmana que mantenían su religión y sus costumbres.
- [14] Medina (Arabia Saudí).
- [15] La Meca (Arabia Saudí).
- [16] Bagdad (Irak)
- [17] Orihuela (Alicante).
- [18] Mezquita Mayor.
- [19] Horno de cerámica, fijo o portátil.
- [20] La paz sea contigo.
- [21] Y contigo esté la paz.

[22] Jarabe.

Capítulo 3

[23] Moldura o marco que rodea la parte exterior de un arco.

[24] Sala de oraciones de las mezquitas.

[25] Se llama así a la mezquita mayor de una ciudad.

[26] Nicho u hornacina que marca en las mezquitas el sitio donde han de mirar los que oran y también alberga el Corán. El mihrab está en el muro de la alquibla, el cual está orientado normalmente hacia La Meca.

[27] Recinto reservado en las mezquitas en donde se sitúa el califa y su familia o el imán durante las oraciones públicas.

[28] Muro de la mezquita que está orientado hacia La Meca, al que los fieles musulmanes miran cuando rezan.

Capítulo 4

[29] Alejandría.

[30] Libia

[31] Túnez.

[32] Damasco (Siria).

Capítulo 5

[33] Corresponde al término con el que denominaron a los asesores políticos de un monarca, de forma similar a lo que fueron los validos o ministros.

Capítulo 6

[34] Túnica de algodón o seda abotonada por delante, con mangas, que llega hasta los tobillos y que se viste con una faja.

[35] Plato o fuente para la presentación de alimentos en la mesa, representativo de la vajilla andalusí.

[36] India.

[37] El río Verde. Nace en la sierra de Onil (Alicante). En su curso alto, hasta el pantano de Tibi, recibe el nombre de río Verde; a partir del pantano se llama río Monnegre. Desde la Edad Media se han aprovechado sus aguas para el regadío de la huerta de Alicante y en su curso, además del pantano de Tibi, el más antiguo de Europa tras el de Almansa, están los azudes de Muchamiel, San Juan de Alicante y El Campello, actualmente en desuso, obras hidráulicas que servían para derivar las aguas sobrantes.

[38] Elche (Alicante).

Capítulo 7

[39] Expresión popular alicantina que forma parte del himno de Alicante. En valenciano: la mejor tierra del mundo.

Capítulo 10

[40] Nombre femenino que significa «suave brisa».

Capítulo 14

[41] Almería.

[42] Es un recinto amurallado próximo a las fortalezas para guardar el ganado y que en guerra sirve de refugio a los hombres y ganados de las poblaciones.

[43] Es una fortaleza y puesto de vigilancia, que se ubicaba en lugares de importancia estratégica a la vez que es un monasterio árabe. En el caso de la novela, es la Rábita Califal de las Dunas de Guardamar del Segura (Alicante).

[44] Posiblemente el nombre de Guardamar del Segura (Alicante) en época árabe.

[45] China.

[46] Yemen.

[47] Las islas Molucas, también conocidas como las islas de las Especias, es un archipiélago de Indonesia.

[48] Cartagena.

[49] Málaga.

[50] Vikingos

Capítulo 15

[51] Escuela en que se enseña la teología y la ley, la gramática y la literatura árabes.

Capítulo 16

[52] Venecia.

Capítulo 17

[53] Sabio, erudito. En el islam se considera alim al experto en teología, ciencia jurídica... Singular de Ulema que es la comunidad que emite opiniones o sentencias sobre cuestiones religiosas o morales.

Capítulo 18

[54] Túnica que se usaba para las ocasiones en la corte, fiestas, y escuchar música y poesía.

[55] Denia (Alicante).

[56] Cargo político destacado en algunas cortes musulmanas. Suele traducirse como chambelán.

Capítulo 19

[57] Comunidad de doctores en las disciplinas religiosas y jurídicas musulmanas. Aunque la palabra *ulema* es singular en castellano, en árabe es plural (*'ulamā'*), siendo su singular *'alīm*, que significa «erudito».

[58] Juez de los territorios musulmanes.

[59] La cumbre del Benacantil, desde la playa, se asemeja al perfil de una cara con un turbante, por lo que recibe el nombre de «la cara del moro» y es un icono de la ciudad de Alicante.

Capítulo 20

[60] Barrera para elevar el nivel de un caudal o río con el fin de derivar parte de este caudal a las acequias o acueductos.

[61] El salto de la reina mora

Índice

Desde el baluarte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Glosario

Meses musulmanes

Agradecimientos

[Nota de la autora](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Begoña Gambín](#)

[Créditos](#)